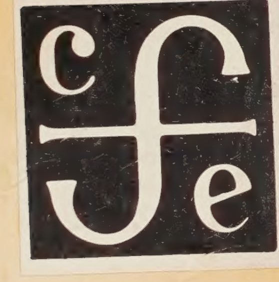
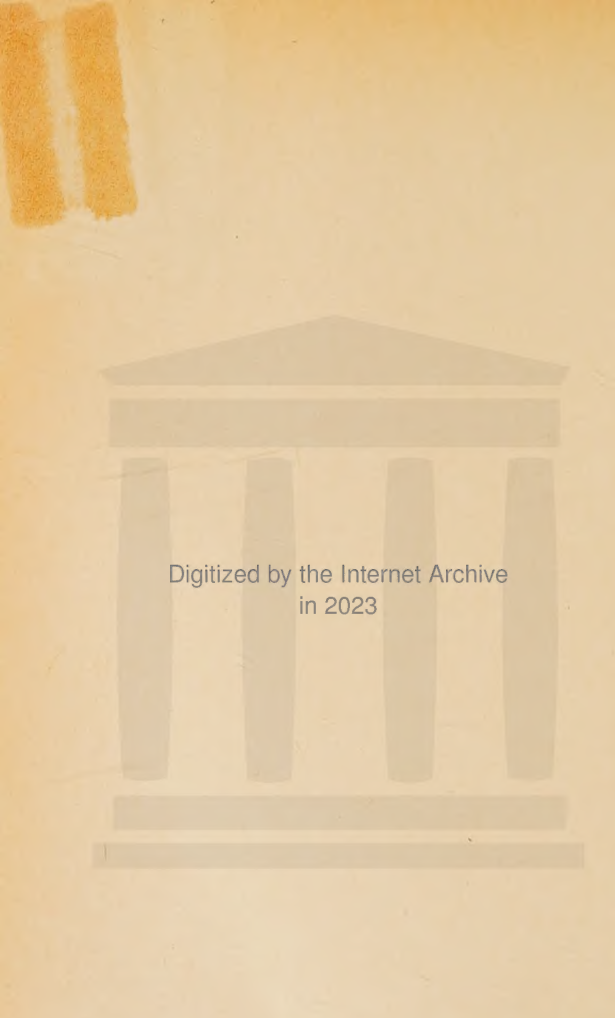
Valdelomar o la belle époque



COLECCION
FCE
POPULAR


cfe



COLECCIÓN POPULAR

94

VALDELOMAR O LA BELLE ÉPOQUE

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

VALDELOMAR
o La belle époque

COLECCIÓN



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1969

Impreso en México

Mi padre era callado y mi madre era triste;
y la alegría nadie me la supo enseñar.

VALDELOMAR

L'art c'est la tendresse.

GUYAU

PRELUDIO: *A TELÓN CORRIDO*

FUE COMO UN CELAJE...

GUARDO su imagen como lo descubrí aquella tarde de 1915. Guardo su imagen vivaz, retadora, sonreída y arrogante como la adolescencia; era optimista y dinámico como la juventud. Yo tenía quince y él veintisiete; yo era todavía escolar y él había dejado San Marcos. Él se hallaba en camino de ser un literato consagrado; yo, de probar mi vocación de escritor. Murió cuatro años después: partió a los treinta; yo me acercaba a la veintena. Ahora, recordándole, comprendo la dura tarea del tiempo, la terca obra de las horas, las mortales trampas de la vida. Él podía —y gustaba— llamarse entonces, como Wilde, su modelo, *the King of the life.* Mi parvada generacional le cantaba su hosanna; él pretendía ser, como en el Salmo, el David, "el ungido" del Señor, en este caso con pecado.

Nos conocimos por azar. Debo agradecerle no haberme hecho, pese a mi juventud, víctima de ninguno de sus gestos, *boutades* o "teatro". Si amaba el difícil arte de *épater les bourgeois,* le reitero mi agradecimiento póstumo porque no me juzgó *épatable* ni *bourgeois.*

Abraham Valdelomar y Pinto había nacido en Ica. Era un hombre amarcigado, casi oliváceo. Lucía una frente de ángulo agudo, aunque amplia; cabellos negros, ensortijados de origen y casi lacios de peine; los ojos negros, rasgados y reilones, iluminaban de ironía el rostro lleno y ovalado. Su nariz era corta, ligeramente redonda en su término; los labios car-

nosos, entreabiertos y mordaces, diluían una perenne sonrisa fisgona y cordial. El mentón, también redondo, era suave con una leve hendidura vertical en el medio, digno remate frailuno de un rostro limitado por unos quevedos de carey, atados al cuello con una flotante cinta bicolor: plata y negro. A menudo Valdelomar llevaba desnudos el cuello y la parte superior del pecho, cubierto éste por una alba camisa de tenis. Pisaba categóricamente: punta arriba y tacón recio, con calzado de capellado plomo y zapatilla de hule rebrillante. En el índice de la mano derecha relucía un insolente y malagorero ópalo; del antebrazo izquierdo colgaba un grueso bastón de Malaca. El chaleco llevaba ribetes claros en todos sus bordes. Gustaba usar trajes de *tweed* plomo. Los pantalones se angostaban en sus extremos. La chaqueta era de faldones amplios para disimular las caderas excesivas. Tenía voz de flauta de Ganimedes y el andar contundente de Alcibíades. Se empolvaba y usaba brillantina. Olía a agua de lavanda Atkinson de moda entonces. Reía de buen grado y con frecuencia. Amaba ser visto, oído, admirado y odiado. No resistió la indiferencia ni el silencio.

Fue, de raíz, un niño terrible. Se nos fue terrible y niño, y desde su niñez sin ocaso, continúa alumbrando hasta ahora las letras del Perú contemporáneo.

I. "EN ICA, HINCHA LA BOTA Y PICA..."

La costa del Perú, desde Paita hasta Arica, es un bostezo de arena y sol. De gris y fuego. La cortan en asimétricos pedazos unos cuantos ríos, verdes, serpenteantes y canijos, de intermitentes caudales multiplicados en verdes frutos de los que se forman deliciosos y ricos valles que alegran el seco litoral. Son médanos inmensos, áridos y tristes como los desiertos africanos. Como a éstos, los salpican ejércitos de algarrobos, retorcidos y duros como descomunales muñones de viejos gigantes; angustiados y oscuros olivos; inesperados jeroglíficos de caprichosos viñedos, y ahí donde el sol pega más fuerte, ahí donde el suelo y el cielo se disputan en magnífico delirio de calor, luz y sequía; ahí surgen entre las movibles dunas, formadas, deformadas y reformadas constantemente por el viento incansable del véspero; ahí surgen las esbeltas palmeras grávidas de dátiles, las airosas palmas reales, y arriba, en las faldas de ciertos montículos estériles y negruzcos, los humildes toñuces y, de cuando en cuando, agresivos cactus.

Al sur de Lima, del río Mala al de Ica, y mejor aún, al de Moquegua, por ser una comarca más recargada de sol, el desierto se recrea en la sonrisa de los puertos, centinelas de los ríos. Entre abra y abra, entre río y río, se dilatan valles cálidos y fecundos. Es la antigua tierra de los *yungas* que en quechua quiere decir "tierra caliente".

Durante el imperio y desde mucho antes, los yungas se burlaban de los quechuas, graves personajes empeñados en conquistar el mundo a su precario alcance. Los pobladores del núcleo imperial, el Cuzco, eran

gente talluda, con fama de orgullosos y peleadores. Hablaban un idioma especial, sobre todo los señores, a quienes nadie podía interpretar salvo los *quipucamayocs,* escribas cobrizos, diestros en manejar unos complicados nudos de colores, atados en cordones también coloreados de los que pendía la historia de la tierra y sus pobladores. Los soldados quechuas bajaron muy a menudo hasta los territorios yungas para quitarles sus cosechas, exigirles tributo, obligarles a trabajar según las reglas del imperio y enseñarles a guerrear como los hombres. Por haberse resistido los acusaron de blandos y afeminados, de donde nace la leyenda de cierta supuesta homosexualidad difundida entre aquellos seres humanos de costumbres equívocas o habitantes de tierras fáciles, junto al mar propicio. alimentados de frutos dulces y blandos como el pacae.

Entre esos ríos se formaron por lo menos dos de los grupos sociales más avanzados de la antigüedad: los Nazcas y los Parakas. Aquéllos se cobijaron entre la sierra y el océano, construyeron sus acueductos por los que circulan aguas que no permiten el olvido —la de Visambro, por ejemplo— y entretenían sus manos en moldear vasijas, de tan audaces formas y tan vivos colores, que hasta hoy causan asombro a quien las ve y provocan codicia en quien no las posee. Eran gentes de extremada habilidad en tejer mantos de plumas, para lo cual cazaban los policromos pájaros de los alrededores; hacían increíbles hilados de algodón y molle, teñidos tan magistralmente que hasta ahora, a despecho de humedad, calor y polvo, conservan la estrepitosa orgía de sus báquicos colores. Aquellos hombres rendían culto al hombre y a los animales. Podrían ser clasificados como antropólatras y zoolátras, si no hubiera sido por el deslumbramiento mental que les ocasionaban Inti, dios invencible de los incas; Kon, dios temido

de los costeños; Huiracocha, mito adorado de todos los serranos. Conocían a conciencia el arte de pescar y de cazar. Tenían respetable estatura y eran sólidos de huesos, según se revela en sus cerámicas y sus acueductos, y lo recalca el tipo de su alimentación, hecha como la de los japoneses, de pescado; como la de los caucásicos, de granos; como la de los incas, de carne de huanaco. Según se ha averiguado, en la ribera del río Ocucaje, probablemente entre los linderos de las actuales provincias de Ica y Chincha, hubo una más vieja civilización de hombres de tipo negroide, forjados así por el sol para resistirlo. Esos negroides manejaban rudimentarios cuchillos de chonta, con los que sorprendían a una especie de dinosaurios tradicionales, de los que se han descubierto gigantescos restos bajo la múltiple y copiosa arena, veladora de tradiciones.

Las civilizaciones de Nazcas y Parakas fueron muy anteriores a la de los incas. Éstos llegaron al mar, apenas tres siglos antes que los españoles al Perú. Rehaciendo el camino de otros invasores hasta hoy no bien identificados, pusieron su planta en las costas del Norperú, después de cruzar la ancha y líquida ruta del Pacífico. Cerca, en los límites con el valle del Rimac, aquellos yungas tenían además un oratorio y una ciudadela que hasta hoy despierta admiración y estudio: Pachacamac. Hasta allí llegó Hernando Pizarro en 1534, antes de fundarse Lima, con el objeto de saquear sus tesoros, en procura de oro y plata para cubrir el fabuloso rescate de Atahualpa.

Sólo bastante después de establecida la ciudad de los Reyes, convertida en capital del Virreinato, se aposentaron en firme sobre las comarcas de Chincha e Ica frailes avizores que, cotejando el calor del ambiente y la calidad del suelo con los de España, Italia y África, plantaron los primeros viñedos; las

primeras cañas; los primeros olivos y los primeros naranjos y limoneros; de todo lo cual surgió la riqueza de esos valles, que, como la Tierra Santa (vid, olivo y naranja), escogió la mano sabia del Señor. El padre Reginaldo de Lizárraga recorrió el Perú para escribir su *Descripción* (datada en 1600, en la que había seguido la misma técnica geográfica de Cieza: dividir "la tierra" en "valles"). Dijo de Cañete, vecino septentrional del valle de Ica, admirando la calidad del trigo que ahí se daba, y convirtiendo su admiración en proverbio: "En Cañete, toma pan y vete." Añadió, refiriéndose al siguiente valle, admirado por la excelencia de los vinos que sus viñedos producían: "En Ica, hincha la bota y pica." Donoso y zahorí obispo, fray Reginaldo, cuyo libro pudiera todavía servir de *baedecker* a los curiosos de las esencias del país.

El mar que bañaba aquellas provincias no podía ser más belicoso. La costa desciende escarpada hasta él a causa de los roquedales que la sustentan, excepto en Pisco (puerto individual de Ica) donde, al revés que en Tambo de Mora (que corresponde a Chincha), Cerro Azul (que pertenece a Cañete), la costa se agacha servilmente para entregarse al mar, y permite la formación de playas tan sumisas y sonrientes como la de San Andrés de los Pescadores, nido de laboriosos discípulos de Pedro y Andrés, eximios colectores de corvinas, ayanques, cabinzas, tollos y pejerreyes, sabrosos si los hay, así como de escurridizas pero atrayentes anchovetas, tras las cuales volaban bajo las nubes bandadas de gaviotas, alcatraces y pelícanos, martillando a turno, según la densidad de la mancha de peces, la hirviente y blanquecina superficie del océano.

En toda aquella comarca edificaron los jesuitas —grandes catadores de riquezas vegetales y mineras— sus principales conventos y haciendas y en

cada una levantaron los robustos paredones de sus iglesias y casas de ejercicios; rodearon estratégicamente los patios de esclavos y convocaron alarifes, ebanistas, alfareros y orfebres para tallar y dorar sus altares, modelar sus imágenes, decorar las hornacinas y cubrir los altos techos abovedados de brillantes escenas y efigies sagradas.

Sólo en la periferia de la ciudad de Ica (fundada por don Jerónimo de Cabrera el año de 1561, esto es, durante el gobierno del conde de Nieva, virrey aficionado a la música, las mujeres y el vino) los jesuitas habían establecido media docena de templos junto a los respectivos fundos. Cuando en 1767 la Pragmática Sanción de Carlos III provocó el violento éxodo de los padres de la Compañía, las haciendas y templos jesuíticos pasaron a poder del rey, lo que refrendó la subsiguiente ley de Temporalidades. Al proclamarse la independencia se los adjudicó la flamante república, la cual, llevada y traída por caudillos y burócratas, los distribuyó a título provisional o permanente, gratuito y casi nunca oneroso, a fin de compensar los sacrificios y satisfacer las intrigas de algunos de sus hijos... De tal modo nacieron las fortunas agrícolas de Ica, y de tal suerte evolucionó el destino de la propiedad en aquella circunscripción amada del sol y de la vid.

Una de las haciendas que regentaron los jesuitas, entre Pisco y Chincha, no lejos de Ica, fue la de Caucato, que constaba de dos partes: la alta y la baja. Toda ella surcada de acequias; taraceada de sembríos; repleta de mugidos, gritos y trinos, que es la música más excelsa que pueda hallarse sobre la haz de la fecunda tierra. A la entrada si se venía de Ica, traspasando el portón de anchísimas paredes de adobe, estaba la plazoleta sobre la que se veía el habitáculo de los patrones. Descansaba éste, según el uso, sobre unos pilotes, y constaba de un

largo corredor, bordeado de barrotes de madera, al que daban las puertas y ventanas de la casa-hacienda. Al costado izquierdo de la casa, cruzando otro portón, había un jardín en el que se alzaba un pino inmenso, rodeado de numerosos alcanfores y molles. Al centro cantaba incansablemente un surtidor cuyas aguas se derramaban sobre una oblonga pila de hierro, ornamentada sin duda por algún forjador peninsular o italiano. A la derecha quedaba un patio, protegido por alto parapeto, siempre de adobe, al que daban las covachas de los esclavos. Ante la casa, enfrentando también el portal de ingreso, giraba, a fuerza de brazo humano, una pesada piedra de media tonelada, con un agujero al centro inferior, que molía incesantemente café, caña o pepita de algodón. Adentro, mecíanse flexibles cañas de azúcar; frescos y blanquísimos algodoneros, militarizadas pencas de maíz.

Cerca del portón estaba el corral de los animales domésticos. No lejos, un pequeño cuadrilátero en el que se acostumbraba medir a los gallos de pelea, espectáculo favorito de los peruanos desde el siglo XVII. Los domingos se reunían los dueños de los mejores ejemplares gallísticos y, a despecho de la vigilancia de los patrones, se cruzaban apuestas sobre cuál de los campeones de cresta y estaca sería el vencedor. Se los distinguía ya, como ahora, por el color de su plumaje: el moro, el ajiseco, el blanco, el carmelo.

Los puertos de aquella provincia fueron frecuentados o amenazados por todas las invasiones intentadas o realizadas en costas del Perú. Primero fueron los piratas: Sir Francis Drake amenazó Cerro Azul, como una parte de su plan contra Lima, antes de lanzarse sobre El Callao, lo que causó la alarma del virrey Toledo y el desbande y fuga de centenares de negros esclavos. Eran los negros cimarrones de

la leyenda, dispuestos a buscar la libertad aunque fuera bajo la tiranía del corsario, antes que seguir mancos de su albedrío, pendientes de la esperanza de ganar el cielo tras el purgatorio expoliador de sus patrones virreinales. Frente a Cerro Azul combatió don Beltrán de la Cueva contra Hawkins; Spilberg estuvo a punto de desembarcar en Tambo de Mora. Pisco, por menos escabroso, sería más fácil de ganar, pero también de defender. Además, lo amparaba un nombre poético a fuerza de aromático y embriagador. Eran ya tan sabrosos los aguardientes de aquel valle soleado, y, sin embargo, fresco en las tardes, que se los distinguía con el nombre de "aguardientes de Pisco", blasón de su excelencia, de donde se apocopó el producto con el de mero "pisco". Más al sur, siempre en la misma zona, la bahía de Parakas sería la escogida por el general San Martín para desembarcar las huestes del Ejército Libertador. Años más tarde, un poco más al norte, dentro de la misma órbita, en Bujama, Conchan y Chilca, playas meridionales de Lima, pusieron pie en suelo del Perú los invasores chilenos.

Tal vez por aquella explosiva mezcla de sol y arena; de pisco e incienso; de negros, chinos, aceitunas y azúcar; de blancos y yungas; de viento y mar, florecieron en la comarca tantas leyendas, tantas historias de brujas y de aparecidos, y como los caminos de tierra tenían que seguir tan riesgosos vericuetos y trágicos desfiladeros, aquella tierra resultó propicia para las bandas de forajidos, la superstición, la fantasía y el susto.

En realidad, salvo el camino del mar, era muy difícil el viaje de Lima a Pisco. Antes de emprenderlo era aconsejable prestar confesión y redactar testamento. Estos dos sacramentos, de la religión y de la humanidad respectivamente, hacían tolerable la angustia y el terror del paso por Cerro Perico y Cara-

coles. El suspenso empezaba al salir de Chorrillos. No bien se terminaban los campos de la Hacienda Villa (donde Flora Tristán se doliera, allá por 1834, de la situación de los esclavos de su amigo el señor Lavalle), principiaba el vía crucis del transeúnte; luego, cruzaba por solitarios terrales, sombreados de trecho en trecho por árboles polvorientos y enflaquecidos, bajo los cuales solían apostarse cansados viandantes o avisados bandoleros. Al terminar los últimos paredones del pueblito de Pachacamac, corría un escalofrío por la piel del viajero. Lo esperaba, cierto, con sus magníficos chicharrones y blandos tamales, el pueblo de Lurín, apacible y pródigo, con su ancha plaza y su vetusta iglesia, cuajada de exvotos sobre las imágenes veneradas y los altares barrocos; cerca se veía el cementerio bajo cuyo polvo reposaban los restos de José Faustino Sánchez Carrión, el verbo civil de la Independencia. Pero saliendo de Lurín, se extendía amenazadora, asoleada y llena de recovecos, la Tablada. Ahí pululaban los facinerosos montados en veloces y resistentes mulos y armados de elocuentes trabucos naranjeros, cuyas bocas vomitaban mortífera metralla de balas, clavos, balines, munición y hasta trozos de plomo fundido. Una tarde, partieron de allí, de la Tablada de Lurín, los negros que, con el compadre León a la cabeza, llegaron hasta la Portada de Juan Simón, y muy sueltos de huesos, al advertir que no quedaba un policía, ni un soldado, puesto que se los había llevado uno de los presidentes de turno para combatir a su rival, el compadre León se introdujo hasta el centro de la ciudad, y en medio de un ruidoso cierrapuertas, bajo nubes de maldiciones y quejidos, se metió muy orondo con sus negros a través de la puerta principal del Palacio de Gobierno y estuvo como voluntario huésped de la casa de Pizarro por más de veinticuatro horas, las más dramáticas para

los despavoridos pobladores de la abandonada capital del Perú.

Si el viajero pasaba con bien por la Tablada, le esperaban todavía dos nuevos peligros. El uno, en Cerro Perico, cerca de Cañete, paraje amenazante, hosco, apto para apostamientos, en cuyos polvorientos llanos perdieron vida y hacienda numerosos hacendados, pagadores o simples buhoneros. Si se libraban de Cerro Perico, quedaba el peor de todos los obstáculos: Caracoles, cerca de Chincha. Se llamaban así aquellos andurriales porque el camino era tan pesado y retorcido como un caracol. La abrupta senda subía, bajaba, se dirigía al oeste, regresaba hacia el este, se enfilaba al sudoeste, daba un sesgo hacia el noroeste, y luego insistía en el sur, hasta que la pobre cabalgadura ahíta de tantas vueltas y revueltas, y el jinete cansado de tragar tanto polvo y saliva (lo uno por causa de la naturaleza, lo segundo por causa de su propio susto) no tenía más remedio que apearse, de lo cual aprovechaban los facinerosos para rodearle, desmontarle, robarle y vejarle o, si apuraba el caso, simple y llanamente, para llenarlo de perdigones y segarle de un solo golpe la bolsa y la vida.

Más de cien leguas tenía aquel largo, difícil y penoso camino que, a poco más de una hora por legua, requería un total de más de cien horas para recorrerse, de suerte que precisaban varios días, descansando por fuerza en inhóspitas pascanas. Chilca, Lurín, Mala, Lunahuaná, San Vicente de Cañete, Chincha baja, El Carmen, Pisco, Guadalupe, Ica y, si se continuaba, venían Palpa y Nazca, o si se viraba en Pisco se llegaba a Paracas, que entonces estaba completamente desvalida, sin habitantes.

Para evitar aquellos riesgos lo mejor era embarcarse. Subían los viajeros en El Callao a bordo de un buque caletero, trasladándose a lomo de ola de la

chalana del fletero a la cimbreante y móvil escala del barco. Se zarpaba de tarde y se amanecía en Cerro Azul, cuyo mar, de inmenso oleaje, impedía acercarse mucho a la costa. Los que iban con destino a Cañete debían arriesgarse a saltar a frágiles botes, cuyos remeros se encorvaban sudorosos en el ciclópeo esfuerzo de vencer a punta de remo la tremenda correntada y el vaivén devorante de las olas. El vapor seguía a Tambo de Mora, travesía que exigía varias horas. En este puerto desembarcaban como podían los que tenían por destino Chincha. Tornaba a zarpar el barco y ya no paraba hasta Pisco, en donde a partir de 1870 se tendió un muelle esbelto y frágil, para que los buques atracasen en su punta extrema y ahorrasen así el contradictorio encanto de la travesía en bote. Aquel muelle se grabaría en la memoria de cera virgen de Abraham Valdelomar como una especie de sortilegio o conjuro frente al embravecido e insobornable océano.

Ica pues, cuando la guerra con Chile, distaba realmente mucho de Lima; constituía una zona aparte; con sus propias costumbres; con su propia producción; con su propio sistema de pensamientos y vivencias; rural, aristocrática, tropical, desértica, negroide, sacarina, algodonosa, viñatera, oliendo a soledad y con color de infinito, a causa de sus médanos y de su horizonte plomizo, hundido allá donde cielo y mar se funden sin dejar huellas de su cotidiana comunión.

Mar; sol; arenales; desiertos; graciosas palmas; esbeltas palmeras; jugosos dátiles; asombrados ñorbos; dulces cañas; blancas flores de algodón; retorcidos olivos; vides sarmentosas; sabrosa y virginal *cachina;* oloroso y viril pisco; grueso mosto carmesí; peleas de gallos; persecución de bandoleros; vivo museo de leyendas; fantasmas de esclavos chinos ajusticia-

dos, de criados negros azotados; sagaces jesuitas proscritos; altares estofados de oro; púlpitos de complicadas molduras; olvidados huacos rojiazules; momias hundidas bajo la arena impalpable; olor a tiempo y soledad, a sencillez rural y a macabras fantasías; Ica dormía bajo los siglos un sueño de siesta, reposante, reparador, perenne víspera de acción, inevitable invitación al dulce recuerdo, a la fe y a la ternura.

En 1888 Ica era una ciudad provinciana, asoleada, calurosa y pequeña. Por sus calles transitaban personas, carretas, pollinos y ocasionalmente un carruaje.

La plaza mayor era como un ágora, mentidero y remanso. En sus bancas de madera sujetas por soportes de hierro, tomaban el fresco, amparados por el follaje de las palmeras y los ficus, los señores del lugar. El que no era Cabrera era Elías; el que no era Elías era Olaechea; el que no, Tijero; el que no, Falconí; había también Maúrtuas y Lujanes, Chacaltanas y Del Valle; Solares y Ramos; Pintos y Manzanillas y también Valdelomares.

El camino entre Lima e Ica era largo, duro y riesgoso. Para entonces, 1888, no cabía otro medio de comunicación que el caballo, la carreta, el coche o, lo más fácil y seguro, el vapor. Entre Pisco e Ica mediaban dieciocho leguas, que a buen andar representaban muchas horas, casi dos días de camino.

Más al sur de Pisco abría su enorme regazo la bahía de la Independencia, antiguamente de Paracas. Los transeúntes que iban de Lima se detenían en una modesta capilla junto a un pozo —El Pozo Santo— en mitad de la ruta entre Pisco e Ica. Los caminos lucían algarrobos, cactus, palmeras y negritos vestidos de blanco semejantes a pepas de pacae. Este predominio africano se iniciaba en Malambo, a la salida de Lima; se acentuaba en Cañete; se hacía

más denso en El Carmen; se bifurcaba en Chincha; se atenuaba en Pisco e Ica, para acrecer en Ocucaje, la hacienda favorita de Baco y de Cam.

Ica, capital del Departamento, poseía su propio puerto, su propia prehistoria, su propio santo patrono: el milagroso Señor de Luren.

Tierra de la "teja" almibarada, del "limón relleno" y del "pacae jugoso", tierra de bandoleros y terratenientes; de negros alzados y de seres peligrosos cautivos de sí mismos, los misteriosos chinos libertos que en determinada circunstancia ayudaron al invasor.

De noviembre a abril reinaba el estío que, tras una discreta visita de la brisa y de las lluvias, recrudecía en agosto, para hacerse ya sofocante en septiembre. Suelo del sol amado y por el sol castigado; tierra en desuello de sol, en sed permanente; rijosa de celo agrario.

La ruta terrestre estaba jalonada de amenazadoras señales. Cada señal recordaba a un difunto y obligaba a un rezo. En Tres Cruces se conmemoraba a tres infelices víctimas de los bandidos provenientes de Cerro Perico. En Cruz del Chino, se adoraba a un difunto de tal raza que sucumbió en una emboscada y dejó sus huesos como semilla de milagro. Nadie se aventuraba a ir solo por esa ruta, a caballo o en coche, sino llevando comitiva armada y pagando, de todos modos, el tributo de sendas limosnas a las ánimas de los asesinados.

El puerto de Pisco era el lugar de veraneo para las familias de Ica. Algunas preferían cocerse a fuego lento en Huacachina, gozando y olfateando sus aguas densas, curativas y malolientes. Desde los cerros que la rodean cubiertos de toñuces rebotaba el calor del arenal como una resonancia ineludible.

La ciudad había sufrido bajo la ocupación hasta hacía cinco años. Un lustro de angustias, ambivalen-

cias y agitaciones no es el mejor cicatrizante de heridas cívicas.

Entre 1883 y 1888 se sucedieron los gobiernos de Iglesias y Cáceres, la noche y el día; el político y el guerrillero; la aristocracia rural y el tropero de La Breña; la transacción inevitable y la audacia indeclinable; el bigote y las patillas; la cavilación y el somatén. Pese a mil errores del segundo, el pueblo fue cacerista hasta 1893. Ica era pueblo y también aclamó a Cáceres.

Por debajo de tales apariencias se desenvolvía un sano espíritu campesino. Las pasiones estaban en carne viva para atizarlas y orientarlas. Aquel año pronunció González Prada su famoso discurso del Politeama. "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra", dijo el bello y magnífico apóstol de cuarenta años, alto, erguido, claros los ojos, la tez blanquísima y la dicción tan tácita que, como altavoz, hubo de recurrir a la garganta de un joven auténtico a quien confió la resonancia de sus ideas.

Se vivía en plan de revancha; de patriotismo ardiente; de *vendetta* colectiva; de emoción a grito herido. El Perú necesitaba volcarse en palabras y actos, debía expresarse para reencontrarse. Los que nacieron entonces venían destinados a ser *gavroche* o Juan patriota. Tenía que ser así.

Entre 1888 y 1895, Ica experimentó, pues, los efectos de aquella crisis. ¿Qué crisis? Primero, la de permanecer fiel a la patria sin ser cacerista. Segundo, la de permanecer fiel al agro, sin regatearse al progreso. Tercero, la de ser agreste y a la vez parlamentarista.

Los Elías fueron liberales; uno de ellos, don Domingo, fundó el Colegio de Guadalupe en Lima; combatieron a Castilla; se hicieron de las "manos muertas" de los jesuitas; produjeron y mercaron algodón, oliva, aceite, higos, esclavos, mangos, plátanos, peras, li-

bertos, aguardiente, melaza, chancaca, hilados y vid. Pero sembrar y cosechar requiere capacidad de espera. Sólo espera quien confía. Sólo confía quien tiene fe. Sólo tiene fe quien tiene un Dios. Sólo tiene un Dios quien cree en su salvación. Sólo cree en la salvación el que no se fía en sus propias fuerzas. En la casa de los Valdelomar se creía, se confiaba, se esperaba.

Allá por 1891 los iqueños vieron partir hacia Lima a Víctor M. Maúrtua, zambo de dos metros de altura, gesto mortecino, labio superior largo. Era locuaz, estudioso, tremendamente osado. Iba directamente a afiliarse a la Unión Nacional de González Prada, ¡a conquistar la fama que no aguarda! Poco antes había partido también con ambiciones, silogismos y discursos, José Matías Manzanilla, achinado y sonriente como una Monna Lisa tropical. Ica se cargaba de presagios y rumores. De Nazca salían gritos de combate; de Palpa, los de somatén; de Chincha, los de apaciguamiento.

Allá por 1893 la playa de San Andrés de los Pescadores atraía al turista, absorbiéndolo con sus raros sortilegios marinos. En los alrededores de Pisco alzaba sus gruesas tapias la hacienda de Caucato. En ella crecía la familia Valdelomar oriunda de Ica. Era un clan apacible, regido por un padre severo.

Las circunstancias no eran favorables. Había que pelear. "Si alguien te zahiere, véncelo", era el consejo vulgar no siempre ejecutado. Abraham pensó en cumplirlo. Después recapacitó. Como resultado se adhirió al paisaje cual molusco a la piedra. Se lo llevó consigo como los caracoles cargan con su caparazón. El paisaje fue su nube y su lecho.

Pasaron los días. Abraham no volvería a Ica sino esporádicamente después de los veinticinco años de edad, prácticamente para cobrar ánimos y después para despedirse; para alistarse; para empezar a

morir. Pero, a pesar de azares y distancia, durante toda su existencia guardó indeleble la imagen de su infancia en la tierra nativa. Oigámosle evocar el puerto de Pisco, estrado de su niñez, guardián de sus insobornables inocencias y ternura. Tomamos el pasaje de la dedicatoria de *La aldea encantada*, libro que no llegó a aparecer con ese nombre. Va dirigido a su hermana Jesús, de la siguiente forma:

> ¡Cuán bello era nuestro pueblo en esos tiempos! Aquella alameda que estaba a la izquierda de la factoría, yendo hacia el pueblo, que se extendía al sur rodeada de grandes sauces añejos, por los cuales apenas se filtraba la luz del sol, a cuya sombra había un claro y pequeño remanso de verde transparencia, donde los bueyes y las ovejas deteníanse y bebían ávidamente el agua. Aquella casona derruida que llamaban la Aduana Vieja, delante de la cual arrastrábase como un reptil "el zanjón", casona que servía de mercado en las mañanas, de recreo a los de la escuela a toda hora y de plaza de toros los domingos. El muelle, el algado y monótono muelle que íbamos a pasear por las noches a la luz de la luna, en cuyo carrito, empujado por los hermanos mayores, llegábamos hasta la punta, y sentándonos alrededor del faro, oíamos, en el silencio marino, el chasqueo misterioso de las aguas, abajo, en las escaleras de fierro, mientras las lanchas panzudas y cadenciosas, danzaban gravemente al compás de la marea. . .chas. . .chas.
>
> Y la factoría, casa de calamina que era como un hospital donde curaban a las locomotoras y a los carros del tren, toda rodeada de fierros, de ejes rotos, que yacían como brazos mutilados, ruedas pesadas que envolvía la grama, despedazados carros en actitud de heridos, calderas que el moho

había carcomido, trozos de carbón y rieles paralelos y brillantes que trillaban el camino; al lado, un alto tanque de agua, que goteaba siempre, donde bebía la locomotora, y bajo el cual crecían espigaditos, como niños enfermos, maíces y trigos. Y la estación tan grande, pintada de blanco, con sus andenes de madera que temblaban cuando llegaba el tren de Ica, pujante y terrible, en medio de la calle que hacía la agrupada gente, y, al detenerse, descendían los pasajeros, llenos de tierra, y entre ellos, Canela, el viejo conductor, que traía siempre cartas o recados para nuestros padres.

En el pueblo, la Plaza de Armas, poblada de seculares ficus, verdes, coposos, protectores, que daban sombra y paz a los cansados, en sus banquitas de madera; la Iglesia, aquella antigua Iglesia de la Compañía, en cuyo frontispicio había dos dragones pintados, y detrás de la cual, un jardín tan misterioso y difícil de ver: el cementerio, tan triste con su solitaria avenida, blanquiza y salitrosa como el camino de la muerte; la Iglesia antigua y tapiada, nido de búhos, tema de leyendas, por cuyos agujeros se veía siempre la nave silenciosa y cubierta de tierra, la sacristía oscura, el bautisterio silencioso, y, en el fondo, el altar mayor, donde se desangraban los ladrillos de los muros, y el cochecito que hacía viajes entre el Pueblo y la Plaza, halado por dos mulos viejos y taimados, al sonar alegre de su campanita.[1]

La persistente imagen de la infancia reaparecerá una y otra vez en la obra literaria de Valdelomar. Como su tierra, ella será dulce, luminosa, tierna, sencilla, hecha de campo, mar, sol y de melancolía.

[1] A. Valdelomar, Dedicatoria de *La aldea encantada*. En *Vesperal*, Lima, 1916. Cfr. *Obra poética*, Lima, 1958, fs. 14.

II. "Y LA ALEGRÍA NADIE ME LA SUPO ENSEÑAR"

HEMOS dicho que Pedro Abraham Valdelomar y Pinto nació en Ica en 1888. Las dudas más acerbas —si las pudiera haber— surgen en torno del día de su natalicio: ¿16 o 27 de abril? Claro que no se trata de un dato esencial. Se puede ser buen o mal escritor naciendo en fecha distinta a la que la generalidad le asigna: suele ocurrir.

Según la partida de bautismo, "en esta Santa Iglesia Matriz parroquia de San Jerónimo de la ciudad de Ica", el cura interino Manuel Bao, certificaba que "el 4 de Junio de 1888" había:

> exorcizado, bautizado y puesto óleos y crisma a un niño de un mes diecinueve días a quien puse por nombre Pedro Abraham, hijo de Anfiloquio Valdelomar y de Carolina Pinto. Fueron sus padrinos Juan González y Hermelinda Carrasco.

Hechos los cálculos, el nacimiento habría ocurrido el 16 de abril; o sea el 4 de junio menos un mes y 19 días; pero no fue así: el escriba parroquial se equivocó según era uso; debió escribir: "con un mes y nueve días".

Frente a aquella perentoria afirmación surge la del propio Abraham, quien en dos ocasiones aclara la cuestión: primero, en la referencia cronológica que acompaña a su nombre en el índice de *Las voces múltiples* (1916); y segundo, en una nota de pie de página, inserta en los apéndices del tomo *El caballero Carmelo*. En la primera inscribe "(Ica, 27 de

Abril de 1888)"; en la segunda indica haber nacido "el 27 de Abril de 1890".[1]

Surgió así la duda; pero desvanecida ya, la fijación del 27 de abril no es desde luego obra de un escritor antojadizo, como sugiere el señor César Ángeles Caballero,[2] sino que proviene del propio interesado y de la fecha del santo del natalicio pues fue uno de los Pedros del santoral: San Pedro Armengol, y tiene todos los visos de exactitud por cuanto no es dable que nadie altere el día de su nacimiento; en cambio es frecuente que muchos cambien el año, como sería el caso.

Según la partida de bautismo estaría correcta la fecha del 16 de abril de 1888. La primera gran objeción contra ella proviene, según se ha dicho, del mismo escritor.

En 1918, Alberto Hidalgo publicó un elogioso reportaje a "El Conde de Lemos" en el que lo presenta como de 32 años. Valdelomar reproduce el artículo de su amigo poeta, con una nota de pie de página de *El caballero Carmelo*, nota en la que textualmente se confiesa de 28 años, o sea como nacido el 27 de abril de 1890. He aquí el texto:

> ¿Treinta y dos años? Mi buen Hidalgo, mi ilustre quechua, mi querido poeta: yo nací el 27 de abril de 1890; tengo, pues, veintiocho. Que la historia no se confunda.

(En realidad tenía treinta, no treinta y dos ni tampoco veintiocho.)

[1] Cfr. Ricardo Cheesman, Prólogo a Valdelomar, *Obra poética*, Lima, 1958. Cfr. Valdelomar, *El caballero Carmelo*, Lima, 1918, Apéndice, p. 26.

[2] Cfr. Ángeles Caballero, *Valdelomar, vida y obra*, Ica, 1964, p. 14.

Agreguemos como se ha dicho, que Valdelomar recibió en la cuna el nombre de Pedro, además del de Abraham, por cuanto el 27 de abril es día de San Pedro Armengol. La edad que se adjudicó en la nota aclaratoria de 1918 concuerda con su primera matrícula en San Marcos el 19 de abril de 1905, donde dice: "Abraham Valdelomar, natural de Ica, de 15 años de edad, hijo de Don Anfiloquio Valdelomar y de Doña Carolina Pinto." [3]

Sustraigamos: 1905, menos 15, igual a 1890. Sin embargo, la matrícula del año 1910 rectifica la cronología anterior. Es del 19 de julio de 1910 y dice: "Pedro Abraham Valdelomar, de 22 años de edad, hijo de Don Anfiloquio Valdelomar y Doña Carolina Pinto", etc.

Sustraigamos: 1910, menos 22, igual a 1888. Frente a estos datos caben algunas otras sencillas consideraciones:

a) Valdelomar amaba la ficción y gustaba de parecer más joven, más blanco, más elegante, más aristocrático de lo que era; esto explicaría la pretendida reducción de dos años;

b) Dadas las mismas circunstancias, Valdelomar habría preferido nacer el 16 y no el 27 de abril, por ser aquélla la fecha del Inca Garcilaso, de Cervantes y de Shakespeare;

c) No es admisible que un libro parroquial de 1888 registre nacimientos ocurridos después;

d) La familia del artista y su novia Consuelo Silva Rodríguez señalan el 27 de abril como el del onomástico. Consuelo agrega que ella, nacida en 1892, era tres años menor que su novio: en realidad eran cuatro;

[3] Libro de matrículas de la Facultad de Letras de la UNMSM, 1896, 1908, t. 16 y p. 154.

e) Los amanuenses de parroquia eran poco hábiles en ortografía y aritmética: sus errores son frecuentes, innumerables. A menudo confundían los datos: aquí 19 días debían ser 9 días y la cuenta saldría exacta;

Conclusión: Abraham nació, pues, el 27 de abril de 1888.

Los padres de Valdelomar fueron, según dijimos, don Anfiloquio Valdelomar y doña Carolina Pinto; él era agricultor y empleado de aduana, pero no de Caucato como se ha afirmado. En cuanto a sus ancestros disponemos de nueva información.

Por investigaciones recientes se sabe que Diego Valdelomar y Pacheco, sobrino del penúltimo virrey don Joaquín de la Pezuela y Sánchez (o de la Pezuela y Valdelomar, dice Díaz Falconi),[4] es el primer antepasado del escritor en el Perú. Don Diego se había casado dos veces: de su primer matrimonio nacieron Carmen, Luisa y José de la Rosa Valdelomar y Quintana; del segundo, que fue casado con María Fajardo, nacieron Gertrudis, Anfiloquio, Balbina, Cesárea y Manuel José.

Cuenta Díaz Falconi, a tenor de los documentos que habría compulsado, que don Diego "poseía en Ica la hacienda llamada San Miguel" y que a su muerte, su hijo José de la Rosa, único varón del primer casamiento, posesionose de todos los bienes. Como refrenda el propio Abraham (citado por Díaz Falconi), no hubo, a causa de tal suceso, separación entre la familia de los Valdelomar Quintana y los Valdelomar Fajardo; los nietos descendientes de María Fajardo, solían visitar San Miguel que estaba en manos de los Valdelomar Quintana.

[4] Julio Díaz Falconi, *La dimensión del recuerdo en Valdelomar*, Univ. de San Cristóbal de Huamanga, Fac. de Educación, 1965 (ed. mimeografiada), p. 1.

Anfiloquio Valdelomar Fajardo nació en 1847. No recibió herencia alguna a causa de la altanería de su medio hermano José de la Rosa; la modesta riqueza que levantó con su esfuerzo la perdió durante la guerra del Pacífico (1879-1883). Ocupada Lima por los chilenos, don Anfiloquio Valdelomar Fajardo regresó a Ica. Ahí residiría en la casa número 286 del Jirón Arequipa que es en donde nació Abraham, cuatro o cinco años después, en 1888, según se ha dicho.

¿Cómo era el padre de Abraham? Él lo describe así: "Mi padre que era empleado en la Aduana, tenía un hermoso tipo moreno. Faz tranquila, brillante mirada, bigote pródigo. Los días de llegada de algún vapor vestíase de blanco."

En un verso de ese tiempo decía Valdelomar: "Mi padre era callado." [5]

De la madre dijo siempre, en prosa y verso, que era "dulcemente triste", o sencillamente "triste".

Don Anfiloquio era en 1892 empleado en la aduana del puerto de Pisco. La prole habida de su matrimonio con Carolina Pinto (que debió datar de 1876 aproximadamente) tomó como residencia la caleta de San Andrés de los Pescadores, inmediata a dicho puerto, según lo evoca el escritor en uno de sus cuentos. Abraham tenía entonces cuatro años:

> Yo era el sexto de mis hermanos; nací algunos años después de la guerra, mi padre no tenía trabajo y para buscarlo se había alejado a otros pueblos. Tendría yo seis años, y el mayor de mis hermanos dieciocho, y vivíamos en una casita donde el único objeto extraño a las paredes y a los techos, el único mueble, el único menaje era un

5 Cfr. Valdelomar, *Los ojos de Judas*, 1914. Cfr. *El caballero Carmelo*, Lima, 1918.

ñorbo que se enredaba en el corral y a donde se reunían al amanecer, para cantar, los gorriones.

Los hermanos Valdelomar Pinto se llamaban: Roberto (nacido en 1877), Anfiloquio (en 1879), Ana, José, Rosa, Abraham (1888), Jesús, Héctor y María.

Precisando, paradójicamente, con la inevitable vaguedad poética de una evocación literaria, el propio Valdelomar describe la ruta de sus primeros años:

> Yo soy aldeano y me crié a orillas del mar viendo mis infantiles ojos, de cerca y permanentemente, la naturaleza. No me eduqué en los libros, sino en el crepúsculo. Mi profesor de religión fue mi padre, y lo fue después el firmamento. Mis maestros de estética fueron el paisaje y el mar; mi libro de moral fue la aldehuela de San Andrés de los Pescadores, y mi única filosofía la que me enseñara el cementerio de mi pueblo. Yo dejé el pueblo amado de mi corazón a los nueve años.[6]

[6] Abraham Valdelomar, "De natura rerum", art. en *La Prensa*, Lima, 26 de marzo, 1917. Escrito este libro, ha llegado a mis manos un valioso trabajo de análisis estilístico sobre *El caballero Carmelo*, en una de cuyas notas, la número 15, al capítulo IV, se insiste en la predilección de Valdelomar por el crepúsculo (vespertino), lo cual también ha sido señalado por Maureen Ahern. Cfr. Armando Zubizarreta, *Perfil y entraña de El caballero Carmelo*, Lima, Universo, 1968, p. 176; Maureen Ahern, "Mar, magia y misterio en Valdelomar", en *Sphynx*, número 13, Lima, 1960. De paso, Zubizarreta incurre en un leve, pero repetido error al dar como apellido materno de Ricardo S. Vegas García, el de Castillo, confundiéndolo con Manuel Vegas García Castillo, cronologista, no adicto a la literatura. También me parece que considera (p. 180) a Jesús como la hermana menor de Abraham, habiéndolo sido María. Cfr. Díaz Falconi, op. cit.; Valdelomar, "Brillantes inconexiones estéticas", en *Fénix*, núm. 15, Lima, 1968.

Olvidando momentáneamente la extraordinaria belleza y frescura de esta penetrante y sentida evocación de su niñez, recojamos con lamentable prosaísmo el dato exacto: "Yo dejé el pueblo amado de mi corazón a los nueve años", es decir en 1897, dos años después del triunfo de la coalición cívico-demócrata, o sea del triunfo de Piérola.

La familia pasó entonces a Chincha, donde Abraham siguió sus estudios de primaria. Los de secundaria los iniciaría en Lima en 1900. Ello querría decir que principió sus estudios de primaria en Pisco, o que los realizó en su casa, lo cual no era raro entonces; que su padre tenía relaciones cordiales con algunos pierolistas influyentes, tal vez con Guillermo E. Billinghurst, cuya amistad frecuentarían más tarde tanto el padre como los hijos durante el periodo de 1912-1914. Billinghurst permaneció al lado de Piérola desde 1881 hasta que rompió con él antes de que terminara el periodo presidencial de su jefe y caudillo; la ruptura se debió a la herencia política de aquél. Billinghurst pretendió ser el sucesor de Piérola y se opuso al arreglo de éste con Romaña, a quien, con toda razón, consideraba un enemigo natural de Piérola y del Partido Demócrata o pierolista y demasiado cerca del clericalismo y los civilistas. El vaticinio de Billinghurst está justificado por la historia.

Desde 1897, o sea a los dos años del triunfo de la Coalición, la familia Valdelomar-Pinto residía en Chincha, a pocos kilómetros al sur de Pisco. Parece que don Anfiloquio trabajaba en una panadería con un sueldo de quince soles al mes, lo cual no era ni mucho ni poco: era un salario corto, pero no paupérrimo. Veinte años después, pagaban cinco soles por artículo periodístico al propio Abraham, o sea cien veces menos que hoy, y hoy se paga probablemente doscientas veces más que en 1897.

Abraham fue matriculado en la Escuela Municipal No. 3 de Chincha. Tres años más tarde, en 1900, la familia decidió mandarlo a Lima para que Abraham cursara la secundaria en el Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe.

Hemos tratado de reconstruir la vida de Valdelomar en el viejo y aguerrido Guadalupe. Era éste un colegio significativo. En él se reflejaban el pensamiento y las tendencias básicas de la sociabilidad peruana. No olvidemos que Guadalupe fue establecido por Domingo Elías, liberal iqueño (liberal y terrateniente como solía ocurrir) y que don Sebastián Lorente, liberal español, exiliado por los conservadores de su patria, se encargó de engrandecerlo. Tampoco olvidemos que los Gálvez de Cajamarca, paradigmas del liberalismo decimonónico, se atrincheraron en Guadalupe para resistir a los conservadores carolinos que seguían a don Bartolomé Herrera.

Los provincianos buscaban en Guadalupe la anti-Lima (no "Lima, la horrible", estúpida denominación, fruto de un despecho precoz e irremediable). Valdelomar, en sus once años tempraneros y voraces, se adhirió a su plantel como la hiedra a las columnas fundamentales del hogar.

En aquel tiempo la secundaria constaba de seis años; a partir de enero de 1902 quedaría reducida a cuatro, según la "Ley Deustua", con la cual se creó la obligatoriedad de los dos años preparatorios de Letras o Ciencias en la Universidad para seguir las profesiones de abogado o médico, respectivamente.

En 1900 Abraham aprobó el primer año de media; en 1901 el segundo. No concurrió al colegio en 1902, precisamente el año en que tuvo lugar la reforma. En 1903 cursó el tercer año, ya dentro del nuevo plan de cuatro. En 1904 cursaría el cuarto año: tenía dieciséis.

¿Quiénes fueron los maestros secundarios de Valdelomar? ¿Quiénes sus condiscípulos? Comencemos por los segundos.

De la revisión del Archivo de Actas de Exámenes y de la Memoria del Director de Guadalupe, correspondiente a 1904, obtenemos la siguiente información al respecto.

Podemos afirmar que, por lo menos desde 1903, uno de sus compañeros de clase fue el fino y aristocrático piurano Felipe Cossío del Pomar, nacido en 1889, un año después que Abraham. Felipe era elegante, buen mozo, esteta, de ojos ávidos, voz suave, ademanes corteses e inteligencia clara. Otro de los condiscípulos fue Santiago Antúnez de Mayolo (de Ancash), nacido en 1889: muchacho inquieto, moreno, imaginativo, carne de científico, sabio futuro. Mario Casós, limeño, hijo del famoso político, novelista y orador Fernando Casós. Mario sobrevive a su generación hasta el momento en que escribo estas líneas (1968); fue bohemio en París, zuavo en el Vaticano, *bonvivant* en Lima. Cuenta ochenta años. Igualmente Ciro Napanga Agüero, huancaíno, de vigorosa vocación de naturalista. Eulogio Castillo (de Lambayeque), muchacho agresivo, enteco, ágil y taciturno; acabaría siendo militar, miembro de la Junta de Gobierno de 1931, y traicionando a su protector Augusto B. Leguía, también lambayecano. Otro condiscípulo de Abraham fue el apuesto adolescente Enrique Basadre Pastor, hijo del médico moqueguano Enrique C. Basadre y de mi tía la bellísima Narcisa Pastor, viuda de Natalio Sánchez, mi tío abuelo y héroe de la batalla de Miraflores.

Es curioso, Felipe Cossío, Enrique Basadre y Abraham fueron dados a la elegancia y al sibaritismo: eran buenos mozos y costeños; Antúnez y Napanga preferían la ciencia: eran feos y serranos. De Castillo mejor es no hablar.

Ahora recordemos a los profesores:

Quizás el más influyente por su prosapia, su cultura, su curiosidad y su elegante cinismo fue Luis Varela y Orbegoso, que en las columnas de *El Comercio* popularizó el seudónimo de "Clovis". Varela era hijo del magistrado Felipe Varela y Valle, vástago de antiguo linaje virreinal, y de doña Rosa Orbegoso y Riglos, una de las más bellas, aristocráticas, finas y controvertidas limeñas de fines del XIX y comienzos del XX. "Clovis" enseñaba historia y geografía. Era un hombre de refinado gusto y de pocas inquietudes donjuanescas. "Clovis" permaneció fiel a la memoria de su amado discípulo hasta su muerte, acaecida en 1930, once años después de la de Valdelomar.

Rodolfo Zavala y Leopoldo Cortés enseñaron a Abraham el culto del idioma. Don Rodolfo era mi vecino. Habitaba en una casa de la calle de Monopinta, casi al llegar a la de Quilca. Era empedernido célibe y voracísimo lector. Tenía un lindo y pequeño jardín entre la calle y el corredor de su sala. Allí instalaba su mecedora, se mecía y se enfrascaba en sus terribles libros. Don Rodolfo tenía un aspecto quijotesco: alto, magro, de barba gris y corta encuadrándole el rostro enjuto; los ojos profundos; la sonrisa fácil aunque tuviera el aire severo; sus piernas eran largas y flacas; el chaqué rabicorto y verdoso. Tenía dos canarios, una lora, un gato y su soledad.

Leopoldo Cortés, al contrario, respiraba o traspiraba vitalidad. De ojos enormes y verdes, bajo una ceja de arco perfecto; usaba un bigote felino para ocultar la sonrisa diabólica, sobre todo cuando bebía más de la cuenta, lo que ocurría con frecuencia. Solía caminar con las manos cruzadas a la espalda. Vestía con acicalamiento. Estaba casado con una hermosa mujer de apellido Gómez Carrillo; habían

procreado varios y apuestos hijos e hijas. Escribía editoriales en *El Diario*, periódico oficial durante el primer gobierno de Leguía (1908-1912). Su estilo era conciso y cabal.

Uno de los profesores de matemáticas de Abraham se llamaba Enrique Guzmán y Valle, a quien los muchachos apodaban "Pajarito" por su flacura, delicadeza y fragilidad. El otro profesor de matemáticas era el doctor Artidoro García Godos, hombre exigente y brusco, la antípoda de Guzmán y Valle.

En historia, el Colegio de Guadalupe sufría la imperiosa férula de don Manuel Marcos Salazar y de su hijo Constantino. Don Manuel Marcos usaba una perilla muy napoleónica (de Napoleón III, se entiende); unas gafas de Merlín; unos ojos de endemoniado y un método de Maestro Ciruela. El hijo, Constantino, era menos movedizo, aceitoso y blando. Se gastaba una sotabarba o papada digna de un cardenal. Solía caminar como abanicándose. Miraba al sesgo. No era raro que llevara una o dos paltas en la mano, como para inspirarse. Padre e hijo conocían sus textos de memoria; así los recitaban. El texto de Gustave Le Bon, oratorio y sonoro, gozaba de todas sus complacencias.

Para coronar aquella heteróclita pirámide magisterial, pondremos en la cima al "Mono" La Barrera, clásico entre los clásicos profesores de idiomas del medio Perú. El "Mono" La Barrera parecía escapado de una ilustración de *El origen de las especies* de Darwin. Usaba patillas blancas a la española, abiertas en las mejillas dejando libre el mentón; y hablaba saltando como un simio, sobre todo para reforzar el empleo de ciertos verbos, por ejemplo, *to jump*.

La impronta de ese grupo de profesores, casi todos finos, y todos muy capaces, se grabó indeleblemente en el ánimo del adolescente iqueño. Me atrevería a decir que ellos le formaron tanto como la madre,

el mar, la brisa, la paraca, los gallos, la pesca, las leyendas, los fantasmas y los acróbatas de la infantil playa de San Andrés de los Pescadores; del frutal Caucato; de la eglógica Chincha; de la apacible y cálida Ica. Naturaleza y lección humana se dieron cita en aquel muchacho sencillo, curioso, delicado, imaginativo y sensual; el resto lo hicieron la universidad, la redacción, los libros, los fumaderos, los viajes, las plazuelas y la vida.

No adelantemos demasiado.

¿Cuáles fueron los cursos o asignaturas más fáciles y más difíciles para Abraham? Debo recordar aquí algo que dije a propósito de Chocano: "El poeta fue el mejor alumno de álgebra de su generación."

Un examen primordial de las calificaciones que obtuvo Abraham durante su permanencia en la sección secundaria del Colegio de Guadalupe puede ofrecer una idea acerca de sus curiosidades y tendencias. Los hemos recogido de las Actas de Examen.[7]

La escala de entonces iba de cero a veinte; el aprobado era el 11 y el sobresaliente el 17. En el primer año, 1900, las calificaciones de Valdelomar fueron:

Gramática castellana	14
Latín	11
Geografía	10
Historia de Oriente	12
Francés	10
Aritmética demostrada	12

De este cuadro se desprenden varias contradicciones: precisamente en aquello que Valdelomar amaría más (la naturaleza, la geografía y el francés) fracasó, lo cual podría indicar que recibió mala enseñanza.

[7] L. A. Sánchez, *Valdelomar, ¿mal estudiante? Y un poema inédito*, Lima, Lib. Mejía Baca, 1966, pp. 8-9 (edición restringida de 300 ejemplares).

De hecho, como artista, Abraham amaba el paisaje, la cubierta de la tierra: debieron —como se debe— introducirlo en su médula por medio de su envoltura. Del francés amó siempre la *souplesse* y la *nuance* (el matiz); le chocó la rigidez de la gramática.

Durante el segundo año de secundaria (1901) sus notas fueron como sigue:

Geografía de América y Europa	12
Geografía del Perú	11
Aritmética demostrada	11
Gramática castellana	11
Álgebra	11
Geometría plana	16

Corresponde 1901 a sus trece o catorce años de edad, o sea a la pubertad, época de indecisión, perturbada y perturbadora. Se define su vocación por las artes plásticas a través de la geometría plana.

En el tercer año, cursado en 1903, ofrece el siguiente cuadro de calificaciones:

Gramática castellana	11
Filosofía elemental	11 (No se presentó a la prueba final)
Historia de la Edad Media	12
Álgebra (de cargo)	03
Geometría del espacio	14
Trigonometría (promedio)	14 (No rindió examen final)
Física	17
Historia del Perú	17
Alemán	11
Mecánica	11
Historia natural	13

A los quince años ya está definiendo su vocación: habilidad plástica, vocación a lo legendario, amor a las formas y a los hechos matemáticos y poéticos de la Física y la Historia natural.

En el último año (1904) los resultados fueron los siguientes:

Música	15
Matemáticas	14
Ciencias naturales	12
Dibujo	12
Física	11

El adolescente Valdelomar se ha estabilizado intelectualmente. Vale anotar que sus dos profesores de dibujo, Antolín Robles y Enrique Góngora, usaban lápiz y tinta china; no tuvo maestro en colorido. Tampoco, llegado el caso, empleará otros colores que el blanco y el negro, bien sea usando la tinta china, el *crayón* o la *gouache*.

La escuela imprime carácter. Durante su permanencia en Guadalupe, Abraham se asocia a uno de sus condiscípulos, también de origen iqueño, Manuel A. Bedoya, y funda con él la revista titulada *La Idea Guadalupana*.

Corría 1903. Bedoya pertenecía a una recia familia cacerista. Era un mozallón robusto, más bien gordo, blanco, de labios abultados, frente alta, andar de plantígrado, mirada escrutadora, trompeador y vociferante. Le gustaban las palabras exóticas y los insultos nativos. Tenía la misma edad de Valdelomar. Escribía con rabia y pasión. Acabaría firmando "El Primo Basilio" y publicando dramas truculentos y novelas policiales. Bedoya era el color; Abraham, el matiz. Así juntaron en dos vidas paralelas el inolvidable precepto de Verlaine en su *Art Poétique: "Pas de la couleur, tout de la nuance."*

III. "LA CAPA DEL ESTUDIANTE..." (1904-1912)

UNA DE las facetas menos conocidas de Valdelomar es la de estudiante universitario. Se sabe, y se repite, que en 1912 formó un club político a favor de la candidatura presidencial de don Guillermo E. Billinghurst, de quien fue una especie de secretario privado y gran propagandista. Pero lo demás queda absolutamente en la penumbra. Con la eficaz cooperación del personal del Archivo Central "Domingo Angulo" (de la Universidad Mayor de San Marcos, que dirige el historiador Carlos Daniel, y con la de Willy Pinto Gamboa, gran valdelomarólogo), he logrado obtener los datos que en seguida reproduzco y enlazo, a fin de que el lector obtenga una visión más adecuada de lo que Valdelomar fue en la Universidad y lo que ésta significó para él.

Muchacho precoz, al terminar su secundaria a los dieciséis años, resolvió matricularse en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, como era natural. Sólo que, según suele ocurrir en tales casos, la información que sobre sí mismo proporcionó al matricularse no era exacta, y choca con otra que presentó al matricularse de nuevo cinco años más tarde.

De la primera matrícula fluiría que Abraham había nacido en 1890 como él gustaba afirmar falsamente en 1918; de la segunda, resulta restablecido el año preciso: 1888.

He aquí cómo se presenta, por intermedio de su hermano Anfiloquio, a la primera matrícula en la Facultad de Letras de San Marcos:

Abraham Valdelomar, natural de Ica, de 15 años de edad, hijo de don Anfiloquio Valdelomar y de doña Carolina Pinto, domiciliado en la calle Pajuelo 92, queda matriculado en los cursos de Filosofía subjetiva, Literatura antigua, Literatura castellana, Historia de la civilización antigua e Historia crítica del Perú pertenecientes al primer año de esta Facultad. Lima, 19 de abril de 1905.[1] (Firmado) P. Abraham Valdelomar, A. Valdelomar. Pagó derechos. (Firmado) Villagarcía.[2]

El firmante en esa ocasión, repito, pudo haber sido Anfiloquio, el padre, o Anfiloquio Valdelomar Pinto, hermano mayor de Abraham.

El secretario firmante, Villagarcía, era el doctor Adolfo Villagarcía, abogado, catedrático, secretario de la Facultad, también natural de Ica, y más tarde vocal de la Corte Suprema de Justicia y catedrático de Filosofía antigua.

Valdelomar no aprobó los cursos del primer año de Letras. Lo había ganado por completo el ambiente periodístico. Así, entre 1906 y 1910, se dedica a dibujar; al mismo tiempo empieza a escribir: *Contemporánea, Monos y Monadas, Cinema, ¿Está Usted Bien?, Siluetas, Ilustración Peruana,* o sea las revistas de esa época, que acogen numerosos dibujos, caricaturas y poemas del joven iqueño, quien sólo en 1910, después de una tregua de cinco años, decide

[1] El 19 de abril de 1905 tenía exactamente 16 años, 11 meses y 22 días.

[2] *Libro de Matrículas* de la Facultad de Letras de la UNMSM, 1896-1908, vol. No. 167, p. 154. Los datos sobre la Universidad los debo al Dr. Carlos Daniel Valcárcel, director del Archivo "Domingo Angulo", de la Universidad de San Marcos.

reanudar sus estudios universitarios, según consta del siguiente asiento:

> *Pedro* ABRAHAM VALDELOMAR, natural de Ica, de veintidós años de edad, hijo de don Anfiloquio Valdelomar y de doña Carolina Pinto de Valdelomar, domiciliado en la plazuela de la Penitenciaría, 1159, queda matriculado en el Primer año de Letras y en los cursos de Civilización moderna, Filosofía objetiva, Filosofía moral, Sociología, Literatura moderna e Historia crítica del Perú, correspondiente al Segundo año. Lima, 9 de julio de 1910. (Firmado) *P. A. Valdelomar*. No. 118. Recibo No. 202, de la Tesorería. (Firmado) Pedro López Aliaga.[3]

De aquí se desprende que Valdelomar rindió sólo algún (o ningún) examen en 1905, y que en 1910 se le agregaron a las ya pendientes cinco asignaturas más. Consta también que esta segunda matrícula la hizo con notorio atraso, pues el año académico empezaba el primer lunes de abril posterior a la Semana Santa. En descargo podría afirmarse que, en aquel tiempo, Abraham había sentado plaza de soldado en el Batallón Universitario, a causa del súbito conflicto bélico con Ecuador. Durante el acuartelamiento en el norte escribió las crónicas *Con la argelina al viento*,[4] dedicadas a Rafael Belaúnde, su condiscípulo, que le valieron un galardón del Municipio de Lima. Es probable que la compañía de Riva Agüero, Juan Bautista de Lavalle, Felipe Barreda y Laos, José Gálvez, Raymundo Morales de la Torre, Óscar Miró Quesada,

[3] *Libro de Matrículas*, cit. Vol. 168, 59.

[4] Son doce crónicas: diez aparecidas en *El Diario* entre el 14 de abril y el 18 de junio de 1910 y dos en *La Opinión Nacional*.

Rafael Belaúnde, Constantino Carvallo, en el vivac, le inspiraran el deseo de volver al redil universitario, pero... con muy poco éxito.

Las crónicas del vivac acusan cierta frivolidad contagiosa. El joven recluta considera su acuartelamiento como una kermesse. Aprovecha la franquicia que le ofrece su diario para referirnos anécdotas pintorescas, algunas de ellas picantes, casi todas rebosantes de sano regocijo, de ingenua bohemia. Las figuras de sus compañeros de batallón, los hechos y dichos de aquella pléyade, así como las ocurrencias de los instructores, jóvenes alféreces y tenientes, cubren por completo toda sensación de acritud, de peligro y de sacrificio. Valdelomar aparece en *Con la argelina al viento* como un muchacho curioso y travieso, de buen gusto, dueño ya de una expresión directa y armoniosa, que dice lo que quiere decir con las palabras de su agrado, sin alambicamientos, sin retorceduras, sin erudición indigesta, sin rencor patriota, sin declamaciones ni diatribas contra los potenciales enemigos del otro lado de la frontera. Ello explicará, pocos años más tarde, la fraterna amistad que lo unirá a los poetas del Guayas de la "Generación decapitada" y la imitación ceñida de que fue objeto en muchas de sus poses por parte de Medardo Ángel Silva, el malogrado poeta suicida de *El árbol del bien y del mal.*

Al año siguiente, 1911, hallamos otra matrícula en la que ni siquiera se ha alterado la edad de 22 años; tampoco han variado los cursos de 1910, los cuales quedan especificados así: "Sicología y Lógica, Literatura castellana, Civilización antigua (del Primer año), Historia crítica del Perú, Literatura moderna, Civilización moderna, Pedagogía y Estética."

Es posible que existiera un entredicho entre el joven estudiante y el implacable y magnífico profesor

de Filosofía, Deustua; con el festivo profesor de Literatura castellana, el sanchopancesco doctor Manuel B. Pérez, y con el cíclico y caprichoso don Manuel Marcos Salazar, catedrático de Civilización antigua y moderna.

Para el buen orden del relato y una mejor comprensión de esta personalidad "sencilla y complicada", según el verso de Darío, conviene recordar que a los dieciséis años (tentativamente hacia 1904), al concluir su secundaria e ingresar a la Universidad, había escrito una novela corta, titulada *Yerbasanta,* de tono y manera diferentes a las que publicaría en 1910 y 1911, pero bastante semejante a los mejores cuentos (también probablemente de fecha muy anterior a su edición, 1911 y 1912), por su ambiente aldeano y su contagiosa ternura doméstica. La dedicatoria de la novela, llena de evocaciones y colorido, dice:

> Novela pastoril, escrita a los diez y seis años, en mi triste y dolorosa niñez, inquieta y pensativa, que exhumo en homenaje a mi hermano José.

Es un relato poético, semejante a algunos que en esos días publicaban Gregorio Martínez Sierra y Ramón del Valle Inclán, apretados de sentimientos místicos, de sollozante recordar, de juventud, inocencia y melancolía; y, además, teñidos por un aniego de muerte, ubicuo personaje, sensación plural que, como una maldición, desde entonces baña todos los intersticios del alma de Valdelomar, en su adolescencia, hasta llegada la hora de su muerte, sin haber terminado su juventud.

En 1911 también escribe el drama en dos actos *El vuelo,* sobre la tragedia de Carlos Tenaud, un aviador que murió en Lima, después de larga parálisis ocasionada por la caída de su aeroplano, de su Bleriot. ¡Terrible premonición!

La tercera matrícula de Valdelomar en San Marcos está fechada el 17 de abril de 1911.[5] Ha desaparecido, de la firma del alumno, el nombre de Pedro; ahora escribe "Abraham Valdelomar" a secas. Sigue habitando en la plazuela de la Penitenciaría, donde lo visité muchas veces entre los años de 1917 y 1918.

El 24 de mayo de 1912, Valdelomar se matricula por cuarta vez en la Facultad de Letras, siempre en los mismos cursos, o sea, que en 1911 no había rendido examen alguno. En esta ocasión, 1912, firma por él Luis G. Rivero, poeta lírico, también iqueño, muy entusiasta de las letras a quien conocí y traté largamente en la Universidad y fuera de ella. En esa oportunidad Valdelomar confiesa tener los 23 años, haber nacido en 1888. Su alojamiento también ha variado de nombre: "Calle del Sauce No. 628."[6]

La quinta y última matrícula, la de 1913, se limita a señalar que tiene 24 años y que reside en la calle de Núñez número 145. Esta dirección no corresponde a su casa, sino a la Imprenta del Estado que él dirigía y donde se editaban *El Diario* y *El Peruano*, periódico oficial del que también era director Valdelomar. Agrega el documento que Valdelomar queda "matriculado en los cursos correspondientes al Primer y Segundo año", lo cual echaría por tierra la optimista suposición de que hubiese aprobado alguna asignatura, pero a su vez esta inscripción no concuerda con el texto de la tercera matrícula. Para aclarar más esta irregular situación universitaria de Valdelomar, tengo a la vista una solicitud suya, firmada en unión de otros alumnos, para que no se les tomaran en cuenta sus faltas de

[5] Cfr. *Libro de Matrículas*, cit. Vol. 168, p. 85.
[6] Cfr. *Libro de Matrículas*, Vol. 168, p. 123.

asistencia a la Facultad (1910).[7] Tal petitorio se justificaba con creces en el caso particular de nuestro personaje, pues los informes que quedan acerca de su paso por las aulas de San Marcos lo señalan como un inasistente contumaz. Veamos algunos hechos:

En el primer año de Universidad, el de 1905, Valdelomar no presentó ninguna de las composiciones exigidas en el curso de Civilización antigua, y faltó a clase dieciséis veces. No se presentó a exámenes. Más tarde se aviene a desarrollar un tema sobre "La China". En Literatura antigua no presentó ningún trabajo; faltó 74 veces, o sea todo el curso y no se presentó a examen. Tampoco se presentó a examen en Literatura castellana, aunque desarrolló el tema "Luis Vélez de Guevara". En Literatura moderna, sobre una escala de diez, obtuvo la nota 01 (p. 1031, vta. libro cit.); mejora un poco en 1911: le califican con 03 y le registran 17 faltas de asistencia. En el curso de Moral alcanza una alta nota: 09 sobre 10, sólo falta 4 veces. En Sociología su nota es: cero. En Pedagogía lo califican como "insuficiente" y falta 22 veces. Cero es su nota final de Civilización antigua al terminar el año de 1911. En Historia crítica del Perú y en Filosofía objetiva: 01. Hasta aquí el prontuario oficial del alumno sanmarquino, natural de Ica, Abraham Valdelomar.

Recapitulemos: Matriculado cinco veces en los mismos cursos, sólo alcanza a aprobar el de Moral y a desarrollar dos temas: uno sobre "La China" y otro sobre "Luis Vélez de Guevara", el supuesto autor de *El diablo cojuelo.* Pueden desprenderse de estos tres últimos datos algunas inferencias realmente útiles.

[7] Ver: Facultad de Letras, *Libro de Notas y Solicitudes*, 1910, Vol. 253, p. 324.

Valdelomar perteneció al estudiantado sanmarquino desde 1905 (con un eclipse 1906-1909 inclusive) hasta 1913. Esta última fecha corresponde al apogeo de su fugaz acción política como "capitulero" estudiantil de Billinghurst.

El regreso de Valdelomar a San Marcos tuvo sin duda propósitos políticos. Ya entonces solía utilizarse al estudiantado con fines de proselitismo de esa índole. No hacía mucho, en 1911, habíase producido un caso palmario al respecto. El catedrático interino de Historia del Perú, José de la Riva Agüero y Osma, publicó en *El Comercio* un artículo criticando acerbamente la conducta del primer gobierno de Leguía. Riva Agüero fue detenido. Contra esa detención se levantó bulliciosamente el estudiantado de San Marcos, organizaron un mitin, no respetaron al ministro de Gobierno, don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal, y finalmente, apoyados por la mayoría de la Cámara de Diputados, cuyo líder era el doctor José Matías Manzanilla (otro iqueño), catedrático de San Marcos, se obtuvo un voto de censura y la consiguiente caída del ministro.

Signo auspicioso. Por eso en 1913, después del triunfo de Billinghurst y siendo ya director de la Imprenta del Estado y de *El Peruano*, resolvió re-matricularse. Conviene aquí recordar algo que tal vez no fuera simple coincidencia, sino un propósito determinado: José Santos Chocano recibió, al triunfar la Coalición en 1895, el mismo nombramiento que diecisiete años más tarde recibiría Abraham al ser electo Billinghurst.

Ya en 1918, una activa e infructuosa campaña había lanzado a Valdelomar para ser electo presidente del Centro Universitario en el que habían sobresalido Lavalle, Prado, Concha, Belaúnde, la crema del civilismo y el neocivilismo limeño o alimeñado. Un grupo de provincianos y clase media anticivilista

rodea al pertinaz y poco cumplido estudiante de Ica.

Le salió al frente un grupo limeño cuyo liderato ejercía Alberto Ulloa Sotomayor, hijo del director de *La Prensa*, adversario al billinghurismo.

Ulloa sostenía la necesidad de cerrar el paso a la política militante entre los universitarios. La polémica llevó la sangre al río. El 11 de mayo de 1912, Ulloa Sotomayor publicaba en *La Prensa* un artículo contra la tendencia que representaba Valdelomar. Los amigos de éste reaccionaron acremente.

En una carta fechada el 12 de mayo encomendaron a Abraham, que no quería otra cosa, la ingrata tarea de representarlos. El documento dice así:

> Lima, 12 de Mayo de 1912.—Señor Abraham Valdelomar.—Muy distinguido compañero.—Habiéndose publicado en la edición de *La Prensa* de ayer un artículo de don Alberto Ulloa Sotomayor, que consideramos altamente ofensivo para nuestra dignidad de estudiantes universitarios, autorizamos a Ud. para que en nuestro nombre, exija de ese caballero una satisfacción inmediata y categórica que deje el nombre de los universitarios y su honor completamente incólume.

¿Quiénes firmaron ese "poder de honor"? Una legión variopinta, fogosa y en alto grado significativa. De los nombres publicados —seguían las firmas— se obtienen conclusiones impresionantes. Ellos fueron: P. Erasmo Roca (de Ancash, más tarde leguiísta, diputado descentralista y decano de la Facultad de Ciencias Económicas de San Marcos); B. Fernández Oliva (zambo audaz y de clara inteligencia, abogado, que acabó como jefe de la policía política de Leguía entre 1919 y 1930); B. Herrera Monge (no tengo datos); Genaro Dulanto Salomón, sobrino y secretario de Alberto Salomón, que fuera canciller de

Leguía; José Távara, subprefecto de varios regímenes políticos; Edgardo Rebagliati, huanuqueño, periodista, después redactor de *La Prensa* y de *Mundial*, fundador del Seguro Obrero; Carlos Mognaschi (más tarde diplomático); C. Bustamante y Basagoitia, (primo de Enrique, el poeta, y hermano de Pablo, otro poeta, gran leguiísta); Jorge de Rivero Ríos (creo que de Cañete, estudiante de ingeniería, hombre fino, elegante, ostentoso y pobre); José Gregorio Galindo (sin datos); José M. Guzmán (zambo medio ácrata), redactor que concluyó en *El Comercio;* Alberto Lafite (sin datos); Alberto Pacheco L. (sin datos); M. Vega; J. R. Montoya (de Ica); J. Portocarrero (de Tacna o Piura); Santiago L. Segura (de Huancavelica); Juan Manuel Carreño (el negro Carreño, apodado "La Cucaracha"), chiquitín, prieto, presumido, medio *snob*, leguiísta acérrimo; Humberto del Águila (de Loreto), periodista, más conocido por el mote de "Charapa", leguiísta, pero diputado en tiempo de Prado; Leonardo Piña (sin datos); Evaristo San Cristóbal, historiador, colaborador de *El Comercio;* José Univazo (provinciano); E. Martínez (sin datos); J. T. Salcedo (seguramente de Lambayeque) y D. Lozano, escultor y empleado de la Caja Fiscal.

Valdelomar retó a duelo a Ulloa y nombró como sus padrinos al sargento mayor Carlos S. Leyva y a Eduardo Fry, deportista lambayecano, fundador del Miraflores Sporting Club. Ulloa designó a Carlos Concha, presidente del Centro Universitario, y Alejandro Revoredo, estudiante, ambos de la Secretaría Presidencial de José Pardo. Curiosa anticipación: Leguía versus Pardo. Ulloa no dio explicaciones; por consiguiente, de acuerdo con lo establecido por el *Código de honor* del marqués de Cabriñana, se pactó el duelo a sable, con punta, filo y contrafilo; en asaltos de tres minutos por dos de descanso, hasta que uno de los duelistas quedara inutilizado.

Acompañados por sus respectivos médicos, los doctores Juan José Mostajo (billinghurista, por Valdelomar) y Jorge Morrison (del Centro Universitario, por Ulloa), los dos campeones llegaron al jardín Progreso a las cinco de la tarde. Iban serios y pálidos. Ulloa era alto, flaco, de piernas muy largas; Valdelomar, algo más que de mediana estatura, robusto, de piernas cortas y arrogante. El mayor Leyva dispuso lo necesario para el combate:

Desnudo el torso, los contrincantes tomaron sus puestos para medir sus armas.—"Adelante, señores", se oyó decir a Leyva. Empezó el combate. Un vibrante chasquido de las delgadas hojas. "Dada la voz de ataque (dice *La Prensa)*, el señor Valdelomar acometió violentamente a su adversario logrando sacarlo del lugar del combate." Éste se reanudó en seguida. "Ulloa tenía un corte en el brazo derecho; Valdelomar una ligera equimosis junto al ojo izquierdo" (un cintarazo). "De pronto la hoja de la espada del señor Valdelomar se desprendió de la empuñadura, saltando al aire." Como no había sables de repuesto, se dio por terminado el lance. "Los duelistas no se reconciliaron y acompañados de sus padrinos regresaron al centro de la ciudad."

Así fue como Valdelomar afirmó su credo provinciano, billinghurista y democrático, y perdió la presidencia del Centro Universitario a manos de la *Jeunesse dorée*. Pocos años más tarde, Ulloa prologaba un libro de Valdelomar.

De lo anterior fluyen dos conclusiones, no necesariamente contradictorias ni excluyentes: primera, que su fracaso como estudiante enardeció a Valdelomar contra la Universidad y engendró en él la idea o prejuicio de que todo universitario es malo, y, por ende, acuñó el adjetivo de *universitario* como sinónimo de atrasado y estúpido, no obstante lo cual, trató de ser de nuevo universitario en Roma; y se-

gunda, que se matriculó en San Marcos, en parte con el objeto de conservar cierto ambiente amistoso o social y para tener personería en el debate político.

En 1912 había sido partícipe de una excursión estudiantil al sur del Perú y fue delegado al Tercer Congreso Panamericano de Estudiantes, reunido en Lima.

Valdelomar siguió los rastros de casi todos nuestros escritores, que interrumpieron sus estudios universitarios: González Prada, Chocano, Eguren, Lora, Sassone, Vallejo, Haya, Orrego, Vargas Llosa. Frente a ellos se sitúan, con diferentes caracteres, los escritores verdaderamente universitarios: Riva Agüero, Gálvez, Lavalle, Morales de la Torre, Barreda, Ulloa, Abril, Zulen, Porras, Basadre, Sánchez, J. G. Leguía, Spelucín, Peña Barrenechea.

Los profesores de Valdelomar, salvo Deustua, Carlos Wiesse y Javier Prado, no destacaban por su claridad, dedicación ni sabiduría. Por excepción uno de ellos, Mariano H. Cornejo, de quien sería después correligionario, era tan buen investigador, magnífico orador y excelente escritor como deficientísimo maestro.

Quien desee contrastar la reforma universitaria de 1919 con sus antecedentes, puede buscar en la foja de estudiante de Valdelomar el más cabal justificativo para ello. De esta suerte, el estudiante iqueño de Letras que, bajo su airosa capa negra con vueltas rojas, abrigaba ya al más extraordinario cuentista del Perú, al renegar de la Universidad de la que no recibió nada, cumplió un deber y una tarea de desbrozamiento y asepsia, por la cual le otorgaron franco reconocimiento sus amigos menores, los miembros de la Generación del Centenario.

La Generación del Centenario se formó principalmente en las aulas universitarias, pero no se resignó al cartabón vigente, sino que emprendió decididamente la reforma universitaria.

Valdelomar y su grupo, los "colónidas", coincidieron en este empeño. Por eso veremos actuar, desde *El Tiempo* y desde *La Razón*, a los colegas de Valdelomar a favor de aquel movimiento. Tanto José Carlos Mariátegui como César Falcón fueron patrocinadores de la reforma de mayo-octubre de 1919. Cuando muera Valdelomar, arrastrará el duelo el presidente de la Federación de Estudiantes y líder del reformismo universitario, Haya de la Torre. En mayo de 1917, Valdelomar había iniciado su campaña literario-nacionalista con una conferencia dictada en el Centro Universitario de Lima (germen de la F.E.P.), sobre el tema "Brillantes inconexiones estéticas". Ella marcaría un hito en su luminosa y controvertida tarea de ciudadano y de artista.

IV. LOS PRIMEROS PASOS

LAS MEJORES notas que como escolar de secundaria obtuvo Abraham fueron las de Geometría plana y Geometría del espacio; para ambas se requería sentido de la forma, gusto plástico y dibujar bien. Sus profesores, dos especialistas en dibujo lineal y de contraste entre blanco y negro, se llamaron "el Ñato" Enrique Góngora y Antolín Robles. No tuvo ningún instructor especializado en el colorido. Sin embargo, en 1911 revela expresamente su pasmo ante los óleos de Ignacio Merino, coleccionados en la Pinacoteca Municipal de Lima, que se hallaba entonces en el Museo Nacional del Paseo Colón. El figurativismo o "anecdotismo" del arte de Merino sedujo a Valdelomar con más fuerza que el cuasi expresionismo de Francisco Lazo. En 1916 rectificaría su actitud juvenil.

Sin embargo, cuando años más tarde ofició como crítico de arte, Valdelomar reaccionó violentamente contra el más documentado y ferviente admirador de Merino en el Perú, o sea de Monvoisin; de Jean Paul Laurens y de su técnica figurativa y descriptiva. Reaccionó violentamente contra Teófilo Castillo. En nombre del arte nuevo (cosa diferente al ya caduco *art nouveau)*, Valdelomar y sus amigos atacaron acremente al argentino oleografista Franciscovich, defendido con innecesario ardor por Castillo, y exaltaron al impresionista catalán Roura de Oxandaberro, a quien convirtieron inmerecidamente en ídolo.

Hay más. En el capítulo primero de *La ciudad de los tísicos*, novela publicada en 1911[1] y escrita proba-

[1] Cfr. capítulo siguiente.

blemente un año antes, habla de dibujos y dibujantes. Menciona allí "una silueta en tinta china brillante; tinta de los dragones de Hokousay y de las acuarelas de Utamaro". Sigue una enumeración de colores; realza el negro, el rojo, el color melocotón maduro, otra vez el negro, el rojo, el azul, el opalino. Antes ha recordado explícitamente a un "caricaturista como Boldini y La Gándara", menciona "un dibujo de Gosé"; nombra después "las niñas de Tourain"; de Fabiani; de Gerbault ("muy grotescas"); a las "oficinistas" de Caran d'Ache; a "las descocadas" de Trouville; a las "celebridades" de Sem y, de nuevo y simplemente, a las "mujeres" de Xavier Gosé.

Es curioso que no recuerde a españoles como Joaquín Xaudaró ni a Bagaría, con quienes (igual que con Caran D'Ache y Sem) ha mantenido estricto parentesco. Tampoco nombra a Sixto, famoso caricaturista cubano que visitó el Perú y que con Gosé, Sem y Caran D'Ache, ejerció decisiva influencia sobre Julio Málaga Grenet, compañero de Valdelomar en sus precoces aventuras gráficas, ya que en las más adelantadas, coincidiría con Reynaldo Luza y con Darío Eguren Larrea.

La pasión de Abraham por las artes plásticas se desparrama en las alabanzas, que, en ese mismo libro, *La ciudad de los tísicos* (escrito a los veintidós años), dedica, según se ha dicho, a Merino y en general a todos los elementos escultóricos y pictóricos del Perú. Elogia a los huacos incaicos y su significado ("la mirada de los ojos blancos") y hace feérica descripción de "la Catedral y el Conquistador", verdadera embriaguez de frisos, nichos, iris, simetría, guirnaldas, jarrones, cirios, lirios blancos y margaritas, ornamentos dorados, molduras multiformes, exvotos de oro, marfil pálido, etc. Valdelomar, escaso aún de vocabulario, resulta impreciso en su nomenclatura, apela a rodeos, a sinónimos y a mil perífrasis para expresar

los sentimientos y sensaciones que le produce la contemplación del color y la forma en museos y templos, y apunta con sorprendente intuición que la ausencia del mármol y, en cambio, la abundancia de maderas en nuestro arte virreinal, refleja su ruptura con el paganismo y el acendramiento católico, aunque (y no lo olvida) también manifiesta que en el Perú hay escasez de mármol y abundancia de madera.

De toda suerte, sus explosiones verbales acerca de la plástica guardan innegable armonía con la devoción que manifestó hacia el dibujo desde *Monos y Monadas* (1906).

Los dibujos de Valdelomar, sean caricaturas, sean ilustraciones, sean retratos, no salen del contraste primordial entre lo negro y lo blanco. Desde luego, las caricaturas de *Monos y Monadas* a veces recibían un primitivo y unilateral baño de color, adaptable a la litografía. No olvidemos que, en esa época, se ignoraba el sistema de offset y el huecograbado. Los recursos técnicos llegaban a la piedra o litografía y al zincograbado, o dibujo *rauteado* sobre el zinc de la plancha del fotograbado. Lo demás se reducía al simple fotograbado con trama convencional: gruesa para el papel periódico, delgada para el satinado. El dibujante debía, pues, actuar dentro de esas fronteras mecánicas, sin que le fuese posible escapar a ellas.

Llama la atención en todas y cada una de las caricaturas de Valdelomar la fidelidad del dibujo a los rasgos esenciales del personaje real. Abraham no se permitía nunca concesiones a la imaginación, excepto para depurar, acentuándolos, ciertos rasgos fundamentales. En este sentido me atrevo a considerar típicas sus caricaturas de *Cinema* (1909), la decoración (en *Ilustración Peruana)* para "La Ofrenda de Odhar" y el retrato de Percy Gibson en *Colónida.*

Las caricaturas de *Cinema* están ejecutadas en tinta china. Como el de Carán D'Ache, Sem y Bagaría, el estilo de "Val-Del-Omar" posee una limpidez extraordinaria. A diferencia de Málaga Granet, de Gosé y de Sixto, no le preocupan los medios tonos, solamente los contrastes violentos. El dibujo de Valdelomar se presenta como la antípoda de su literatura, esta última hecha de puros matices. Se da uno cuenta de la falta que le hizo aprender a colorear con el pincel, ya que supo —¡y de qué modo!— manejar la pluma. Así como en sus cuentos, ensayos, leyendas y poemas, la abundancia de adjetivos atenúa colores, matiza y policroma las figuras y las escenas, así en sus dibujos la falta de zonas intermedias no permite sino las dicotomías clásicas: Ormuz (lo blanco) y Ahrimán (lo negro). En esa *Comedia,* el Purgatorio queda suprimido de un plumazo, igual que el Limbo, no quedando, pues, sino Infierno y Paraíso.

En la ilustración a "La Ofrenda de Odhar" (1910) se advierte el innegable puntillismo de un experto dibujante a pluma. La escena central del poema está representada por "Val-Del-Omar" con la prolijidad y precisión de un miniaturista. Hay además cierto regusto barroco en el grabado, lo cual coincide exactamente con los términos de su elogio a "La arquera" de Baltasar Gavilán, insertos en *La ciudad de los tísicos.*

En cambio, el retrato de Percy Gibson (*Colónida,* Nº 4, 1916) a tiza y carbón, ofrece los matices y la profundidad de un óleo descolorido. Gibson aparece en su gesto: irónico, afable, demoníaco y sutil. Es más persona que el "Eguren" dibujado por el propio Valdelomar: una cabellera ensortijada, poética y vegetal sobre un rostro de Edgar Poe, con bigotillo de Chaplin y ojos alelados, grandotes y mirones, de ángel absorto.

A los treinta años, Abraham se interesó de nuevo por el color, como lo hiciera en 1911 frente a la *Venganza de Cornaro* y la *Venta de los títulos* de Merino. Fueron Raúl María Pereira, retratista portugués avecinado en Lima desde 1917; Roura de Oxandaberro, que vino en 1916; y tal vez Koeck-Koeck, impresionista inglés, que nos visitó en 1919; en cierta medida Eguren Larrea, y quizás ese Fortuny criollo que se llamó Teófilo Castillo, quienes avivaron en Valdelomar los rescoldos dejados por la contemplación de los milagrosos lienzos de la Galería di Uffici en Florencia, el Museo Vaticano y el Palacio Borghese en Roma, la Casa de los Dux en Venecia y el Museo del Louvre en París.

Era ya tarde para trocar en pincel la pluma enhiesta, gallarda y tierna. De toda suerte, el nombre de Valdelomar está indisolublemente ligado a la historia de nuestros caricaturistas.

Si amó el arte de la fotografía —ver sus elogios a Bonaventura (de Roma) y a Diego Goyzueta (de Lima), ambos representativos del negro sobre blanco—; si amó los huacos de Nazca (y destiló su simbología); si elogió las figuras de Gosé y La Gándara; los firmes trazos de Bagaría y Sem; si se entristecía con el mar de Barranco y la soledad de San Andrés de los Pescadores, culpemos no a la línea ni al color, sino a su congénita hiperestesia de artista, a su insaciable sensibilidad de irredimible esteta.

Aunque Beltroy nos cuenta (y lo confirma una carta de Abraham a Enrique Bustamante) que, en 1910 (pienso que se refiere a 1912), Valdelomar solía leer, a sus condiscípulos del repetido primer año de letras de San Marcos, los cuentos que ya tenía escritos, y aunque no cabe duda de que componía y publicaba versos como los que aparecieron en *Contemporánea* y en *Ilustración Peruana*, puede afir-

marse una vez más que la principal actividad entre 1906 y 1910 del futuro gran cuentista fue la de ilustrador y caricaturista, sin mengua del escritor ya definido aunque meditador.

Aparte de las ilustraciones de *Monos y Monadas*, harto incipientes, hay un conjunto de dibujos, en su mayoría a pluma, que señalan a Abraham como un verdadero artista del dibujo. Por ejemplo, en el número dos del semanario *¿Está Usted Bien?* del 25 de marzo de 1910, aparece una excelente caricatura a toda página del general Pedro E. Muñiz, en quien se concentraba el interés patriótico de la nación, por ser el organizador de su defensa durante el *casus belli* con el Ecuador. Es un retrato —tanto como una caricatura— a grandes rasgos, de pocas líneas expresivas, magnífico en ejecución y parecido, de la misma escuela de Gosé, Carán D'Ache y Xaudaró. A propósito de Xavier Gosé, cuando éste murió en 1915, la revista *Cultura*, que debió salir bajo la codirección de Abraham, de Enrique Bustamante y Ballivián, publicó un artículo en elogio al gran artista catalán, como uno de los voceros de *la belle époque* de París.

La revista *¿Está Usted Bien?* tuvo como ilustradores a Málaga Grenet, a Valdelomar y a los entonces jóvenes Alcántara Latorre y Jorge Luis Caamaño. Humorísticamente presentaba como "editor responsable" a "Charles Bradley, ciudadano extranjero y boxeador profesional". Bradley era un ser real. Cuando se inició el boxeo profesional en el Perú, el año de 1909, contendió con un tal Murray, y como éste usara mostaza en los guantes de boxeo para anestesiar a su contrincante, se prohibió este deporte en Lima y no se reanudó su práctica pública hasta 1922.

Dos años antes de *¿Está Usted Bien?* Valdelomar había demostrado a fondo sus calidades plásticas,

en la revista ilustrada *Cinema,* dirigida por Octavio Espinoza G. ("Sganarelle").

Sólo el título de la revista indica una actitud especial y distinta ante la vida: *¡Cinema!* En 1908 el séptimo arte era sólo una tentativa más y no una realidad. No lo olvidemos, se iniciaba una dimensión inesperada del arte narrativo plástico y visual; un arte dinámico, al principio demasiado veloz y hasta caricaturesco, que era dirigido por los franceses Lumiére y Pathé. Octavio Espinoza González, que usaba el molieresco seudónimo de "Sganarelle", era un periodista vivaz, un escritor fácil, un temperamento sensible, un hombre de club y un pierolista activista y sacrificado. Su destino lo empujó más tarde a la aeronáutica. Moriría bajo los cielos de Ancón, víctima de un choque aéreo, a comienzos de 1920.

En *Cinema* se registra una abundante, desigual y a menudo espléndida colaboración gráfica de Valdelomar, quien a veces firmó sus dibujos en tres líneas paralelas:

Val-
Del-
Omar

Acabó juntando las sílabas con una caligrafía inglesa nada común entre los dibujantes.

El primer número de *Cinema* apareció en Lima el 3 de octubre de 1908; el número catorce y último, el 2 de enero de 1909. Corresponde a los veinte años de Abraham y a la época en que desertó provisoriamente de San Marcos, a donde regresaría en 1910.

El mencionado primer número se abre con una magnífica cabeza de don Eulogio Romero, primer ministro de la flamante primera presidencia de Leguía; en él revela Abraham firmeza de trazo, penetración sicológica y un acabado uso de la *gouache,* al modo de Málaga Granet, entonces en pleno ascenso artístico.

En el número dos (10 de octubre), Valdelomar retrata al senador cuzqueño Teófilo Luna, quien se había batido a duelo aquella misma semana; en el número tres, a don Manuel Vicente Villarán, ministro de Justicia, captado en muy pocos y seguros trazos; en el número cuatro retrata al combativo diputado Rafael Grau Cavero; en el cinco a don Federico Elguera, alcalde de Lima; en el seis a don Antonio Miró Quesada de la Guerra, redactor principal de *El Comercio;* en el nueve a don Aurelio Souza, pugnaz parlamentario demócrata; en el diez a don Antero Aspíllaga, a quien ya calificaban de "presidenciable"; en el trece a don Manuel C. Barrios, barbado y gamonalesco senador por Puno. Aparte de estos retratos-caricaturas, Valdelomar publicó en *Cinema* ante-portadas políticas, chirigotas y diversas ilustraciones, en total, no menos de veinte dibujos. La verdad es que cuando componía escenas y retrataba de cuerpo entero, sus figuras resultaban rígidas, como enyesadas. Posiblemente, las leyendas o letreros de esos dibujos se deban también a Valdelomar; las hay traviesas e ingeniosas, todas respiran inteligencia y picardía.

Simultáneamente con su actividad como dibujante, había comenzado desde 1909 a publicar versos.

Los poemas editados más antiguos que de él conozco datan de 1909 y 1910. Son los titulados "Ha vivido mi alma", "Los pensadores vencidos", "La ofrenda de Odhar", "Las tribus de Korsabad", "Los violines húngaros" y "Brindis"; estas dos últimas composiciones fueron hechas durante su corta permanencia en Arequipa.[2]

[2] Cfr. Valdelomar, *Obra poética,* Lima, 1958. Las fechas y lugares son: "Ha vivido mi alma", *Contemporánea,* I, Nº 6, 15 de junio, 1909; "Los pensadores ven-

Es evidente que el primer choque literario que sufrió Abraham fue con los parnasianos y, por tanto, con la historia y la leyenda. Se advierte la posible lectura de Leconte de Lisle, Pierre Louys y desde luego, Víctor Hugo. ¿En francés? Quizá sí, porque Abraham había aprendido aquel idioma desde el colegio, pero lo más probable es que leyera a esos poetas en las traducciones entonces de moda, las de Enrique Gómez Carrillo, Antonio Machado, Enrique Díez-Canedo y Eduardo Marquina. Además Valdelomar leía con voracidad las *Mil y una noches*, los exóticos cuentos de Hoffmann y las novelas de Walter Scott, Pierre Loti, Jean Lorrain y Gabriel D'Annunzio.

No significa lo dicho, ni siquiera como insinuación, que Valdelomar estuviese avasallado por sus lecturas; le sobraban talento y originalidad, calidades que no se adquieren; son congénitas, o mejor aún, congeniales. Sin embargo, es difícil escapar a ciertos cálculos sobre analogía en los siguientes versos:

Ha vivido mi alma en las Edades viejas,
En un guerrero heroico y un galán trovador,
Y en gentiles mancebos de enredadas guedejas
Enamorados siempre de una prohibición.

Mi alma fue de Tartufo, de un ídolo pagano,
De un impúber de Lesbia, de un fauno y de un bufón;
Vivió dentro del cuerpo de un gladiador romano
Y en el cuerpo caduco de un viejo Faraón.

cidos", *Contemporánea*, I, Nº 7, 15 de julio, 1904; "La ofrenda de Odhar", *Ilustración Peruana*, II, Nº 28, Lima, 17 de febrero, 1910; "Las tribus de Korsabad", *El Pueblo*, Arequipa, 28 de julio, 1910; "Los violines húngaros", *Ilustración Peruana*, II, Nº 39, 29 de julio, 1910; "Brindis", *El Pueblo*, Arequipa, 12 de agosto, 1910.

Ha vivido en las aguas y ha vivido en las rosas,
Ha vivido en los hombres y ha vivido en las cosas,
Buscando siempre amor.

Fui hacia un país lejano de sátiros traviesos
Y de labios de sangre que convierten en besos
Las cosas que no son...

Y ha vivido mi alma
Sintiendo las saetas de nuevas desventuras,
En una larga, triste, cruel peregrinación.

Contienen estas cuartetas alejandrinas varias notas importantes, por ejemplo: eso de los "gentiles mancebos de enroscadas guedejas/enamorados siempre de una prohibición", y eso otro de "mi alma fue de Tartufo", y aquello de "los sátiros traviesos". Además, reflejan ciertas perturbaciones sensitivas la multiplicación de vocablos como "cosas" y "viejos"; las rimas vulgares en "ón", "esos", "esas" y "or", indican titubeo y cierta confusión. Podríamos comparar aquel poema con los de otro poeta, que creció en Ica, aunque nacido en Lima, y era casi de la misma edad, Alberto J. Ureta, el autor de *Rumor de almas* (1911). Pero es preferible que no nos adelantemos.

En "Los pensadores vencidos", vuelven a mezclarse Grecia y Roma a temas harto trillados. La afición a lo espectacular es evidente en Valdelomar desde sus primeros ensayos, se acentúa en las siguientes composiciones y en sus primeras prosas: "La virgen de cera", *La ciudad muerta* y *La ciudad de los tísicos.* A menudo escoge para sus versos, bajo la influencia de Rubén y Chocano, un metro sonoro, marcial y solemne: el dodecasílabo o, si se prefiere, el exasílabo simple y duplicado. El mismo de *Los motivos del lobo* de Darío. Los decorados se pueblan de "negros nubios", "reinas de oriente", "ojivas", "alféizares", "nubes rosas" y nuevamente "faraones" y "negros sansones".

En "Los violines húngaros" (dedicado a Rafael Belaúnde), también escrito en dodecasílabos, concentra en pocas líneas un *bric-a brac* de fantasmagorías: el mago Merlín, a los violines húngaros, unos raros peristilos, etc. Usa a menudo el modernista adjetivo "silente" y deja vibrar con alguna ramplonería unas "viejas esquilas", ripio nefando.

"Las tribus de Korsabad", escrita en alejandrinos o sea en heptasílabos duplicados, prosigue por la misma ruta que el anterior poema, como si Valdelomar hubiera estado afanado en construir una teogonía orientalista en verso castellano. Era verdad, aquello no era sino su solfeo para la ingente mitología de *Los hijos del Sol* y la criollísima de *La aldea encantada,* convertida por capricho de editor en *El caballero Carmelo.* Dice en "Las tribus de Korsabad":

> En medio del desierto la tribu se movía.
> El sol pintó en sus ojos de loca fantasía
> la fiebre de una hermosa caravana triunfal
> con figuras vibrantes de amor y poesía
> que en caballos alados, cruzaba el arenal.

Inocultablemente el autor de estos versos viene del cuartel, no del oasis; sobra tanto viento, hace falta la brisa; para atenuar tanto estruendo un poco de sordina.

Por ese tiempo publica una de sus primeras prosas literarias: "La virgen de cera", narración irlandesa, dedicada al escritor boliviano Casto Roja. Aparece en *Ilustración Peruana.*[3] Es un relato truculento, sometido a la fantasía exótica y macabra que hasta allí domina a Valdelomar. Empieza con una consideración digna de ser tenida en cuenta para el futuro enjuiciamiento del escritor. Dice así:

[3] *Ilustración Peruana,* Núm. 43, Lima, 27 de julio de 1910.

—El Rey
—Siempre cuentos reales
—Los reyes son los espléndidos y los generosos

El cuento (no se sabe por qué resulta irlandés) concluye en un macabro desenlace: un pozo, unos hombres encadenados, una inundación y la princesa Indrah presidiendo aquella hecatombe —anticipación de *La ciudad de los tísicos.*

La fantasía de Valdelomar estaba aterida de truculencia.

Ilustración Peruana, donde se inserta el cuento, era una revista dirigida por el ingeniero Pedro E. Pauleta; pretendía imitar a *L'Illustration Française,* muy en boga por aquellos días entre la gente leída de América Latina.

Volvamos a los versos. La embriaguez de exotismo de Abraham se basa en algunos secretos: primero, un raro ámbito geográfico (Egipto, Samarcanda, Korsabad, el desierto y sólo supletoriamente Roma y Grecia); segundo, un resobado ámbito histórico (los faraones, la época de Merlín); tercero, una alta temperatura decorativa (lujo, tambores, cascabeles, timbales); cuarto, un peculiar material humano ("negros nubios", "figuras gigantes", "nubios sansones"). Nada se vincula con la realidad a la que regresaría en seguida con la sencillez aldeana que será su presea. Como en el cuento de Darío, podría decirse del Valdelomar de 1910: "el poeta ha visto ninfas". ¿Ninfas o sátiros, me pregunto? El hecho es que tal visión se ha grabado a fuego en su sensibilidad. Lo que haga y escriba ostentará su exótico cuño, hasta cuando se muestre ingenuo.

Por otra parte, conviene recordar que el poeta más llamativo del Perú en 1909-1910 era José Gálvez, sobre todo en los medios universitarios, a los que Valdelomar había tercamente vuelto. Gálvez había

ganado la flor natural en los juegos florales de 1909 y desde un año antes, desde 1908, se le llamaba "el poeta de la juventud". El bardo más famoso del Perú era Chocano; Valdelomar lo admiraba; le sería fiel hasta la muerte.

Los estudiantes solían hacer anualmente un viaje a alguna parte: Panamá, Trujillo, Cuzco, Arequipa. Más al sur estaba el valladar de Chile con quien discutíamos desde hacía veinte años un asunto de honor, territorio y sangre. Al norte, desde junio de 1910 se había levantado otro muro: el litigio de límites con Ecuador y con Colombia. Valdelomar formó parte de una peregrinación estudiantil que visitó Arequipa, bajo la dirección del catedrático de Ciencias de San Marcos, doctor Lauro Ángel Curletti. Esto sucedió inmediatamente después del regreso del vivac de Sullana, concluido el *casus belli* peruano-ecuatoriano. Uno de los más cercanos amigos de Abraham y su mejor compañero en el vivac había sido Rafael Belaúnde Díez Canseco, arequipeño, a quien dedicó varios de sus trabajos. Todos vivían bajo el sortilegio modernista, arrastrando las rimas como espuelas de oro. Se dejaban conducir por el señuelo del verso cívico.

En Arequipa nacían entonces a la literatura Percy Gibson, César A. Rodríguez, Renato Morales de Rivera, Eva Morales ("Luisa La Vallière"), Miguel Ángel Urquieta, Augusto Aguirre Morales, Alberto Ballón Landa, y el puneño Federico More. Formaban una agrupación antivulgar y yoísta, que se enfrentaba, al amparo de la embrujante y disociadora "nevada" arequipeña, a los consagrados pac-pacos, o sea a los Polar, los Gómez de la Torre y los Mostajo.

Los Gibson Iriberry formaban parte de un hogar anglo-vasco de muy sólida posición económica. El viejo Gibson había fundado la Casa de su nombre, dedicándola al comercio de exportación e importa-

ción, con ramificaciones en Cuzco, Puno, Mollendo y Lima; realizaba además operaciones bancarias. De los tres hermanos varones, Carlos, Percy y Juan, los dos primeros se dedicaron a las letras; el tercero, a las finanzas. Carmela, la única hembra, casó con un acaudalado chileno de apellido Ross. Todos, salvo Juan, gustaban de la vida bohemia y, a menudo, del whisky y la ginebra. Carlos estudió derecho y llegó a la segunda Vicepresidencia de la República en 1939, después de haber sido rector de la Universidad de Arequipa y varias veces alcalde y senador. Percy, cuyo parecido físico con Juan era extraordinario, se consagró al principio a los negocios; duró poco. Le atraía la bohemia, y las letras se lo tragaron. Carlos era grueso, rotundo y oratorio; Percy, flaco, aguileño, socarrón y sarcástico. Con Valdelomar, el grupo de Gibson y Rodríguez recorrieron la Arequipa criolla, la Arequipa colonial, embrujado Abraham por los macizos y claros muros de sillar de las anchas y aireadas casonas de la ciudad blanca. Gibson había escrito un magnífico poema, "El gallo", premonición de "Chanteclair" y de "El caballero Carmelo". César A. Rodríguez, a quien por su lacia cabellera y su faz de nigromante andino bautizó Gibson como César "Atahualpa", perseguía gatos baudelaireanos por tejados de Laforgue. El más romántico, Augusto Aguirre Morales, se dejaba crecer unos bucles exuberantes y adormecía los ojos de párpados pesados para hacer sentir mejor sus fantasías; acababa de publicar la idílica novela *Flor de Ensueño*. Federico More, alto, desgarbado, de grandes ojos ardientes, bigotillo de Aramis, tez agarena, amplia capa sobre los hombros y rizados cabellos sobre la frente, insultaba a las estrellas con sus paradojas, eructos, versos y blasfemias. Vivían el vicio alegre: pisco y chicha, todavía el abecedario; llegarían los días del whisky y el champán.

Eran escritores y sólo eso. Embebidos de exotismo, amantes del lujo (sin tenerlo), del vicio (sin ahondarlo), libres de expresión y libérrimos de fantasía: eran los "decadentes".

Valdelomar sintió de veras el halago de aquellos hombres y aquel paisaje. Lejos de contagiarse del criollismo entonces vigente en Tingo y Yanahuara, le atrajeron los héroes del pasado, la leyenda republicana y la luz, esa magnífica luz del escenario arequipeño, cuyo cielo de añil abre paso a las nubes disciplinadas y densas con sus blancos vellones ambulantes.

Desde luego, la presencia de los estudiantes de San Marcos atrajo el interés de los arequipeños; Valdelomar, en sus veintidós, mozo de pelo trabajosamente planchado en bandos; de discretos lentes enmarcados de carey; de corbata horizontal hecha un lazo como el collar de un gato hogareño; sonriente y travieso; achinados los ojos y sensuales los labios gordezuelos, resultó el vocero del grupo visitante. Para agradecer la fiesta final, salpicada de ocopa con robustos camarones de Vitor, y chicha hirviente de espuma, como la del tiempo del Dean Valdivia y Flora Tristán, tuvo que improvisar unos versos: son los titulados "Brindis" y lo fueron:

Bebo el color sagrado
de este vino dorado
por el cercano Porvenir
por vosotros que abrís el camino encantado,
que habéis derramado
la mies en el surco que va a germinar en abril
y porque mi alma
como en esta tarde vuelva a ser feliz.

Brindo por el destino
que nos abrió el camino
de un cercano ideal.

Brindo por ti, Arequipa, la eterna soñadora
por la divina hora
en que mi alma sedienta vino en tu alma a beber.

Pese a las exigencias de la rima (destino-camino, sagrado-dorado, hora-soñadora) y a la repetición de ciertas palabras claves (cercano, alma, ideal) el "Brindis" posee valores sintomáticos. Por ejemplo:

por *todos los que un día*
ante el reclamo de la Patria mía
juntaron sus fuerzas en esta leyenda: morir o vencer
Por el llanto lejano de este histórico río
por el color divino de este cielo que es mío
por la tranquila fuente que hace al bosque sendero,
por el sol que es el padre de mis viejos abuelos
. . . .
Por los que en las aulas y en el periodismo
martillaban al monstruo de las cien cabezas: el escepti-
[*cismo.*

Desde luego, hay menciones del volcán, de los yaravíes, de las mujeres de ojos grandes y pies pequeños, de las quenas y del Misti. El joven iqueño despertaba a la epopeya nacional.

En agosto, al parecer de vuelta a Lima y también desde Arequipa, Abraham recoge sus impresiones en dos artículos que *Ilustración Peruana* publica en sus números 49 y 50 correspondientes al 7 y al 14 de septiembre de 1910. Se titulan "Hacia el trono del Sol". Es curioso: cuando se editan *Los hijos del Sol*, el primer relato se titula "El camino hacia el Sol", y contiene la narración del descubrimiento del mar océano, de la Mama Cocha por el Inca, probablemente Mayta Cápac, quien parte de Arequipa (Are-quepay: quedaos aquí) y se dirige con sus huestes hacia occidente, allí donde se pone Inti, el Padre de su raza.

Las crónicas de Valdelomar sobre su viaje son ágiles y pintorescas, escritas con amor, gracia y con ingenuidad. Por ejemplo dice:

> Y créanme los que no han viajado —en Lima son muchos los amantes del confort— que viajar es algo *encantador y original.*

Alude en un párrafo al cinematógrafo. Agrega refiriéndose a Arequipa: "este país divinamente blanco que es como un espejo nuestro, se encuentra bajo un cielo inconcebiblemente azul" (*I.P.*, núm. 49. 7 de septiembre, 1910).

En la segunda crónica, paradójicamente fechada en "Arequipa y agosto de 1910" (la primera es en "Lima y agosto de 1910"), refiere una tenida poética con Augusto Aguirre Morales, el *conteur*, con Percy Gibson, "cantor y sentidor profundo de la naturaleza", con (Alberto) Ballón Landa, con González Zúñiga y con Francisco Ramos García Calderón. González Zúñiga recita una leyenda indígena; Gibson con su gran melancolía ora, más que sus versos.

La amistad con los Gibson, que fue larga, se refleja en la dedicatoria del soneto "La Gran Hora" (a Percy) y de la silva "Las últimas tardes" (a Carlos). El uno, nacido del 8 de noviembre y el otro, sin mes ni día, en 1910. A través de aquel soneto insiste Valdelomar en el tono evocativo que le posee: el tiempo de "algún Luis" y "el caballeresco siglo de la vieja Hispania/cuando en mi estirpe y mi escudo brillaba una flor de lys". En la silva abre la espita de la melancolía y conversa con su alma: "Deja... no pienses más... Deja y olvida/Deja que el sol se lleve/las tardes que nos quedan en la vida." Empero, también allí se reiteran las notas heráldicas y rememorantes: el castillo, la torre, "la puente", el rey, "el infante"; "deja que el sol se lleve/las tardes que nos quedan en la vida."

Presa de tan ancestrales dejos, víctima de un segundo yo rebosante de leyenda, emprenderá en seguida, bajo el señuelo de Rodenbach y Maeterlinck (recientemente traducidos), sus dos novelas evocadoras en las que engarza poemas de reminiscencias virreinales: "Evocación de las abuelas", "Evocación de las granadas", "Evocación de la ciudad muerta."

Frente a la persistente repetición de esos temas, de esa actitud y de su correspondiente acento de romántica nostalgia, expresado en el lenguaje sonoro del modernismo, nadie podría negar que la pubertad literaria de Abraham entraba en crisis para luego definirse. Golpeado por el recuerdo, la ambición, el ensueño de su vida civil y la inesperada actividad prebélica del campamento militar, se debatirá en seguida entre tan encontrados reclamos y trataría de hallar la solución a su angustia, embriagándose de acción en la política y de tradición e intimidad en la evocación de su propio lar.

Todavía, empero, hará un último esfuerzo por salvarse a costa sólo de su fantasía y su literatura; nacen de ello sus dos primeras y únicas novelas.

V. LEVITACIÓN (1910-1911)

Es evidente que Valdelomar era entre 1910 y 1913 un "aprendiz de brujo". Pesaba sobre él la tradición limeña. Según lo demuestra en *Con la argelina al viento, La ciudad de los tísicos* y *La ciudad muerta,* en él triunfaba entonces el "colonialista" sobre el naciente "colonidista"; aquello trascendía a sujeción; esto a descubrimiento.

Las doce crónicas que componen la serie de *Con la argelina al viento,* retratan la vida del autor en los vivaques de Tumbes y Sullana. Naturalmente, el *casus belli* con el Ecuador se originaba en el inveterado pleito de fronteras que nos legaron el virreinato y la revolución emancipadora. Como no era posible ponernos de acuerdo, apelamos a un árbitro arbitrador: al rey de España. Desde luego, el incidente dio origen a largo litigio y a más largos alegatos. Se trenzaron en el debate, por un lado, don Mariano H. Cornejo y don José Pardo y Barreda, ayudados por el eminente erudito español don Marcos Jiménez de la Espada y por los jóvenes aspirantes a diplomáticos, doctores Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966) y José Santos Chocano (1875-1934); y por el lado del Ecuador, juristas tan importantes como los del Perú.

En vísperas de que el rey de España emitiera su laudo arbitral, se filtró la noticia de que el fallo nos sería favorable. La Cancillería ecuatoriana se adelantó al pronunciamiento oficial del rey de España, el pueblo de Guayaquil tomó la delantera a su Cancillería, por lo que el mes de abril de 1910 se vio marcado por sendas pedreas, escudos y banderas,

consulados y legaciones del Perú, Quito y Guayaquil y a los ecuatorianos en Lima, El Callao y otras ciudades. Una revistilla festiva que se publicaba entonces en Lima, *El Mono,* comentaba gráficamente ese edificante intercambio de apedreamientos en la siguiente estrofa, con música de zarzuela:

Se volvieron locos,
y a punta de cocos,
se fueron encima
de la Legación,
y hoy todos los bravos
se rascan los rabos
al ver la de Lima
manifestación.

A raíz de "la de Lima/manifestación", se abrió el enrolamiento de soldados voluntarios. Valdelomar se enroló en el Batallón Universitario. Ya hemos hablado de esto.

Valdelomar tenía veintiún años cumplidos. Se entusiasmó, se embriagó de ardor patriótico y periodístico. Alternó los ejercicios militares con su colaboración para *El Diario* de Lima.

Como el sol ardía sobre lomo y frente, había que cubrir la nuca con la clásica argelina de los *spahis* franceses. Fue el origen del título de aquellas crónicas.

No obstante que su asunto era una coyuntura bélica, repetiremos que nada resultó menos bélico que el tono de aquellas páginas. Con buen humor e indiscutible elegancia, Valdelomar describe el ambiente del campamento, aludiendo directamente a las personas; mencionando a los reclutas del Batallón Universitario, refiriéndose a hechos importantes y triviales, grandes y chicos, patrióticos y domésticos. Valdelomar aparece allí cortesano y frívolo, con

ligereza de periodista y cierta inocultable veleidad sociable. Nada anuncia allí el empaque y el descoco de que hará gala más tarde. Se le advierte todavía impresionado por el peso de ciertos nombres. Vivía su Edad Media: el tiempo de la crisálida. La municipalidad de Lima, al concederle una medalla por sus crónicas de guerra, el 28 de julio de 1910, le otorgó una especie de *passe-avant* literario. Premunido de semejante credencial ("municipal y espesa" habría dicho Darío), Valdelomar se lanzó de lleno a la literatura de imaginación y recuerdos.

Dos son las novelas cortas que entonces simultáneamente produjo: *La ciudad de los tísicos* y *La ciudad muerta*. Según su propio testimonio (en tal caso nada irrecusable), ya había escrito *Yerbasanta*, a la que él asigna como fecha, la de sus dieciséis años, o sea 1904. Estoy seguro de que no dijo la verdad.

La ciudad de los tísicos (La correspondencia de Abel Rossell) apareció en la revista *Variedades* en 1911. No es realmente una novela; se trata más bien de una crónica poemática sobre Chosica, que era en ese tiempo un aristocrático balneario semiandino, a cuarenta kilómetros de Lima. En aquella época se creía que la tuberculosis pulmonar se curaba en los climas altos y secos, por consiguiente, en Chosica (a mil metros de altitud) convergían los tísicos de Lima que no alcanzaban a llegar a Jauja, ciudad ideal de los tuberculosos. Además, Alejandro Dumas (hijo) había esparcido la idea de que la tisis era una enfermedad aristocrática; desde Margarita Gautier —recuérdese el soneto de Rubén—, la palidez y la demacración corrían parejas con la sensibilidad y el talento.

Valdelomar, dentro de esos supuestos, sitúa su simplísima narración de episodios ocurridos entre tísicos, en una ciudad especial para ellos. Relato convencional y de falsa decadencia. Intenta —imbui-

do acaso de los ejemplos del arisco Huysmans y el pederasta Lorrain— una sinfonía de los perfumes, una letanía de las manos y —delatora presencia de D'Annunzio— varias evocaciones coloniales en la supuesta quinta del virrey Amat (en verdad, del conde de Presa) y de la Perricholi; un elogio de las pinturas de Merino, de los huacos y tejidos incaicos, de la escultura de Baltasar Gavilán —decoración pura—, grecas, líneas, ánforas, columnas. En medio de ello se insertan las alambicadas y pueriles cartas de Abel Rossell, un personaje huysmaniano, que, por contraste con la Gladys de *Cartas de una turista* de "Cabotín" (en auge entonces), complica todo lo que éste y su simpático personaje Cardoso facilitaban.

El Valdelomar de este libro balbuceante discurre infantilmente sobre Verlaine y Wagner ("un señor Wagner") y taracea de malos versos su prosa, en ese tiempo ribeteada. Empero, los versos insertos denuncian al enamorado de la naturaleza; la prosa, hasta en los nombres de los personajes (Armando y Margarita), a un retrasado romántico. "Rosas", "brisas", "bueyes", "remansos", "zagales", "ángelus", constituyen una antología de lugares comunes y términos decadentes. La trama importa poco. Se nace para amar y se ama para morir; ronda absurda, sentimentaloide y banal.

En *La ciudad muerta,* firmada el 20 de febrero de 1911 (*Ilustración Peruana,* núm. 80 y siguiente, abril-mayo 1911), refleja desde el primero hasta su último renglón el prurito de aristocracia y exotismo de que se anegaba el joven escritor. La dedicatoria a

> Don Juan Bautista de Lavalle, enamorado de las glorias viejas, intérprete de los lienzos antiguos, admirador religioso de todo lo que el tiempo ha deshojado y ha tornado triste y marchito.

nos coloca frente a la pasión valdelomariana por lo señorial y que por pasado puede ser poético.

Hasta allí nunca había salido Valdelomar del Perú. Sólo había viajado a Arequipa, Cuzco y Puno. El novelista finge escribir "en el Ática sobre el mar de Río de Janeiro, Brasil". Insiste otra vez en el método epistolar y de diario: era el de Pierre Loti *(Las desencantadas)*; el de Daudet *(Lettres de mon Moulin)*; el de Paul Bourget *(Le disciple)*; el de Henry Bordeaux *(Neige sur les pas)*; el de algunas obras de D'Annunzio; el de nuestro modesto y encantador "Cabotín". Como buen epistolista amaba las paradojas ("Le echo la culpa a la luna") y los viajes imaginarios (Ostende, Río, París).

Valdelomar se engolosina citando en francés a Verlaine, Samain, Bataille *(tout le symbolisme, hélas)*, y evoca con deleite a Lima, "la ciudad colonial", con su escudo en forma romana: "Campo de gules, tres estrellas y en el centro una corona." ¡Conmovedora puerilidad!

En Lima estaba entonces de moda el modernismo, que nos llegó con retraso, y el decadentismo, que calzaba con nuestro perenne nirvana y que nos llegó por doble vía: la francesa y la italiana. Campeaba D'Annunzio con sus estilizadas y convencionales evocaciones renacentistas, por lo que Valdelomar no pudo resistir el reto del autor de *Il fuoco* y de *Il piacere*, a quien además sentíase atraído por cierto estridente egocentrismo y cierta jactancia histriónica. De esta influencia dannunziana darían ejemplar testimonio Raymundo Morales de la Torre, coetáneo de Abraham y de Gálvez, y, a ratos, Clemente Palma.

De los poetas, las huellas más visibles en ese momento eran las de Darío, Chocano, Villaespesa, Lugones y Marquina. De *El alcázar de las perlas*, de Villaespesa, tomaría Valdelomar el molde para su "Evocación de la ciudad antigua" y "La evocación

de las granadas". Nadie podría negar allí el eco de aquella melodiosa elegía de Villaespesa:

> Las fuentes de Granada ¿habéis sentido
> en la noche de estrellas perfumadas,
> algo más doloroso que su triste gemido?

La huella de Eduardo Marquina y su teatro histórico se reflejan en *La Mariscala* (1916) una, de las muy discutibles, tentativa teatral de Valdelomar.

Sorprende la cultura artística de que hace gala el joven escritor, pero tanto como su riqueza imaginativa, abruman su inexactitud y su empaque. Así, cuando habla de los claroscuros de Rubens, parecería que lo confunde con los de Rembrandt; y en la trilogía de autores que al parecer le subyuga (el Inca Garcilaso, Shakespeare y Homero) se advierte un terrible despiste literario, y no obstante (o quizás por eso mismo) su preparación académica. Además, lector apresurado de la reciente tesis doctoral de Riva Agüero, se atreve a suponer que Garcilaso pudo ser "Valera", o sea el cronista P. Blas de Valera, hipótesis ya descartada.

Lo más importante del caso Valdelomar consiste, empero, en su sensibilidad, fantasía y adjetivación. Esta última se alza contra el epíteto y prefiere la pluralidad asediante a la certera unicidad.

En cuanto a lo primero, se pone de manifiesto una impresionante capacidad plástica. En cuanto a lo segundo, a la fantasía, hay en ella algo que me atrevería a calificar de adorable ingenuidad estética. Por de pronto huye, empujado por pueril cursilería, de los nombres castellanos: los personajes se llaman Francinette, Claudine, Florenze (con z), Berthier, Posso y, el principal, D'Herauville. La atmósfera que envuelve la obra resulta irreal, fantasmagórica. Para no serlo tanto, abre el fuego sobre "las localizaciones cerebrales", adicto como parece que era de los des-

cubrimientos de Ramón y Cajal, a quien tanto admiraron los miembros de la generación de 1910.

Valdelomar frecuentaba la amistad de sus coetáneos universitarios, los siquiatras Hermilio Valdizán, Sebastián Lorente Patrón y Baltasar Caravedo Prado; los dos últimos, *amateurs* literarios; el primero, un poderoso escritor. La trama de la novela de Valdelomar se reduce a que el novelista dejó que Henri d'Herauville descendiera a un misterioso pozo donde perecerá, por lo que no pudo casarse con Francinette, enamorada del extraviado francés.

Todo lo anterior constituye un nuevo escarceo, un solfeo literario. Después de conocerlo, se ratifica al lector que *Yerbasanta,* si fue fruto de la adolescencia de Valdelomar, responde a su otro yo, el que florecería en sus cuentos lugareños. Entre 1911 y 1913 ocurrió algo que rompió el modo universitario y sofisticado (según decimos hoy) de su literatura; que algo nuevo se introdujo entre él y su cosmos; que, usando eufemismos rebuscados, su cosmovisión cambió sustancialmente; que de exotista se volvió regionalista; de alambicado, simple; de colorista, lírico; de abundante, parco. Era su rencuentro consigo mismo: ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

Ese mismo año de 1911, en que Valdelomar se consagra como la consabida "promesa juvenil" a que se refieren casi todos los textos literarios oficiales, marcó serios cambios en la vida del Perú y especialmente de Lima. Enumeraremos algunos: llegada de Juan Bielovucia; ruptura del civilismo; auge de Billinghurst; fracaso político de Aspíllaga; maduración de Leguía; publicación de libros europeizantes *(Paisajes íntimos,* de Morales de la Torre, *Versos a Iris,* de "Juan del Carpio", y *Exóticas,* de González Prada); afianzamiento del modernismo; bautizo político de Riva Agüero. Agrupemos estos hechos en la más ordenada forma que nos sea posible.

En un lado deberíamos reunir los sucesos culturales. Pero no basta. Por ejemplo, la muerte de Jorge Chávez en Domodossola (septiembre, 1910) despertó intenso entusiasmo por la aviación y... la poesía civil. Poco después ocurrió el trágico accidente aéreo que inutilizó a Tenaud e inspiró *El vuelo*, de Valdelomar. Al mismo tiempo regresaba al Perú, Bielovucia, aviador peruano, famoso en Francia, en cuyo servicio durante la primera Guerra expuso generosamente la vida. La llegada de Bielovucia inspiró una inolvidable letrilla de Leónidas N. Yerovi; la inauguración de la Liga de Aviación Peruana presidida por el general Pedro E. Muñiz; los vuelos turísticos sobre la ciudad y el interés de Valdelomar por la aviación. Cinco años después ratificaría este fervor por medio de un bello reportaje al famoso aeronauta brasileño Santos Dumont. Literariamente D'Annunzio ocupaba un lugar preponderante entre los escritores. Aparte de sus furiosos e inexplicables amores con Eleonora Duse, aconteció que el *Index Expurgatorum* incluyó bajo sus anatemas de novela *El triunfo de la muerte*. Precisamente en ese libro se describe y canta una procesión popular italiana que pudiera compararse, por el fanatismo que la rodea, con la del Señor de Luren, al que, desde la infancia, adoraban Valdelomar y los suyos. Además, la retórica de Giorgio Aurispa y de su amante Hipólito, y su frecuentamiento de la muerte, parecen inspiradores de ese culto de lo inesperado de la muerte, que Abraham ronda, con sigilo de lobo, en "Los ojos de Judas", "El vuelo de los cóndores", "Chaymanta Huayñui", "El buque negro", "Yerbasanta", "El alfarero" y, en general, en toda su obra. Raymundo Morales de la Torre, su compañero de San Marcos y el vivaque, había parafraseado ya a Gabriel "el divino" en el libro *Paisajes íntimos* (1911). Enrique Bustamante y Ballivián, colega de *Contemporánea*

y futuro copiloto de *Cultura,* glosaba argumentos y personajes dannunzianos en sus alambicados *Elogios* (1911), y preparaba esa terca y dulce rapsodia de *Las vírgenes de las rocas,* que se titula *La evocadora* (1912). Juan Bautista Lavalle publicaba en revistas lo que sería su único y armonioso libro *En la paz del hogar* (1912). Augusto Aguirre Morales preludiaba en cuentos sicológicos y leyendas históricas, otra parodia de D'Annunzio (el de *El inocente)* como sería la novela *La medusa* (1915).

Para erguirse por encima de las ruinas y el desastre, frutos de la derrota militar de 1879, la generación "dolida", la del 86, se mostró violenta acusadora de sus antecesores; la siguiente generación, al parecer limpia de tales máculas, se ufanaría de su inculpabilidad y de su erudición. El propio José de la Riva Agüero, tan seguro y solemne como paso de oso, intentó alardes dannunzianos y glosó *Las vírgenes de las rocas;* lo hizo también Enrique A. Carrillo ("Cabotín") pero, ¡con qué donosura! De la mezcla de la arrogancia y el estetismo dannunzianos y de la explosiva homosexualidad literaria de Lorrain, el conde de Mirabeau Fezesac y también de Verlaine, surgió, como producto natural, el culto a Óscar Wilde en quien Valdelomar puso todas sus complacencias. Tuvimos así nuestro criollo "rey de la vida" y, de contera, un preludiante contumaz de la muerte.

Desde el punto de vista político, las cosas seguían confuso rumbo. El gobierno de Leguía, después del fracaso de la "conciliación" de 1910, resolvió lograr una mayoría propia en el Congreso, a fin de robustecer al ejecutivo. Aprovechando de la coyuntura de que, según lo establecido por la Constitución, la Cámara de Diputados se renovaba por tercios, trató de insertar en 1911 un tercio adicto a su régimen a fin de completar su mayoría. El choque fue duro. Cayó muerto a bala uno de los partidarios de Antonio

Miró Quesada Guerra, redactor principal de *El Comercio* y primer aspirante a suceder intempestivamente a Leguía mediante un golpe parlamentario. Frente a estos sucesos y el consiguiente desborde del presidente Leguía y sus huestes, se levantó la voz de Riva Agüero a través de un artículo en *El Comercio*. Su autor fue apresado. Logró la libertad mediante una estruendosa y valiente protesta de los universitarios de San Marcos, entre los cuales se hallaba Valdelomar. Aprendió así, con elocuencia inmediata, que los estudiantes tenían un *rol* que desempeñar en la política activa. Aprovechó la lección. La usaría al año siguiente. Por otra parte, era un hecho que, al amparo de su acerbada y reciente gestión edilicia, don Guillermo E. Billinghurst (Arica, 1851 —Iquique, 1914), había crecido cívicamente hasta alcanzar estatura presidencial. Billinghurst era un tipo recio, combativo, auténtico patriota, ex combatiente de la guerra del setenta y nueve, ex montonero de 1895, ex pierolista desde 1899, rotundo, arbitrario, viril y culto; uno de los mejores especialistas en nitratos. Cayó prisionero de los chilenos en el Morro Solar (1881), y acompañó a Piérola en su audaz viaje, en barquichuela, de Chile al Perú. Alrededor suyo se juntaron los enemigos de los Pardo y de sus satélites, los "bloquistas", así como los adversarios de Leguía y su naciente despotismo. Billinghurst parecía ser la garganta del pueblo; Valdelomar quiso ser la voz. Para lograrlo mejor pretendió, sin buen éxito, ganar la presidencia del Centro Universitario, según se ha referido.

Era el Centro Universitario la institución representativa de los estudiantes universitarios. Lo habían presidido Carlos Concha, Juan Bautista de Lavalle, Víctor Andrés Belaúnde, Manuel Prado Ugarteche. Se trataba de una institución prominentemente "civilista", monopolizada por una *élite* limeña o alimeñada.

Los casos de Concha y Belaúnde tenían su propia explicación. Concha, vástago inteligente, ambicioso, de una vieja familia empobrecida, había sido secretario del presidente Pardo (1904-08) y ejercía gran influencia política a causa de aquello; en 1915-19 volvería a la secretaría presidencial. El caso de Víctor Andrés Belaúnde-Díez Canseco fue el de una locuacidad y una fantasía bien administradas. Por su apellido materno estaba vinculado a dos presidentes: Castilla y Díez Canseco; y por la paterna a un ex ministro de Hacienda, don Mariano Belaúnde. A Belaúnde le fue muy fácil alinearse con la aristocracia rural, colonial, ventral y fiscal concentrada en Lima, que constituyó, a su turno, una curiosa aristocracia oral. Por "línea de carrera", como se dice, la presidencia del Centro Universitario implicaba ciertos gajes. Allí, en la casa del Centro, se jugaba al billar, al póker, a la pinta, a la erudición y a la política.

Uno de los más dinámicos secuaces de Abraham se llamaba Luis G. Rivero, de clara afición a las letras. Cierto que le ganaba el criollismo: entre D'Annunzio y don Ricardo Palma, Rivero escogió lo último. Rivero había nacido, como Valdelomar, en Ica. Versificaba con sentimiento, no exento de cierta dosis de huachafería. Alto, de apostura, la nariz aguileña, bigote y cabellos castaño-claro, el mentón saliente. Blandió con eficacia bastón, gesto y madrigales.

Según se ha dicho, surgió como adversario de Valdelomar, en el campo de la política sanmarquina, Alberto Ulloa Sotomayor, limeño nacido en 1892, por tanto en sus veinte años, hijo de don Alberto Ulloa Cisneros, el agresivo editorialista de *La Prensa* de Piérola y de Osma. Pocos años después, refiriéndose a tal episodio, Alberto Ulloa Sotomayor escribiría lo que sigue en el prólogo de *El caballero Carmelo:*

> Su causa (la de Billinghurst.—L.A.S.) triunfó, y como Valdelomar se había hecho político militante y como la política se durmió en las calles, fue a despertarla en la Universidad, agitó a los infantiles alumnos de los primeros años y al frente de ese ejército entusiasta se lanzó a conquistar las elevadas posiciones de la vida estudiantil. Hubimos de salirle al encuentro y entonces Valdelomar y yo tuvimos un duelo; vibraron una tarde las espadas, se ennegrecieron sobre la tierra unas gotas de sangre y bautizamos en esa forma esta sólida amistad intelectual que hoy nos une y que estas líneas consagran.

Estímulo tardío, pero al cabo reconciliación: como en *El caballero Carmelo,* ambos contendientes eran de raza.[1]

Después del regreso de Arequipa, Cuzco y Puno y de la publicación de *La ciudad de los tísicos* y de *La ciudad muerta,* Valdelomar había iniciado una nueva actividad, entre el periodismo, la historia y la política. Se estaba poniendo criollísimamente "en forma".

De lo primero da fe su artículo "El palacio de los virreyes" publicado en *La Opinión Nacional* del 31 de noviembre de 1911, trabajo ameno, alegremente documentado y con interesantes sugestiones. Luego se embarcaría en la política.

Desde enero, repito, la candidatura de Billinghurst cerníase sobre el horizonte como algo inexorable. Valdelomar, provinciano, rebelde, inquieto, se decide a probar fortuna en aquel nuevo quehacer. Como se había matriculado de nuevo en San Marcos, pretendió ganar la presidencia del Centro Universitario

[1] Ulloa, Prólogo a *El caballero Carmelo,* 1918, p. 4.

que agrupaba a lo más granado de los estudiantes peruanos. Fue cuando le salió al paso Alberto Ulloa. A consecuencia de ello se produjo el duelo Ulloa-Valdelomar que hemos narrado ya. Fracasado en su intento de capturar la presidencia del Centro Universitario, Valdelomar fundó otro Centro Universitario billinghurista, típicamente político, a cuya cabeza se puso de inmediato.

El 19 de mayo de 1912, tanto el señor Billinghurst como su rival, el señor Aspíllaga, llevaron a cabo sendas manifestaciones políticas. El uno la inició en la popular alameda de los Descalzos. Como emblema portaban dos panes, uno grande ("el que tendrás si eliges a Billinghurst") y otro chico ("el que tendrás si sale Aspíllaga"), motivo por el cual Billinghurst recibió el indeleble apodo de "Pan Grande". La comparación entre ambas manifestaciones fue lamentable para el señor Aspíllaga. Mientras sus huestes desfilaban desde el Restaurante del Zoológico y estaban integradas a lo sumo por dos millares de señores y señoritos de tarro de unto, levita negra y guantes claros, los veinte mil billinghuristas, con Marta la Cantinera a la cabeza, se posesionaron de la Alameda de los Descalzos y Abajo el Puente, llenando el espacio a fuerza de hurras, eructos alcohólicos y jipíos de marinera costeña. Decía *La Crónica*, informando al respecto:

> *Las manifestaciones políticas de ayer. El señor Billinghurst aclamado por veinte mil ciudadanos*. . .
>
> Todo el trayecto el Jirón de la Unión no ofreció mayores detalles dignos de ser anotados, hasta llegar a la plazuela de la Exposición, en donde pronunció un hermoso discurso el señor Abraham Valdelomar, secretario de la casa política del señor Billinghurst y presidente del Centro Universitario

billinghurista. Las palabras de Abraham Valdelomar despertaron un intenso entusiasmo.[2]

Ese mismo día, el propio Abraham dio lectura a un memorial que la ciudadanía billinghurista presentaba al presidente Leguía, en cuyo párrafo primero fundamentaba la petición principal; decía lo siguiente:

> Excmo. Señor:—los ciudadanos que suscriben, en uso del derecho de petición que nos concede la Constitución del Estado, a V. E. nos presentamos y decimos: —que como es público y notorio las Juntas encargadas del mecanismo y actos preliminares de la elección que debe renovar al personal del Poder Ejecutivo, no han llenado ninguna de las sagradas misiones que la ley les encomienda...

Se pedía a continuación que se removieran a dichas juntas electorales por considerárselas parcializadas a favor de Aspíllaga. Al final ocurrió que la elección del presidente de la república la tuvo que hacer el Congreso.

La agitación callejera había subyugado a Valdelomar. Un mes escaso después de aquel mitin, el 8 de junio, se realizó en el salón general de San Carlos, o sea en el aula magna de San Marcos, una fervorosa recepción en honor de la comisión de estudiantes del Cuzco que había llegado a Lima llevando su protesta por los atropellos de que el prefecto Núñez hiciera víctima a los universitarios de la Ciudad Imperial.

Los delegados de aquel movimiento eran el cuzqueño Víctor J. Guevara y el moqueguano Luis E.

[2] *La Crónica*, Lima, 20 de mayo, 1911; pp. 3, 4, 5, 8 y 9.

Valcárcel. Ambos en sus veinte; ambos inquietos; ambos adictos a la historia; ambos sedientos de política. Los dos llegarían a gran altura; el uno como periodista y parlamentario; el otro como catedrático, escritor y arqueólogo. Presidió la actuación Carlos Concha, "quien leyó un hermoso discurso de bienvenida".[3]

Concha era presidente del Centro Universitario. Dice la versión periodística: "El señor Abraham Valdelomar hizo uso de la palabra en términos adecuados, lo mismo que los señores doctores Víctor J. Guevara y Luis E. Valcárcel."

Con anterioridad a este acto de protesta académica, Valdelomar había tomado parte en las manifestaciones callejeras a propósito del paro general provocado por la prisión de los universitarios del Cuzco. Había sido el 24 de mayo. Valdelomar presidió el comité encargado de expresar la queja y el rechazo de los estudiantes. En ardiente discurso pidió al ministro de Gobierno la libertad de los detenidos, a quienes se acusaba tan sólo de haberse expresado contra la candidatura de Aspíllaga, o sea contra el oficialismo.

El contacto con los obreros y la participación en el paro político, que sirvió de ominoso marco a las elecciones presidenciales, contagió a Valdelomar de efluvios popularistas, lo que explica su asidua colaboración en el diario obrero *Acción Popular*, del que eran mentores el catedrático de San Marcos, Lauro Ángel Curletti, y los obreros Justo A. Casaretto, Luis B. Castañeda y Víctor Pujazón.

En las páginas de *Acción Popular* insertó González Prada su vitriólica "Nota informativa" sobre la Biblioteca Nacional, implacablemente enderezada contra don Ricardo Palma (1931).

[3] *La Crónica*, 10 de junio, 1912.

De pronto, el atildado cronista de *Con la argelina al viento,* el decadente exégeta de Abel Rossell y Henri d'Herauville, se convirtió en juvenil y ardoroso orador de plazuela.

Abraham cumplía los veinticuatro, usaba leve bigotillo, lentes con marco de carey y refinado cinismo. ¿Qué había conseguido con todo eso y lo demás? Cierta reputación de hombre inteligente; la nada singular aureola de escritor modernista; un no despreciable prestigio como dibujante; algún renombre de historiador. Cuando pasaba por el Jirón de la Unión, algunos se volvían para mirarlo. Tenía la voz aflautada, el ademán pomposo, fácil y amable la risa, morena la tez (a pesar suyo), anchos tórax y caderas, desafiante la mirada, la imaginación prolífica. Pero, con todo, sólo era un provinciano, nada más que un provinciano, y serlo significaba tener cerradas muchas puertas. Ica sería muy rica, asoleada y señorial, pero Ica no era Lima; los Valdelomar, además, eran amulatados. Inútil halagar las blancas y regordetas manos de los marqueses, condes, señores de la capital. Inútil parecería buscar la simpatía de los Lavalle, los Riva Agüero, los Osma, los González Orbegoso. En cambio Billinghurst, vástago de ingleses y nacido en Arica, representaba la insurrección de la provincia, el alzamiento contra el señorito virreinal.

Los Valdelomar, mal de su corazón, pese a breves desajustes metropolitanos, permanecieron fieles a la provincia hasta en su deceso, como simple diputado regional y en Ayacucho, el "rincón de los muertos".

Por eso, era natural que en aquella coyuntura, al frente de las huestes universitarias billinghuristas, desde las ventanas de la casa política de don Guillermo Billinghurst, esquina de Gallinazos con Fano, arengase con ardor a las multitudes.

Nada retrata mejor las agitaciones políticas de Valdelomar a sus veinticuatro años, cuando, pese a que no estaba aún "consagrado", ya había escrito o estaba escribiendo las obras que lo consagrarían, que una carta suya de 17 de junio de 1912, escrita en Lima en plena campaña, y dirigida a Enrique Bustamante y Ballivián (ausente del Perú), pero con quien lo unió, según se ha visto, una sólida amistad literaria y personal, pero no un vínculo político:

> Por primera vez he vivido una verdadera vida de agitación y de grandes sensaciones. He sido orador en las grandes multitudes, luchador en los pequeños combates habidos con los "aspillaguistas" durante los primeros días (que ahora ya no salen a la arena), confidente de los políticos y azuzador de malas gentes. He sido todo, y no repetiré como el otro descontento: "lo he sido todo y todo es una gran cosa". Yo estoy agradecido al destino que me deparó una vida tan tensa, en estos tiempos de pasividad y de civilización. He vivido otra vida, Enrique; otra vida que Ud. no se imagina tal vez. *Yo no me creía un luchador, y ahora me convenzo de que el hombre no es más que el resultado de las circunstancias. Yo mismo que me creía un apacible, he ido con la mayor sangre fría, revólver en mano, el 25*, a atacar a la Junta Electoral, capitaneando a unos setecientos hombres del pueblo. *Yo me he convencido que éste es el camino.* Si yo resultara un revolucionario. ¿Qué diría usted, Enrique?
>
> Debo hablarle un poco de política. Nuestra campaña en favor de don Guillermo (Billinghurst) está concluida. El concepto general es que don Guillermo ya es gobierno, y que el Congreso no hará más que elegirlo. Estando tan cerca como estoy del señor Billinghurst, puedo asegurarle

a usted que hemos vencido y que no habrá fuerza capaz de llevar a otra persona al Gobierno. Yo me alegro inmensamente por usted y por mí; el señor de Piérola ha sacrificado una vez más a sus amigos y ha hecho morir definitivamente a este gran Partido Demócrata que hasta el 18 del pasado era una fuerza viva.

Le he dicho que no vivía sino para el arte, pero mi tendencia a ver las cosas con los ojos del espíritu, me ha llevado a apuntar impresiones de esta campaña política, impresiones que tienen un carácter de narración personal de todas las grandes cosas que he visto y de todas las grandes sensaciones que he tenido. Una imborrable, magna, digna de un gran poema trágico, fue la que tuve el 25. Voy a contarle a la ligera un bello cuadro trágico, doloroso, sangriento, brutal. Qué sensación terrible, querido amigo. Otro hombre no habrá visto, y si ha visto, no habrá sentido con la fuerza que yo, en momento semejante.

El pueblo de Lima estaba en el segundo día del paro general. Era este día lleno de presagios y de temores para todos. Un pueblo de treinta mil hombres que recorrían las calles gritando, destruyendo. Un pueblo famélico, indignado, y que aun siendo nuestro en su totalidad, nos infundía ese respeto que infunden las grandes masas cuando están resueltas a obrar por cuenta propia. El segundo día del paro, el pueblo, no teniendo mesas qué destrozar, se fue a *cazar* soplones. Era una cacería humana. El pueblo, al saber dónde se ocultaba uno de estos desgraciados, se dirigía a su casa y asaltaba, incendiaba y hería.

Hubo uno de estos soplones, un tal *Changa,* a quien el pueblo buscaba con gran interés. El solo criminal nos había herido en menos de cuatro días a unos doce individuos. Y la indignación era

tan grande contra él, que al saber dónde se ocultaba, se dirigió una poblada de cerca de tres mil individuos a su casa. Allí estaba el reo. Entraron dos cabecillas y lo tomaron preso. El pueblo abajo disparaba y rompía las puertas.

¡A quemarlo!... ¡A quemarlo!

El hombre salió ante aquella turba enfurecida, entre los dos cabecillas y les dijo:

—Tú, al de la derecha, tú que eres mi amigo y que me conoces, líbrame de este pueblo y mátame.

—Tú que me odias tanto (al de la izquierda) y que eres mi enemigo porque yo herí el otro día a tu compadre, mátame. Es un favor.

El pueblo se apoderó de él. Lo han traído desde el Tajamar en medio de un griterío infernal. Era una lucha entre los que querían matarlo allí mismo y que se lo disputaban, y entre los que querían traerlo vivo hasta la puerta del señor Billinghurst para quemarlo vivo allí, y la gritería aumentaba y los disparos contra el reo iban a herir a sus propios custodios y la mala suerte del miserable hacía que ningún tiro le cayese. Así subieron al puente. De pronto la multitud tiene una súbita idea. Se encuentran en medio del puente. Ven el precipicio a los pies y gritan todos:

—¡A echarlo al río!... ¡A echarlo al río!

Y todos respondieron a una voz:

—¡Al río... Al río!

Se arremolinaron todos. El hombre no hablaba ni decía nada. Era un negro enorme. Un poco delgado, de unos ojos vidriosos. Algo húmedos, pero extrañamente abiertos. Tenía los labios secos, muy secos y miraba a todas partes como desorientado. El pueblo lo cogió. Se apoderó de él, sus dos cazadores no pudieron detener el impulso y entonces se vio cómo el pueblo levantaba al hombre y lo lanzaba por la baranda de hierro. Ya

estaba en el aire. Sonó un grito ronco, extraño, grito que no era humano, y entonces uno de esos hombres desconocidos y de generosa crueldad, en medio del silencio instantáneo que precede a los crímenes y a las venganzas populares, sonó una voz que dijo:

—¡No!... ¡Mejor es quemarlo primero!

—¡Sí. Mejor es quemarlo!...

Y la procesión se organizó de nuevo hacia la casa de Billinghurst, rugiente, ensordecedora. Los disparos a él seguían hiriendo a los demás, y el desfile por el jirón central duró más de una hora. ¡Y el hombre vivía!

Yo estaba en este momento en casa de Billinghurst. Acababa de volver de una semicampaña sostenida en La Victoria contra unos cuantos aspillaguistas. Éstos fueron dispersados por nosotros a balazos y caído un prisionero; fui yo, yo, que era el jefe, quien le salvó la vida. Y qué diferencia había entre este pobre diablo (que debía ser un hombre bueno), que se humillaba para que le perdonásemos la vida, y el negro trágico, bravo, muy valiente, que no lloraba ni suplicaba ante la multitud. Éste, sin duda alguna era un redomado criminal, pero era un noble tipo de braveza. No he visto ni veré un hombre más valiente.

Me coloqué en una de las ventanas al sentir el clamor del pueblo que se acercaba. ¡Qué clamor! ¡Qué gritos de ira, qué coraje el del pueblo! Pero nada más grande ni más trágico que la visión del pueblo y de su víctima. Lo exhibían como un trofeo de victoria. Yo he visto desde la ventana llegar al hombre, he visto sus dos ojos de espanto y de pavura mirar a un punto que no estaba en la vida. Ésta es una de mis más grandes sensaciones y fue tan bella, tan trágica, tan artística,

tan dolorosa, era tan cierta, me llegaba tanto al alma, sufría una conmoción tan grande mi espíritu en ese momento, que él solo puede valer toda una vida. Y vi preparar la hoguera, Enrique. Y yo ¡no pude decir nada! Estaba pálido, inmóvil; y el hombre me miró.

Una gran confusión se producía en la casa. Don Guillermo, horrorizado, gritaba suplicando que no lo matasen; que se lo llevaran a la policía, a la calle, a otro lugar donde un crimen no manchase su vista. Y el pueblo empezaba a rebelarse porque quería quemarlo en la misma puerta. ¡Qué momento! Un hombre de la casa tuvo una idea: hacerlo entrar. Y se le arrebató a la multitud rugiente y se le encerró en una habitación.

Alguien que no sé quién fue, salió a decir al pueblo: "¡El candidato os suplica que perdonéis la vida de este miserable. El pueblo es generoso; la justicia se encargará del castigo. No manchéis con un crimen las puertas de este hogar inmaculado!..."

Y el pueblo empezó a retirarse. Poco después asaltaban todo un barrio, el del callejón de Romero, y después toda una sola de la calle del Huevo, uno de cuyos truhanes era jefe de una bandada de soplones y marido de Sara Mora.

Mucho de esto tendría que contarle, si pudiera robarme más tiempo del que robo ahora para escribirle. Aún no he visto a Eguren y me prometo una amenísima charla en la primera vez que tenga tiempo de ir a buscarlo.

Su bellísimo poema, que ya conocía en parte, y que he vuelto a releer, está en la *Acción Popular;* pero ni hay espacio en los periódicos de hoy para literatura, ni público que se detenga a leer nada literario. No crea que se le olvida, lejos de eso, he visto en un bello libro que es como un

anuncio de mejores cosas (semiprospecto) que se titula *Biblioteca Internacional* de autores célebres europeos e hispano latinos, los nombres de varios escritores notabilísimos como Rodó, González Prada, Zorrilla de San Martín, Riva Agüero, José Antonio de Lavalle, Ricardo Palma, Enrique Bustamante y Ballivián, José María Eguren (en lo que se refiere a América). Y varios otros en la sección América. Lo felicito por ello y espero conseguir el primer ejemplar para enviárselo.

Así pues su coloquio se publicará en la primera oportunidad y no crea que le olviden, le repito que se le recuerda siempre y que yo haré de mi parte, pasados estos momentos de lucha, lo que debo hacer para que se le recuerde como usted merece. Se está imprimiendo *El vuelo* en la Imprenta de Seguín en El Callao, lo dedico a usted y a Eguren. Por estas cuestiones he dejado de escribir en *La Opinión* y en *El Puerto*. He pasado de la secretaría del Comité Ejecutivo, cuya labor fue momentánea y transitoria, a la secretaría particular del señor Billinghurst; este puesto significa para mí un triunfo definitivo, y crea Enrique que si por algo me alegro de esta victoria, es porque creo que podré hacer en favor de ustedes, mis verdaderos amigos, este gran favor: sacarlos de Lima. Demás me parece decirle que yo acompañaré en su gobierno a don Guillermo unos meses, pero que mi intención es irme a Europa a continuar mis estudios literarios y artísticos.

Mucho lo recuerdo y mucho le suplico que me escriba con frecuencia. Lo abraza su compañero y buen camarada, Abraham Valdelomar.[4]

Domingo 9 de junio de 1912.

[4] Copiada por Cristina Bustamante a W. Pinto (1968).

Hay aquí muchas cosas confidenciales.

Todo lo que relata aquí Valdelomar, un mes después de las jornadas de mayo de 1912, es rigurosa y cruelmente exacto. Poco más tarde, el Congreso elegía presidente a Billinghurst. Triunfaba la causa popular. Como sabemos, en 1913, el año de la fundación del "Palais Concert" y del Teatro Excélsior (dos fechas fásticas de Lima), Valdelomar reincidió en matricularse por cuarta vez en San Marcos.

El nuevo gobierno le había nombrado ya administrador de la Imprenta del Estado y director del diario oficial *El Peruano;* exactamente como lo que hizo el gobierno de Piérola con Chocano, allá en el año de 1895. Seis meses después, el 30 de mayo de 1913, Valdelomar renunciaba a ambos cargos para aceptar la segunda secretaría de la legación del Perú en Italia (12 de mayo, 1913). Partiría como diplomático a Europa. Iba en pos de Abel Rossell, de Francinette y de sí mismo.

Empero, las victorias llegan generalmente tarde o incompletas: la de Valdelomar no escapó a regla tan cruel. Había cultivado, desde Guadalupe, la amistad de una familia vinculada a la docencia y a Ica, la de los Gamarra Hernández. Enrique, casado con una Del Valle, de Ica, había sido su compañero de Universidad; Aurelio, algo mayor, le inspiraba afectuoso respeto; pero Rosa, la hermana menor, había suscitado en el joven artista un no bien definido, pero insistente sentimiento de admiración, de adhesión, casi de amor. Rosa Gamarra Hernández poseía una belleza delicada, casi etérea. En esa época acababa de dejar la adolescencia e iniciaba su juventud, una juventud lozana y espiritual. Muy a menudo se encontraban los dos jóvenes, él de veinticuatro ya, y ella frisando los veinte. De pronto, el 13 de marzo de 1913, cuando más afanado se hallaba en sus menesteres de director de *El Peruano* y de la Impren-

ta del Estado, y preparándose a su anunciado viaje a Italia, para lo cual hacía sólo falta el nombramiento, que en seguida se hizo, una infausta e inesperada nueva detuvo el paso y la respiración del escritor. Rosa Gamarra Hernández había muerto. Para un alma tan sensible como la de Valdelomar fue terrible, quedó como paralizado. Desapareció de sus ocupaciones diarias. Sufría. Para dar rienda suelta a su pena, confesándose consigo mismo, escribió un breve poema hasta ahora inédito:

In memoriam

Mi juventud se ha disipado
con el adiós de tu partida;
no sabías que te había amado,
¡y eras lo más amado de mi vida!
Sólo hay una ilusión perdida
y un ensueño que no se ha realizado:
tú, para mí eras la Elegida,
y yo, oh amada, el Esperado...
y nunca nos hemos juntado.

Exhala esta breve y tartamuda estrofa una tristeza irreparable. Son expresiones balbucientes y lapidarias. No cabe mayor concisión en tan pocas líneas. Valdelomar nos revela toda su silenciosa y tácita tragedia: ella, Rosa, "era la Elegida"; él era "el Esperado", pero ni ella lo sabía, ni él acertó a decírselo: "Mi juventud se ha disipado/con el adiós de tu partida."

Las comparaciones resultan a menudo odiosas; sin embargo, si recordamos la crispante "Elegía a Georgina Hubner en el cielo de Lima" de Juan Ramón Jiménez, tendremos que esta centellante y honda elegía valdelomariana contiene todos los elementos

dramáticos de aquélla, con la ventaja de su brevedad y la angustia entrecortada de una soledad irrestañable, sin literatura.

Sobre la tumba de la niña ausente, la novia indescifrada, la vida prosiguió cavando su surco. Como suele siempre suceder.

VI. ROMA (1913-1914)

EL 12 de mayo de 1913, CCCLXII aniversario de la fundación de la Universidad Mayor de San Marcos, el presidente Billinghurst rubricaba la Resolución Suprema número 484 firmada por su ministro de Relaciones Exteriores, don Wenceslao Valera, nombrando segundo secretario de la Legación del Perú en Roma a Abraham Valdelomar Pinto. De esta manera recompensaba los valiosos servicios del líder universitario y del periodista, al par que abría un nuevo y amplio horizonte al escritor todavía alambicado y un tanto cursi. Fue decisivo factor de aquel nombramiento doña Emilia Prieto de Billinghurst, esposa del presidente y mujer aguerrida, politiquera, comprensiva y enérgica, a quien Valdelomar varias veces rindió público homenaje de admiración y afecto. Coadyuvó además en ello Guillermo Segundo Billinghurst ("Willy" según le llamaban sus íntimos), hombre inquieto, enamoradizo, dado a la bohemia y más tarde compañero de aventuras de Valdelomar y su grupo en aquellas exóticas andanzas cuya apoteosis cantó el número cuatro de *Colónida*.

Nada ansiaba tanto el escritor como alejarse del Perú, salir de la "provincia" y conocer Europa. Hasta allí, repito, su obra publicada y su estilo habían girado en torno de asuntos muy convencionales y en estilo también harto convencional. Sin embargo, según se desprende de su correspondencia, ya tenía escritos sus principales cuentos neocriollos. Empero, a partir de 1913 todo lo editado y lo inédito cambiaría, cambiaron también sus gustos, trato, giros, "temple", cultura.

Una visita a Europa, o mejor, una romería a Europa era hasta 1913 algo fantástico. Desde luego ya no regían las pueblerinas virtualidades que destaca Felipe Pardo y Aliaga en el viaje del "Niño Goyito". Pero sólo gente adinerada o los que fueran pensionados del gobierno —en número reducidísimo— podían pagarse el lujo de costear la larga travesía, en dinero y en tiempo; dos dispendios increíbles. Aquello significaba una especie de salto en el vacío. Como Argentina atravesaba desde 1880 una época de *boom*, la mayoría de los latinoamericanos en Europa pertenecían a esa nación. Quien haya leído *Criollos en París* de Joaquín Edwards Bello, o *Zogoibi* de Enrique Larreta, o *Los trasplantados* de Alberto Blest Gana, o *En torno a la Argentina* de Federico Quintana, puede tener una clara idea de esa indudable *belle époque.*

Valdelomar realizó de prisa sus preparativos, liquidó su cargo de *El Peruano,* y finalmente se embarcó en el Ucayali, el 30 de mayo de 1913, con destino a Panamá. En el barco viajaban José de la Riva Agüero, su tío Enrique y su familia.

El 3 de junio, desde Salaverry escribía a su madre:

> Estoy triste. Felizmente no me he mareado y no pienso marearme, pues me siento muy bien. La familia del señor Riva Agüero tiene conmigo toda clase de atenciones, empezando por el ministro don Enrique y su señora doña Isabel [Panizo y Orbegoso] hasta su cuñado y sus tías. José de la Riva Agüero asimismo es para mí muy bondadoso. Mañana llegaremos a Pacasmayo. No dejes de retratarte y mándame el retrato.

En ese tiempo se estaban terminando los trabajos de apertura del Canal, pero aún no funcionaba a plenitud. Después del fracaso de Lesseps y la Com-

pañía francesa, los norteamericanos tomaron a su cargo la empresa. Fue precisamente en 1913 cuando se ofreció al mundo la maravillosa obra iniciada con tan mala suerte desde 1880. Bajo las aguas del lago Gatun y en las colinas circunvecinas, yacían millones de cadáveres de negros barbadenses, jamaiquinos, colombianos y antigüeños. La malaria, la fiebre amarilla y el tifus impedían seguir adelante. El general Gorgas resolvió el problema.

La ciudad de Panamá, con sus estrechas barracas de madera en el barrio de Calidonia, su oleoso enjambre de obreros barbadenses, jamaiquinos, bahamenses y taboganos, trataba de orquestar el interés de los financieros con los anhelos de independencia. Sabemos que Valdelomar cumplió con el rito de visitar la Antigua Panamá, destruida por el pirata Morgan, y cuyas ruinas cubiertas de maleza, fueron y son un perenne acicate para la fantasía. Cruzó el istmo por el ferrocarril perteneciente también a una compañía norteamericana. Se rembarcó en julio en Colón, otro puerto abigarrado, sudoroso, feérico y noctámbulo, cosmopolita, trepidante de música antillana, pragmático y vicioso. Zarpó hacia Kingston a donde llegó el 10 de junio. Desde allí escribió nuevamente a doña Carolina: "Nada es mejor que Lima."

Su barco se llamaba el *Príncipe Augusto Guillermo,* alemán por tanto. De negrerío en negrerío, al día siguiente echaba el ancla en Santiago de Cuba, la histórica bahía de la guerra de la independencia cubana. El 16 atracaba en un muelle de Nueva York: la gigantesca estatua de La Libertad se erguía al frente como un hito y una advertencia.

Valdelomar, en unión de los Riva Agüero, se alojó en el Hotel Gothan, en el que le cobraban dos dólares diarios. "Todo es carísimo", escribe a su madre. Traduciendo en moneda peruana informaba que una

carrera de auto costaba 12 soles y un cocktail 0.80 soles. El centro de Nueva York terminaba prácticamente hacia la calle 42, en Times Square. Entre esa sección y Harlem había un vacío que llenaba el Central Park. Valdelomar paseaba y observaba. Escribió a su madre:

> Nueva York me ha costado un sentido, sólo llevo a París cien libras, que es con lo que viviré los dos meses que faltan para que pueda cobrar mi sueldo.

Entonces circulaba la versión de que todos los norteamericanos eran yanquis; todos los yanquis, capitalistas; todos los capitalistas, pragmáticos y por tanto antipoéticos, audaces y calculadores. Es seguro que no escribió entonces, sino después, los *Cuentos yanquis* (salvo uno) ; pero también es seguro que escribió algunos y que el estilo de Valdelomar abandonó a partir de esa fecha sus dannunzianas rutilancias. Adquirió precisión e ironía; ganó en sequedad y humor. Aquella apuesta sobre el suicidio, aquella flema calculadora (aunque demasiado explícita), corresponden a los yanquis de las operetas que entonces estaban en boga, desde *La princesa del dólar*, de Leo Fall, hasta la futura miss Pinkerton de la *Madame Butterfly* de Puccini, todo eso y las *geishas* de esta última obra, así como las de la opereta de Sidney Jones, constituían una pintoresca *misse en scène* en cuyo centro, chispeándole de ingenua malicia los ojillos achinados, erguía su batuta literaria el joven *metècque* peruviano, introducido en la vida europea.

Nuevo zarpar: ahora hacia Europa. Al sentirse en el Atlántico, rumbo ya a Le Havre, escribió los jugosos versos de “Diario íntimo”, y el soneto “La

viajera desconocida".[1] No se trata en el primer caso de un poema extraordinario. Pensaría más bien que nos hallamos frente a una página confidencial o un *recueil* de apuntes o emociones de viaje, cuya simplicidad contrasta con el estilo de Valdelomar adolescente.

El "Diario íntimo" es apenas el fragmento probablemente inicial de un largo poema jamás concluso. Son sesenta y nueve versos alejandrinos con asonancia en los pares. En ellos se arriesga a usar, como versos autónomos, algunos hemistiquios heptasílabos y uno que otro perdido endecasílabo, ardid que no rompe en nada la armonía fundamental del alejandrino, o verso francés, según decían los modernistas que lo tomaron de Hugo, Baudelaire y Banville especialmente. En "Diario íntimo" coexisten artísticamente amalgamados el Valdelomar rebuscado (usa "prora" por "proa" y el proclítico "quebráronse") y el sencillo y rural (usa "paracas" por "torbellinos", "toñuces", "indios inocentes y buenos"). Es indudable que el poema está elaborado después de que "he visto los prodigios de una civilización colosal", y "la fosforescencia de las horas del trópico". Traduzcamos en lengua vulgar; estamos saliendo de Kingston. Como siempre, el poeta se deja arrastrar por la melancolía y el recuerdo ("Ay de los que se quedan/ ¡Ay de los que se van!"), el más persistente, también como siempre, es el de su madre y el de Ica:

Acodado en la prora he recordado todos
los instantes tranquilos de mi infantil edad,
la casa vieja, los besos de mi madre,
la aldea abandonada, adormida al tenaz

[1] Este soneto apareció en *La Revista*, órgano del Centro Universitario, Lima, septiembre de 1913, p. 60.

sollozo lento de las olas, los raquíticos pinos,
la iglesia triste, fría, severa y secular,
los crepúsculos rojos desde el muelle simétrico
los frágiles toñuces del verde toñuzal
los pescadores indios, inocentes y buenos
todas mis ilusiones ingenuas idas ya.
He recordado el soplo trágico de las paracas
que irisaban el mar
y pintaban con su polvo amarillo.

Parecería que el *leit motiv* de toda la vida y la obra de Valdelomar se precisa allí; la aldea, no obstante de salir de cosmópolis; la madre, no obstante de la vivencia que representan "los ojos profundos/ entre pieles australes/ como vampiros negros/ incrustada de piedras/ sedientas de besar". El símil resalta ahora perfecto: la atracción del pecado y el anclaje en la ingenuidad; el mundo y la madre. No ha habido, no hay, no habrá cabida para más, pues hasta la mención del "simétrico muelle" (que es el de Pisco) subraya de modo alucinante la fijación indeleble de ese escenario marino-rural, vigente en la mayoría de los cuentos, dramas, versos y artículos del escritor.

Precisemos ahora el itinerario: el 16 de junio llega a Nueva York.

Es seguro que de esa travesía nacieran igualmente otros poemas. El viajero tenía urgencia de expresar, de expresarse de modo distinto al anterior ("La viajera desconocida", "El conjuro"). Sobre uno de ellos hablará largamente a Enrique Bustamante, en carta que luego se trascribe.

Pero es en Roma donde, recapitulando impresiones, recogerá entre otros el impacto de París.

No fue esta última una visita fugaz. El primero de agosto todavía se hallaba en la Ciudad-Luz. Ese día escribía a su madre con sencillez conmovedora:

"Creía que la tristeza me pasaría en el viaje. Nada de eso." En el poema "Luna Park" y en sus cartas se refleja el desconcierto que Francia provoca en el artista. Habríamos querido verlo recogido en artículos. Si los escribió, no se publicaron. Tampoco se conserva su manuscrito. Sin embargo, creo que Valdelomar necesariamente fijó en alguna página íntima, aparte de las cartas a su madre y a Enrique Bustamante, el resultado de su primer coloquio con la Ciudad-Luz. El poema carece de originalidad. Podría ser la glosa rítmica de un pasaje de opereta: *La viuda alegre, La casta Susana, El encanto de un vals, La princesa del dólar, El soldado de chocolate, Eva, El conde de Luxemburgo.* Se trata de un poema que demanda acompañamiento de violines con firma de Offembach, Franz Lehar, Leo Fall, Óscar Strauss. Aparecen engavillados los más vulgares recursos de *la belle époque*, oigámosle: "En París, una noche, una dama, el Destino/ y mi sudamericana curiosidad", y luego "bailando las parejas", la "insolencia" del champagne, "un joven chic", "un banquero", "madame de Lys", etc.

En medio de aquel emporio o abacería, París 1913, me parece útil subrayar la atención que Valdelomar pone en el tango, el *one step* y el *turkey trot*, los cuales "enloquecen a la concurrencia".

Dos veces menciona el tango en "Luna Park"; insistirá en el tema cuando escriba a su madre desde Roma en su carta del 22 de diciembre de 1913.

Valdelomar llegó a la Ciudad Eterna el 7 de agosto. El encargado de negocios del Perú, Carlos Zavala Loaiza, comunicaba con fecha 8 al Ministerio de Lima lo siguiente:

> Tengo el honor de comunicar a Ud. que desde ayer se encuentra en esta ciudad el doctor Abraham Valdelomar, segundo secretario de la Lega-

ción, quien se ha hecho cargo inmediatamente de su puesto.

La obsesión del tango visto en París, persistía en Roma. Desde allí escribe a doña Carolina:

> Yo estoy ahora, en las horas que me quedan libres de la Universidad y de mis escritos, aprendiendo la esgrima y no te vayas a reír: el tango argentino, pues aquí no se puede ir a sociedad sin saber bailar especialmente el tango, pues no se baila otra cosa...

Nada retrata mejor la actitud de Valdelomar en aquel tiempo como el párrafo trascrito: la universidad, "mis escritos", la esgrima y el tango.

De lo primero sólo poseemos la información que nos proporciona el mismo Abraham. En carta escrita desde el balneario de Viaréggio, a los veintidós días de su arribo a Italia, le confía a Enrique Bustamante lo que sigue:

Viaréggio, 29 de agosto de 1913.

Mi queridísimo Enrique:

¡Cuánto tiempo esperando la carta suya que aún no llega! me siento tan solo en Europa, tan triste, tan pequeño! Me parece que en el Perú no tuviera sino a mis padres, pues ninguno de los amigos a quienes quiero tanto me ha escrito una línea. Por qué no me escriben? Seguramente es cuestión de poco afecto, *pues al salir del Perú yo no he tenido otra idea que mi familia y mis amigos,* que, como Ud. sabe, forman parte integrante de mi vida y de mi espíritu. Sin embargo, espero,

tengo una lejana esperanza de recibir alguna carta de Ud. que estoy seguro, será larga y cariñosa.

Estoy en Roma desde el 7 de agosto más o menos; esta ciudad es la más bella del mundo. París me dio asco. Nueva York, cansancio y risa. Roma, sólo Roma es la ciudad de Europa donde el espíritu nuestro puede gozar fruiciones íntimas. Aquí escribo a diario, escribo mucho, pienso, medito. Aprendo el italiano admirablemente y así mismo el francés. No he mandado hasta ahora un artículo al Perú, porque tengo miedo a que la jauría encuentre malo todo lo que lleva mi firma. Y si mis artículos han de hacerme daño, prefiero no escribirlos. *¿Cómo he podido yo vivir tanto tiempo entre la gente mala de Lima?* No me explico. Digo la gente mala *porque la mayoría es buena,* y muy buena. He conseguido que Ollendorff me edite un libro que por ahora termino; *es un libro de cuentos de sabor peruano,* entre los cuales está "Los ojos de Judas" que ya Ud. conoce; hay además, "El buque negro", "El vuelo de los cóndores" y "El ciego". Éstos formarán mi primer libro. El segundo, que acabaré enseguida, será con *La ciudad de los tísicos, La ciudad muerta* y *La ciudad sentimental.*

Mi novela *incaica* avanza cada día. No se imagina cuánto se interesan aquí por el arte del Perú. Todavía no conozco bien Roma; he visitado algunos lugares, pero muy pocos detenidamente. Eso lo haré con calma. Aquí todo es bello. Las mujeres carecen de la elegancia parisiense y de la gracia limeña (única en el mundo), pero tienen aquella belleza de líneas austeras y nobles, donde la sonrisa es vaga y como un anuncio de sanas alegrías y de espíritus fuertes. ¡Qué distintas de las puercas de París! El matrimonio italiano tiene entre seis y diez hijos; el francés tiene un hijo

por lujo y un perro por lujuria. Aconséjeme sobre lo que debo hacer respecto a publicar artículos en Lima, pero pronto. ¿Qué es de Leoncito? El cretino es un ingrato como usted, no me ha escrito una línea. ¿Así son los amigos? Aquí en Europa en ese sentido la gente es muy quisquillosa. Basta que uno no conteste una carta a tiempo o no devuelva una visita con oportunidad.

Yo he venido a este balneario italiano que está a seis horas de Roma a pasar unos días, dentro de ocho días vuelvo a Roma para estar allí todo el invierno (pasaré en París del 20 al 30 de octubre por asuntos de ropa). ¿Cómo está Angélica Badham? Dígale a Leoncito que me escriba si quiere que yo le mande las tangaritas ésas. Creo poder ir a Atenas después de mi llegada de París. Atenas está a dos días de Roma. ¡Imagínese!

Vea a mi familia y escríbame con sinceridad cómo está. He sabido por *El Comercio* la cretinada de Leguía. ¡Cuánto me apenan todas estas cosas, amigo mío!

Viaréggio, del cual le adjunto una postal, es una playa encantadora, toda de arena, con sus casetas, sus muellecitos, sus gentes rosadas por el vino de Italia, su gran canal poético y sus mujeres frescas, sanas, juveniles. Le incluyo un soneto escrito en el Atlántico, sobre una rara compañera de viaje cuyo nombre ignoro, no lo enseñe sino a los amigos. No quiero que me critiquen ni que me jodan estando fuera de allí aprovechándose de que yo no pueda castigarlos.

¿Qué es de Pepe Eguren, el amigo ideal? Tampoco él me ha escrito. Por este mismo correo le escribo. ¡Cuánto quisiera que usted estuviera conmigo! ¡Cómo gozaríamos! Estoy muy resentido con los García Calderón, pues aunque nos vimos ocasionalmente en París, no tuvieron ninguna

atención para mí, creyeron sin duda que iba yo a pedirles hospitalidad en su periódico. ¡Error! Pancho comprendió sin duda su falta de atenciones para un peruano que llegaba a París y que después de todo no les iba a pedir nada, y al llegar yo a Roma, le puse una carta suplicándole que me mandase la correspondencia que llegase para mí a la Legación de París. Entonces me contestó una postal muy cariñosa. Demasiado tarde. No diga eso a nadie porque hay cosas que es mejor no tocarlas.

¿Qué hay del periódico? Escríbame largo. Dele un fuerte abrazo a Percy Gibson, a Pepe, a Leoncito, a Jorge y a Ricardo Lorente, a Madueño, a López de la Torre, y a todos y cada uno de mis amigos de corazón, y usted, mi queridísimo Enrique, reciba un fuerte abrazo de su leal camarada y amigo fraternal.

Abraham

¿Qué es de Robles? Tampoco me quiere escribir. Dele un fuerte abrazo, y dígale que me mande la música y el libro de Vienrich que me prometió.[2]

Tenemos así un cuadro cabal de las reacciones y sentimientos de Valdelomar a su llegada a Roma. En otra carta a su madre, fechada el 8 de octubre, dirigida a su "inolvidable madre", le cuenta lo siguiente:

Yo gozo de la más perfecta salud, trabajo constantemente y estoy haciendo los trámites *para la*

[2] Esta carta inédita me ha sido proporcionada por el señor Willy Pinto Gamboa, quien la obtuvo de la señorita Cristina Bustamante y Ballivián, hermana de Enrique.

matrícula en la Universidad que será hoy, seguramente. Aquí están los profesores más famosos del mundo y el célebre Enrique Ferri, que será mi profesor desde este año y que, seguramente, me concederá el favor inestimable de que vaya a practicar en su estudio. *Esto sería para mí la gloria,* porque imagínate, que éste es uno de los hombres más célebres de Europa y de gran reputación en América. *Si no tuviera el firme propósito de terminar mi carrera,* Dios mediante, no te diría estas cosas ni te haría concebir esperanzas en vano.[3]

Al parecer la Universidad era entonces una solución para Valdelomar. Parecería efectivo que, dada el hambre de cultura característica del artista y su propósito de entrar a fondo en las letras y el idioma italianos, las cosas sucedieron conforme las refiere a su madre. En ese tiempo, el público lector de Italia se hallaba dividido entre el romanticismo neoclásico (si pudiera usarse tal giro) de D'Annunzio, el mayor exponente de las letras italianas; las estridencias del futurismo conducido por Filippo Marinetti; de ambos hay patentes huellas en el Valdelomar ególatra posterior a 1913. Publicidad a cualquier precio, estilo contradictoriamente opulento y plástico o seco y deportivo. Además, atraían al artista los elegíacos versos de "Lorenzo Stecchetti" (o sea de Olindo Guerrini), a quien probablemente comenzó a admirar a través de su condiscípulo el poeta José Lora y Lora, muerto en la flor de sus veintitrés años bajo las ruedas del Metro de París, durante el invierno de 1907. Era la época de la violenta eclosión de Papini y de las paradojas de Pirandello.

Como inevitable consecuencia del frecuentamiento de la Universidad y de las librerías, así como de la

[3] Valdelomar, *Obra poética,* Lima, 1958, pp. 123-124. Carta del 22 de diciembre de 1913.

constante presencia de sus recuerdos, Abraham se refugiaba en sus escritos. De tal guisa nacieron *El caballero Carmelo,* concluido en Roma, y los cuentos que debieron constituir *La aldea encantada,* ya escritos en Lima, así como la factura definitiva de los "cuentos yanquis", algunos de ellos ("El beso de Evans") publicados en su primera versión desde 1910.

La práctica de la esgrima, a la que también alude Valdelomar en la carta mencionada, calzaba a cabalidad con su temperamento y arrestos caballerescos. Además coincidía con la gran etapa de la esgrima italiana, cuyos máximos exponentes, Pini-Greco y San Malato, enloquecían a los señoritos de Europa, en especial a los de la *Côte d'Azur,* durante los célebres campeonatos de Montecarlo, Niza, Milán, Roma y París, que eran una auténtica eclosión de señorío, gallardía y virtuosismo. Todo aprendiz de *dandy* (Valdelomar lo era) debía manejar la espada, usar monóculo y ser levemente sofisticado y equívoco, si no francamente homosexual. Abraham admiraba fervientemente a Wilde, fallecido nueve años atrás, bajo el cuasi anonimato que le confiriera el amargo seudónimo de Sebastián Melmoth. De Roma regresó Valdelomar a Lima usando quevedos con cinta bicolor, guantes, escarpines, camisa de flotante cuello, cinismo, insolencia y siempre una irrestañable ternura, esa ternura que le bañaba como un agua lustral.

En cuanto al tango argentino y a los flamantes bailes norteamericanos (*one step* y *turkey trot,* precursores del *jazz)* requiere comentario aparte.

La conquista de París por el tango argentino fue tan fulminante como la de Jericó: sonaron los bandoneones y cayeron las murallas del vals vienés, de la machicha brasileña, del cancán francés. Parejas fundidas en un solo ser de cuatro piernas, enlazadas e isócronas, pasearon por los salones, los cabarets, los cafés, los proscenios y hasta las calles de París,

su complicada sensualidad y su lenta liturgia: era el tango argentino.

Federico Quintana ha referido, en una estricta página de su libro *En torno a lo argentino* (Buenos Aires, 1940), la forma "salvaje" como allá por 1890 irrumpían en París los "niños bien" de Buenos Aires. Era la hora del auge del trigo, la carne y el cuero de las pampas; sobrevino lógicamente la del triunfo de Larreta con *La gloria de don Ramiro* y la de los primeros pasos literarios de Ricardo Güiraldes, contemporáneo de Valdelomar, que alcanzaría la fama sólo en 1926, hora cenital de *Don Segundo Sombra.* El tango argentino hizo en 1913 lo que la rumba cubana en 1930 y la zamba brasileña en 1940. Hasta la Academia Francesa tuvo que rendirse ante el empuje de aquel baile ignoto y avasallante. El poeta Jean Richepin, laureado autor de *La chanson des gueux,* dedicó a la extraña danza sudamericana su discurso de ingreso a la mansión de los inmortales. Trazó allí un sabroso paralelo entre el tango y los bajorrelieves del antiguo Egipto. Era natural que un criollo del lejano Perú, sensitivo, ambicioso, inquieto, fantasioso y artista se asiera a aquella escala que le permitiría mecer entre sus morenos brazos a alegres rubias y morenas, y sentirse, por sudamericano, pariente rico del nuevo baile.

Era *la belle époque!* Europa, en vísperas de la gran guerra, disfrutaba de placeres babilónicos. *La belle époque!* En un rincón de París, acorchando sus paredes para matar los ruidos plebeyos, un escritor fino, solitario, hiperestésico y homosexual preparaba el primer volumen de una serie inmortal: *A la recherche du temps perdu.*

Valdelomar, herido de tan contradictorias sensaciones, se consagró enteramente a recorrer Roma, luego Florencia, Viena y Milán, y a preparar sus escritos.

Las impresiones de Roma que Abraham comunica a los lectores de *La Nación* de Lima corresponden a la mente y los sentimientos de su autor. Estas impresiones son más simples cuando las trasmite a su madre. En una carta le dice:

> Roma es una ciudad pequeña. Sus jóvenes son muy serios y una cosa que parece increíble: aquí no se toma alcohol.

Para el público su reacción no es muy diversa. Se encuentra frente a dos Romas: la del *baedeker*, historia gráfica, conmemorativa y solemne, y la del "bardo cojo", la de Byron, rebosante de evocaciones y de melancolía: "esta Roma espiritual, casi incorpórea", que "es la que más atrae a los que venimos de la tierra de Santa Rosa y de Baltasar Gavilán" (la monja mística y el escultor atormentado). La añoranza de la patria aguza el dardo de la admiración. ¿Por qué? Lo explica así:

> Hoy (día) cuando el aire de la campiña romana envolvía suavemente la Ciudad Eterna, mientras el Tévera [*sic*] se deslizaba ante sus muros seculares y el tiempo deshacía grano a grano las horas, *he recibido una carta de mi madre. Todo me parecía alegre y bueno, la vida me era propicia y los árboles me sonreían al pasar. Banales afectos y rencores leves se han esfumado de mi corazón* y ha vuelto a nacer mi alma nueva y plácida. Hoy la tierra es más blanda bajo mis pies, el cielo más azul sobre mis hombros; hoy es día de perdonar.

En compañía del doctor Pedro José de Rada y Gamio, arequipeño, dado a las letras, Valdelomar visita un asilo para anormales: allí encontrará a "Juan Serrano", cuya alabanza teje; encontrará al joven

médico y escritor Hermilio Valdizán, nacido en Huánuco un año después que él, en 1889. La descripción de los enfermos retrata la insaciable ternura de Abraham.

La crónica está datada el 8 de octubre y se publica el 21 de noviembre de 1913. Doce días después escribe sobre "Las fontanas" de Roma. El estilo de Valdelomar se va haciendo más sutil y colorido, aunque incurra en errores críticos tales como llamar "exóticos" y dignos de olvido a los versos de Ovidio: pecado mortal. Es una bella página descriptiva que muestra la finura de un pintor.

La tercera crónica (del 29 de octubre) se refiere al fotógrafo G. Bonaventura. En ella hay una fugaz y acaso despectiva alusión "al futurismo del señor Marinetti" y otra "al señor Platón": las dos denominaciones podrían indicar cierto extemporáneo rastro de cortesía francesa (llamar "señor" a todo el mundo), o más bien un aire burlesco.

En la cuarta crónica (probablemente escrita el último día de octubre de 1913; se publica el 13 de enero de 1914), se refiere al robo de la Gioconda. No revela ahí Valdelomar mucha originalidad. Como cualquier turista de *baedeker*, afirma que:

> París estaba artísticamente bajo la advocación de dos mujeres a cuya sombra se acogía su espíritu tranquilo como Cartago al velo de Tanit. Aquellas dos divinidades eran el símbolo de ese pueblo sabio y sensible: la forma armoniosa e inmaculada [*sic*] de Afrodita y el espíritu insondable y plácido de Mona Lisa.

Reconocimiento baladí y una de las pocas fallas de Valdelomar. ¿Es que no estaban en el Louvre la Victoria de Samotracia, las frescas mujeres flamencas de Rubens, las preciosas de Watteau, aquella

maravillosa Pompadour y esa espléndida Madona de Botticelli, paradigmas de belleza? Tal vez lo más indicativo fuesen las menciones de D'Annunzio, Óscar Wilde y Monsieur de Phocas, el ambiguo, deletéreo y pernicioso protagonista de Lorrain. Ya habla ahí de un "morfinómano y esplinático" personaje de Wilde y de un "espíritu exquisito y refinado capaz de comprender la maravilla de Leonardo"; de algunos lords pacientes de "neurastenia". Habla también con desprecio de "un hombre como cualquiera; bajito, metido en canas, sucio, curioso, estúpido, necio y bellaco"; de tipos lombrosianos. Todo ello para caracterizar a Vicente Peruggia, "el ser innoble catalogado ya en la cárcel de Florencia", que robó el cuadro de Leonardo. El estilo de Valdelomar ha ganado sin duda en plasticidad, en matices.

Estas dotes le servirán para su quinta crónica ("El espíritu de Roma: la exposición de flores"), escrita el 30 de noviembre de 1913 y publicada en Lima el 30 de enero del año siguiente, cuando ya se veía venir el golpe de Estado que derrocaría a Billinghurst, precipitado por Mariano H. Cornejo con su absurdo proyecto de disolver el Congreso para dar paso a una constituyente.

La pluma del escritor invoca en formas y colores sorprendentes las rosas y los crisantemos de Roma, las violetas de Parma; pero todo ello resulta un fracaso "porque en Roma, las flores son tristes" y (digo para mí *hélas!)* no riman jamás la naturaleza espléndida con "pieles, monóculos, humo de cigarrillos orientales", con que se decoran espectadores y jurados. Evidentemente, al par del espíritu triste de Roma detonan las extravagancias *fin du siècle* de sus *lyons* y *dandies*. Valdelomar aspiraba a ser uno de éstos. Lo consiguió.

Hay un secreto en todo lo relatado. En medio de las vicisitudes de su estada en Roma, Valdelomar

aparece siempre como un atormentado o un esteta. Era al mismo tiempo —insistamos en ello— un ser de ejemplar sencillez, de temperamento campesino, enamorado de las cosas simples y de los sentimientos acendrados y profundos. Tenía gustos de adolescente agreste. Conmoverá al peor de sus enemigos asomarse al borde de semejante misterio. Desdoblémosle. En una carta a su madre, su eterna corresponsal, firmada en Roma el 12 de septiembre de 1913 y desde el Hotel Flora, le dice: que le insinúe a Rivero que hable con Luis Álvarez Calderón, aristócrata y billinghurista, para que le paguen con puntualidad; que le mande chocolate del Cuzco, grato a su paladar, "y café que aquí es muy malo y carísimo". Poco antes, el 29 de agosto, desde Viaréggio, donde capeaba los rigores del estío romano, confía siempre a su madre que le han escrito desde París diciéndole que tiene a su favor 2 400 francos. Agrega con simplicidad conmovedora:

> ese dinero no lo tocaré hasta ir a París, dentro de un mes a hacerme la ropa. Trato de ser económico.

Desde luego, las economías no le aíslan del mundo romano en que se afana en vivir. El 9 de septiembre, al regreso de Viaréggio, nuevamente en Roma, escribe a doña Carolina estos informes realmente impresionantes:

> Estoy aprendiendo el italiano a maravilla. Ya lo hablo. El francés lo hablo bastante. Sólo no puedo con el inglés.

Confession d'un enfant du siècle: con su francés guiándole y su inglés a cuestas, avanzará por la ruta del entendimiento, ávido de incrementar sus cono-

cimientos y expectativas. Ahora, Señor, ahora desposeído de orgullo y poder, de certezas y expectativas rurales, ¿por qué salir de Pisco e Ica, si Ica y Pisco los llevaba grabados, con indelebles caracteres, en lo más hondo de su sensibilidad y de su fantasía?

VII. NOTICIAS DEL PERÚ (1913-1914)

AL PRIMER año de gobierno, el presidente Billinghurst auspició la fundación de un diario de la tarde como propaganda de su política y como eventual competidor de la "gran prensa", que ya empezaba a serle hostil, a causa de sus arrebatos personales y de sus propósitos antiparlamentarios.

Un periodista largamente avecindado en Argentina y con auténtico sentido de la actualidad, Juan Pedro Paz Soldán, tomó a su cargo la tarea. Su base material fue la antigua imprenta de *El Diario,* en la calle de Núñez, cerca del Club Nacional y de *El Comercio. El Diario,* según se ha visto, había sido vocero de la política de Leguía y tuvo como director a don Leopoldo Cortés, antiguo profesor de castellano de Valdelomar. Juan Pedro Paz Soldán, que trabajara en *La Nación* de Buenos Aires y era experto en reportajes y en publicidad, prefirió lanzar un periódico vespertino al que tituló *La Nación,* como la de Buenos Aires.

El primer número apareció el día 6 de septiembre de 1913: hacía un mes que Abraham se encontraba en Roma.

Una de las primeras iniciativas de *La Nación,* de filiación billinghurista, fue convocar sendos concursos de literatura, historia y filosofía. Como jurados escogió al historiador don Carlos Wiesse, al crítico y narrador don Emilio Gutiérrez de Quintanilla y al poeta Enrique Bustamante y Ballivián. Apenas se enteró del concurso, Valdelomar dirigió al tercero la siguiente carta:

Roma, 8 de octubre de 1913

Señor don
Enrique Bustamante y Ballivián
Lima

Enrique muy recordado:

No me explico la razón de su silencio, le he escrito tantas veces que tengo ya perdida la cuenta. Cuando estaba usted en Chiclayo y le escribía, jamás dejó usted de contestarme, y hoy que se halla en Lima, se olvida de quien tanto le quiere. Esto me da mucha pena y a veces creo que no quiere usted saber de mí o evitarse que le escriba y por eso no me contesta. Pero no pierdo aún la esperanza de recibir a boca de jarro de mi portero una carta con su menuda letra, extensa y cariñosa.

Antes de hablarle un poco de Europa, le hablaré de negocios. Hoy le incluyo un artículo para *La Nación*, que va con algunas fotografías que usted se cuidará de que salgan artísticas aunque no lo son. Lea el artículo y vea que las fotografías interpreten en lo más que se puede lo escrito. Aunque en verdad no me place mucho eso que hoy escribo, lo mando porque no quiero dejar más tiempo y deseo entrenarme, pues como hace tanto tiempo que para diarios no hago nada, he perdido la costumbre. Desde hoy les mandaré cada ocho días un artículo, y si el primero y el segundo no salen buenos, el tercero saldrá.

Le escribo también a Paz Soldán sobre el pago prometido a mis trabajos, así que lo mandará; trate usted de hacer de su parte lo que pueda, pues aunque tengo confianza en nuestro talentoso amigo, siempre es bueno que usted me ayude a la distancia. Cualquiera que sea el precio que acuerde pagarme Paz Soldán, escríbanme ambos

y páguenle a mi viejecita madre lo que sea. Es entendido que las fotografías van por precio aparte, según acordamos con Paz Soldán.

A otro asunto. He leído en el primer número de *La Nación,* que es el único que he recibido, las bases de un concurso literario. *Usted sabe, Enrique, cuánto necesito triunfar donde se me presente un honrado campo.* Teniendo esto en consideración, y sabiendo que usted es miembro del jurado, sin voto (que de otra manera no le confiaría esto) porque no deseo bajo ningún punto que se me favorezca sin derecho y sin justicia, le digo lo siguiente: *he sacado de mi libro de novelas cortas ese cuento que le envío, para entrar al concurso. Como usted sabe que me jodería completamente sacar un segundo o tercer premio, el favor que usted me va a hacer consiste en que entregue el cuento, al cual le pongo yo un seudónimo; para en caso de no sacar el premio, no se sepa mi nombre. Esto lo hago yo, su intervención es esta otra: Si me dieran por chiripa el primer premio, entonces usted explica al jurado la razón que tuve para dar mi seudónimo y la carta que envío para garantizar la propiedad de mi cuento.* Esto sólo en el caso de que se trate del primer premio, pues si no, usted se quedará tan calladito y no se sabrá que el cuento ése es escrito por este pobre diablo.

Otra cosa aún. Como yo no quiero que hablen y critiquen mi actitud al ir a ese concurso, ni que digan que es cojudo *y que, yo desde Europa, les vaya a arrebatar triunfos a los de allí. le incluyo un pliego en el cual renuncio al premio y cedo el dinero al que me suceda y, si éste no lo quisiera, al Centro Universitario o a cualquier sociedad.*

Con esto creo que está previsto todo. Salvo, desde luego, que a usted que está al corriente del momento en Lima, le parezca que no debo ir al

Concurso, en cuyo caso no entrega usted el cuento al jurado y lo publica en *La Nación,* con mi nombre y sin más teatro.

Roma cada día me gusta más. El cinco de noviembre empiezan las clases en la Universidad y ya estoy matriculado. Uno de mis profesores es Enrique Ferri, y es muy posible que vaya a trabajar a su estudio, lo cual me daría gran ventaja, como usted comprende. No sé si tenga tiempo de incluirle el artículo que he escrito sobre *La Evocadora,* es un poco insolente y sólo espero que usted lo vea y que lo publique o no, según su opinión, no sea que le haga alguna antipatía de los envidiosos.

Hasta ahora no consigo que León [Luis Emilio León-L.A.S.], me envíe el libro de Pepe Eguren [José María Eguren-L.A.S.] y no tengo otro para poder escribir sobre él. Sobre la novela de Magarino, he desistido de escribir, porque leída la he encontrado muy mala y disparatada. No se lo vaya usted a decir. ¿Qué es de Robles? ¿Por qué este silencio conmigo? Los amigos a quienes más estimo y los que *siempre me han dado pruebas de mayor afecto son los primeros en olvidarme.* Desde hace un mes he resuelto no escribir sino a mi familia y a usted, Eguren, Luis Varela y Jorge Lorente, porque está visto que a los demás les intereso mucho menos que a ustedes, que no les intereso nada. No sea flojo, escríbame porque estoy muy resentido con usted.

Proceda en el asunto que le recomiendo con su criterio, que a él me acojo y espero que tratará usted, como siempre, de que no quede mal. Yo no olvido nunca la sinceridad de su afecto. No olvido aquel brazo que me dio cuando volví del duelo y ya usted sabe cuánto lo quiero y cuán leal soy en mis afectos.

Así pues no se olvide de mí, que en la tristeza de mi vida, aislado y solo, lo único que me da alientos es el recuerdo de mi madre y el afecto de mis amigos que, como usted sabe, son tan pocos.

Adiós, Enrique, un abrazo muy fuerte de

Abraham [1]

Pudo ocurrir así, pues, según se ve desde el poema "Diario íntimo", compuesto sobre el Atlántico y antes de llegar a Europa, la visión de su ciudad nativa, del puerto de su infancia y sobre todo el recuerdo de su madre y sus hermanos, se sobreponía a las más vivas emociones nacidas de sus hallazgos europeos. El caso es que envió a *La Nación* un cuento, "El caballero Carmelo", al que, el 22 de diciembre, en carta a su madre, se refiere así:

> Debo decirte que le mandé a Enrique Bustamante, hace tiempo, un *artículo* para el concurso literario de *La Nación,* pero recomendándole absoluto secreto, pues tenía vehementes deseos de ganar el concurso *para demostrarles desde aquí a mis compañeros que cuando me presenté a la presidencia del Centro* [2] no me creía tan imbécil. El cuento se llama "El caballero Carmelo" y en él hago una relación de uno de los incidentes de nuestra vida en Pisco. Como verás allí hablo de Roberto y de todos. Me dice Enrique que es muy posible que me lleve el premio, pues los trabajos mandados

[1] Carta inédita comunicada a Willy Pinto Gamboa por Cristina Bustamante y Ballivián, Lima, 1968.

[2] Se refiere a su fallida candidatura a la presidencia del Centro Universitario. El subrayado es mío. L.A.S.

son muy inferiores al mío. Ojalá la suerte me favorezca, que este pequeño triunfo es más tuyo que mío; pues *hace mucho tiempo que todo lo que escribo es* por ti y para ti. Conque te gusten mis cosas estoy feliz.

Esta carta, que encierra una de las más significativas confidencias de Valdelomar, tiene como vocativo el pueril de "Mi idolatrada mamacita." Difícil combinar elementos tan dispares: la franqueza y el esteticismo, la ingenuidad y la complicación, la simplicidad y lo barroco. Pero él fue así.

En esa carta, donde se refiere tan sencillamente a "El caballero Carmelo" y a las posibles consecuencias de su "pequeño triunfo" ("para demostrar a mis compañeros que cuando me presenté a la presidencia del Centro [Universitario] no me creía tan imbécil") ofrece otros aspectos desconcertantemente conmovedores, por ejemplo:

Ojalá me sigan pagando los artículos al mismo precio pues no me parece mal. *Hay que conformarse.* Estoy esperando de un momento a otro que me paguen el resto de mi sueldo de Génova para poner las encomiendas y comprar algo que me falta. Tengan paciencia.

Recién el 29 habrá el primer baile al cual voy a asistir, espero que sea un baile grandioso, pues con él se abre la sociedad en este invierno en Roma. *Allí conoceré a toda la nobleza romana y al cuerpo diplomático al cual no conozco mucho,* pues no ha habido ocasión ni fiesta. El primero de enero te haré un cablegrama y otro al presidente.

He recibido carta por primera vez de Enrique Bustamante y en ella me dice que por falta de tiempo no me ha escrito, pero que ha hecho todo lo que yo le indicaba en mis cartas. *Cuando pienso*

que Enrique, que ha sido mi mejor amigo, me pudiera ser desleal, me mortifico mucho.

Yo no sueño sino con volverte a ver, lo mismo que a mi viejo y a mis hermanos, pero te digo que cada vez que pienso en que tengo que volver a Perú, a pesar de que extraño tanto el calor de la patria, sufro. *Si no regresara con un título, no quisiera regresar.* Dios me escuche y quiera que se cumplan mis deseos que más que por mí los tengo por ti.

Esta carta, fechada el 22 de diciembre, encierra un tesoro de premoniciones y descubrimientos. Abre un camino y da una clave.

A través de ella obtenemos datos incomparables: Valdelomar amaba a su madre por sobre todas las cosas; Valdelomar creía y confiaba en Dios; Valdelomar quería volver al Perú, a pesar de que sufriría con ello, sólo por ver a los suyos y a condición de regresar como abogado romano; Valdelomar prefería ignorar la deslealtad de un amigo, a padecerla; Valdelomar había probado fortuna con su "artículo" o "cuento", "El caballero Carmelo", destinado a perpetuar el recuerdo de su madre, de su hermano Roberto, de su casa en Pisco; Valdelomar quería ese "pequeño triunfo" porque alegraría a su madre y porque convencería a sus amigos de que él valía algo. ¿Cabe algo más simple, más romántico, menos decadente e intelectual?

Cuando la carta del 22 de diciembre navegaba hacia Lima, salía hacia Roma el número del 3 de enero de 1914 de *La Nación*, en el cual se daba cuenta del premio concedido a Valdelomar. Había cosechado el esperado "pequeño triunfo", bajo el seudónimo significativo de "Paracas".

Ni él ni sus jueces midieron la dimensión de aquella victoria.

Los jueces, repito, fueron don Carlos Wiesse, don Emilio Gutiérrez de Quintanilla y don Enrique Bustamante y Ballivián. Premiaron a Abraham Valdelomar en el certamen de cuentos; a Luis Antonio Eguiguren en el de historia, y a Antenor Orrego en el de ensayos filosóficos.

Hablemos de tales personajes:

Wiesse (1859-1945), tacneño, ex diplomático, catedrático de San Marcos, lucía una curiosa mezcla de germano y cholo. Cejas negras, pobladas y mefistofélicas; ojos fisgones; nariz ligeramente curva; bigote copioso, chorreado; pelo duro, gris y corto; boca de sonrisa bondadosa; ancho de vientre; ligero de andar, cargado sobre el lado derecho. Carecía de arrogancia. Era modesto, orgulloso y tenaz. Había vivido el cautiverio de Tacna, por lo que su peruanismo no podía ser más profundo. Había escrito numerosos textos y artículos de historia del Perú, derecho internacional y sociología. Era insobornable y generoso.

Don Emilio Gutiérrez de Quintanilla, reverso de don Carlos, dirigía el Museo de Historia Nacional y manejaba una especie de patronato de arte. Había publicado un donoso y singular tomo de *Escritos literarios*, en que reunió varias novelas arcaizantes y picarescas. De silueta corta y robusta, se volcaba en la mirada penetrante de sus grandes ojos miopes, defendidos por antiparras de marco dorado. Usaba barba y bigote ya grises. Su nariz tenía corte romano. Debió ser buen mozo; se casó con una mujer rica, doña Carmen de Postigo, familiar de los marqueses de Casa Villegas, si no me equivoco. Se jactaba de su buen gusto. Conocía a fondo la pintura peruana e italiana. Admiraba, como Valdelomar, a Merino. Escribía sobre arte, historia y espiritismo.

Enrique Bustamante y Ballivián había sido compañero de Abraham desde sus primeras jornadas literarias en *Contemporánea.* A través de la revista

se formó el vínculo entre Abraham y José María Eguren. Aristocrático y *elitista.*

Enrique no comulgaba con las huestes de Billinghurst. Como poeta, su obra más celebrada hasta entonces se titulaba *Elogios.* Era un devoto de Lorrain, Barbey d'Aurevilly, D'Annunzio, Samain, Darío, y en pintura deliraba por Durero, Goya, Reynolds, Burne, Jones, Beardsley y Utamaro, a quienes conocía por fotografías.

Este tribunal, realmente extraordinario, concedió premios también extraordinarios: el de ensayo, repito, lo otorgó a Antenor Orrego, nacido en Cajamarca (1891), pero crecido y educado en Trujillo. Orrego tenía veintidós años, amaba las frases complicadas, las palabras exóticas y los paisajes raros. Huía de la vulgaridad. Cultivaba un estilo curiosamente elíptico y ultrabarroco. Presentó al certamen una colección de *Aforísticas,* acerca del arte, el amor, la verdad, la literatura. Físicamente Antenor tenía algo conejil. La frente muy alta, pero huidiza; el cabello castaño no muy abundante; la tez blanco rojiza, con muchas pecas; azules los ojos; la nariz regular, algo curva; la boca desdeñosa. Hablaba empujándose y corroborándose con un ¡eh! intermitente. Amaba la tertulia, los picantes, el mar, la chicha, el sol, la champaña, la noche, los libros, la bohemia, el amor. Después de 1917 anudaría una sólida amistad con Abraham: amistad en las letras, en la independencia, en el exotismo, en la *posse* y en el opio.

Luis Antonio Eguiguren Escudero (1886-1967), piurano, hijo de jurista, dueño de alguna fortuna, coetáneo de Riva Agüero y Gálvez (y por tanto casi de Valdelomar), se dedicaba a la archivomanía y a la historia. Había compuesto una versión de *La guerra separatista* (de 1812) y preparaba entonces un trabajo sobre la revolución de Pumacahua, con el que ganó otro certamen, el de agosto de 1914,

conmemorativo del primer centenario del sacrificado brigadier indígena. De estatura menos que regular y color pálido, llamaba la atención por sus enormes, saltones y móviles ojos oviformes y los gestos nerviosos que le erizaban el recortado bigote y rasgaban su boca fina como una cuchillada antigua.

Valdelomar obtuvo el galardón literario y cien soles de premio. Se sintió feliz. "El caballero Carmelo", es decir, su historia de adolescente, exaltaba a su pueblo, a Pisco y también a su familia. Conviene que más adelante hablemos de lo que significó aquel magnífico relato, primera muestra de un neocriollismo fragante de recuerdos, embalsamado de ingenuidad y melancolía.

El triunfo embriagó un poco a Valdelomar, pese a sus protestas anteriores de desinterés. Lo expresa en una carta a Bustamante:

Roma, 14 de enero de 1914.

¡Con cuánto placer he recibido el cablegrama de Ud. y del ilustre vegetariano y amigo muy amado de mi corazón, Domingo![3]

En medio de esta tristeza que me consume y de esta inexplicable tribulación de mi espíritu —*porque estoy triste y atribulado* — nada me podría ser más agradable que el cablegrama de ustedes, tanto porque traíame un soplo de recuerdo, cuanto porque ello *es para mí un terminar honroso en mi vida de universitario* peruano. El premio no significa moralmente otra cosa que decir a mis compañeros de la Universidad de Lima y a todos los del Perú, que si quise, en irreflexivo momento, ser presidente del Centro, no me creía tan incapaz.

[3] Domingo Parra del Riego.

Lo lógico habría sido que aquella cruzada de *genios* que me salieron al paso hubieran ganado en el concurso. *Esto no es modestia, pues ya usted sabe que con Ud. hablo como conmigo mismo.*

Espero los diarios para saber en detalle cómo ha sido la cosa y quiénes han ganado en los puestos sucesivos. Como veo que *La Nación* tiene mucho material y que mis artículos son por ahora innecesarios, dejaré de mandarlos hasta que me los pidan.

Ni Ud. ha querido mandarme sus versos para editarlos en Europa —¡desconfiado!—, ni Eguren ha contestado una sola de mis cartas. Percy Gibson, a quien creía un poco más consecuente, no me ha contestado una letra a las muchas cartas que le tengo escritas. De Leoncito para qué hablar...

Yo recibí una carta suya lacónica y escrita de prisa; mucho me interesa saber de Angélica B., yo no creía querer tanto a esa chica; he sido cruel con ella y me pesa.

Sin teatro y sin posse puedo decirle a usted que Europa es muy linda cosa. Se cultiva uno en menos tiempo que el que en el Perú se necesita para llegar a ser presidente; ¡pero *el recuerdo de la tierra lejana es tan lacerante, se siente uno tan lejos de los suyos, extráñase tanto el cielo, el mar, la tierra, los árboles, hasta la gente de la tierruca! En fin ya me voy acostumbrando, ya voy entrando en el terreno y pronto, Dios mediante, le daré gratas sorpresas.*

Le quedo muy agradecido por la gentileza de su telegrama, y ojalá que cartas suyas vengan a traerme el encanto de su charla amena, de su espíritu culto, de su incomparable comprensión artística.

Adiós, querido Enrique, y no olvide a su *triste amigo.*

Abraham

Si Uds. no me ayudan, mandándome lo que les pido (Ud., sobre todo, su artículo sobre la C. de los T.) me será imposible escribir nada. Dígale a Leoncito que le dé el libro de Eguren que tanta falta me hace, pues quiero dar una conferencia sobre varias cosas.

He conocido al mejor fotógrafo del mundo. ¡Qué artista! Es un retratista que se permite cobrar quinientos francos por un retrato. ¡Qué maravilla! Yo he conseguido que me haga uno en 200 ya lo verá Ud. en casa de mi madre, porque éstos no se pueden regalar.

Fíjese lo que le digo. Si Ud., discreta y talentosamente consigue publicar en *Ilustración* el artículo que le envío en el próximo correo, sobre el arte de este genio de la fotografía, hágalo, siempre y cuando que las relaciones entre los periódicos de Moral sean buenas a la fecha, como supongo, si no, devuélvamelo para darlo a *Mundial. ¿Todavía me odian esos mierdas?* ¡Ya me conocerán, déjelos!

Un fuerte abrazo de

Abraham

Agrega a esta carta la siguiente composición poética:

La Desconocida [4]

Para Enrique Bustamante y B.

En el rostro anguloso, de fiero perfil duro,
se enseñorea el aire de su adusta mirada.
Parece que viniera de una tierra ignorada
habla un idioma extraño, sordo, lento y oscuro.

La cabeza inclinada en la cóncava mano,
el cuerpo agazapado en un gesto felino,
sus ojos son los ojos siniestros del destino
y sus labios, la puerta de un insondable arcano.

Cuando el mar en las tardes, su furor agiganta
la ignota en un impulso violento se levanta
y las rojas quimeras del crepúsculo, mira;

pasa sobre la nave graznando una gaviota
epilépticamente, la dura hélice gira,
y en la estela agitada, la blanca espuma, flota.

Alta mar; en el *Kaiser Wilhelm II*
En el Atlántico, 22 de julio de 1913.

Las victorias exigen un precio. Cuando Abraham supo a ciencia cierta su "pequeño triunfo", le llegó casi simultáneamente la fatal noticia, lo peor que podía esperar: el derrocamiento del presidente Billinghurst.

Su reacción fue de hecho fulgurante y espléndida: renunció a su cargo de inmediato, altanera e irrevocablemente. Presumo que el cable fue instantáneo.

[4] El título, texto y puntuación es diferente a la publicación hecha en Abraham Valdelomar, *Obra poética*, Lima, 1958.

Como se sabe, el 3 de febrero de aquel 1914, el intendente de Lima, un coronel Aguirre, hizo ocupar *La Prensa,* diario de oposición, y mandó detener a varios políticos y parlamentarios, entre ellos a don Augusto Durand.

Durand, experto en fugas, se salvó haciéndose desfigurar por el actor Gerardo de Nieva, quien, en compañía de la gran actriz mexicana Virgina Fábregas, realizaba una temporada de comedias (¿la inaugural?) en el flamante teatrito Colón, recién abierto, y que se hallaba en la esquina de Quilca y Belén. A las ocho de la noche de ese día, numerosos billinghuristas montados en victorias, berlinas y landós de alquiler, tirados por cansinos jacos que dejaban una pestilente estela de fétidos gases y pungente estiércol tras de sí, recorrían las calles de Lima disparando sus revólveres y gritando "muera el Congreso". La disolución de este cuerpo parecía ya un hecho. El presidente de la Cámara de Diputados, don Ricardo Bentín Sánchez, se ocultó y desde su escondite lanzó un vigoroso manifiesto en defensa del Parlamento y contra el Ejecutivo. A las dos de la madrugada del 4 de febrero, el hasta la víspera jefe del Estado Mayor del Ejército, coronel Óscar R. Benavides, a la cabeza de la guarnición de Lima, atacó el Palacio de Gobierno defendido por un piquete de gendarmes que cumplían órdenes de su jefe, el coronel Lizardo Luque. En el cuartel de Santa Catalina dormía el ministro de Guerra, general Enrique Varela, el *Sordo Varela,* de quien el historiador chileno de *La guerra del Pacífico,* don Benjamín Vicuña Mackenna, dijo que era "flexible como un junco y fiero como un león". Un pelotón de los conjurados, al mando del capitán Alberto Cavero, irrumpió en el dormitorio del general-héroe y ministro, y le asesinó ahí no más, sobre la cama, sin darle tiempo para defenderse. A las cuatro de la ma-

ñana, caía el Palacio en manos de los asaltantes. A las seis, el presidente Billinghurst vio cerrarse sobre sus espaldas las implacables rejas del Panóptico: estaba destituido y preso.

Todo lo supo Valdelomar al mediodía del mismo 4 de febrero. A la una de la tarde del 6 escribía a doña Carolina:

Roma, 6 de febrero de 1914

Queridísima mamá:

Ya te imaginarás el estado de ánimo en que me encuentro. Hace dos días que no duermo y mis nervios sólo me obedecen a ratos. La caída de mi queridísimo presidente, la ruina de Uds. y la mía con la precipitación con que se ha realizado y con la ignominiosa traición de Benavides me vuelven loco. Yo esperaba de un momento a otro un movimiento, *sé lo que son las pasiones en el Perú, pero el golpe ha superado a mis pensamientos.*

Hoy me encuentro lejos de la patria, sin saber de Uds., imaginándome siempre lo peor y sin saber la suerte ni de mi papá, ni de Uds., por *quienes he luchado y he vivido hasta hoy. Dios es grande y Él ha de velar por la vida de todos Uds.*, porque si así no fuera, yo no podría resistir el azote del destino. Lo más terrible es que los periódicos dicen que Billinghurst está en la Penitenciaría. Creo, con toda mi alma, que mi papá se habrá dejado matar, antes de quedarse un día en el puesto y que por ninguna fuerza del mundo habrá cometido la ignominia de permanecer allí para ser carcelero del hombre más honrado que ha tenido el país.[5] Si así hubiera sido, que no lo creo ni

[5] El padre de Valdelomar era el director del Panóptico.

lo creeré jamás, no me volverían a ver. Sólo me desvela y me consume la situación de Uds., los vejámenes a los que los habrán sometido y la miseria que nos amenaza. Por mí no se preocupen para nada. Soy joven y no me faltan fuerzas para vivir y luchar. Y donde esté les mandaré lo que pueda. Ésta la mando por intermedio de otra persona que aún no sé quién sea, pero temo que si va a tu dirección no te la entreguen. Hice un telegrama a Lorente [6] preguntándole por Uds., y no tengo respuesta todavía. ¿También me habrá abandonado?

Tú no te imaginas cómo estoy. Aún no sé si me iré a Iquitos o a Buenos Aires, porque en Roma no me puedo quedar. Como comprenderás lo primero que hice fue renunciar irrevocablemente a mi puesto, pues no cometeré la ignominia de servir al lado del que ha traicionado a mi amigo.

Hoy recibió Zavala [7] un cablegrama de Manzanilla en respuesta a su renuncia irrevocable en términos que desgraciadamente me es prohibido decirte.[8]

Te escribiré todo lo que sepa y suceda, y no me moveré de Roma sin avisarte, ya sea por cable o por carta, pero no me iré antes de un par de meses. *No volveré al Perú.* Los recursos que tengo me alcanzan para mes y medio. Te besa como nunca tu desgraciado hijo,

Abraham.

[6] Jorge Lorente y Patrón.

[7] Dr. Carlos Zavala Loayza, encargado de negocios del Perú desde el 31 de julio de 1913. L.A.S.

[8] Valdelomar fue nombrado segundo secretario de la Legación del Perú en Roma por resolución suprema Nº 484, de 12 de mayo de 1913; llegó a Roma el 7 de agosto; renunció el 6 de febrero de 1914. L.A.S.

Carta de un patetismo extraordinario. Por ella conocemos de primera mano la reacción de Valdelomar como amigo y ciudadano. Nos pone frente a frente a un Valdelomar tierno, romántico, exasperado, amantísimo. El padre de Valdelomar, como director de la Penitenciaría, debía ser el carcelero de Billinghurst: se negó a ello renunciando, pero, a la vez, le negaron el privilegio de retirarse, destituyéndolo. La renuncia que Valdelomar formuló por cable el mismo día que escribió a su madre, tuvo una acogida flamígera por parte de la Cancillería, a cargo del doctor José Matías Manzanilla:

> Cúmplase la renuncia que presenta don Abraham Valdelomar, del cargo de secretario de segunda clase de la Legación de la República en Italia, y, de conformidad con el plan de economía que la Junta de Gobierno se propone realizar, suprímase dicho puesto. (Cuatro rúbricas de la Exc. Junta de Gobierno, Manzanilla.)

Entretanto, desde Europa, todo el ser de Abraham volaba hacia su protector y hacia sus familiares. Sin duda provincianísimo, no había roto, no rompería nunca el cordón umbilical que lo ataba, más que al Perú, a Pisco e Ica: su tierra natal.

No sospechaba entonces, aquel 6 de febrero a la una de la tarde, lo que le esperaba en Lima, cuatro meses después. La encontró diferente. Enrique Bustamante y Ballivián, su viejo amigo, dirigía *La Patria*, órgano de Benavides, sustituyendo a *La Nación* de Billinghurst. Félix del Valle, otro escritor iqueño, nacido en 1891, gran amigo de Abraham, estaba en Southampton, como canciller del Consulado, nombrado por el canciller Manzanilla. Antuco Garland, otro escritor bohemio y decadente, trabajaba en el Consulado de Barcelona por la misma causa. Federico

More, su viejo amigo de Arequipa, un puneño, zahorí, sensitivo y atrabiliario, guardaba una curiosa actitud de expectativa. Sólo él, Abraham, y Alfredo González Prada, entre los escritores jóvenes, se erguían frente al militarismo.

Despojado de *La Nación*, Juan Pedro Paz Soldán, su ex director, publicó *La Capital*. En ella insertaría More una defensa del general Mariano Ignacio Prado, discutido ex presidente durante la guerra del 79. Javier Prado, hijo de éste, había encabezado el movimiento contra don Roberto Leguía; sus hermanos Jorge y Manuel acompañaron a Benavides en el derrocamiento de Billinghurst.

Doña Carolina recibió llorando desconsoladamente las noticias del hijo pródigo. Jesús y Rosa se apegaron a ella para oír su relato: eran como los de Simbad. Pero venciendo a la tristeza, se alzaba ya una ventolina de arrogancia, una incipiente egolatría, tras de la cual ocultaba sus últimas vacilaciones el joven triunfador de "El caballero Carmelo". Había que vencerse a sí mismo para vencer a los demás. Ulises volvería a Ítaca, mas no disfrazado de mendigo; ahora se disfrazaría de rey: de "rey de la vida".

VIII. EL DOLOROSO RETORNO A "SIKÉ" (MARZO—AGOSTO 1914)

Había, en un lejano rincón de la China, allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín, cierta gran aldea, llamada Siké, regida por mandarines, en la cual acaeció la historia que te voy a referir, sobrino, a condición de que la retengas en tu privilegiada memoria —pues la memoria es el principal auxiliar para los que han de gobernar a los pueblos—... En el lejano rincón de la China, los hombres eran muy belicosos. Se armaban los unos contra los otros por quítame allá esas pajas...

VALDELOMAR, *Cuentos chinos*

TODO regreso duplica la esperanza. En el caso de Valdelomar, tenía que ocurrir así. Como la situación política del Perú era tensa y como él se había destacado, a través de su altiva renuncia, como un leal y hasta recalcitrante partidario del presidente caído, trató de retrasar, según sabemos, la inevitablemente dolorosa llegada. Lo que más le preocupaba era la tranquilidad de su madre. Sin entrar en innecesarias e impertinentes consideraciones sobre siempre discutibles complejos freudianos, aparece en la forma de un hecho que, al lado de este amor tierno, puro y pertinaz a doña Carolina, no hubo otro en la vida de Abraham. El de sus novias, María B. y Consuelo Silva Rodríguez, parecen más bien pasiones intelectuales. Esta última, educada en París y con un rico caudal de conocimientos literarios y artísticos, re-

sultaba la pareja ideal para un hombre tan denodadamente consagrado al arte.

Las figuras de las dos mujeres, doña Carolina y Consuelo, ofrecían violento contraste: su convergencia sobre Abraham no se realiza entonces, en 1914, sino un poco después, aunque la de la madre fue permanente.

Tenía doña Carolina una recia figura, color ligeramente moreno, temperamento apacible e imaginación viva. Carecía de complicaciones. Probablemente la tendencia a la meditación y al ensueño le vinieron a Valdelomar por el lado materno. Repitamos:

Mi padre era callado y mi madre era triste;
y la alegría nadie me la supo enseñar.

En su fugaz odisea, más conmemorable por la caída de Ilión que por el rapto de Helena, Valdelomar no dejó en la tierra nativa ninguna asediada Penélope, sino una espartana y dulce Antígona, defensora acerba a sus críos e inexpugnable creyente en el destino de su predilecto. En ningún instante pudo la ausencia cavar abismo ni cisura entre ellos. Tampoco logró el fragor de la vida diplomática enturbiar el cristalino manantial de aquel amor pueril, entrañable, rural y pío. Si la mayor preocupación de Abraham, al margen de su arte, fue la felicidad y bonanza de su hogar y, en particular, de su madre, uno se explica la patética exclamación que, al respecto, le arrancara el derrumbe de Billinghurst y por consiguiente el voluntario cese de sus posibilidades inmediatas de coronar el áspero, pero plácido aprendizaje de arte y vida; de "civilización", como entonces se denominaba a la exquisitez y al "decadentismo".

En carta a su madre, escrita en enero de 1914, vísperas de la tragedia de Lima, le refiere que la

noche de Navidad había oído Misa de Gallo en Roma, y que la encomendó a Dios "que es tan bueno conmigo". No se sabe qué admirar ahí, si la ternura, la devoción, la ingenuidad o la provinciana supervivencia de sus sentimientos de niño.

Al saber la suerte de Billinghurst, el 6 de febrero, renunció a su cargo. Tenía, por todo tener, un ahorro de hasta 500 francos, que entonces significaban algo, pero sólo algo. Probablemente a instancias de algún amigo leal, o para cumplir un itinerario prefijado, se dirigió a Nápoles, de donde vuelve a escribir a Lima, lleno de premoniciones dramáticas. Al mes siguiente, por la ruta de la Costa Azul, se dirige a Francia. El 17 de marzo escribe nuevamente a su madre, ya desde París, diciéndole que vive en un modesto cuartucho; por él paga sesenta francos al mes, y come en un *bistrot*, "donde la comida es muy barata, pues pago un franco veinticinco por la mañana y otro tanto por la tarde". Se halla en un estado de profundo desconcierto. Él, que tenía resuelto no regresar al Perú de ningún modo, anuncia que regresará entre el 15 y 20 de abril siguiente. En esos instantes difíciles, la amistad de José de la Riva Agüero, su compañero de Universidad en 1905, de vivac en 1910 y de viaje a Europa en 1913, es como un bálsamo. Le escribe a doña Carolina:

> Yo me vine a Roma para aprovechar el favor de Riva Agüero, quien, como te escribí de Milán (o de Florencia, no recuerdo bien), me pagó todo hasta París, y porque, además, comprendí que en Roma no podía quedarme de ninguna manera.

En ese momento, Valdelomar tenía resuelto pasar a Madrid, pero le hacía falta una ayuda de diez libras peruanas mensuales (esto es, diez libras esterlinas).

El viaje a Madrid no sé si se realizó. Quizás ahí habría editado a tiempo los cuentos de *La aldea encantada,* que más tarde formarían el volumen *El caballero Carmelo.* No he podido averiguar si regresó con Riva Agüero. Éste se dirigió de París a Sevilla para presentar su monografía acerca de Diego Mexía de Fernangil, que Bustamante y Ballivián publicaría en *Cultura* (1915). De toda suerte, sabemos que en mayo ya se encontraba Valdelomar en Lima y que en junio, según se verá luego, sufrió una detención de 48 horas.

El viaje a Europa había durado nueve meses; cifra simbólica; no la desmintió la obra de Valdelomar.

Sería imperdonable no insistir sobre la influencia de Riva Agüero en el Valdelomar de entonces. Riva Agüero venía de participar en el Congreso de Americanistas de Sevilla, en el que presentó un trabajo sobre la segunda parte del *Parnaso antártico,* de Diego Mexía de Fernangil. Había sido éste un buhonero-traductor-poeta y adelantado, uno de esos hombres múltiples que abundaban en la España quinientista. El año de Mexía de Fernangil, 1608, se publicó en Sevilla, bajo el título de *Parnaso antártico,* una melodiosa versión endecasilábica de *Las Heroidas* de Ovidio. Posteriormente, estando en Potosí, compuso otra serie de sonetos en loor de Jesús crucificado, y un animado poema sobre el Perú, manuscrito que yace inédito en la Biblioteca Nacional de París, de donde lo exhumó Riva Agüero, precisamente entonces. En el Perú nada indicaba la proximidad de un retorno a la civilidad y la consiguiente caída del recién aupado militarismo representado por el coronel Óscar R. Benavides. Entre Riva Agüero y Valdelomar había una diferencia cronológica de tres años: aquél nació en 1885, éste un 1888, pero la distancia espiritual era de casi dos siglos: Valde-

lomar pertenecía a plenitud al siglo XX, Riva Agüero anhelaba retornar o quedarse en el XVIII. Al decirlo no hay desdoro ni agravio para nadie. Algún tiempo después, según carta que me dirigiera el año de 1921, Riva Agüero rechazaba el calificativo de "conservador" que yo le diera en mi libro sobre *Los poetas de la Colonia*, y reclamaba vehementemente el de "reaccionario".[1] Aunque Valdelomar no creía tampoco en el futurismo de Marinetti, ni en el "arte mecánico" y la quema de iglesias y consiguientes monumentos, mucho menos aceptaba ya —insisto— la tendencia barroca y antienciclopedista de Riva Agüero. No obstante lo cual, se mantuvo siempre tendido entre ambos un puente de cordial entendimiento. Pronto tal vínculo le sería a Valdelomar indispensable.

Por otro lado, al llegar a Lima encontró a muchos de sus antiguos amigos de San Marcos y del vivac en plan de ardiente oposición al régimen de Benavides. Otros, al revés, eran adictos a éste. Naturalmente se armó una conspiración; era lo previsto. Tenía que ser.

Uno de los más entusiastas malhablantes —no conspirador— contra el hechizo presidente provisorio Benavides, era Alfredo González Prada. Compartían con él las ágiles faenas de la sorna y la diatriba, José Bernardo Goyburo, Raúl Rey y Lama, Enrique Catter, todos amigos y condiscípulos de Augusto Leguía Swayne (hijo del ex presidente don Augusto B. Leguía y Salcedo, a la sazón desterrado en Londres, y sobrino de don Roberto, primer vicepresidente de la República, a quien correspondía constitucionalmente la Presidencia para remplazar a

[1] Cfr. Revista *Nueva Corónica*, órgano del Departamento de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Nº 1, 1963.

Billinghurst). Alfredo obedecía a un doble imperativo: su congenial rechazo al militarismo —"a la satrapía"—, según expresión de su ilustre padre, don Manuel, y el agravio que éste buscó y halló de parte de Benavides en mayo de 1914.

Era don Manuel director de la Biblioteca Nacional de Lima. Producido el golpe de mano del 15 de mayo de ese mismo año, en que al descarado amparo de la fuerza pública, la minoría parlamentaria eligió presidente provisorio al coronel Benavides, en tanto que la minoría, reunida en la casa de la calle de Pando, reconocía a don Roberto Leguía, el director de la Biblioteca Nacional renunció a su cargo mediante una nota corta, dura y vibrante como una espada. Quiso el gobierno desviar la estocada, pero ante la insistencia de don Manuel, optó por "desestimar" bobaliconamente su renuncia y "destituirlo". Alfredo sintió en lo vivo la torpe ofensa a su padre y naturalmente comulgó con los opositores; llegado el caso iría a purgar en la penitenciaría tal culpa, en calidad de presunto conspirador.

Valdelomar ingresó de lleno al grupo oposicionista, mejor dicho, no salió de él. Desde luego, mantuvo su postura literaria, y a través de ella ejerció la nueva actividad a la que le obligaba su destino.

Entre febrero y mayo de 1914, el Perú se había dividido en dos bandos nominalmente irreconciliables: los "robertistas", que defendían el indudable derecho constitucional del primer vicepresidente con mayoría legislativa, y los "benavidistas" y "civilistas", encabezados por Javier Prado y Ugarteche, decano de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos y presidente del Partido Civil. Éste propiciaba el cese total del régimen de Billinghurst y la completa renovación del Poder Ejecutivo mediante una consulta electoral. La solución de Benavides fue, como se sabe, hacerse designar ilíci-

tamente presidente provisorio. Más tarde Valdelomar trataría de vengarse del usurpador y sus amigos por medio de sus *Cuentos chinos,* comenzados a publicar en *La Prensa* (octubre, 1915) y *Rigoletto* (febrero, 1916).

> Contre nous de la tyrannie
> l'etandard sanglant est levé
> -La Marsellaise

A partir de mayo de 1915, según se ha dicho, y cotejando la mascarada del 15 con la realidad circundante, especialmente con el doloroso exilio de su caudillo, Valdelomar sintió renacer, sobre las cenizas de su patriótica pena, el furor cívico de 1912. Había un hecho evidente: el gobierno provisorio del coronel Benavides (en seguida ascendido a general), descansaba sobre el capricho de las bayonetas y la de sus más obsecuentes fletadores: el civilismo bloquista. Llamábase así, "bloque", al grupo de parlamentarios pardistas, enemigos de Leguía, y miembros de una facción del Partido Civil, y a sus aliados del Partido Constitucional adictos a José Pardo.

Presidía la facción "constitucional-bloquista" el general Pedro E. Muñiz; la "civilista-bloquista", Antonio Miró Quesada. *El Comercio* naturalmente defendió el golpe de Estado de Benavides y pretendió hacer pasar por mayoría "la minoría parlamentaria que eligió a Benavides", olvidando a la auténtica mayoría que eligió a Roberto Leguía.

Benavides, para salvar su régimen, había llamado como presidente del Consejo de Ministros a Muñiz, quien se hallaba seriamente enfermo de asma; ministro de Gobierno y Policía fue don Hildebrando Fuentes, constitucional, hombre de lindos ojos, linda barba negra, linda voz, lindos modales y lindo profesor de Metafísica en San Marcos. En Relaciones

Exteriores, remplazando a Manzanilla, figuraba Fernando Gazzani, ex demócrata y ex liberal vinculado por matrimonio con Alberto Ulloa Cisneros, hombre del partido opuesto.

Los "legitimistas", es decir, la mayoría parlamentaria "robertista", cuyo vocero era *La Prensa,* se negaron a reconocer la presidencia provisoria del "usurpador" Benavides y acataron la teórica autoridad del primer vicepresidente de Billinghurst, la de don Roberto. Por largas semanas, *La Prensa* insertó diariamente en su primera página el artículo constitucional que califica de usurpación el desempeño de funciones públicas que corresponden a otro poder o autoridad.

Así las cosas, crecía el descontento. La noche del domingo 14 de junio, la policía sorprendió inusitado vaivén en un lugar cercano a Lima, junto al cerro "El Agustino", en el paraje llamado la Cruz de Yerbateros. De inmediato procedió a detener a los misteriosos transeúntes o confabulados: entre ellos los ingenieros Carlos Oyague Pflucker, Enrique Catter, Felipe Arancibia y Lastres.

Como de costumbre, la represión policial cometió sinnúmero de excesos y de errores. Bajo el pretexto de apresar a don Roberto Leguía —al "presidente legal"— y a don Augusto Durand, coautor del golpe de Estado del 4 de febrero que derribó a Billinghurst y exaltó a Benavides, pero que se había vuelto contra éste, se allanaron casas; muchas personas inocentes fueron detenidas; se vigilaban los puertos; en suma, según la cáustica frase de González Prada, se vivió "bajo el oprobio". Algunos incidentes revelan la nerviosidad de aquel momento. En busca de Durand se violó su domicilio en la aristocrática calle de Belén. Allí fueron apresados Valdelomar y uno de los sobrinos de don Augusto, llamado Grover Durand Flores. El hogar y consultorio de un famoso ciru-

jano francés que operaba en la *Maison de Santé*, M. René de Guermarquer, también sufrió el torpe asalto de la policía. Intervino entonces la Legación de Francia. Otra casa allanada fue la de don Maximiliano Lecaros, también en Belén, frente al hogar del ex líder del Congreso, don Ricardo Bentín. En Huacho sufrió insólitas vejaciones el ciudadano Ernesto de Souza Ferreira. A los presos nombrados se agregó el dentista Ernesto Villanueva, hijo de don Rafael, duro ex ministro de Gobierno durante el primer periodo de Leguía, el comandante Benjamín Ramírez, el teniente Ernesto Puccio, los estudiantes Luis E. Denegri y Edgardo Rebagliati; varios oficiales, sargentos, vieron cerrarse tras ellos las rejas de diversas prisiones. Hasta el primero de agosto, los detenidos en el Panóptico, Luis Ernesto Denegri,[2] Edgardo Rebagliati, seguían incomunicados. José Bernardo Goiburu, que también cayó preso, recibió la libertad a los pocos días.

Los diarios no sabían cómo informar respecto a sucesos que se desenvolvían con jueces *ad hoc* y en el misterio. Surge entonces la figura representativa del juez Gregorio Mercado. Como el clima político subía de tono, el presidente del Congreso, don Abel Montes, se alejó hacia su tierra natal, el Cuzco; poco después, hacía pública su decisión de no volver a Lima en tanto que la situación no se normalizara. Quisieron expatriar a doña Emilia Prieto, esposa del ex presidente Billinghurst. Dato curioso: fue entonces dado de baja el teniente de la escolta don An-

[2] La detención del presidente del Centro Universitario, Denegri, y de los estudiantes sanmarquinos, Rebagliati, Goiburu y Ricardo Flores, motivó la intervención de una comisión de decanos de San Marcos. Rebagliati salió bajo la fianza del doctor Eleodoro Romero, el 27 de julio de 1914.

tonio Rodríguez, quien veinticinco años después, y ya general, moriría acribillado a balazos a raíz del movimiento revolucionario que él encabezó contra el mismo Benavides de quien era ministro en 1939. Otro oficial del mismo cuerpo, el teniente César Yáñez, apodado "Burro hermoso", fue alejado hacia la inhóspita ciudad de Juliaca. En Sicuani, a fines de junio, fue detenido el escritor Federico More. El ex presidente Billinghurst formuló desde Arica sarcásticas declaraciones acerca del miedo pánico que embargaba al Gobierno de Lima. Este susto llegó al extremo de que el ministro de Relaciones, Fernando Gazzani, olvidando que el Perú no había reconocido jamás la soberanía de Chile sobre Arica, solicitó a las autoridades chilenas que alejasen de esta ciudad al temido ex presidente. Poco después se anunciaba la renuncia de los ministros Muñiz y Fuentes, miembros del Partido Constitucional; los disuadieron por varias semanas. Al fin lo hicieron. Para Muñiz, la renuncia significaba el final de su inesperado sacrificio y de su carrera.

Valdelomar tomó filosóficamente aquella breve peripecia carcelaria, que le mantuvo incomunicado y entre rejas durante apenas dos días.

En una información cuasi humorística, publicada en el entonces semanario *La Opinión Nacional*, titulada "De Belén a la Pescadería", refiere sonrientemente sus tribulaciones. El encabezamiento del artículo tiene su origen en que la casa de Durand, donde apresaron a nuestro personaje, estaba en la calle de Belén, y el calabozo de la intendencia en el que le encerraron quedaba en la calle de Pescadería, al costado del Palacio de Gobierno. Trascribo algún párrafo:

—Hemos reporteado a Valdelomar
—¿Y por qué no?

—Valdelomar está saturado hoy por el agua lustral de la actividad política, y tiene el envidiable prestigio de una prisión de 48 horas. Nosotros le envidiamos...

—Federico Guillermo More, que sufre allá en las heladas serranías de Sicuani su cuarto de hora de ensueño prefectural, y Abraham Valdelomar que acaba de pasar dos días como huésped ilustre del comandante César Enrique Pardo...

—¿Cómo te tomaron?

—Como tomarme, te diré, primero me tomaron en serio; y después me creyeron un conspirador terrible: el brazo derecho de don Roberto; el más decidido enemigo del régimen; el más implacable y peligroso de los conjurados.

—¿Y a ti?

—A mí, que sabes que, por ahora, no conspiro sino contra la inviolabilidad de la gramática...

—¿Pero qué hacías en la casa de Durand?

—Nada. No hacía nada. Pasaba por allí, vi el barullo policial, soy amigo de la familia y entré para salir, al poco rato, en compañía de dos sujetos mal encarados y peor vestidos, que no sabían de seguro de las higiénicas propiedades del jabón hacía lo menos un par de años.

—¡Qué horror!

—¡Qué olor, dirás!

—Sigue, sigue.

—Verás: yo tenía en la mano un rollo de cuartillas, un cuento, el mismo que aparece en este número de *La Opinión Nacional:* "El vuelo de los Cóndores". Verlo un comisario y echarse sobre él fue todo uno.

Después Valdelomar refiere al reportero que le hicieron dormir sobre una tarima; que no le dieron cobertores; que le asediaban las ratas; que le pre-

guntaron por Augusto Durand; que, a medianoche, lo condujeron ante el ministro de Gobierno, doctor Hildebrando Fuentes; que el prefecto Orestes Ferro le tuteó sin razón alguna y le preguntó lo mismo; que el comandante César Enrique Pardo, subprefecto, le visitó en el calabozo. Valdelomar comenta el episodio así:

> Te diré, yo soy simbolista. En mis artículos y en mis dibujos, he sido siempre simbolista y al ver la barba de candado del comandante Pardo, lo primero que se me vino a la imaginación fue el símbolo: el candado. Temblé. Con ese candado iban a cerrar las puertas de mi calabozo y me sentí aherrojado, sepultado vivo, por toda la eternidad desesperante de un juicio militar.[3]

La pintura del calabozo hecha por Valdelomar responde exactamente a la realidad. Yo estuve encerrado en la misma celda el año de 1934. El cuadro no podía ser peor; el suelo sucio; las paredes chorreando agua; corrían las ratas; volaban las cucarachas; abundaban las lagartijas, indeseables compañeras. Un caño de agua ininterrumpidamente perturbaba el reposo desde fuera de la reja como melodía; hedor, hedor, hedor.

A mediados de junio, los diarios se dedicaron más a narrar las vicisitudes del choque entre el jefe supremo de México, don Venustiano Carranza, y el departamento de Estado. Ya Pancho Villa, o sea Doroteo Arango, insurgió con la violencia y la pujanza que le caracterizaron. El 29 de junio un escueto cable anunciaba el asesinato del archiduque Fernando de Austria en la ciudad servia de Sarajevo. Durante las semanas siguientes la atención

3 *La Opinión Nacional,* Lima, 28 de julio de 1914.

internacional y nacional se desplazó hacia la frontera entre Servia, la patria de Pasic, y Austria-Hungría, el reino de los legendarios Habsburgos. Se acercaba a grandes pasos la gran tragedia; aquella que en un poema escrito, al modo de Verhaeren, llamaría Alfredo González Prada "La hora de la sangre". Iba a empezar la primera Guerra Mundial.

En el entretanto, para resarcirse de penas, Valdelomar concibió los *Cuentos chinos*. Se publicaron en 1915-1916. No son lo mejor del escritor ni mucho menos. Sus alegorías resultan banales, y los episodios vulgares. Reconstruyamos su ambiente: En la aldea de Siké, el general Rat-Hon derroca al bondadoso mandarín Chin-Kau. Durante la revuelta no vacilan en asesinar al gran general Ton-Say. Cometen después mil tropelías.

Sin duda, Siké es Lima; Rat-Hon (o sea Ratón) representa al general Benavides; el magnánimo Chin-Kau, al presidente Billinghurst; el general Ton-Say, al general Enrique Varela, ministro de Guerra.

Venganza pueril; falsa literatura. La ruda musa épica no se entendía con el sutil autor de *La ciudad muerta*.

Uno de los *Cuentos chinos*, "Las vísceras del superior", relata, disfrazándolo, el episodio del 4 de febrero de 1914. En el segundo, "El hediondo pozo siniestro", trata de resumir la historia del Perú y de su Congreso; en él llama "El tirano Si-Mo-On" al libertador Simón Bolívar.

El tercer cuento, "El peligro sentimental", pone en acción a Kon-Sin-Zac, el "gran maestro de la barba nevada", o sea a don Nicolás de Piérola; a Pon-Pay-Chon, el que se hace el héroe (o sea el doctor Gazzani) y a los partidos Civil y Demócrata. "Los Chin-Fu-Ton", o sea la historia de los "hambrientos desalmados", es el tema del cuento cuarto: se trata allí a los políticos civilistas, dispuestos

siempre a servir al poderoso. En el quinto cuento, "Whong-Fan-Song", o sea "La torva enfermedad tenebrosa", se trata de la envidia. En este último "cuento chino", Valdelomar se identifica con el personaje envidiado para execrar rudamente al envidioso, aunque reconoce que el envidiado crece en virtud de la saña del envidioso: un poco de su propia historia personal.

Los cuentos chinos reflejan exactamente la incapacidad política de Valdelomar, al mismo tiempo que su insomne sensibilidad literaria. No se trata de los planteamientos doctrinarios ni de la mayor o menor explicitud con que se refiere a los personajes reales del quehacer público peruano de entonces; según se ha visto, retrata a éstos bajo eufemismos siempre pueriles, como lo hiciera Fernando Casós, sesenta años atrás, en *Los amigos de Elena.* Lo que importa son los conceptos generales en que funda su mal velada diatriba, y la forma bajo la cual presenta sus descripciones y juicios.

En los cinco cuentos, o cinco capítulos de una sola narración alegórica, se desarrolla una tesis absolutamente simplista. Siké es una aldea dominada por una pandilla de perversos, los Chi-Fu-Ton, en quienes se condensan las peores calidades cívicas: la adulación, la voracidad financiera, la perversidad en los comentarios, el doblez y la deslealtad. La manera como Valdelomar describe a estos personajes demuestra su irritación contra los conspiradores civilistas que derrocaron a Billinghurst:

> ¡Ay del que cayera en el odio o antipatía de un *Chin-fu-ton,* sobre todo si el tal era protegido por su señor, el Mandarín! Si el adversario del Chin-fu-ton era agricultor, vería quemados sus arrozales; si negociante, se vería desposeído de sus mercancías; si rico, de su renta; si sencillo transeúnte, de

su libertad. Estaba condenado a perecer de hambre en una mazmorra o a morirse de miseria en un mercado de pordioseros.

—Pero. ¿Por qué tan abyectas gentes tenían tal dominio, tío?

—Porque los *Chin-fu-ton* una vez en el Gran Consejo afiliábanse a un partido político de los muchos que disputaban en el Gran Consejo.

—Se ofrecían al mandarín incondicionalmente para defenderle en el *pozo siniestro.* Los mandarines, débiles siempre, tenían la experiencia y sabían que un solo *Chin-fu-ton* era suficiente para amargar la vida de un mandarín, y varios para traer su caída. El Chin-fu-ton sirve al mandarín mientras éste esté en el Poder y puede cebar su panza porcina.

No falta sino insertar los nombres propios a quien se refiere, para convertir el cuento amargo en historia viva. Los giros literarios disimulan la acidez de los hechos:

Siké, la gran aldea china que existiera allá por los tiempos en que Confucio fumaba opio y dictaba lecciones de Moral en la Universidad de Pekín,

es una perífrasis repetida literalmente muchas veces y que caracteriza a Lima. Felizmente la fantasía del escritor se impone, al fin, sobre los rencores del político y sobre el dolor del hombre de partido. No obstante, si fijamos la atención en el estilo, observaremos que la adjetivación de Valdelomar continúa siendo reiterativa, plural. Por ejemplo, este fragmento:

Buda, el *admirable* padre de la sabiduría, el dispensador de beneficios, el que hace florecer los

crisantemos en la primavera y rompe el broche *verde* por donde surcan, en los lagos *tranquilos*, las *blancas* flores de loto *frágil*, bajo el cielo *hondo y azul*, en los paisajes *multicolores* [*sic*] de las comarcas *chinas*.[4]

O este otro párrafo:

La espuma de las olas que se debaten contra las costas *rocallosas*, y que, cambiando *inestables, leves y frágiles*, desaparecen inexorablemente en el misterio de la noche.[5]

Valdelomar pretende allí lapidar literalmente a Rat-Hon, derrocador de su amado mandarín. Empero, la ira no es un sentimiento que se administre con facilidad: se necesita sustancialmente ser iracundo para hacerla valer, y Abraham no estaba precisamente en forma alguna llamado a expresar una pasión opuesta a las que fundamentalmente conformaban su personalidad: la delicadeza, el buen gusto y la ternura. Como panfleto, los cuentos chinos no llegan ni siquiera a borrador o solfeo de un gran libelo. Como narración, le sobran las alusiones inmediatas. Tal vez lo más positivo, su verdadero saldo, fuera el demostrar que Valdelomar no dejó de ser nunca un hombre sencillo, leal y valeroso. Acaso hasta se podría asegurar que ya entonces había empezado a fumar opio y a retorcerse de cuando en cuando bajo las imperiosas angustias del yin-yen. En todo caso estaba preparado para los más raros deliquios. Era ya 1915. Pero antes, en diciembre de 1914, acababa de publicar *La mariscala*.

4 Abraham Valdelomar, *El caballero Carmelo*, Lima, 1918, p. 169.
5 *Ibid.*, p. 177.

IX. LA MARISCALA

DESDE la caída de Billinghurst, acto que para Valdelomar implicaba una frustración violenta en sus aspiraciones políticas y diplomáticas, éste comprendió que su destino le llamaba más a las letras que a la lucha cívica. Tal sentimiento se acentuó a raíz del fallecimiento del ex presidente, ocurrido en diciembre de 1914, precisamente el mismo mes en que aparecían al público los primeros ejemplares de *La mariscala,* primer libro formal del autor de "El caballero Carmelo".

Don Guillermo, como por antonomasia se llamaba a Billinghurst (también apodado "Pan Grande"), se extinguió en olor de soledad, pesar y desengaño, bajo el cielo de Iquique, una de las ciudades irredentas del historial patriótico peruano, sobre todo en aquellos tiempos. ¡Triste destino de este hombre tan vigoroso y penetrante! Pocos políticos peruanos reunieron las condiciones que él tuvo en abundancia. Nacido en Arica, por esta circunstancia se hallaba vinculado desde la raíz al problema de "las cautivas", o sea a "la cuestión con Chile", ya que su tierra natal había caído desde 1880 bajo el mandato forzoso y luego consentido de un país extraño.

El hogar de Billinghurst tuvo por norma la observación y el trabajo. Su nacimiento, de un matrimonio angloperuano, ocurrió en 1851, de modo que a su muerte había cumplido los sesenta y tres. Había estudiado ingeniería, pero al morir su progenitor, el año de 1868, cuando Guillermo tenía diecisiete, se vio compelido a abandonar la carrera y se dedicó a administrar la cuantiosa fortuna que recibiera y

cuya mayor parte la constituían yacimientos salitreros e instalaciones para explotarlos. Cuando el presidente Manuel Pardo (1868-1872), en resolución poco afortunada, estableció en cierto modo la fiscalización de los nitratos de Tarapacá, la familia Billinghurst fue una de las que sufrió más directamente el impacto causado por tal medida. Al establecer paralelamente el gobierno de Bolivia el lamentable "impuesto de los diez centavos", pretexto inmediato de la guerra del Pacífico, los billinghuristas experimentaron en carne propia el mordisco de la improvisación gubernativa y las funestas consecuencias de las perturbaciones intestinas de los pueblos latinoamericanos. Billinghurst tenía veintiocho años cuando estalló la guerra. Era ya un entusiasta partidario de Nicolás de Piérola, quien no había fundado aún el Partido Demócrata. Del "Califa" le atrajeron ciertas cualidades poco comunes entre los hombres públicos peruanos; su cultura refinada; sus conocimientos financieros, su intrepidez para tomar resoluciones; su coraje para afrontar los riesgos físicos; su elocuencia irresistible y esa dual condición que caracterizó a don Nicolás y que atraía al populacho y a la aristocracia: el pulimiento y la sencillez, la espontaneidad y el remilgo. A partir de la hazaña contra los barcos ingleses *Shah* y *Amethiste,* poco antes del estallido de la guerra, Billinghurst servía a Piérola leal, desinteresada y eficientemente. Puso a las órdenes de éste parte de su fortuna personal, atento a que los gastos del "Califa" eran gastos por la patria y para la patria.

Durante la guerra, Billinghurst organizó un batallón a su propia costa, como lo hicieran Alfonso Ugarte, los Canevaro y otros eximios y ricos patriotas. El Estado se hallaba en bancarrota desde el gobierno de Balta, atribulado por el peso de un programa de obras públicas y algunos peculados, ambos

fuera de previsión, a lo que el gobierno de Pardo agregó algunos nuevos errores (el del salitre, por ejemplo), de manera que se carecía hasta de lo más indispensable para encarar la agresión del sur.

Billinghurst, ascendido a teniente coronel, pese a su absoluta falencia de conocimientos tácticos, cayó al final prisionero de los chilenos en la batalla de Chorrillos. Tenía a su cargo un puesto en el Morro Solar.

Concluida la guerra con el tratado de Ancón, se encontró con que Arica, su ciudad natal, quedaba como rehén en manos de Chile por diez años, y que sus propiedades, la mayor parte de Tarapacá, estaban en el territorio cedido al vencedor a perpetuidad. Sin embargo, lejos de menguar su patriotismo ni su actividad política, se acrecentaron ambas, y poco después Billinghurst fletó, pagó y tripuló (lo último en la heroica compañía de Piérola) el barquichuelo que condujo al "Califa" subrepticiamente desde su destierro en Chile hasta el sur del Perú, para iniciar una nueva revolución.

Durante la campaña de la Montonera, o sea, durante la guerra civil que Piérola dirigió y acaudilló como cabeza de la "coalición-cívico-demócrata", Billinghurst se mantuvo a su lado, entregando su dinero y arriesgando su vida. Entró a Lima con el caudillo el 17 de marzo de 1895, al frente de las desvencijadas huestes de la Montonera. Empieza entonces su vida pública. Ocupó altos cargos y se habló de él para suceder a Piérola. Era de los más capaces, de los más abnegados, de los más ricos, de los más populares, de los más valerosos. Empero por uno de aquellos enjuagues de la política criolla, Piérola se dejó convencer por sus aliados del civilismo y apoyó la candidatura de don Eduardo López de la Romaña, un ingeniero arequipeño, conocido por su fervor católico, su indecisión política y sus vastas

relaciones sociales. Esto sucedía en 1889. Billinghurst se apartó de Piérola como ya lo había hecho Augusto Durand, fundador del partido liberal y lugarteniente de la Montonera. Entonces, durante varios años, se dedicó a sus tareas profesionales y financieras. En 1910 lo extrajeron de ellas las insistentes solicitudes de sus amigos para llevarlo a la alcaldía de Lima. Hablando mágicamente, fue una confirmación del todo auspiciosa. En la gestión como alcalde de Lima, Billinghurst demostró que no sólo tenía ideas y actividad, sino un profundo sentimiento de amor a su pueblo y un evidente criterio de justicia social. Saneó Lima; la piqueta sanitaria funcionó sin descanso; levantó un nuevo mercado; moralizó los espectáculos públicos y llamó a los obreros para escuchar sus reclamos. Al margen del partido demócrata, en plena crisis a consecuencia de la loca y fallida intentona del 29 de mayo de 1909, echó nuevas bases a un movimiento que tenía sus cuadros deshechos y a su líder y fundador perseguido. De la alcaldía de Lima salta Billinghurst a la presidencia de la república, mediante un movimiento de ancha resonancia popular. Para ello organizó comités populares, fundó el periódico *Acción Popular*, dirigido por un comité de intelectuales y obreros, apeló al sentimiento de rebeldía de las masas, organizó la primera huelga política de Lima, y aunque, como hemos relatado, los organismos oficiales trataron de interponerse a su triunfo, el Congreso de la república le ungió para la primera magistratura. Valdelomar tomó el partido de Billinghurst desde 1911 y lo hizo público en 1912, conforme queda referido.

El golpe de Estado del 4 de febrero de 1914, lanzó a Billinghurst al destierro. Desde Arica envió al Perú un célebre manifiesto en que narra su odisea y describe las obras de su gobierno. Documento cáustico, abrió las compuertas del odio contra él y acaso,

a consecuencia de ello, se aceleró su muerte en la amarga y dura soledad del exilio. Lo demás ha sido referido.

Al concluir la primera etapa del gobierno *de facto* del coronel Benavides (ya general) naturalmente los partidarios de Billinghurst tomaron posiciones. Valdelomar había tomado la de las letras y, llamado con insistencia por su amigo Riva Agüero, ocupó la plaza de secretario y lector del acaudalado, erudito, generoso y tenaz marqués de Montealegre de Aulestía.

Los dos amigos se encontraron esta vez bajo circunstancias poco alentadoras. No era como en los lentos días de la travesía entre El Callao y Le Havre, ni aquellos otros de las sorpresas deparadas por las visitas a los misterios de Nueva York. No era tampoco la balada móvil, a bordo de un vagón exclusivo, entre Milán y París. Ni se trataba de discutir sobre el arte clásico y el impresionista bajo el amparo de las altas bóvedas del Louvre, ante los amplios jardines de Versalles o en el sortilegio secular y policromo de Fontainebleau.

De nuevo se había quebrado el orden constitucional peruano: dos golpes de Estado, en menos de cuatro meses. Se sucedía trasgresión a trasgresión. Riva Agüero, desengañado del viejo civilismo, perdida la fe en el residuo de demócratas que había quedado en torno a la bandera del "Califa" después de su fallecimiento, urgido por nuevas inquietudes, vacilando entre el tradicional catolicismo de los suyos y el escepticismo renaniano de su generación, había decidido fundar y organizar un nuevo partido político, el Nacional Democrático que, recogiendo parte de la herencia pierolista, tendiera el vuelo hacia otros horizontes, poniendo el acento en la libertad y la cultura. Valdelomar, recién libertado de su fugaz detención en los calabozos de la intendencia,

no se mostró propicio a aceptar otra marca política que no fuera la de Billinghurst. ¿Desconfiaba del intelectualismo de los "futuristas", como Luis Fernán Cisneros bautizó con sorna poco después, a los del Partido Nacional Democrático? Tal vez sí. En todo caso a pesar de que eran sus amigos, no eran sus cofrades. Siendo sus condiscípulos, distaban de ser sus colegas. No obstante, aceptó la invitación de Riva Agüero para desempeñar las funciones de su secretario particular y su lector.

La solariega casa de la calle de Lártiga reunía, tarde a tarde, a numerosos maestros, intelectuales, estudiantes, profesionales y periodistas. Como la describiera después Vasconcelos, abundaban allí los debatientes, diríamos, los retóricos. Manuel Beltroy alternaba las funciones con Valdelomar, y se preciaba de declamar con propiedad los versos más diferentes, así como de leer distintos idiomas: francés, inglés, italiano y portugués.

Entrando por la anchurosa portada, dando al enorme patio de ingreso, se abría a la derecha una escalera corta y espaciosa que llevaba al segundo piso. A su término había un largo pasillo, sobre él daba el escritorio de Riva Agüero. Más allá, la biblioteca, cuyas hileras de estantes derramaban *panzudos* volúmenes. El castellano de Chorrillos y de Lártiga ejercía sus funciones de amo de casa con elegancia y señorío.

Un negro, viejo, canoso y flaco, medio encorvado, actuaba de portero; había sido el antiguo cochero de la familia; había servido a don José Carlos de la Riva Agüero, padre de don José, fallecido intempestiva y violentamente en un azar de indeleble recuerdo. De ello, por razones púdicas, se negaba a hablar doña Dolores de Osma, la madre del castellano de Lártiga, y no mencionaba el hecho doña Julia, hermana de aquélla y tía soltera de don José.

El trato con Riva Agüero, en ese grado de intimidad, avivó el gusto clásico de Valdelomar; lo interesó más en la historia peruana y lo acercó a algunos personajes que gozaban de la simpatía ancestral de su amigo y ocasional patrón. Uno de ellos, el mariscal Agustín Gamarra, que había sido presidente del Perú entre los años de 1829 y 1834, y después de la confederación, entre 1839 y 1841, en que encontró la muerte a los primeros fuegos de la batalla de Ingavi.

Gamarra había sido el símbolo del autoritarismo. Jefe de estado mayor en la batalla de Ayacucho, combatió a Bolívar, que le mantuvo en inmerecido segundo plano. Su gente encabezó las huestes que maldecían al "Libertador" cuando éste regresó como un fugitivo a Colombia en 1827, y se enfrentaron a Sucre cuando regresaba malherido y confuso de Bolivia con rumbo a Colombia para dirigir las tropas colombianas contra las del Perú. Después de la eliminación política del mariscal Lamar, Gamarra encabezó tales tropas. Era un militar culto. Conservo, entre mis parvos tesoros bibliográficos, un ejemplar del *Gil Blas de Santillana* en dos volúmenes y en francés, que el mariscal llevaba siempre consigo. Tenía gustos refinados y amaba la vida tanto como el poder o viceversa. Gamarra era cuzqueño; viudo de su primer matrimonio, casó en segundas y aventuradas nupcias con doña Francisca Zubiaga Bernales, mujer bella, nada hombruna pese a sus actos viriles, amante (como Manuelita Sáenz) de la gloria y el mando, emprendedora, libérrima y novelesca.

Rodeado de libros, de documentos, de las charlas aleccionadoras de Riva Agüero y de algunos amigos que pertenecían a la familia Gamarra y otros a la de doña Pancha, Valdelomar, que amaba las historias y los héroes antiguos, como lo demostrara en *La ciudad muerta,* tuvo la idea de escribir una his-

toria (que dados los caracteres de la protagonista sería inevitablemente novelesca) en torno de doña Pancha, a quien la historia conoce por el mote de "la mariscala", por sus proezas personales y sus viriles intromisiones en cuarteladas y revueltas.

Los amigos de Valdelomar, parientes de doña Pancha, eran: José Carlos Bernales y Juan Vargas Gamarra; aquél, descendiente colateral de la mariscala, y éste del mariscal y su primera esposa. Valdelomar pudo disponer de un cuantioso caudal de informaciones y tradiciones, a lo que se agregó un documento cuyo impacto idiomático es patente a lo largo de su obra. Me refiero a *Les peregrinations d'une paria* por Mlle. Flora Tristán, impreso en dos gruesos volúmenes, el año de 1838 y en París. Flora era ascendiente de Felipe Pomar y Tristán y de Felipe Cossío del Pomar, condiscípulo de Valdelomar en los días del Colegio de Guadalupe; pintor y esteta de finísima estirpe. Flora, como se sabe, concibió en su fugaz matrimonio con el torpísimo grabador Chazal, dos hijos. La hembra, Aline, casó con un banquero, el señor Gauguin, de cuyo matrimonio nacería Paul, el insigne pintor de Tahití, autor de *Noá Noá* y padre del expresionismo pictórico.

Pocas figuras tan apasionantes como la de Flora Tristán Leisné. Nacida en París el año de 1804. Conoció a Bolívar porque era amigo de sus padres, don Mariano Tristán y Teresa Leisné, a quienes visitaba en su casa. Como se sabe, Flora, después de su viaje al Perú, en el que perdió la esperanza de recibir la herencia de su padre, se consagró al socialismo y convulsionó a las mujeres de Francia.

En *Peregrinations d'une paria,* Flora cuenta sabrosas y amargas anécdotas acerca de los Lavalle, los Tristán, los Althaus, los Goyeneche, el Dean Valdivia, los Moscoso y, claro está, de la famosa "mariscala".

De todo ello nacería la decisión de Abraham de escribir una historia novelada de Pancha Zubiaga Bernales de Gamarra. Conciliaría así historia y poesía. Imprimieron el libro en pulcra edición a dos tintas los talleres gráficos del Panóptico de Lima.

Abraham está en sus veintiséis años. Ya había escrito los mejores de sus cuentos: "El caballero Carmelo", "Los ojos de Judas" y "El vuelo de los cóndores". *La mariscala* resumía su nueva actitud: la de esteta y patriota; la de ultraísta (si se pudiera decir tal, lejos de cualquier anacronismo) y la de clasicista; la de aficionado a la historiografía y devoto de la sicología. Doña Pancha Zubiaga podía justificar semejantes paradojas.

La mariscala es un libre sugestivo y... lleno de galicismos. Su expresión trasuda algunas deficiencias lingüísticas en castellano, a cambio de indudable gracia. Cómo es esto, se preguntará el lector que ama la lógica. Pues, sencillamente porque Valdelomar trataba en ese instante de ajustar su estilo a su persona y viceversa; porque estaba descubriendo el Perú horizontal e histórico, y empezaba a contrastarlo con el vertical o metahistórico. Para los ojos novelescos del artista, aquella especie de amazona de altos quilates que fuera doña Pancha, representaba la verdad y la leyenda; el valor y la ternura; la ambición y la entrega; el riesgo y la paz, y era como poner en práctica el precepto de Eça de Queiroz en *La reliquia:* "Sobre la ruda desnudez de la verdad, el diáfano manto de la fantasía." Tanto se le adentró aquel mito que no trepidaría luego en escribir una especie de drama de capa y espada; una pieza de teatro histórico, al alimón con el joven José Carlos Mariátegui, y la titularía también *La mariscala* (1916).

¿Qué representó esta mujer para Valdelomar? Me atrevo a pensar que ella le reveló *le coté inconnu* de

la feminidad. Valdelomar era un hombre dulce, tierno y sensitivo; los seres que le atraían debían ser, principalmente, los del otro sexo, duros, impasibles y amargos. Precisamente éstos son los caracteres que asignaba a doña Pancha Zubiaga. Digo "asignaba", porque en la medida que me acerco a la corajuda esposa del mariscal de Ingavi, la descubro menos dura, menos impasible, menos amarga de lo que sus biógrafos pretenden. En realidad Francisca Zubiaga, hija de vascos y de quechuas (ruda progenie), conocía las artes de la galantería y las femeninas reglas de ese juego. Tanto es así, que logró flechar al experimentado Gamarra y que se entregó, al final, según parece, a un desesperado romance con el apuesto coronel Escudero, amigo del mariscal y fiel compañero de doña Francisca en las horas fatales, literalmente mortales, de Valparaíso, en donde la mariscala hallaría su tumba.

Aquel periodo centelleante y capitoso de 1829 a 1839, con sus altibajos dramáticos, sus proezas absurdas, sus increíbles heroísmos, sus ásperas derrotas, era como una versión ultramarina del romanticismo europeo. Los generales usaban *chacó* y *dolman* franceses y solían, como en *Servidumbre y grandeza militares* de Alfred de Vigny, entregarse apasionadamente al amor y a la muerte.

Valdelomar regresaba de un raudo pero intenso "viaje a Citeres", policromo y brillante como el del lienzo de Watteau. El choque con su realidad podía envolverse en una "recóndita armonía" histórica. La mariscala sirviole entonces de trampolín y escape. Después de proyectarse en audaz parábola por sueños y... Abraham cayó blandamente en la acogedora y deslumbrante pista de Colónida.

La mariscala apareció en enero de 1915, aunque la carátula dice 1914. Su portada en caracteres antiguos, imitando la de los libros coloniales, dice así:

LA MARISCALA/. Doña Francisca Zubiaga y Berna-/ les de Gamarra, cuya vida refie-/ re y comenta Abraham Valdelo-/ mar, en la Ciudad de los Reyes/ del Perú-MCMXIV. Impreso en los talle-/ res tipográficos de la Penitenciaría: Lima/ MCMXIV.

Son 119 páginas dedicadas a José de la Riva Agüero y a la ciudad del Cuzco, con el texto siguiente:

> A José de la Riva Agüero, cuya laboriosidad infatigable, fresco entusiasmo y generosidad de espíritu son verdadero salmo de juventud, dedico este trabajo con admiración y afecto. A. V.

Lo primero que salta aquí a la vista es la falta de sintaxis al usar el relativo "cuya" que no concuerda en número (singular) ni en género (femenino) con las tres calidades a que se refiere.

La siguiente dedicatoria, a "la imperial ciudad del Cuzco", es más extensa, más elocuente; en ella habla de los "palacios de piedra y oro", tal vez por una proyección bizantina o veneciana sobre el miraje quechua-español de la capital incaica, a la que Valdelomar se había asomado en 1910, antes del viaje a Roma.

Hay en todo este libro un pueril derroche de bilingüismos, cierto ostentoso frecuentamiento del idioma francés, sobre todo en relación con Flora Tristán y *Les peregrinations d'une paria* (jugoso memorial, más o menos novelesco que, dividido en dos tomos, publicó Flora en París el año de 1838).

Hay varios aspectos, me atrevería a llamarles "tonos", predominantes en *La mariscala* que revelan la posición vital y literaria del artista. Trataré de compendiarlos en los siguientes rasgos. *Primero:*

El estilo revela sosiego, equilibrio y uso de lecturas, si no clásicas, típicamente hispánicas, pese a los galicismos ("malgrado" por "a pesar de" por ejemplo) en que incurre bajo la doble influencia de Flora, en lo inmediato, y de sus consabidos Maeterlinck, Verlaine, Rodenbach, Lorrain y Baudelaire; *Segundo:* La dignidad con que presenta a su protagonista, cuya castidad juvenil exalta; y el respeto histórico con que considera a Gamarra, tal vez bajo la sugestión de Riva Agüero, ferviente del autoritarismo, aunque todavía fuera entonces admirador de Piérola y su partido demócrata; *Tercero:* Gran fuerza narrativa, que ratificaba la que acababa de evidenciar en el cuento "El caballero Carmelo", triunfante un año atrás en el consurso de *La Nación,* y en "El vuelo de los cóndores" publicado en *La Opinión Nacional.* La adjetivación corresponde en sus evocaciones históricas a la de su literatura de fantasía. A menudo se inclina, como se verá en *Belmonte, el trágico,* al adjetivo múltiple, por lo menos doble. Pero es que la producción literaria de Abraham se desarrolla entera entre 1913 y 1918, lustro que calza con la etapa de sus veinticinco a treinta años de edad. Etapa definitiva, pese a cualquier grado de precocidad, y aun cargándole en cuenta las peculiarísimas intransferibles del ambicioso, inquieto y audaz narrador. De hecho, y en concordancia con su celo imaginativo y temperamental, no concede tanto interés a la información como a los efectos publicitarios.

Además, el tema social le atrae tanto como el histórico: es decir, nada. El económico no figura, ni en categoría de larva, dentro de aquella perspectiva. Todo se reduce —y es lo más atrayente— a los personajes y sus relaciones sentimentales y de hecho. Describirlos basta para despertar la curiosidad, estimular el interés y mantener alerta la atención de los lectores.

Tan simples fórmulas no eran compartidas por muchos escritores peruanos. En lo tocante a la biografía y a la historia, sólo Ricardo Palma y, en cierto aspecto, su hijo Clemente *(La nieta del oidor)*, habían intentado caminar por ese, que pudiera llamarse, "preludio de la biografía novelada", entronizado diez años más tarde por Lyton Stracchey en sus *Eminent Victorias* y *Elizabeth and Essex;* André Maurois en *Ariel ou la vie de Shelley* y en *Disraeli;* Harold Lamb en el épico *Gengis Kahn;* Emil Ludwig en *Napoleón* y en *Bismarck*, y Stefan Zweig en *María Antonieta* y en *Fouché*

Lo de *La mariscala* no llegó a tanto, fue un solfeo apenas (no le alcanzaría la vida a su autor para lograr el dominio de aquel instrumento literario); tampoco insistió en esa partitura: el poeta pudo más que el novelista, que el historiógrafo y que el periodista. Porque Valdelomar fue esencialmente un poeta; en verso y prosa; en gesto y dicho; en vida y —acaso— en muerte. Poeta, ni más ni menos poeta.

Para corroborar lo dicho, leamos parte del capítulo inicial de *La mariscala:*

> Esta mujer nacida para grandes destinos, que en el ostracismo entregara su espíritu a Dios, es una de las más completas figuras de nuestra incipiente nacionalidad. Su vida fue corriente tumultuosa de vibraciones sonoras, de inextinguibles energías. Gobernó a hombres, condujo ejércitos, sembró odio, cautivó corazones; fue soldado audaz, cristiana fervorosa; estoica en el dolor, generosa en el triunfo, temeraria en la lucha. Amó la gloria, conquistó el poder, vivió en la holgura, veló en la tienda, brilló en el palacio y murió en el destierro. Religiosa, habría sido Santa Teresa; hombre, pudo ser Bolívar.[1]

[1] Valdelomar, *La mariscala*, 1914, p. 11.

El ritmo de estas expresiones satisface los más exigentes requisitos de la mejor y más noble prosa castellana; ello se confirma en numerosos pasajes, como en aquel en que, refiriéndose al padre de doña Pancha Zubiaga, lo califica de "rico de hacienda y parco de carácter" (p. 17); o "espíritu cristiano, débil para contrarrestar el exaltado de su mujer, concluyó por temerla" (p. 19). Hay otros rasgos descriptivos y adjetivados, que exhalan una sobria belleza, verbigracia: "la roja violencia del rayo, la monotonía de la lluvia y el ronco sonido trágico del granizo" (p. 26).

Este libro es una pequeña obra maestra, insólita en un principiante —pues lo era— de veintiséis años.

En la tarea de reunir materiales para *La mariscala,* Valdelomar apeló a testimonios escritos y orales, editados e inéditos. Entre los orales conversó con algunas personas que ejercerían, en ciertas ocasiones, determinada influencia sobre su vida. Figuraban entre ellos, según dijimos: don José Carlos Bernales, descendiente de doña Pancha Zubiaga Bernales de Gamarra, la mismísima mariscala; Juan Vargas G. y Gamarra, descendiente de Gamarra, mas no de doña Pancha; Nemesio Vargas, historiador republicano, hombre original en sus costumbres, singular en sus juicios e independiente en su historia; don Carlos A. Romero, el "Sordo", erudito y maldiciente "Romero" de la Biblioteca Nacional.

Don José Carlos Bernales podría servir de blasón a nuestra *belle époque.* Con su elegante cinismo, su vocación al *confort,* su aire patricio, sus polainas o escarpines blancos, su enorme cigarro habano, sus chalecos albos de piqué, su *barbiche* entrecana, su matricia y adinerada esposa (doña Adela Bielich Pomareda, hermana de don Ismael e hija de don Adriano); su hermosa y ostentosa *amie du coeur*

(Angélica Parodi); su pierolismo templado, pero resuelto; su senaturía; su perenne gerencia de la compañía recaudadora de impuestos; su coche, de altos y briosos caballos; su amplia casona de la calle de Belén; su constante amistad con los periodistas; su intimidad con los poetas Luis Fernán Cisneros y Leonidas Yerovi (sus correligionarios); su cadena de oro con un águila americana colgante; su majestuoso paso; su afable sonrisa; su prosopopeya y su *savoir faire.* Todo eso calzaba como anillo al dedo; como calzador al zapato; como lengua a muela cariada; como espada a su vaina; como aguja a la tela; como caracol a su caparazón; todo eso calzaba, sí, calzaba al tono, clima, color y metas de nuestra *belle époque,* cuya expresión epónima sería "El Conde de Lemos".

Otro personaje que en determinada circunstancia impresionó a Valdelomar fue Juan Vargas Gamarra, quien condujo en 1917 la tragicómica aventura de Norka Ruskaya en el cementerio de Lima. Supongo que Romero alegró con sus chismes "documentados" más de un episodio valdelomariano. Además, Romero vivía cerca de la calle de Hoyos, en San Cristóbal de Santa Catalina, y los futuros "colónidas" tuvieron por largos meses su cuartel general en los fumaderos de opio de la calle de Hoyos y el Capón —la "China Town" de Lima.

La mariscala sirve, además, para demostrar la limpieza de alma de Abraham. Pudo desarrollar y adobar a su antojo el pasaje en que doña Pancha, dueña de todo su esplendor de mujer, corona en el Cuzco a Bolívar con diadema de diamantes, y éste, a su turno, le retorna el galardón, obsequiándoselo a doña Pancha la misma noche de su llegada durante el baile oficial. La fama donjuanesca del "Libertador", y el carácter independiente y resuelto de doña Pancha, abrían posibilidades a un capítulo escabroso.

No lo aprovechó Abraham. En realidad, toda su obra respira pureza, hasta sus desplantes más audaces. De ahí que tampoco aluda a los infortunios conyugales de Flora Tristán, fáciles de explotar literariamente. Desde luego, en 1914 no circulaba aún el nombre de Paul Gauguin, nieto de Flora. De haberlo conocido, Abraham no lo habría olvidado, ferviente admirador como era de Leonardo, Miguel Ángel, El Greco, Merino, Xavier Gosé y Caran D'Ache.

X. INTERMEZZO PRIMERO

EL PALAIS CONCERT: TÉ, FRIVOLIDAD Y LITERATURA (1914 - 1916)

LIMA era a comienzos de siglo una verdadera "gran aldea", como Lucio V. López llamó a la Buenos Aires de 1890. Cualquier suceso, por trivial que fuese, con que sólo se apartara en algo de la rutina, provocaba oleadas de sorpresa, admiración y ataques. Bastaba que veinte personas resolvieran hacer una revolución para que, como el 29 de mayo de 1909, se apoderasen del palacio de gobierno y del presidente de la república. Los bailes sicalípticos de "La Nicasi" y "La Tarifeña", a los sones de "La Pulga", en la carpa del Cine Pathé, causaban tempestades, así como el beneficio de tiples ligeras como Emilia Colás, Columba Quintana y otras. La lucha entre el avezado y pequeño león Nero y un noble toro de la ganadería "Caballero" de don Federico Calmet; la coronación de José Gálvez como poeta de la juventud; la llegada de Juan Bielovucic; la instalación de las juntas preparatorias del Congreso de 1911; las conquistas entre bastidores del doctor Manuel Bernardino Pérez; la exhibición callejera de una mundana francesa, Lily Brown, importada ostentosamente por Carlos Olavegoya Kruger; los fecundos amoríos de Agustito Leguía Swayne con la bailarina española "Marinerita"; todo era motivo de estupefacción y escándalo.

Los más activos mentideros estaban, como siempre, a lo largo o en las inmediaciones de la calle principal, o sea, en el Jirón de la Unión. Me parece

ver algunos de ellos: Empezando por la plaza de armas, en un portal atraía el jardín Estrasburgo, en donde mucho más tarde se iniciaría el desnudismo coreográfico con el Ba-Ta-Clán chileno, llegado en 1924. En el otro portal, el de Botoneros, la Confitería Marrón, que más tarde tomaron los hermanos Grellaud convirtiéndola en cine-confitería. En la esquina de Bodegones y Villalta, como hasta hoy, el centenario Hotel Maury, su patio interior y su cantina eran rincón favorito de políticos y hacendados de provincias, sobre todo a mediodía. A cincuenta metros del Maury, en Plateros de San Pedro, la Confitería Nove, perteneciente a un suizo-francés, emprendedor y ahorrativo. Al frente, el Café Dorado, nido de toreros y periodistas. Cien metros más allá, en Plateros de San Agustín, se abrían la sucursal de Broggi y el Café Péndola, refugio preferido de escritores, estudiantes y empleados de medio pelo.

Alineados en el Jirón, lucían sus olorosas y provocativas vitrinas la Botica Francesa y la fuente de sodas Leonard, ante cuyo mostrador montaban cotidianamente dos horas de guardia Clemente Palma y José Gálvez, José Patroni y Julio A. Hernández, es decir, la gente de *Variedades* y *La Crónica*, cuya imprenta estaba instalada al frente. Coincidían todos ellos en ese lugar para platicar con el gerente de Leonard, Manuel Castillo, sobre las proezas de Piérola, el caudillo recién fallecido. Todo aquello estaba en la calle de Mercaderes. En la siguiente, la de Espaderos, se hallaba la Confitería de Broggi y Dora, y sobre la misma acera, la de Klein; en esa misma cuadra quedaban varias tiendas de ropas y adornos para damas y caballeros, todas de origen europeo: "La ville de Paris", "La ville de Lyon", "The Smart", "La samaritaine"; luego, la Botica Inglesa y la Camisería Española de García.

Don Pedro Broggi y don Nicolás Dora eran ciudadanos suizo-italianos. Klein era un francés fronterizo, que adquirió el establecimiento en traspaso de manos de otro francés, Baudrot, y se lo trasfirió a Louis Chavet, también de Francia. La Confitería de Broggi y Dora reunía, según las horas y los días, a diputados, periodistas, escritores, financieros, mundanas de alto rango y toreros de cartel. Luis Varela y Orbegoso y la gente de *El Comercio* solían acudir a la cantina de Broggi a beber el matinal *cocktail* de fresas y el *bitter* batido de su especialidad; de noche, el sabroso chocolate con tostadas. Valdelomar, Alejandro Ureta, el "Cholo" Meza, Carlos A. Romero (tres generaciones diversas) constituían uno de los núcleos que presidía don Pedro Broggi con sus bigotazos grises y llovidos y su discreta calva que contrastaba con unas cejas densas como guardacartones.

Sin embargo, hacía falta una gran confitería como las de Buenos Aires, Montevideo, Santiago y... París. Lima requería su "Café de la Paix", su "Copper kettle", su confitería de "El Molino" o "Del Águila", o de Palet. Algo vasto, alegre, sonoro y nuevo. Aquel anhelo se concretó el año de 1913, al inaugurarse, en la esquina de Baquíjano con Minería, una enorme confitería, toda ella luciente de mamparas, escaparates, espejos, lámparas, música y sabroso olor a chocolate, vainilla, jengibre, canela, café y *gin*. Allí se encontraron para lanzarse a la reconquista del espíritu del Perú, los futuros "colónidas", los niños góticos, la crema juvenil, formada en San Marcos, Guadalupe, La Recoleta, los jesuitas y... el fumadero del chino Aurelio, en la calle Hoyos.

Tratando de reconstruir mis propios recuerdos y experiencias, fui *habitué* del Palais desde 1916 en que salí del colegio hasta 1930 en que quebró el establecimiento. Ocuparía unos veinticinco metros de fachada

sobre Baquíjano con unos treinta de fondo, sobre Minería. Constaba de dos salas para el público, más la confitería y el bar. En la sala grande había unas ochenta mesas de metal, pintadas de blanco, con cuatro sillas de mimbre cada una; en la sala menor, unas veinte mesas. Las paredes eran de espejos según la más acrisolada tradición *art nouveau.* Entre la sala grande y la chica, dominándolas, se levantaba una plataforma casi aérea. En ella actuaban las "damas vienesas", o sea, un septeto de señoras rubias, sonrosadas, gordas y sonrientes que interpretaban valses vieneses y *lieds* germánicos a piano, violín, cello y contrabajo. Una de ellas, Frau Erlich, que tenía un tipo rubio y ojiazulada como una *gretchen,* era madre de una muchacha que fue mi alumna en el Deutsche Schule, pero eso ocurrió muchos años después.

Bajo la plataforma, sentado en posición de poder contemplar a las "vienesas", solía pasar largos ratos un artista alemán pelucón que se apellidaba Grimm. No recuerdo si era pintor o violinista. Deliraba por Schumann y por una de las damas ejecutantes. Valdelomar solía charlar larga y animadamente con él. Cuando en 1917 llegó la Pavlova, ante cuyo arte caímos de rodillas desde profesionales hasta *amateurs,* Grimm nos acompañó en el homenaje; pero él estaba enamorado de Stefa Plaskovietska, cuyas piernas mórbidas cruzaran más de una vez por nuestros sueños. Alexander Volinin, discípulo aventajado de Nijinsky, disputaba el honor de tales homenajes.

Regentaban el Palais Concert, José Visconti, un italiano gordo y sonriente, y José Velázquez, un criollo cazurro y de antiparras. También ellos administraban el Maury y el Zoológico, por lo que las "damas vienesas" completaban su jornada musical en uno y otro sitio. Pero quienes manejaban el bar y la confitería eran dos hermanos de origen cuzque-

ño, los Gamarra, Alberto y José; y quien se encargaba de la caja era un colombiano, de apellido Valenzuela: buena copa, gran voz y mejor corazón.

Por las mañanas, a partir de las once, se reunían, en una de las puertas de la confitería, Valdelomar, Augusto Leguía Swayne, Enrique Catter, Fernando de los Heros, Herbert Trou, Alfredo González Prada, Hernán C. Bellido, Félix del Valle, Raúl Rey y Lama, José Bernardo Goyburu, Luis Góngora; a menudo caían Alejandro Ureta, Ladislao F. Meza, José Carlos Mariátegui, Abelardo Herbert, Enrique Álvarez Calderón, Federico More, Carlos Olavegoya Kruger, Ismael Silva Vidal, Jorge Arróspide Loyola y Pablo Abril de Vivero, *et sic de coeteris:* malicia y alegría. Dividamos el grupo: los "ñatos", es decir, los más narigudos, casi de ofensivas narices, eran los de más apretado talle y mayor solvencia económica (Leguía, Heros, Arróspide, Catter, Álvarez Calderón); había otro sector, los escritores (Valdelomar, Del Valle, González Prada, Silva Vidal, Abril, Mariátegui, Góngora); luego, los aficionados a los usos de los literatos (Trou, Bellido, Herbert); los adictos a drogas y hasta algunos sospechosos de homosexualismo; los alcohólicos; los sencillamente bohemios y amantes de la vida. Grupo alterno, abigarrado, heterogéneo, pero entusiasta, vivaracho, esteticista y admirador de don Manuel González Prada, de Óscar Wilde y, sucedáneamente, de Verlaine, Lorrain, Valle Inclán, Chocano, y por convicción de época, de José María Eguren.

Por la tarde, a las seis, el grupo acrecentado volvía a ese mentidero, acrecentado de té inglés y café de Chanchamayo. A la puerta de la cantina montaban guardia Meza, Ureta y, desde 1918 hasta 1923, César Vallejo.

Esparcidos en diversas mesas, a la hora del té, los "góticos" y "colónidas" se entretenían en discusio-

nes bizantinas y en escribir con toda publicidad sus artículos para la prensa o sus dedicatorias para los álbumes de las muchachas *snobs*, que solicitaban con sinceridad y coquetería el honor de un autógrafo de tan célebres personajes. Valdelomar escribía en el de Gabriela Urvina, en francés y con faltas de ortografía, los versos de Verlaine, de *Fêtes galantes:*

Les sanglots longs
des violons
de l'automne
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone.

Cuando sorprendía alguna mirada sobre él —y era casi todo el tiempo—, se besaba las manos diciendo en voz alta a Mariátegui (entonces un pálido adolescente cojitraqueante y narcisista): "Beso estas manos que han escrito cosas tan bellas." Mariátegui respondía solemne y teatral: "Hacéis bien, conde: lo merecen." Valdelomar usaba el seudónimo de "El Conde de Lemos"; Mariátegui, el de "Juan Croniqueur". Valdelomar acuñó entonces el inolvidable y falaz sorites: "El Perú es Lima; Lima es el Jirón de la Unión; el Jirón es la Unión es el Palais Concert; luego el Perú es el Palais Concert."

Una de esas tardes arropadas por la delgada y plomiza garúa limeña, Valdelomar, requerido por alguna admiradora, escribió en una servilleta el siguiente soneto, inspirado en los sonetillos del Lugones de *Lunario sentimental:*

Tu sonrisa traviesa
se miró en el plaqué
de la tetera obesa
y en la taza de té

La música vienesa
aletargó el Palais
Rimé de sobremesa
un verso sin por qué

Soñé la tontería
de una galantería
bella y sentimental

Te busqué en el espejo
y el milagro complejo
me hizo sentirme dual.

Este tipo de composiciones —madrigalescas, galantes, ligeras— era acometido, tal vez, perpetrado, no sólo por "El Conde de Lemos" sino también por Mariátegui y por Alfredo González Prada. Se vivía en un ambiente de la más contagiosa frivolidad, teñida sin embargo de angustia. Buscaban sensaciones fuertes, emociones singulares. Para ello, en no peculiar cotejo, apareaban las fugas a los paraísos artificiales con los sanos paseos a pie desde el Palais Concert hasta el paseo Colón o hasta el vecino parque de Neptuno, haciendo perenne la primera "Falsa carátula" de *Colónida.*

Era éste un retazo de Lima lleno de encanto. Al terminar la calle de Juan Simón, se abría un amplio y poético parque con todos los perfiles del Parc Monceau de París. Durante la Colonia se levantaba allí la Portada (como acceso a la ciudad) que da nombre a la calle. A la sazón, en 1915, se habían refugiado, por ser calle extramural, un número considerable de prostitutas de distinto pelaje y precio.

El parque de Lima ocupaba apenas una manzana, o sea unos diez mil metros cuadrados. Lo cruzaban senderos de tierra apisonada, recubiertos de hojas secas y orugas, negros gusanos vegetales. Caían és-

tos de los coposos ficus que, medio claudicantes, se alzaban de trecho en trecho, señalando los caminos que conducían hasta una fuente de bronce, parecida a la de las Nereidas al final de la vía Nazionale de Roma, la cual fuente, me refiero a la de Lima, tenía en el centro a un Neptuno de luengas barbas verdosas, tridente filudo y aire profético, de cuya base partía una cuadriga de caballos marinos, como los que sujetaba Nereo en el mito inolvidable. En el parque, cada cierto trecho había una banca de mármol. En ellas sentábanse por la mañana estudiantes ávidos de paz y aire, para concentrarse mejor en sus estudios, sobre todo en vísperas de exámenes. De tarde se adueñaban del parque los desocupados o simplemente los ociosos sin dinero, es decir, los "garifos", por lo que aquel lugar era conocido también por el nombre de parque de los garifos. Cuando llegaba el otoño, los senderos se veían como tapizados de hojas secas, amarillentas, casi doradas que al paso del hombre crepitaban como pan recién salido del horno. No faltaban parejas de enamorados, pero éstas preferían cruzar la acera y refugiarse en el paseo Colón, arteria de medio kilómetro de longitud a la que acudía la flor y nata de la juventud de Lima para contemplar el desabrido crepúsculo, para atender al asomar de la luna, para pasearse al fulgor tenue de los faroles de gas, para intercambiar miradas, palabras, suspiros, promesas; entrelazadas las manos; lento el paso, mecidos por los efímeros sueños de la mocedad. Valdelomar solía acudir al parque Neptuno al caer la tarde, rodeado como un príncipe renacentista de amigos y discípulos. Allí leían la edición *Jardines lejanos* de Juan Ramón Jiménez, libro de traslúcidos y leves romances llenos de serenatas, plenilunios, rosas blancas, violetas azules, pensamientos, malvas, sangrientos claveles y púdicas azucenas. Discutían, recitaban, reían, se

daban el lujo de olvidarse del trajín rutinario, de sentirse en plena libertad. Ahí nació, repito, aquel "Ladrón de rosas" que aparece en el primer número de *Colónida.*

Cuando entraba la noche, solían atravesar el paseo Colón, a lo ancho, y entrar en el restaurante del parque zoológico. Por largos años, hasta después de 1930, fue éste el mejor refugio de *gourmetes,* bailarinas y limeños jaranistas. Se hallaba al filo del parque zoológico, entonces lugar de esparcimiento para los niños, de tortura para las amas de cría, de ruidosos furores para los monos enjaulados, de aburrimiento para los elefantes y las jirafas, de vano alarde para los leones, de robusta mendicancia para los siempre mecidos osos negros de hocico amarillento, de irrisión para las impacientes y traidoras hienas, de impotente resignación para los cóndores, de indiferencia olímpica para las llamas, alpacas y vicuñas y de sonriente preocupación para Egidio Sassone, padre de Felipe el trashumante, don Egidio el italiano de las blancas barbas fluviales.

Dirigía el restaurante el gordo Visconti, copropietario del Hotel Maury, y actuaba como *maitre d'hôtel,* Pedrín, un italiano gordo, medio calvo, bullicioso, risueño, simple y amical. En el enorme salón de cristales se esparcían unas ochenta o cien mesas; al fondo había un proscenio para las variedades de la noche; a los lados, corredores también con mesas. Casi todas ellas tenían reservación permanente. Después de la comida, hacia la medianoche, se abría misteriosamente, detrás del proscenio, una sala pequeña donde se practicaban juegos de envite. Rodaban los dados, giraba la ruleta, caían las cartas del *baccarat* y el *chemin de fer.* Los coches de punto y los escasos autos de alquiler al servicio del zoológico, se disparaban por las calles, rumbo a diversas direcciones, llevando a los entusiastas comensales en

trance de aligerarse de alguna manera de los efectos de su gula.

Era la *belle époque* en su esplendor: 1915-1920.

Pues bien, a fines de 1915, en octubre, Valdelomar publicaba en *La Prensa*, su admirable artículo "La procesión de los Milagros". La pluma que escribiera "El caballero Carmelo" se hallaba sin duda más que apta para recoger la emoción indescriptible de aquel abigarrado, numeroso y proteico retablo de paganismo y fe cristiana, de improvisación y liturgia. Para Valdelomar, que no podía abandonar sus avatares costeños, es decir, afroamericanos, el Señor de los Milagros, como el Señor de Luren, representaban no sólo a Dios, sino a la vida. Lo cantó con sencillez y fervor.

Llegó a Lima, a fines de ese mismo año de 1915, el escritor argentino José Ingenieros, quien entonces firmaba, como debía de ser, "Ingegnieros". Hijo de un anarquista italiano refugiado en la república Argentina, andaba entonces por los cuarenta. Había publicado hacía poco *El hombre mediocre*, libro que, con el *Ariel* de Rodó, formaba parte de la biblia de los jóvenes decadentes de América latina. Valdelomar acudió a *interviuvar* al recién llegado, atraído por su fama y por sus libros. La entrevista, publicada en *La Crónica*,[1] revela el desencanto del reportero. Ingenieros amaba desenfrenadamente la *pose*. Como es natural, despertó anticuerpos en su interlocutor que también pecaba de la misma flaqueza.

Frente a las *poses* de Ingenieros, saltó en tono rebelde "El Conde de Lemos". Mas no con tanta objetividad y eficacia como para que evitase un rasgo "genial" sobre su propia persona. Dice al iniciar la entrevista:

[1] Abraham Valdelomar, "Una hora con un hombre célebre", en *La Crónica*, Lima, 26 de noviembre de 1915.

Lanzo a los cuatro vientos del Mundo y a las veinte naciones de Hispanoamérica para que la reproduzcan y divulguen esta entrevista mía con José de Ingenieros, el autor de *El hombre mediocre* y de diez libros más tan sabrosos y tan llenos de honda meditación.

Agrega en seguida, después de los primeros pases:

Yo nunca he tratado a un hombre célebre.

Y prosigue:

Ante todo, José de Ingenieros es un *poseur,* un gran *poseur,* pero un *poseur* vulgar: no sabe hacer teatro.

Objeción grave e importante viniendo de quien venía, otro *poseur,* pero nada vulgar: "El Conde de Lemos".

La rapidez del periodismo torturaba ya a Valdelomar, pero sin hacerle perder brillo ni enjundia.

Al contrario: su sección "Palabras", iniciada en *La Prensa* de Lima el 10 de julio de 1915, irá cada día haciéndose más leve sin mengua de la literatura. "Palabras" es la respuesta de Valdelomar.

Cada gran diario había sostenido generalmente alguna sección fija, en que un escritor afamado glosaba los sucesos cotidianos con gracia no exenta de profundidad. Así, Andrés Avelino Aramburú, el viejo, había mantenido en *La Opinión Nacional* la sección "Mentiras y candideces"; Leonidas Yerovi, en *La Crónica,* la de "Burla burlando"; Luis Fernán Cisneros, en *La Prensa,* los releídos "Ecos"; Mariátegui, en *El Tiempo,* la sección "Voces"; Gastón Roger, en *La Prensa, La Noche* y *El Sol,* el alado comentario "La perspectiva diaria". Valdelomar se sometía a una

regla al menos nacional. Y lo hizo con prestancia y picardía; en cierto modo, con humor.[2]

Comenzó por burlarse de algunos diputados, entre ellos de Miguel A. Pasquale, un ítalo-peruano rubicundo, de ojos entornados, bigote perfumado y retorcido, de andar lento, miradas profundas y suspiros oportunos: usaba chalecos claros y solía publicar sonetos eróticos en *El Comercio;* de él y de otro contemporáneo de Chocano, de Víctor L. Criado y Tejada, poeta chirle y diputado por Parinacochas, hizo el objetivo de sus primeras saetas. Luego la emprendió contra Alberto Salomón Osorio, catedrático de San Marcos, diputado, buen mozo, de origen israelí, como lo acreditan su apellido y su nariz prominente y filuda como la de un rabino. Salomón había sido también de la bohemia de Chocano, en cuya revista *La Neblina* colaboraba con versos de dudoso porvenir. Pues bien, aunque Salomón había estado contra el general Benavides cuando el golpe de estado del 15 de mayo, Valdelomar se burlaba de él muy finamente:

> El Señor Salomón tiene una cara de Dolorosa ofendida. Parece un salmo de David. Su voz es más suave y armoniosa que la brisa del Jordán. Su mirada destila la miel de las abejas del Sedar. Hasta parece que despide un perfume: el de la rosa de Jericó.
>
> (*La Prensa,* 13 de julio de 1915.)

El 26 de julio, en vísperas de la conmemoración nacional, siempre en *La Prensa,* hace irónico balance de cómo iban a ser las fiestas patrias:

2 Abraham Valdelomar, "Palabras", en *La Prensa,* Lima, del 10 de julio de 1915 al 17 de noviembre de 1917.

28 de Julio. Grandes espectáculos conmemorativos. Soirée en el Municipal, *Las Bribonas*. Matinée en el Colón: *Siempre p'atras*. En el Excélsior, *Las Maravillosas aventuras del Dr. Gar-el-Hama*. En el circo, fieras. En el *Fennix*, títeres. Y en el Congreso, el 28, en tanda vermouth, *La Corte del Faraón*.

No fue un 28 de julio auspicioso aquél de 1915. Aparte de la crisis económica cerníase sobre el país el espectro de la crisis política. El régimen militarista había colmado la paciencia de la gente peruana de vocación civil. Ésta, que actuaba sin trabas desde 1895 en que el militarismo fue derrotado por la "montonera" civil, se había acentuado y sólo admitió como un interregno momentáneo la presencia indeseada de un presidente provisorio cuya autoridad se basaba en la fuerza. Los propios destacamentos militares empezaron a experimentar las consecuencias de la ruptura institucional. Hubo sublevaciones, y el periodo electoral se adelantó a fin de poner fin a las rencillas y exigencias públicas del modo más normal posible. Como "el provisorio", según Valdelomar denominaba al general Benavides, tenía cierta predilección por el candidato presidencial general Pedro E. Muñiz, y éste tenía en su haber una larga foja de servicios que expresaba su vocación legalista, el sector bloquista del civilismo importó de su amable exilio en Biarritz y San Sebastián al ex presidente José Pardo, y aprovechando la renuncia del rector de San Marcos, doctor Villarán (padre), a causa de la incompatibilidad surgida con la función de vocal de la corte suprema, eligieron rector a Pardo, quien en realidad no contaba con un brillante pasado universitario, salvo una ocasional cátedra de derecho internacional. Una convención de partidos sabiamente amañada eligió candidato único, des-

pués de dos votaciones sin fruto, a José Pardo Muñiz, quien reconoció esta selección y se retiró a sus cuarteles de reposo, que buena falta le hacía. Pero, en las postrimerías del provisoriato, el diputado Jorge Corbacho, cuñado de un hermano del "provisorio", hombre de conocidos gustos históricos, archivistas y algo más, se levantó en la cámara de diputados, a la que había sido asignado por el régimen, y pronunció un largo discurso haciendo la historia de la república para concluir en anatemas contra el civilismo y la plutocracia y anunciar el apocalipsis nacional. Después de lo cual, se embarcó hacia los Estados Unidos, portador de una rica colección de documentos peruanos, y no regresó más.

A propósito de este incidente, Valdelomar hizo un comentario ágil y salado en "Palabras" (*La Prensa,* 8 de agosto de 1915). Comienza así:

> *El drama de Corbacho.*—Es un debut a toda orquesta. El señor Corbacho conoce en su amplitud la gama musical y la totalidad de instrumentos orquestados. Desde el bombo al pito. El bombo lo ha sonado muchas veces en Palacio, y de los pitos se enteró por los electores de su Provincia. En lo que queda dicho que el Señor Corbacho fue el *clou.* No el *clown;* el *clou.*

Aquí Valdelomar juega ingeniosa y maliciosamente con las palabras, poniendo en evidencia su capacidad de humorista y hasta de sagitario. La alusión al "bombo" se refiere a la vinculación de Corbacho con el presidente de la república y a las supuestas adulaciones en que pudo incurrir; la de los pitos tiene doble filo: se relaciona con las "pifiadas" o "pitorreos" de que le hicieron objeto en su provincia, y a otro significado menos sano y público que aquél. En cuanto al juego de palabras de *clou* (fran-

cés: clavo o punto más alto de una expresión cualquiera) y *clown* (en inglés, payaso) es de una intención hiriente.

Poco después estallaba en Ancash la sublevación del coronel Rivero Hurtado, lo cual aceleró más aún la trasmisión del mando de Benavides a Pardo. También la comentó Valdelomar en "Palabras" (21 de agosto), bajo el título de "Los dos provisorios", en el que se comprendía al provisorio de Lima, general Benavides, y al autoproclamado provisorio de Huaraz, coronel Rivero Hurtado.

Hay una crónica de "El Conde de Lemos" en la misma sección, titulada "El chocolate del cura" (29 de agosto), llena de enjundia, gracia y alusiones. Poco después Valdelomar asistía al sepelio multitudinario del provisorio que derrocara a Billinghurst, general Benavides, caudillo y benefactor. Incitados por *El Comercio,* centenares de personas abuchearon al presidente saliente, quien tuvo que llamar en su auxilio, para abandonar el palacio y dirigirse a su casa particular, al general Muñiz y otros amigos de alto rango militar a fin de que lo acompañasen en el ruidoso y lamentable trayecto. Quizás Valdelomar sonreiría mefistofélicamente de esa compensación inesperada del destino.

Ya había dejado de aparecer *Cultura.* Un grupo de amigos del Palais inició la publicación de *Rigoletto;* en el vientre del futuro inmediato se gestaba la más audaz de las aventuras valdelomarianas: *Colónida.* Nació casi con el año 16, el año de las grandes e imperceptibles conmociones culturales del Perú. En enero de 1916 salta a la palestra *Colónida.* El 23 de abril siguiente se conmemora el tercer centenario del fallecimiento del Inca Garcilaso. El mayor exégeta del magnífico autor de los *Comentarios reales,* José de la Riva Agüero, fue invitado para pronunciar el discurso oficial en la ceremonia rea-

lizada en el salón general de la Universidad Mayor de San Marcos. La enorme aula estaba repleta. Desde las dos alas de asientos, escalonados en tres galerías superpuestas, un mocerío inquieto se hallaba pendiente de la oración que, en la tribuna o púlpito, leía el joven maestro. Es el *Elogio del Inca Garcilaso* un estudio penetrante, erudito y bello, aunque algo pomposo. Valdelomar, tantas veces universitario, amigo y ex secretario del disertante, estaba allí, aunque discrepara de las opiniones estéticas, políticas y filosóficas de su sabio mecenas.

En cambio, José Carlos Mariátegui, catecúmeno entusiasta de la insurrección "Colónida" y al borde de ganar sus primeros galones literarios, fue muy duro crítico del disertante y publicó en *La Prensa* un largo artículo destinado a probar que el léxico y la sintaxis del académico autor de *La Historia del Perú* estaban muy lejos de ser tan limpios y puros como se decía. El artículo de "Juan Croniqueur" revelaba un considerable esfuerzo para mostrarse, en cuanto a su conocimiento de gramática, a la altura de un purista de *race*, como lo era Riva Agüero. Éste, que amaba la discusión, no titubeó en responder a Mariátegui. Recuerdo una de sus apostillas sobre el término "más principal". Retruecando la censura de José Carlos, que atribuía impropiedad a tal expresión, Riva Agüero lo arrolló a fuerza de citas clásicas demostrativas de que el giro era perfectamente castizo y usado por las mayores autoridades del idioma. En realidad para Mariátegui sólo se trataba de chocar con sus predecesores, ratificar su inconformidad, subrayar los aspectos polémicos, insurgir, socavar y derrocar. Valdelomar, que seguía bastante ligado a Riva Agüero, no intervino en el impertinente choque lingüístico. Pudo decir, y acaso lo pensó: "Mi reino no es la gramática." En realidad era el de la poesía, el de la belleza, y la belleza —él

lo creyó siempre así— no está solamente en la armonía externa, sino también, y muy de veras, en la interna, es decir, en la bondad, cuya mayor expresión es la ternura.

XI. 1916: VARIACIÓN SOBRE EL MISMO TEMA

El año de 1916 es uno de los más fecundos, brillantes y renovadores de nuestra historia cultural. Todo cambió de eje. Todo mudó de forma y hasta de objetivos. Aprendimos tanto que causa asombro cómo fue posible asimilarlo en tan corto tiempo. Si no hubiera sido por la porosidad excepcional del grupo juvenil que se reunió en *Colónida* y poco antes en *Cultura*, las tentaciones de orden estético habrían pasado por nuestras puertas sin que nadie se atreviera ni siquiera a asirlas de la túnica. Valdelomar, vigía alerta y vivaz, la hizo suya. Puede parecer la comparación inapropiada; no deja de ser bastante exacta.

De hecho, eso fue el año de *Colónida;* eso imprime carácter. Además, literariamente, surgen en tal época, según se irá viendo, otras revistas, muchos libros, varias exposiciones de pintura, numerosos recitales de música; llegan conferenciantes, insignes "ballerinas", compañías de teatro; se cultiva el periodismo festivo (síntoma de buena salud) y satírico (a veces, marca de lo contrario). Es el año de *Rigoletto* y *El Mosquito* y prácticamente de *Don Lunes;* el año de *Lulú* y *Mundo Limeño,* de los suplementos literarios de *La Prensa* y *El Tiempo,* y del auge de *Balnearios.* Aparecen *La canción de las figuras* de Eguren; *Devocionario* de Aguirre Morales; *Arias del silencio* de Bustamante y Ballivián; *Las voces múltiples,* ocho autores. Arriba a Lima el tumultuoso y adolescente poeta Hidalgo; parte Daniel Alomia Robles y llegan Mercedes Padrosa y Andrés Dalmau; retorna Arias de Solís y pasan Roura de Oxanda-

berro, Franciscovich y Eguren Larrea. Nos engolosinan Tórtola Valencia, María Tubau y Resurrección Quijano. Luego aparece Gaona y retorna la Guerrero. La guerra mundial nos toma al paso.

Previamente se ha discutido en teatros y plazas si seguiríamos con la cultura francesa o nos adheriríamos al imperialismo teutón. El público se apasiona por la reforma del código penal; se discute sobre si debemos continuar con nuestro sistema de procedimientos penales o admitir la implantación del jurado; sobre si la tonadilla española supera al *couplet* francés. En medio de una reconfortante paz social se advierten ya los gérmenes de una nueva actitud. Sin embargo, nadie deja de sonreir ni faltan entretenimientos ni goces para casi todos los que pueden pagárselos. La tregua social no favorece cambios en pro ni en contra de los necesitados. Aumenta el número de coches tirados por caballos. Empiezan a circular más automóviles. Se abren nuevas salas de diversión; los teatros y los cines mantienen sus luces encendidas, noche tras noche. Así llegamos a la conmemoración del primer cincuentenario del triunfal combate del 2 de mayo de 1866 que cimentó nuestra independencia. Desaparece el alumbrado de gas, remplazado por el eléctrico; se eliminan los rieles de las calles centrales; se usan para el pavimento adoquines de madera alquitranada. Naturalmente, el día de año nuevo y el del aniversario patrio, la municipalidad de Lima tiende, de pared a pared de las calles centrales, guirnaldas de focos Osram, alternando los colores blanco y rojo. Al morir la noche, en vísperas de tales fiestas, surcan el cielo luces voladoras, raudos cohetes que chisporrotean reventando en aureolas y chispas luminosas allá en lo alto.

La patria se aproxima a su mayoría de edad, según dicen los oradores. También agregan: "Cuando

cumplamos los cien años de independencia, estaremos maduros para escoger nuestro final destino." Entretanto, la Guerra Mundial ha acelerado el ritmo de nuestras exportaciones de materias primas, aunque es reducido el número de los beneficiados con ello. Hay tantos analfabetos que no contribuyen a producir (salvo como siervos) ni a consumir, y Lima sigue siendo una gran aldea, sometida a lo que ocurre en una sola calle y hasta en un solo bloque o cuadra, la de Baquíjano (Palais Concert, *La Prensa*, Teatro Excélsior, librería de "Aurora literaria", etc.). Muchos ricos vuelven de Europa, sobre todo de París, huyendo de las potenciales penurias de la guerra y de los ya fenecidos riesgos de la batalla de *La Marne*, de la montona guerra de trincheras. Todo eso ocurre al mismo tiempo y en la misma presión; y se concentra más el dinero en menos manos. Hasta circulan por las fisgonas calles de Lima, luciendo su ostentoso lujo, algunas *demi-mondaines* importadas directamente de Lutecia por opulentos o derrochadores "niños góticos" de talle de avispa, pantalones a la boca del botín, chupados como tubos. Cada quien con fantasía y alguna posibilidad se dedica a ostentar; a divertirse; a aficionarse a vicios raros y caros; a practicar cualquier laya de esnobismo; a escribir sobre temas exóticos y ruidosos; a fumar opio; a inyectarse morfina; a aspirar (y apestar) éter; a desviaciones homosexuales; a gestos teatrales; a indignar a los burgueses; beber absintio y comer espárragos, champiñones y caviar; a enamorar tiples y coristas recién venidas; a pasear perezosamente por el "centro" en coche de tiro animal; a lucir automóviles ruidosos como locomotoras; a jironear sin prisa por Mercaderes, el paseo Colón y el parque Neptuno (nuestro *Bois de Boulogne* y nuestro *Parc Monceau)*. En tanto, horteras muertos de envidia y huachafitas deslumbradas, admiran el

paso de los "genios" y "lyons" criollos con sede en el Palais. Decididamente, Lima es una ciudad como París.

Se vive *la belle époque.* Y aunque ella alcanzaría su clímax sólo en 1916, deberíamos, para situarla mejor, seguir su ritmo desde 1915 y prolongarla hasta 1918, que es cuando comienza la hora del examen de conciencia, y por lo tanto, de una forzada y temporal austeridad. Según decíamos, único fruto del avance alemán y de las complicaciones del gran conflicto: muchos "niños bien"; mucha *jeunesse dorée;* hijos de estancieros argentinos; de salitreros y banqueros chilenos; de cafetaleros colombianos y brasileños; de alta burguesía venezolana; de políticos y generales; de algodoneros, azucareros y arroceros peruanos, se reintegraron a sus respectivas patrias, trayendo sobre sí el fardo insoportable de un espanto *caffard,* para curarse de lo cual importaron exquisiteces análogas a las de *Los civilizados* de Claude Farrere y de aquellos ultraesnobistas que se llamaron en la literatura Mr. de Phocas (Lorrain) y M. de Esseintes (Huysmans).

De Europa trajeron aquellos infelices millonarios dulces *saudades:* pipas de opio; jeringas de inyecciones; queridas rubias; afición al *champagne,* la menta y el pernod; guantes color "patito"; polainas blancas, monóculo bajo la ceja airada; bostezos, piropos de color vivo; ociosidad parlante; amor a la ostentación. Para competir con aquellos ricachos, habiéndose nacido provinciano y amulatado, se les tenía que ganar la partida con exquisitez e insolencia: es lo que hizo Valdelomar. Por eso resulta el emblema de nuestra *belle époque.*

Belle époque representada teatralmente por la opereta y la revista española; plásticamente, por el impresionismo de Roura de Oxandaberro; poéticamente, por las flores de paludismo de Bustamante, los

suspiros de Ureta y el neoprimitivismo o neoinfantilismo de Valdelomar, en cuya personalidad, aparte de los frescos y perennes recuerdos de su niñez, predominan las lecturas de Coppée y Francis Jammes, de Samain y de Rodenbach. Y sobre todo el neomisticismo de Maeterlinck.

Ahora bien, después de *La mariscala* se produce en torno de Valdelomar algo que pudiéramos denominar un reagrupamiento de fuerzas literarias. Como lo recuerda Alfredo González Prada en el artículo con que saludó (enero de 1916) la aparición del primer número de *Colónida*, la "hazaña" debió haber tenido como vocero a la revista *Cultura*. Después de mucho discutir, Valdelomar y Bustamante no llegaron a ningún acuerdo. Valdelomar se dedicó a escribir en *La Prensa*. Bustamante solo emprendió la cruzada de *Cultura*. Como curiosa premonición *Cultura* duró exactamente lo que duraría *Colónida:* tres números, porque el número cuatro de la segunda salió fuera del control de Valdelomar y bajo la capciosa unción, capciosa y beligerante, de Federico More. Recapitulemos:

El primer número de *Cultura* (junio de 1915) reunió un material impresionante por su calidad y su significado; Manuel González Prada, con su polémico artículo "Los viejos"; Pedro S. Zulen, con unos pensamientos filosóficos; Clemente Palma, con el capítulo de una novela que nunca llegó a aparecer entera; Yerovi, con unos versos magníficos: "Viajeros de ida y vuelta"; Eguren, con varios poemas; Riva Agüero, con su estudio sobre Mexía de Fernangil; Juan Bautista de Lavalle, con otro estudio sobre la propiedad intelectual; Gibson, con sonetos bucólicos; hay además una crónica de Casterot y Arroyo; se agregan dibujos muy finos de Reynaldo Luza representando a los "ñatos" del Palais, o sea a la más agresiva colección de narices jóvenes de Lima: las

de Javier de los Heros y Enrique Álvarez Calderón.

El segundo número de *Cultura* (julio de 1915) trae una necrología de Xavier Gosé, el gran dibujante catalán a quien siguió muy de cerca Abraham; la continuación del trabajo de Riva Agüero sobre Mexía de Fernangil; unos suaves poemas de "Cabotín" del más puro corte lírico; un artículo algo nebuloso del erudito agustiniano P. Pedro Martínez Vélez (a quien Valdelomar consultaba a menudo en asuntos lingüísticos); continuación del trabajo de Lavalle; una bella crónica de "José de Roxas", seudónimo de José Bustamante y Ballivián, hermano de Enrique; un poema de Enrique Bustamante, el director. La revista había bajado de tensión.

Para el número tres (agosto de 1915) la expirante revista demanda el auxilio de escritores más jóvenes, como Luis Góngora ("Aloysius"), y reaparecen valores tan sólidos y silenciados como Manuel Beingolea; "Juan del Carpio" (seudónimo de Adán Espinosa y Saldaña, autor de *Versos a Iris)*; continúa Riva Agüero con su trabajo sobre Mexía de Fernangil; colabora además Federico More, y se da cuenta de los libros y trabajos de reciente publicación.

Mientras *Cultura* agoniza, aparece el 29 de julio de 1915, representando el aspecto más frívolo de aquella etapa, una revista destinada a las muchachas, pero que a la larga resulta un nada despreciable vehículo literario: *Lulú*. La dirigía Carlos Pérez Cánepa, un joven absolutamente frívolo y un poco cursi. *Lulú* tiene una historia pintoresca; refleja en parte la inquietud intelectual de los años 1915-1917. No obstante, debemos reconocer que la revista hizo excesivas concesiones al mal gusto, a la improvisación madrigalesca y a los "versistas" de salón.

Desde su aparición, *Lulú* se puso al servicio del nuevo movimiento literario que tenía como eje a Valdelomar. En el primer número, un dibujo original

de José Luis Camaño presenta a "El Conde de Lemos" luciendo un peinado de raya al medio con bandos muy estirados a fuerza de crema; corbata de lazo; bigotillo ralo y quevedos con marco de carey; sonrisa burlona, aire dulce y al par irónico.

Al mismo tiempo, un grupo de estudiantes sanmarquinos dirigidos por Guillermo Luna Cartland, chocanesco poeta cajamarquino, y Raúl Porras, limeño agudo y ya erudito, lanzaba una revista universitaria llamada *Alma Latina:* su primer número apareció el 15 de julio de 1915; era quincenal. En el noveno número (1º de noviembre), Valdelomar colabora con unos versos datados el mes anterior: "Nocturno", que se recogerá luego en *Las voces múltiples.* Es un romance eneasílabo (difícil ritmo) que no añade mucho (si algo) a la celebridad del escritor:

> Ya la ciudad está dormida;
> Yo solo cruzo su silencio.

Aparte del siseo atolondrante y cacofónico de esa expresión en *S* mayor: "Yo solo cruzo su silencio", se agrega un deliberado prosaísmo al prosaísmo esencial del poema.

Alma Latina fue un palenque de ingenios juveniles y universitarios. En sus páginas colaborará de nuevo Abraham, pero ya en el número veinte (1º de julio de 1916), culminada la aventura de *Colónida,* con un estudio desdichadamente trunco: "Ensayo sobre la caricatura", que se completa con un artículo en "Palabras", en *La Prensa.* En él comienza Valdelomar afirmando con redoblado humorismo: "Dios ha sido el primer caricaturista, y su obra más perfecta, una calavera." Por amor a esa gran caricatura deífica, guardó acaso consigo aquella calavera sabia a la que llamó con el significativo nombre Omega. El "Ensayo sobre la caricatura" quedó trunco a pesar

del anuncio de "continuará" que hizo el autor. Habría sido muy importante conocer los puntos de vista de "El Conde de Lemos" acerca de un arte en el que puso tanto de su espíritu desde muy joven y sobre lo cual escribió también otra contribución acerca de la evolución del dibujo en el Perú: "De Baltasar Gavilán a Reynaldo Luza". Por lo demás, *Alma Latina* contó con la frecuente colaboración de Alberto Ulloa Sotomayor, cercano amigo de Porras; Pablo Abril de Vivero, íntimo de Ulloa y de Porras; ambos, Abril y Ulloa, colaboraron en *Las voces múltiples.* Guillermo Luna Cartland publicó ahí una serie de siluetas nacionales, las firmó primero con las iniciales "G.C.C." y luego con la sigla "Ra-Go-Sa". que correspondería al anagrama de Raúl Godoy Sayán, dilecto amigo de Luna. Porras, bajo el seudónimo de "T.G. d'Or", se dedicaba a burlarse de los estudiantes describiendo los pequeños dramas y sainetes sanmarquinos. Aunque dio acaso excesiva importancia a los aspectos sociables, es decir, de cortesía y buen trato, *Alma Latina* fue una revista estudiantil curiosa: frívola, pero con aspiraciones estéticas; literaria, pero cortesana, reflejo fiel de cierto espíritu alimeñado, más que limeño, del que no se puede prescindir cuando se enfoca a la Lima de esa época.

Paralelamente, otro grupo de estudiantes que no tenían acogida en *Alma Latina,* a los cuales me vi ligado por ser ellos ex alumnos de La Recoleta, editaba otra revista titulada *Lux,* órgano de la Asociación Católica de la Juventud (ACJ), cuya sala de redacción se hallaba en el Colegio de La Recoleta. Ismael Bielich fue el representativo de la revista. Corría el año de 1916; Mariátegui colaboraba en *Lux* con versos místicos, del más nítido sello conventual.

Paralelamente a la de *Lulú* se inició la peripecia

de otra revista, editada en gran formato, de tono humorístico y a todo color: *Rigoletto*. Apareció el 17 de diciembre de 1915. La dirigía Darío Eguren Larrea, pintor, cazador de cóndores, escritor festivo, acuarelista, que acababa de regresar de Buenos Aires. A causa del título de la revista y del carácter del personaje de Verdi que la inspiraba, uno de los limeños más inquietos, fantásticos, cínicos, viciosos y atractivos que ha dado la ciudad, Pedro de Ugarriza, recibiría el apodo de "Rigoletto". Los redactores de la revista se burlaban de todos y de todo. Sentaron sus reales en el Palais Concert. Entre Eguren Larrea y Reynaldo Luza recogieron los perfiles de los principales *habitúes* y *habitués* del Palais. En sus páginas se reunieron crónicas de Félix del Valle, Eguren Larrea y Enrique Casterot y Arroyo, y dos colaboraciones de Valdelomar en dos fechas: el primero de febrero de 1916, el cuento chino titulado "Siké" y, un poco después, la crónica sobre "La muerte del cerdo", la cual pertenecía a la misma cepa que "Sicología del gallinazo" con el que ganó el primer premio del concurso organizado por el Círculo de Periodistas en 1916.

A través de *Lulú*, que se publicó durante dos años, es posible seguir el ritmo de la vida limeña de aquella época. En sus páginas podemos leer, como lo haríamos también en las de *El Tiempo*, fragmentos del drama de Mariátegui y Julio de la Paz titulado *Las tapadas*, pieza colonialista y grandilocuente en verso modernista. A raíz de los éxitos de Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa con sus dramas históricos, todos buscaban ese portillo al éxito.

Lulú publicó parte de *Devocionario* de Aguirre Morales. Este libro de formato minúsculo exuda romanticismo y, hasta diría, una extraña mezcla de erotismo y misticismo diabolizante. El soneto "Morfina" delata las inquietudes esotéricas de Mariátegui, cuya

palidez rayaba en la trasparencia. A menudo *Lulú* inserta versos de Emilio Delboy, César A. Rodríguez José Carlos Chirif y Eduardo Zapata López.

Las notas y reproducción de *Devocionario* aparecen en *Lulú,* en el número 32, del 2 de marzo de 1916. En el número 35 del 23 de marzo, Valdelomar publica "La aldea encantada", subtitulada: "Introducción a la serie de cuentos criollos que forman parte del libro *Los hijos del Sol* de Abraham Valdelomar y que aparecerán en breve con prólogo de Federico More." El anuncio puede ser ratificado o rectificado desde varios ángulos; limitémonos a los siguientes: estos versos de supuesta introducción no fueron incluidos en el volumen de *El caballero Carmelo,* que en 1918 recogió los cuentos criollos. Dichos cuentos no se reunieron tampoco en ningún volumen titulado *Los hijos del Sol:* El libro así titulado es de leyendas incaicas y fue impreso póstumamente. More no prologó ni éste ni aquél volumen hecho a comienzos de 1917. More residía en Bolivia, divorciado del nacionalismo valdelomariano. Los versos de "La aldea encantada" (y es nuestra la última observación) correspondían a la colección que con este mismo título anunció Valdelomar en 1913 como de inminente edición en España o Francia. En aquella introducción, Valdelomar, valiéndose del alejandrino clásico, amado de Berceo, decía:

Ven a pasear a mi aldea, peregrino lector.
Ni armas, ni escudo luce del señor de Castilla...
...Y si al fin, terminada la peregrinación,
gustas de los paisajes de *La Aldea Encantada,*
musita, peregrino, una breve oración
por las amables horas de mi niñez pasada,
por todos los alegres días que ya no son
muertos y sepultados bajo mi corazón.
Amor, recuerdos, fechas, infancia, polvo, nada...

Los versos llevan fecha de mayo de 1916 y en Ica, lo que nos trae a la memoria el viaje que en aquella ocasión, como un rencuentro, había realizado Abraham a su tierra natal.

El ambiente literario de Lima, aparte de algunas preocupaciones historicistas, como la que en ese mismo 1916 lució Riva Agüero con su justamente celebrado *Elogio del Inca Garcilaso*, era de un tono travieso y frívolo. En el número 39 de *Lulú*, correspondiente al 20 de abril, se informa que Pablo Abril había ganado un concurso de madrigales; Lima —o *Lulú*— reditaba la galantería provenzal de los siglos XI y XII. El sábado 29 de abril se entregaron los premios a los vencedores del certamen. Para ello se organizó una lujosa velada en el Teatro Excélsior. Luis Fernán Cisneros y Leonidas Yerovi prestaron el prestigio de sus versos y su renombre. Después de la velada, esa misma noche, se realizó un banquete en honor de Pablo Abril. En la fotografía periodística se ve a escritores, profesores y estudiantes amigos de Pablo. Reconocemos a algunos: Ricardo Bustamante Cisneros, que terminó su carrera en 1968 como vocal de la Suprema; Teodomiro González Elejalde, el gordo, rico y burlón crítico de José Arnaldo Márquez; Alfredo González Prada, como un musulmán con las piernas cruzadas sobre el duro suelo del restaurante; "Sopas" Mendoza, miembro conspícuo del grupo del Palais; Pedro de Ugarriza, tumbada la cabeza hacia atrás, con cuello duro y corbata al desgaire, posando de cínico, lo que no le era difícil por la estricta correspondencia del cinismo con los hechos; el "ñato" Alejandro Daly, compañero del Palais; Nicolás Dora Cebrián, también de aquella juglaresca "tira", estudiante de derecho y copropietario de la Confitería Broggi y Dora; Federico More, siempre equívoco; Alberto Ulloa Sotomayor, Pablo Abril, Leonidas Yerovi, miembro del

jurado; Alberto Quesada, condiscípulo de Abril; Alfredo Garland d'Aponte, ingeniero, de la tertulia del Palais; Raúl Rey y Lama, del mismo grupo; Manuel Montero Bernales; Román León y Bueno, que murió trágicamente en México durante su primera misión diplomática; Aurelio Fernández Concha, hombre taciturno de ojos melancólicos y bigotillo romántico, en vísperas de emprender viaje a Estados Unidos, donde el cansancio, el desengaño y la neurastenia movieron el dedo que rastrilló el gatillo en macabra autoeliminación; Eduardo Garland Roel, cuñado de uno de los Miró Quesada (Fernández Concha también tenía por apellido materno el de Miró Quesada); Raúl Porras Barrenechea; Ezequiel Balarezo; Antuco Garland Sánchez; Ismael Silva Vidal, un adolescente precoz, de ojos sedientos; "La Lora" Enrique Catter, ingeniero, contertulio del Palais; Mariano Ugarte, bohemio y arbitrario *habitué* del Palais; Herbert Trou, *dandy,* de monóculo en ceja y talle avispado, perteneciente al grupo de los fumadores de opio; el gordo Hernán Bellido, otro de los socios del grupo de *Las voces múltiples,* quien, salvo Valdelomar y Del Valle, aparece completo en la fotografía; Reynaldo Luza, el fino dibujante, en trance de emigrar hacia Nueva York.

Por esos días actuaba en el escenario del Municipal, de donde pasaría al Colón, la compañía de comedias argentinas dirigida por Arturo Mario y María Padín. Su director literario era Federico Mertens, autor de la graciosa comedia de costumbres *Las de enfrente* y del terrible drama romántico *Silvio Torcelli.* La compañía nos hizo el regalo de darnos a conocer la obra de Julio Sánchez Gardel *Los Mirasoles* y los dramas de Florencio Sánchez, desde *M'hijo el dotor* hasta *Los muertos,* pasando por *Nuestros hijos* y *Barranca abajo.* Teatro espeluznante, ibseniano y pampero, en el que aquel pobre Florencio, de tan desga-

rradora existencia, volcaba sus preocupaciones, sus problemas y sus inquietudes. Julio Escarcela, actor uruguayo, alternaba la guitarra con la tarea histriónica. Nicolás Fregues amenizaba los intermedios con tangos al compás de su guitarra. Fregues nos trajo *Fume, compadre, Buenos Aires, La copa del olvido,* que era su fuerte, *Milonguita* y *La noche triste.* Llegó a ser ídolo de todos los cursis y de algunos menos cursis que formaban parte del público limeño. Valdelomar y Mariátegui compusieron el drama en verso *La mariscala,* que debían representar.

Por esos días llegó también la compañía española de Paco Ares y Consuelo Abad. Se instalaron en el Teatro Colón. Favorecieron de veras el teatro nacional. . . y la astracanada de Muñoz Seca. Luis Góngora estrenó *Lafuente, diputado;* y Ladislao Meza, *La ciudad misteriosa.*

Pasando a otro campo, Juan Parra del Riego publica entonces versos evocadores y en seguida emigra definitivamente. Muere el viejo don Andrés Avelino Aramburú, fundador de *La Opinión Nacional* en la que colaboraron Valdelomar y More. Aramburú era un viejo fino y galante, cuyo ojal, premunido de un recipiente *ad hoc* lleno de agua, mantenía frescas las violetas que adornaban permanentemente su solapa. Repitamos: regresa de Europa el pintor Herminio Arias de Solís, hombre de peluca y rostro de domador de circo, más artista por su atavío que por sus pinceles.

Como el teatro no descansa, Paco Ares estrena *La mala fe* de Julio de la Paz. Al elogiarla César Falcón en *Lulú* (número 51, 20 de julio de 1916) dirá con sonreída petulancia: "Y ahora, gran público, Julio de la Paz y yo os hemos enseñado muchas cosas bellas." *Tableau!*

Lecciones de Valdelomar mal aprovechadas y peor asimiladas. La megalomanía de Abraham poseía el

incomparable mérito de su risa, su picardía y su fresca arrogancia; las otras sonaban a hueco y, ya lo sabemos desde Cervantes, "nunca segundas partes fueron buenas..."

Lulú también saluda la aparición de *La medusa,* complicada novela de Aguirre Morales (número 52, 27 de julio de 1916). Era una rememoración dannunziana en la que los personajes nacen y viven para ir muriendo dramática y parleramente de a pocos, con el empeño de que muriesen también —y de veras— sus lectores. Acogió varios sonetos místicos, melancólicos y deprecatorios de "Juan Croniqueur", es decir, de José Carlos Mariátegui, y de Luis G. Rivero. Por sus páginas (número 53) sabemos que Enrique Maravotto, un abogado adicto a las letras, estrenó la comedia *Fin de ensueño,* con Paco Ares; por el número 54, que también se arriesgó en el proscenio Ismael Silva Vidal con su paso de comedia *La amada mentira.* Estrenaba siempre Paco Ares en el Teatro Colón.

El dos de agosto, nos da noticias *Lulú* de que el joven orador Luis Ernesto Denegri, admirador y futuro yerno de don Mariano H. Cornejo, y por tanto vinculado de cierto modo con Valdelomar, había sido electo presidente del Centro Universitario, posición que Abraham persiguiera en balde cuatro años atrás.

En agosto coinciden dos personajes a quienes Valdelomar y su grupo exaltarán hasta la hipérbole para *épater les bourgeois,* en parte, y porque habían herido, sobre todo el segundo, la sensibilidad de los limeños; me refiero a Pedro Onofroff y a Andrés Dalmau.

Onofroff era un ilusionista de fama, que ya había visitado Lima en dos ocasiones anteriores. De alta talla; con los ojos inmensos, fijos y ardientes; de hablar enredante como una bugambilia; de gestos

imperativos y hieráticos, Onofroff se lucía desde el proscenio del Municipal ejecutando actos de prestidigitación; hipnotizando a los espectadores; persuadiéndolos mediante la hipnosis de que eran los que no eran y obligándolos a hacer lo que a él se le venía en gana; sacando conejos de los sombreros, serpentinas de las orejas y palomas de los bolsillos. Había algo extraño, un toque del extramundo en todos los actos del ilusionista. Los jóvenes de la *jeunesse dorée* solían subir al proscenio para prestarse a sus pruebas, entre ellos Abelardo Herbert Salaverry, íntimo amigo de Valdelomar y de los "ñatos" del Palais. De todo ello extrajeron tanto Valdelomar como Alfredo González Prada, "Ascanio", motivos para informaciones, comentarios y notas literarias. Hay un "Diálogo máximo" de "El Conde de Lemos" dedicado a Onofroff.

Con Dalmau el entusiasmo subió de tono. Éste era un joven violinista argentino, de origen catalán, que manejaba el violín con destreza, nitidez y hasta con inspiración. Fue el primero en exhibirse en recitales como solista de todo un espectáculo. El *Canto del ruiseñor* de Sarasate y *La abuelita* de Langer constituyeron sus dos primeros éxitos. Luego pasaron por sus programas autores de todas las épocas, que interpretaba con indudable fervor. Una nota periodística le llama "incomprendido e inmenso artista". En un breve elogio de *La Prensa,* Valdelomar lo exalta como a un semidiós, repitiendo tres veces, como una advocación de hechicería, el nombre del violinista: "Dalmau, Dalmau, Dalmau." Exageraciones, sin duda. ¿Sinceras?, ¿o sólo gestos destinados a impresionar a la gente desprevenida y atraer catecúmenos a su iglesia esteticista? Como fuese, el desplante tuvo resultados plausibles, del mismo modo los tendría la polémica sobre Roura de Oxandaberro y Franciscovich a los que me refiero en otro lugar;

igualmente lo tuvo su exaltación de la Pavlova y sus entusiastas elogios a la pianista española Mercedes Padrosa, devota de Chopin, y a su acompañante de arte y vida, el violinista chalaco Héctor Cabral.

El arte jugaba un papel principal para aquella gente y en aquel momento en que podía entregarse, al menos en sus capas altas, a nuevos vicios y extremadas experiencias. Como el ámbito de los espectáculos se redujo en Europa a causa de la guerra, tuvimos nuevamente a la actriz mexicana Esperanza Iris y su compañía. Pero no pequemos de apresurados en lo tocante a lo que significó el teatro alegre, lo que podríamos llamar nuestro *vodevil*, nuestro *Follies Bergeres* y nuestra *opera comique*.

La libertad de espectáculos se remontaba a 1915, concretamente a la actuación de la compañía de revistas españolas Velasco, cuyo director artístico era Quinito Valverde, famoso orquestista español, con larga experiencia parisiense, hijo de un gran compositor, Joaquín Valverde, quien, con el maestro Chapí, llena una brillante etapa de la historia del "género chico", la zarzuela.

Fue el de Velasco un conjunto sensacional. Las tiples, las bailarinas flamencas y las coristas estaban escogidas a medida de sensualidad y gracia. ¿Cuál de ellas no fue sobresaliente? Carmen Melo era fea, pero de linda voz; Cipri Martín, esposa de Velasco, según recuerdo, era una andaluza pequeñita, menuda, de hoyuelos en las mejillas, atrevido ceceo y andares sublevantes, triunfaba en su interpretación de "El marchosito" en *Cantos de España*, por lo que se apodó así a Edgardo Reglagliatti, líder universitario, redactor de *La Prensa* y paisano de Augusto Durand. También actuaban Adriana Carreras, una gitanaza con todo en "azo", cadera, piernas, boca, peluca, movimientos..., que giraba como

una peonza; "La Violeta", especialista en rumbas, donde movía esto y aquello; tenía los ojos claros y los pechos desafiantes. Pero la reina de la compañía era Gloria Star, amor de Quinito Valverde, quien la dirigía, batuta en mano, recreándose en y con ella; devorándola con sus ojos bovinos de cordero jubilado; iluminándola con su media sonrisa, oculta entre las barbas de chivo en cesantía. Gloria tenía ojos grandes, almendrados, verdes e insistentes; una voz *canaille;* una silueta espigada, alta y llena de la gracia sensual de un danzón cubano; hizo famoso el cuplé "Te has caído, chaquetón". Pero la suerte no perdona. A mitad de la temporada, Gloria, que tenía gran amistad con María Tubau, la cupletista del Teatro Colón (una chica de naricita respingada; silueta de Tanagra; coqueta y buena cantaora, cuyos amores con el secretario de la legación brasileña, Souza Bandeira, navegaba en olas de sensualidad y cocaína), Gloria, vuelve a tomar el sujeto, abandonó un día a Quinito y a la compañía y se marchó con alguien de Lima, de esa Lima soñolienta, donde los ricachos rivalizaban en asaltar "carne de teatro".

Los muchachos limeños se disputaban las butacas de primera fila. "Rigoletto" Ugarriza andaba ocupadísimo en esos días porque Andrés Valle, hijo de un rico comerciante italiano de Chorrillos, se gastaba el dinero a raudales en conquistar sin éxito a Cipri Martín. A medianoche, aquellas descaminadas pasiones se dirigían, como a un desaguadero, a los burdeles y a los antros de paraísos artificiales. Acabaron como súbditos de éstos: Ugarriza, el chino Valle (amigo de Gloria Star), Souza Bandeira y, claro está, Valdelomar, More y sus amigos.

La compañía Velasco mantuvo en el cartel durante los dos o tres meses que permaneció en Lima, dando funciones de tarde y noche, tres obras: *Cantos de España, El Príncipe Carnaval* y *Sevilla de mis amores.*

Vino a suceder a aquel gran éxito, la compañía de Manolo Casas, a la que la revista *Rigoletto* aplaudió constantemente, acaso porque Eguren Larrea, director del semanario, se enamoró perdidamente de la primera tiple, Paquita Molins, cuyo mentón prominente decoró más de una vez las páginas de *Rigoletto*, de *Lulú* y de *Variedades*. Los "colónidas" andaban en fiestas con las tiples de la compañía, entre ellas con Amparo Ferrer, una morena de voz ronca, hija del famoso anarquista Francisco Ferrer, fusilado en los fosos de Montjuich el año de 1909; y con Luisa Mejías, "la Bienvenida", rubia, de ojos claros, bailarina flamenca que se decía hermana de Manolo Mejías, "Bienvenida", matador de gran prestigio entre los años de 1914 y 1916. Una crónica de "Ascanio" relata una reunión con aquellas actrices y con todo el personal de la compañía Casas, incluyendo al barítono Ortiz de Zárate, de excelente voz.

La *troupe* Casas se aferró a representar la revista musical *De Adán al Kaiser*, alusiva a la guerra europea. En ella, Amparo Ferrer, haciendo de una especie de *gavroche* o *gamin* vendedor de periódicos, entonaba unas coplas picarescas con el estribillo: *"Ja-ja-ja-Je suis le traducteur du* Petit Parisien/ *le journal que dit la verité, et moi j'n'dis pas rien."*

Atraídos por la vorágine teatral, Valdelomar y Mariátegui la emprendieron con un drama: *La mariscala*. El texto glosaba el libro de Abraham. Era un drama en verso, dividido en seis actos, del que se publicaron muchas escenas en *El Tiempo*. Seducidos por el ejemplo del nuevo teatro de capa y espada resucitado por Marquina (que llegó a Lima en esos meses), Villaespesa y Manuel Fernández Ardavín, Valdelomar y Mariátegui usaron en el poema versos de todos los metros, desde el alejandrino afrancesado hasta el romance ultracastizo pasando por el endecasílabo clásico y el difícil eneasílabo.

En otra dimensión, acababan de pasar por el Teatro Municipal, Lugné Poe y su esposa Suzanne Després. Lugné Poe dirigía la Comedia Francesa de París, y Suzanne figuraba entre las primeras actrices de Francia. Ambos llegaron en plan de propaganda a favor de los "aliados". Tuvieron un éxito clamoroso: él, el conferenciante; ella, la actriz. Y como el país entero rebosaba de entusiasmo galo, cuando en el Teatro Excélsior se realizó una función a beneficio de la cruz roja británica, Luis Fernán Cisneros se brindó para declamar un canto ultramodernista a Francia, cada uno de cuyos versos terminaba en sílaba aguda, produciendo el efecto de un himno viril, de combate. En la misma velada, Leonidas N. Yerovi, compañero de Cisneros y Valdelomar en *La Prensa*, declamó su hermoso poema *Primavera interior*, como todo lo del bardo de Tontina, mezcla de ingenuidad, consonancia y fantasía. Por cierto que Florentino Alcorta, el editor de *El Mosquito*, se aprovechó del canto de Cisneros para componer una parodia realmente feliz, aunque irrespetuosa. Yerovi acababa de llegar de Buenos Aires, donde le estrenaron *La gente loca:*

¿Que si me fue muy bien? Quizás me iría.
Yo triunfé a mi manera por allí
(ya tu conoces la manera mía).
Hice la vida que me prometía,
y vuelvo como partí...
                              ...Mi campana
no atronó a las comarcas con su estruendo:
la de mi campanario no es tan vana.
Yo viví como soy: terco y haciendo,
tal como soy, lo que me vino en gana.

Se recordaban los versos "Viajeros de ida y vuelta", publicados en 1915, por *Cultura*. Aquel tiempo era

ya pasado. En las sombras, frente al audaz y lírico triunfador que se encerraba en Yerovi, la muerte, acechante pertinaz, afilaba en silencio y sin tregua su guadaña, en este caso precoz...

Yerovi frecuentaba, como Valdelomar, la redacción de *El Mosquito,* semanario del que no se puede prescindir para conocer la época. Lo dirigía Florentino Alcorta, quien pertenecía a la generación de Chocano. Había colaborado en *La Neblina,* biblia quincenal del modernismo de nuestros poetas de 1896. Junto a él se afanaban Alberto Salomón y Víctor Criado y Tejada, supervivientes de la plana adventicia de *La Neblina;* la original la constituían Domingo Martínez Luján, Francisco Mostajo, Manuel Beingolea, Clemente Palma, Jorge Miota y Federico Larrañaga. Cada número de *El Mosquito* era un avispero. Alcorta había edificado una historia del Perú contemporáneo a su entera medida. No era ésta, físicamente hablando, envidiable. Alcorta mediría un metro sesenta y cinco; tenía la tez muy pálida; renqueaba al caminar: a causa del encogimiento de una de sus piernas, debía usar siempre bastón; los ojos negros y movibles pellizcaban el contorno; hablaba en secreto; siempre apoyaba la espalda en una pared, amparado por el coro de oyentes. Le habían amenazado mucho, le habían asaltado varias veces. Aunque olvidase los versos bucólicos de su primera juventud, conservaba el amor por las letras y el regusto de los versos. Entre un cardumen de alusiones políticas, de corte polémico y a menudo agresivo, deslizaba comentarios sobre libros recientes. En esa tarea le ayudaban Yerovi, Federico More, Félix del Valle; a ratos, seguramente Valdelomar y Alfredo González Prada. *El Mosquito* resultaba un vaciadero del chismorreo limeño, pero con gracia. En sus páginas apareció una célebre información titulada "Los cacaneros de la rifa", enderezada toda ella contra

la familia Miró Quesada, propietaria de *El Comercio.* También en esas columnas se acuñaron apodos imperecederos: "El loco manso de Santa Teresa" al presidente Pardo; "Pisa Blandito" al canciller Enrique de la Riva Agüero; "Triguerito" a Aurelio García y Lastres, ministro de Pardo y banquero. A Víctor Maúrtua "Zambo y medio"; a Antuco Garland "El pobre Antuco"; a Félix del Valle "Sansato" (por Southampton, en donde fue cónsul); a Valdelomar, el joven "Caucato". Apodo nada peyorativo; al revés, casi emoliente. Cuando aparecieron *Las voces múltiples,* Alcorta les cambió el título y la serenidad con la alteración de una sola letra: *Las coces múltiples.* La crítica literaria de Alcorta se parecía mucho a la de Antonio de Valbuena, el autor de *Ripios ultramarinos* y *Ripios académicos;* y algo también a las insolencias zoilescas de Emilio Bobadilla ("Fray Candi") y Luis Bonafoux, dos antillanos de moda en Madrid.

Retrocedamos un poco. A mediados de 1915, el poder del presidente provisorio, Benavides, o sea, el derrocador de Billinghurst, había perdido importancia. Seguro de un fracaso electoral a corto plazo, pues su candidato, el general Pedro E. Muñiz, hombre de innumerables virtudes y de indudable conciencia civil, no levantaba vapor, accedió a que el civilismo importara de Biarritz y San Sebastián, donde pasaba su nada aburrido exilio, al presidente Pardo, personaje tan empingorotado y discutible. A fin de devolverle la actualidad, le ungieron rector de la Universidad de San Marcos, aprovechando la coyuntura de la renuncia del rector Luis Felipe Villarán, por haber optado, ante una incompatibilidad legal, seguir siendo vocal de la Corte Suprema y no rector. Como era difícil romper con el caballeroso, ingenuo y esforzado Muñiz, se urdió la farsa de una convención de partidos, a cuya tercera elección salió ungido en

mayoría don José Pardo. Muñiz reconoció en el acto la victoria de su rival y amigo.

Desde luego, todo denunciaba la debilidad creciente del régimen benavidista. Y por lo tanto se alborotó el ejército. El comandante Ferreccio se levantó en Huaraz y se proclamó "presidente provisorio", por lo que Valdelomar publicó unas "Palabras" titulada "Los dos provisorios" y una letrilla titulada "El de Huaraz". La letrilla que aparece en la sección "Palabras" y que revela auténtico vuelo satírico dice así:

El de Huaraz

El connotado y notorio
perentorio,
transitorio
Provisorio
de Huaraz,
al galope de una yegua
que, sin tregua,
legua y legua
va tragándose al azar,
ha pasado
—¡desdichado!—
por las puertas de Chiquián...
Casi mustio por el dolo,
casi solo,
con un cholo
que le sigue por detrás,
va fugado en marcha ruda
triste y muda
sin la ayuda
de alma alguna de esta viuda
(¡de esta vida!) que la viuda
(que una viuda de Huaraz)...
Va bebiéndose el camino

que mohino,
repentino
ha tenido que emprender,
sin tener otras ventajas
que sus bajas
y las bajas de las cajas
que ha podido sorprender...
Va impalpable, como un duende...
(Ya se entiende
si Ferreccio lo sorprende
lo que ocurre a la sazón),
va viajando,
galopando,
reventando,
caminito de Monzón...
Desde allí quizá, genial
volverá a la capital;
desde allí quizá genial.
Toma rumbo hacia el Brasil;
desde allí quizá...quizá,
sabe Dios a dónde irá...
Pero doquier que vaya
(si antes no le pone a raya
la fuerza que va tras él),
tras su campaña brillante,
más la viuda acompañante
y el dinero resonante,
hará un sonante papel...[1]

En cuanto al artículo "Los dos provisorios" tiene fecha de octubre de 1915. En ese artículo habla directamente de castigar "a los asesinos del General Varela y a los asesinos del Comandante Ferreccio", aparentemente personajes del elenco de Benavides.

Reanudemos el relato. A fines de 1916, llegaba a Lima el cartel de toreros que nos distraería en Acho.

[1] *La Prensa*, 22 de agosto de 1915, p. 2.

A su cabeza Rodolfo Gaona, el "Califa de León", y con él, Rufino San Vicente, "El Chiquito de Begoña". Rodolfo era un mexicano del mero México, de León; ocupaba el rango de gran figura de la torería, junto con Juan Belmonte, Joselito Gómez Ortega y Vicente Pastor. Lima tenía de todo: comedia, pintura, música, ballet, toreros, opio, restaurantes variadísimos, tonadilleras, conferenciantes, propagandistas bélicos, una confitería con muchos espejos (cristal y luz) y un escritor de muchas sorpresas, dado por el dueto representativo de *la belle époque:* eran Valdelomar y el Palais Concert.

No matemos todavía el año. Robémosnoslo a San Silvestre. Desde meses atrás, Tórtola Valencia se hallaba en Lima. La gitana de los pies desnudos y los ojos milagrosos representaba, después del paso de Felyne Verbist, la victoria de la carne sobre el espíritu. Tórtola tenía unos ojos de abismo y de incendio. Aunque se los malograba decorándolos con *kohl,* no con *rimmel,* y se adobaba el rostro con colorines desapacibles e innecesarios para su estupenda morenez; dejaba al paso un rastro de feminidad auténtica; de hembra sin atenuantes ni embelecos; bella, lozana, rotunda, sensual y armoniosa. Desde luego, soliviantó estérilmente a los buscadores de carne de teatro, como decía el catedrático Manuel Bernardino Pérez, experto en tales mercancías, pero también sublevó e inquietó a los estetas cazadores de emociones y novedades.

Al llegar diciembre, se dieron inesperada cita en Lima, Tórtola (que anunciaba por décima vez su partida); Rodolfo Gaona, en la flor de su celebridad; doña María Guerrero y su noble esposo don Fernando Díaz de Mendoza, conde de Balazote, acompañados por el director artístico de aquella compañía, el poeta Eduardo Marquina, aplaudido autor de las obras de teatro *En Flandes se ha puesto el*

sol, *Doña María la Brava* y *El rey trovador*, y de *Elegías*, en los versos. Con María Guerrero llegó Carmen Ruiz Moragas, mujer alta, elegante, bella, además de cultivadísima en literatura griega.

Como ocurría en tales casos, los "colónidas" y sus amigos se congregaron en torno de ella, colmándola de halagos y aplausos. Lo que fuese arte y belleza recibía el pleito-homenaje de los sutiles y arrojados porstaestandartes de la "nueva estética".

Finando la temporada de Tórtola, cuya interpretación de la *Marcha fúnebre* de Chopin crispaba los nervios (aunque de contrapunto, su *Muerte del cisne* dejaba mucho que desear por el excesivo volumen de esta hispánica ave jupiterina), resolvieron ofrecerle un agasajo en el restaurante del parque zoológico. Según las crónicas de la época, concurrieron al ágape Eduardo Marquina, Valdelomar, Málaga Grenet, Mariátegui, Félix del Valle, Antuco Garland, el joven Alberto Hidalgo, Emilio Delboy, Eduardo Zapata López, César Falcón, Ladislao F. Meza, Enrique Casterot y Arroyo, Enrique Bustamante y Ballivián, Augusto Aguirre Morales, y entre los amigos no liberales, Augusto Peñaloza y Antonio Roger Martín. Al terminar el té, después de las palabras de Tórtola, que las dijo muy en *cañí*, Valdelomar, Mariátegui e Hidalgo resolvieron escribir un soneto a seis manos, es decir, entre los tres, en elogio a la danzarina. Resultó el siguiente:

V.: Tórtola Valencia, tu cuerpo en cadencia
de un gran vaso griego parece surgir.
H.: Y tu alma como una magnífica esencia
embriaga a la mía cual un elixir.
M.: ¿Ha sido un milagro nuevo de la Ciencia
que ha animado un noble vestigio de Ofir?
V.: Tú eres el milagro, Tórtola Valencia,
mármol, vaso griego, Tanagra, zafir.

H.: La América ruda de quechuas salvajes
con voz te saluda de bravos boscajes.
M.: Y su voz es canto, rugido, oración.
Y en la selva virgen de este Continente
V.: eres bayadera venida de Oriente
cual los Reyes Magos de la tradición.

Eduardo Marquina extendió notarialmente un "Ante mí" y dejó su firma.[2]

Pese al notorio aroma chocanesco de algunos de los versos, y a la insistencia en el alejandrino francés, con agudos en las puntas, el improntu refleja con certeza la coherencia estética del grupo y su ánimo de alentar, extender y crear en ello belleza donde estuviese al alcance de sus manos. Iba a empezar el verano de 1917.

[2] Cfr. *El Tiempo*, Lima, 21 de diciembre de 1916, p. 3.

XII. COLÓNIDA:

"EL DERECHO AL PLACER Y LA LIBERTAD DE MATARSE" (enero - marzo de 1916)

> *Colónida* no fue un grupo, no fue un cenáculo, no fue una escuela, sino un movimiento, una actitud, un estado de ánimo.
>
> JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *Siete Ensayos*, Lima, 1928, p. 209.

LA HAZAÑA de *Colónida* consiste en que, habiendo sido en lo material muy poco, prácticamente una revista efímera, sin embargo haya alcanzado tan larga, proficua y profunda resonancia. Las breves, incompletas y en extremo personales explicaciones que al respecto escribiera José Carlos Mariátegui, sólo presentan el caso; no lo explican ni alumbran. El mismo Mariátegui trata de hurtar vergonzantemente su propia actuación —entonces poeta místico, cuentista deportivo, comentador político— para subrayar su actitud posterior, la de 1928, cuando habían pasado doce años (equivalentes a cincuenta) de aquella aventura polifacética, decadentista, en mucho lírica y un tanto fanfarrona que fue *Colónida*.

De hecho se trata de una revista literaria que publicó sólo cuatro números: el primero, el 18 de enero de 1916; el segundo, el 1º de febrero; el tercero, el 1º de marzo, y el cuarto y último, el 1º de mayo. O sea que entre el primero y el segundo nú-

mero mediaron doce días; entre el segundo y el tercero, treinta, y entre el tercero y el cuarto, sesenta. En consecuencia tuvo una periodicidad nula. *Colónida* empezó como quincenario, siguió como mensuario y concluyó como bimensuario. Los tres primeros números ostentan el nombre de Abraham Valdelomar como director; el cuarto no lleva nombre de director: se presume que lo fuera el violento, talentoso y atrabiliario Federico More Barrionuevo.

Por otra parte, los tres primeros números llevan como portada sendos retratos al carbón ejecutados por "Abraham", o sea, por Valdelomar. Son los de José María Eguren, José Santos Chocano y Percy Gibson, tres escritores, tres poetas, tres admirados de "El Conde de Lemos". El cuarto ostenta una fotografía, no de un poeta, sino de un político y catedrático, de quien More estaba muy cerca: Javier Pardo y Ugarteche, en esos días rector de la Universidad Mayor de San Marcos. Debemos por tanto subrayar el contenido de los tres primeros números, y contrastarlo con el cuarto en el que, empero, aparece una colaboración de Valdelomar: "Omega la calavera, mi amiga". El resto de ese número, salvo las páginas de los González Prada, padre e hijo, tiene marcado sabor sureño; colaboran More (de Puno), Gibson (de Arequipa), Aguirre Morales (de Arequipa), Rivero (de Ica), Valdelomar (de Ica), Rodríguez (de Arequipa).

Además, en *Colónida* aparecen, en dos de los cuatro números, artículos sobre tóxicos y paraísos artificiales, preocupación no soslayable. En el número segundo el doctor Roberto Badham, médico y periodista, publica un trabajo sobre "Los tóxicos en la literatura y en la vida" [1] que no continúa en el nú-

[1] *Colónida*, Lima, año I, número 2, 15 de febrero de 1916, pp. 29-32.

mero tres a pesar de haberse anunciado así; en el número cuatro, la "Falsa carátula" es una diatriba contra el alcohol, pero casi a favor del opio y el éter: deben ser usados por todo "el que los necesita".[2]

Aunque no sea éste el aspecto central de la revista, tampoco se le puede poner de lado. Es efectivo que en ese tiempo se apoderó de cierto sector de la juventud intelectual el uso frecuente de opio, morfina, éter y a veces cloretilo. Los "colónidas" consideraban que el alcohol —ángel malo de Poe y Verlaine a quienes adoraban, y de Darío, a quien seguían sin confesarlo— era un vicio vulgar y, por vulgar, o sea por vulgarizado, peligroso, despreciable y condenable... Badham trataba, en su artículo, de poner de relieve el aspecto novedoso del uso de ciertos tóxicos. Según él:

> el mundo harto ya de los romances sentimentales y de las oscuras elegancias de los simbolistas, de las pornográficas fotografías, del naturalismo y de las rimas hieráticas de los parnasianos, buscaba en lo raro una nueva fuente de belleza y sensaciones.[3]

Como el mundo ("eternamente niño") adora siempre a los seres quiméricos e irreales, la nueva "religión" cundió;

> sólo que *hélas!* la moda literaria pasó y el culto por las drogas, entronizado por aquel rapto de *snobismo,* ha quedado como un vórtice peligroso que no pueden bordear los individuos débiles de voluntad o enfermos de esas tristezas sentimen-

[2] *Colónida,* Lima, año I, número 4, mayo de 1916, pp. 3 y 4.

[3] *Colónida,* Lima, año I, número 2, 15 de febrero de 1916, p. 29.

tales de que tan abundantes andan hoy estos tiempos malsanos.

Justifica Badham, digo, el doctor Badham, médico de la marina de guerra del Perú, el ansia de buscar refugio en las drogas.[4] Explica literariamente los efectos del alcohol: "Los borrachos desacreditaron el alcohol y por *elegancia hubo que buscar otra cosa.*"[5] Prosigue hablando de la cocaína; allí se detiene el estudio cuya publicación quedó interrumpida. ¿Por qué?

El editorial del número cuatro es ya casi una proclama promorfina y opio:

> ¿El vicio? ¿los vicios? ¿el cloretilo que empalidece? (?) ¡el opio que abulifica! ¡El éter que trastorna! Sí, señores míos, nadie dice que no se combatan estos hábitos de usar tóxicos, pero para ser consecuentes, es preciso gritar *contra la cantina que aplebeya, contra el alcohol que degrada.* El opio guarda nobles estímulos intelectuales, en el éter hay profundas agudezas de emoción, y el cloretilo, que no empalidece, no, queridos apóstoles, prende en el alma vivezas y agilidades que el *filisteo* jamás sospechará.[6]

Continúa el editorialista:

> El usar tóxicos ya pasó de moda *y el que ahora los usa es porque los necesita. Los necesita con necesidad espiritual o por motivo de placer.* Porque, supongo, oh! apóstoles, que no querréis decirme que una cosa es necesaria sólo cuando es saludable.

[4] *Ibid.*, p. 30.
[5] *Ibid.*, p. 31.
[6] *Colónida*, número 4, p. 3.

Este editorial que por primera vez firma "Colónida", o sea la colectividad revisteril y nadie en particular, termina con una *boutade* totalmente *pour épater les bourgeois*, y al margen (si no contra) del código penal vigente:

Combatid el alcohol. Aunque a vuelta de moralidades, existen, sagrados, el derecho al placer y la libertad de matarse.

En realidad, la revista cumplió lo prescrito en ese editorial, lo predicado en ese número: usó de su *derecho al placer y la libertad de matarse:* es decir, primero gozó y se mató después.

El episodio tiene más alcances de los hasta allí previsibles. En febrero de 1916 murió Rubén Darío, "padre y maestro mágico" de toda esa promoción. Salvo Enrique Carrillo ("Cabotín") que lo hizo sobre su firma, ni Valdelomar, ni More, ni Gibson, ni Mariátegui, ni González Prada, ni Aguirre Morales, ni Eguren, ninguno lamenta en *Colónida,* como era de esperarse, el deceso de Rubén. Fue así, tal vez, porque Rubén amaba "el alcohol que degenera". No; habría que hallar otras causas y entre ellas quizá hubo otra: la adhesión casi idolátrica de los "colónidas" a Chocano, y al implícito debate planteado en torno de la inútil querella sobre quién era "el poeta de América", en la que participaron los admiradores de Rubén y los de Chocano. Valdelomar y More eran fieles seguidores de su compatriota; lo era también, en gran parte y confesamente en ese tiempo, un nuevo poeta, César A. Vallejo.

Como se ve, los ángulos desde los cuales puede mirarse a *Colónida* se renuevan cada día. Soy de los que creen en lo casi inédito de este tema. Deberíamos rodearlo a plena trompeta para ver de derribar sus murallas.

More es explícito al respecto en algunos párrafos de su apasionada y flagrante diatriba contra Ventura García Calderón.

En dicho artículo, "La hora undécima del señor Ventura García Calderón Rey" *(Colónida*, números 2 y 3), More (que pretende rectificar la fecha exacta del nacimiento de Chocano ocurrido en 1875, como lo dice "V.G.C." y no en 1879 como More suponía) exalta al poeta de *Alma América*, y en cuanto a Valdelomar, expresa lo siguiente:

> y V.G.C. llama incipiente (pero era en 1914, L.A.S.) a Abraham Valdelomar; incipiente al que ha escrito "El caballero Carmelo"; cuento que don Ventura no hará jamás, *cuento que es orientación de nuestra literatura de mañana;* cuento donde vivimos nuestra vida, la de nuestras costas llenas de sol, de mar y de sencillez; cuento hermosísimo por el calor humano de su verbo y la técnica de su expresión artística.

Aparte de estas afirmaciones de More, todas ellas justas y premonitorias, aquel artículo suyo refleja un sentimiento común a gran parte de su grupo frente a la promoción anterior, con la cual Valdelomar tendió un puente cordial. En efecto, la amistad pública y privada de Abraham con Riva Agüero, Lavalle, Gálvez, representativos del "Novecientos", fue ininterrumpida y sincera. No así con Ventura García Calderón de quien se mofó a veces (pero sin acritud) y a quien trató durante la permanencia de éste en Lima (entre 1910 y 1911) y acaso (muy dudoso) antes de 1905 en que Ventura parte hacia París.

Como hombre consciente de su valer, Abraham sonreía pícara e indulgentemente frente a todo renombre, viniese de donde viniere. Por eso, cuando

ocurrió su muerte, el *Mercurio Peruano*, dirigido por Víctor Andrés Belaúnde, otro miembro del grupo del "Novecientos", rindió pleito-homenaje al autor de *El caballero Carmelo*. No así More: su actitud general y aquel artículo revelan increíble provincianismo, deplorable rencor, intolerable jactancia y, en cierto modo, podría interpretarse, *au rebours,* como virreinalismo limeñizante por lo abarrocado y solemne de la frase.

En realidad, los mayores reproches de More a Ventura García Calderón se refieren a su olvido o preterición de muchos escritores arequipeños y puneños, así como al hecho de prescindir de ciertos periodistas sin obra reunida, desperdigada en los diarios y, por lo general, de marcado carácter panfletario. De allí que el "golpe de estado" que significaba el número cuatro de *Colónida,* no sólo trasfirió al grupo un tono inútilmente escandaloso y provocador sino que significó, por la contradicción vitanda que entrañaba, un reto insostenible y el cese casi inmediato de la revista.

Al respecto, convendría recordar que no todos los "colónidas" observan la misma conducta frente a sus predecesores inmediatos. Así, por ejemplo, dejando aparte a More, ululador vocacional, sería útil destacar los casos de Gibson y Mariátegui.

Mariátegui, seis años menor que Valdelomar y cinco menor que More, acababa de ingresar en la vida literaria liberándose de la servidumbre de un empleo administrativo en su diario, *La Prensa*. Se inició como poeta místico y, naturalmente, fue pesimista y melancólico. Anunció durante mucho tiempo un libro titulado *Tristeza* que no llegó a salir; sólo publicó tres sonetos: "Los psalmos del dolor" (con "p" antes de "salmos", para obtener mayor distinción o aristocracia). Además, Mariátegui entregó entonces a la escena el drama *Las tapadas,* en verso

evocativo, escrito en colaboración con "Julio de la Paz" (seudónimo de Julio Baudoin). Mariátegui compartiría en seguida, bajo el marbete de "Manlio", la paternidad de los "Diálogos máximos", cuyo otro interlocutor (y autor) sería "Aristipo", o sea, Valdelomar.

En cuanto a Percy Gibson, arequipeño amigo de Abraham desde 1910, recibió el resonante espaldarazo de *Colónida* al publicar ésta su largo, entonado y semiépico poema civil *Evangelio democrático* (números 3 y 4), perteneciente a la misma familia de *Jornada heroica* que apareció a fines de abril de 1916.

Gibson era empleado de la Biblioteca Nacional a las órdenes de González Prada, quien lo enfrentó en 1912 a Alberto J. Ureta y a Clemente Palma, a raíz del escándalo biblio-político-literario que suscitó la violenta renuncia de Ricardo Palma y en su remplazo el nombramiento de Manuel González Prada.

Como Valdelomar fuese admirador del primero y apasionado discípulo del segundo, cuando se trató de elogiar a González Prada —lo que hizo More—, se las ingenió para que paralelamente, en estratégico *pendant*, se alabase también al autor de las *Tradiciones peruanas*. En efecto, en el número tres de *Colónida* (pp. 36 y 37) bajo el rubro de "Quincena literaria" se inserta un muy suelto artículo titulado: "Don Ricardo Palma" y, vis a vis, otro titulado: "Manuel González Prada". Este último lo firma "F.M." (Federico More), quien saludaba la reposición de don Manuel en el cargo de director de la Biblioteca Nacional, al que renunciara el 15 de mayo de 1914 como protesta contra la cuartelada del coronel Benavides y del comandante C.E. Pardo. More se refiere a M. G.P. como la "eminentísima i tan gloriosa personalidad del Apóstol, del Poeta, del hombre de bien, del Sumo Artista", y utiliza la "i" como conjunción copulativa. El ditirambo a Ricardo Palma alude a "la

gloriosa cabeza del poeta". La equidistancia anterior es uno de los signos valdelomarianos, dueño de un sano equilibrio estético.

De conformidad con las carátulas de los tres primeros números de *Colónida* y de acuerdo con el tono de las poesías recogidas en sus páginas, puede afirmarse que los poetas predilectos del grupo fueron Eguren, Chocano y Gibson. Se explica: Eguren —cuya *La canción de las figuras* aparece en 1916— encarnaba la reacción contra la poesía anecdótica de que Chocano era paradigma; representaba el postmodernismo y un neosimbolismo todavía no bien examinado. Chocano —el gran ausente— era emblema del "novomundismo" al que Valdelomar prestaba oídos por su contenido optimista geográfico-nacionalista-continentalista. Gibson tendía a crear una poesía sin énfasis, de nítida estirpe civil y criolla.

Chocano, que poco antes había publicado el volumen *Puerto Rico lírico* (1914) y que se hallaba en el vórtice de la Revolución Mexicana, volvía a llamar la atención de los lectores peruanos con dos composiciones magistrales: "Playa tropical" y "Sinfonía heroica", dos muestras inolvidables.

La presencia de los tres poetas y la colaboración del prosista Enrique Carrillo ("Cabotín") (números 1 y 3) indican la subsistencia de un vigoroso vínculo entre las promociones nacidas entre los años 1875 y 1890. Aún más, tocante a don Manuel González Prada, con los nacidos alrededor de 1850.

Particularmente, Valdelomar conservó con indeclinable valor su respeto a las gentes de ayer, bien fuese a Palma, nacido en 1833; a González Prada, en 1848; igual que a Vallejo, nacido en 1892; a Hidalgo, en 1897; a Mariátegui, en 1894, y a Porras, en 1897: el talento, no la generación, era lo que para él valía.

La colaboración personal y directa de Abraham en *Colónida* se reduce a: dos "Falsa carátula" (números

1 y 2); un reportaje a Santos Dumont (número 3); "Omega" (número 4), y un "Cuento yanqui" (número 2). En cada caso, Abraham se impone con su elegancia, su ternura y su sencillez creadora; así como, en ciertos pasajes, con su yoísmo y su voluntario sofisticamiento.

Las dos "Falsa carátula" (de ningún modo se trata de un seudónimo, como creyó Ángeles Caballero), se refieren a un ladronzuelo de flores y a Sor Cándida.

La primera se desarrolla en el parque de Neptuno, donde

> al crepúsculo (cuando) el sol occíduo patina
> de oro los frondosos ficus y torna rosadas
> flores lilas de los jacarandas

solían encaminar sus pasos aquellos jóvenes *snobs* a quienes se debió la nueva y armoniosa entonación literaria de la época.

La segunda "Falsa carátula" lleva como rótulo el de "Sor Cándida". Está en el más típico estilo modernista y evoca el *Sonnet des voyelles* de Rimbaud, la *Sinfonía en gris mayor* de Darío y las adjetivaciones coloristas de Hugo y Gautier que provocaron el sonriente rechazo de don Juan Valera. Hugo había dicho: *l'art c'est l'azur*. Dice Abraham de la celeste protagonista de la alada crónica:

> Se llamaba Sor Cándida. Su *voz* tenía un sabor *azul*. Su mirada evocaba las dulces miradas de los ángeles en los frescos de Fra Angélico. En sus labios de una *antigua* aristocracia, había *perenne* gesto de *piedad* para todos los males *del mundo;* y sus manos, *lirios de pureza,* fueron dignas de curar las heridas en el sangrante cuerpo del Divino Jesús. Reclusa por inspiración, no odiaba al mundo; su alma *verdaderamente selecta,* concebía una

estética *suprema*, en la que toda obra de arte era manifestación del Creador. Amaba las plumas, regalábase contemplando el terciopelo *regio* de las damas que la visitaban; exaltaba su elegancia, y les rogaba que fueran a verla con sus *mejores* atavíos. Gustaba de los crepúsculos, se encantaba con los paisajes, placía de la pintura, amaba los versos y, a través de toda manifestación artística, veía la *inefable* mirada de Dios.

Su vida fue un poema. Sor Cándida era el lirio del claustro que decoraba con su silueta *esbelta*, con la *imponderable* belleza de su cuerpo *lineal*, con el amor *dulcísimo* de sus ojos *húmedos*, con el arte insuperable de sus manos *largas*.

Concluye así este pequeño poema en prosa:

Sobre la tierra *piadosa* que cubre tu cuerpo *blanco*, *bello* y *puro* caiga en los amaneceres el rocío del cielo y florezcan en *perpetua* primavera, nardos, lirios y azucenas *castas*.

¡Perfecto elogio, más cerca del epitalamio que del epitafio! Valdelomar "comete" allí, uno a uno, todos los pecados y los aciertos del modernismo.

Aquella *"voz* de sabor *azul"*. Junta en un tropo, de los llamados en *haz*, sensaciones auditivas, gustativas y visuales: un *sonido* con *sabor* a *color*. Pero, antes que eso —y no era poco— sobresale el cauto, melodioso, certero y elegante catador de sensaciones y vocablos. Bastaría examinar los párrafos trascritos y compararlos, si se quiere, con los de *El caballero Carmelo* para darse cuenta del temple literario de Valdelomar.

El reportaje "Breves instantes con Santos Dumont", con que se abre el tercer número de *Colónida*, retrata al autor, al *poseur*, al periodista literario y *snob*, qui-

zás a ratos cursi por no decir huachafo. A fin de reforzar su elegancia, Valdelomar taracea de giros franceses la entrevista. No lo hace bien. Con visible mala suerte perpetra deplorables errores ortográficos como usar *enchantée* (femenino) en vez de *enchanté* (masculino) al referirse a Santos Dumont (masculino) y a sí mismo. Emplea, además, un *grand* sin "d" (que puede ser una errata) así como *Etates* por *Etats,* lo que me hace recordar las faltas en ortografía francesa que hallé en una dedicatoria de álbum firmada por Abraham y que trascribe la "Chanson d'Automne" de Verlaine, para una dama que me parece fue Gabriela Urvina, eximia pianista y bella mujer de quien he hablado ya.

Prescindo del "Cuento yanqui" (del segundo número de *Colónida)* para detenerme en "Omega la calavera, mi amiga", crónica o elegía que corresponde a algo real. Valdelomar efectivamente tenía sobre su mesa de trabajo en su cuarto de *La Prensa,* una pequeña calavera de origen quizá incaico. De acuerdo con el alfabeto griego, la llamó "Omega", la última letra, opuesta a alpha, la primera; omega, pues, o sea el final de todo.

Como de costumbre, allí Valdelomar insiste en el tema de la muerte, su obsesión desde la adolescencia.

> Omega, mi íntima confidente, tú conoces mi escritorio: cuatro metros cuadrados; un gran parasol de la China, dragoneado de púrpura y oro, poblado de aves inverosímiles de Tseng Tseng, protege la salida poblada de mi estancia. Sostenida por alfileres, viva, fija, inmoral, sobre el verde mural, la humanidad mira, mi gran mundo íntimo, la humanidad de mi corazón. Retratos de mujeres, de palacios, de mármoles; estatuas, paisajes italianos donde los pinos taciturnos evocan la fina Florencia.

Es una página sobria, lírica, descriptiva, bella y premonitoria. Aparte de lo dicho, *Colónida* se ocupa de otros asuntos. Reivindica como peruano a Nicanor della Rocca de Vergallo, el misterioso poeta de *Le livre des Incas* (París, 1879); expresa su adhesión a José Enrique Rodó a propósito del justo y acerbo comentario de éste al insólito anatema lanzado contra su "Cristo a la jineta" (inserto en *El mirador de Próspero)* por una junta episcopal presidida por "Carlos, obispo de Trujillo", o sea por monseñor Carlos García Irigoyen; reproduce el corto y magnífico ensayo de Enrique A. Carrillo ("Cabotín") sobre Eguren. Pero lo esencial de la revista se halla en los poemas y artículos del grupo *Colónida* y muy principalmente en los de su indiscutible abanderado "El Conde de Lemos" y su más obsecuente acólito, "Juan Croniqueur", o sea José Carlos Mariátegui, enfermo de misticismo, amor y melancolía.

Finalmente, sería oportuno glosar dos notas que aparecen en *Colónida*. La una, en el número tres, firmada por Abraham y referente a las exposiciones de Franciscovich y de Roura de Oxandaberro, el *clou* artístico y polémico de la época; y la otra, en el número cuatro, sin firma, acerca de *Las voces múltiples*. Ambas notas abren un ancho campo a rivalidades, disputas y definiciones. Junto con la monologal polémica Valdelomar-López Albújar, esas dos opiniones dan pie para otras más detenidas y fecundas consideraciones sobre aquel momento. Consideraciones que ahora, trascurridos los años, empiezan a tener, como Nietzsche decía de la historia, un macabro carácter inactual, extemporáneo y, por tanto, de aleccionante perennidad. Empero, al examinar tales disputas advertiremos, de primera intención, algo muy singular: Valdelomar lanza una idea, propone un enunciado, inicia un debate y en seguida, mientras los demás se afanan, él se hace

a un lado y continúa creando. Curiosa actitud: él, tan definitivo en actitudes y resoluciones, como que rehuía los enojos y molestias de una fricción constante. Podría también pensarse que, sintiéndose por encima del ambiente, se contentaba con lanzar una tesis y dejaba a los demás el trabajo de probarla, aprobarla o desaprobarla. Todo eso lo vamos a ver en seguida a la luz de los contextos mismos de esos debates.

XIII. POLÉMICAS, "FUEGOS FATUOS" Y OPIO (Marzo - Junio 1916)

EN EL número tres de *Colónida* [1] aparece una breve crónica de Valdelomar titulada "Exposiciones Roura de Oxandaberro y Franciscovich". Comienza del siguiente modo:

> Entusiasmado por la visión de los cuadros del pintor catalán Roura de Oxandaberro, escribí hace algunos días en *La Prensa* de esta capital, un notable artículo sobre cuestiones de Estética. Quienes hayan tenido la suerte de leerlo, comprenderán que al escribirlo sólo quise al mismo tiempo que fijar algunas ideas en beneficio y provecho de nuestros críticos desorientados, para que les sirvieran de norma y guía, devolver en elogio caluroso, y sincero agradecimiento, las sensaciones inefables que el arte del catalán me produjera.

Primeramente débese advertir que, aparte del yoísmo risible y casi intolerable de algunas expresiones, conviene pensar que quien así, incondicionalmente, se rinde al arte impresionista y un tanto abigarrado de Roura, era un crítico fino y enterado, que había absorbido en Italia y Francia las inmortales esencias del arte en todas sus manifestaciones y tendencias. No podría achacársele miopía pictórica. Él era un dibujante y un pintor experto y sensitivo. Habría que atribuir tales exageraciones a un estado

[1] *Colónida*, Lima, 1º de marzo de 1916, pp. 40-41.

emotivo o a algún fin premeditado. Si continuamos leyendo el artículo y lo comparamos con los de Alfredo González Prada y José Carlos Mariátegui sobre el mismo tema, comprenderemos qué es lo que deseaban producir y demostrar los "colónidas" a través de sus sistemáticas alabanzas a Roura de Oxandaberro.

Episodio tan baladí sirvió para presentar en toda su desnudez un inaplazable pleito de generaciones, un esencial deslinde de temples. Participaron en la discusión Valdelomar, Alfredo González Prada y José Carlos Mariátegui, enarbolando a Roura como estandarte; Teófilo Castillo, Clemente Palma, Luis Varela ("Clovis"), en el bando de Franciscovich: escisión cronológica, delimitación estética, guerra civil de las edades y los gustos.

Franciscovich, pintor argentino, de mediana edad, expuso en la Casa Brandes de la calle Mercaderes; Roura, catalán, residente en Guayaquil, desplegó sus telas en el local de la Sociedad Filarmónica, calle de Divorciadas. Resultaba una competencia entre el Jirón de la Unión y el Jirón Carabaya.

Franciscovich manejaba un pincel suave y suelto; estaba especializado en cielos azules, en supuestos paisajes del Titicaca, grandes, armoniosos, de nubes blancas y leves; Roura de Oxandaberro era un pintor de brocha impresionista, generoso en la cantidad de pintura y la violencia de los contrastes; amante de los rojos vivos y los verdes detonantes, del bermellón, del cadmio, del verde esmeralda y del cobalto. Mientras uno pintaba la costa y la puna —casi iguales según él— el otro se dedicaba a la selva.

No, las exageraciones de Valdelomar eran demasiado teatrales para no tener intención. Él había visto y admirado los cuadros de los grandes maestros europeos: no podía engañarse, aunque sí tratar de seducir a los demás. Por eso es indispensable

pensar dos veces cuando uno lee la nota de *Colónida* en la que Valdelomar defiende su artículo de *La Prensa* al que califica desmesuradamente de ensayo. Dice por ejemplo:

> Alrededor de aquel "ensayo" se han tejido innumerables comentarios, se han argüido necedades, se ha falseado el porqué del estudio...
>
> Yo no he encontrado malo a Franciscovich. Lo encuentro deplorablemente frágil. Su pintura es *bonita,* que es lo peor que puede ocurrirle a artista alguno. Es monótono. El simpático pintor podrá tener una gama polícroma, sus cielos serán agradables, su técnica *gramaticalmente* buena —*passez-le mot*—; sus marcos deliciosos, pero lo único que no hay en ellos es alma. Él ve el paisaje, pero no lo siente. Y está definido.
>
> Roura de Oxandaberro es un temperamento personalísimo. Él es él. Sus cuadros son inconfundibles. Hay *algo,* ese algo que hay en todo el que es artista y que no se parece a los demás. Pretender que ese cuadro grandazo que se llama *El Lago Titicaca* sea el lago Titicaca, es necio Yo conozco el lago Titicaca. El paisaje es así: un cielo gris, donde las nubes caminarían pesadamente como desenvolviéndose en un ansia infinita (dentro va el rayo), unos cerros morados como cadáveres descompuestos, unas aguas oleosas, casi negras con glaucos oleajes; extensos juncales bordeantes; melancolía intensa; frío de muerte; silencio de tumba; tristeza peruana; y, cuando hay Sol, ese viejo Padre nuestro es majestuoso y grave, pero no juguetón, frívolo ni alegre...

Se trata de un comentario serio, equilibrado, veraz. Salvo el alarde inicial, todo en él indica reposo, meditación, hondura. No se olvide que Valdelomar

era un conocedor. Su entusiasmo por Roura de Oxandaberro tiene, pues, límites. Admiraba el *alma,* mas no la ejecución de sus cuadros; en Franciscovich respetaba la ejecución —y los marcos—, pero lamentaba que careciera de alma.

Yo vi ambas exposiciones. A través del tiempo, mi recuerdo las ha venido depurando. Ninguno de los dos pintores merecía el honor de tanta publicidad ni de tanta polémica. Conocí a Roura en Guayaquil, casi quince años después. Era un hombre inquieto, vivaz, enamorado de su arte. Dibujaba a pluma; me obsequió uno de sus apuntes. Evocamos entonces aquella Lima apasionada y sofisticada del año dieciséis. Sonrió tiernamente ante el recuerdo de Valdelomar, Mariátegui y Alfredo González Prada. En verdad, su *espíritu* merecía aquel brioso y lejano elogio; su ejecución, no.

Teófilo Castillo (1857-1922) era el fiscal de nuestras artes plásticas, como Clemente Palma lo era en el campo literario. Castillo se había especializado en una pintura descriptiva *fin-du-siècle.* Su más famoso cuadro era uno que representaba el choque de dos calesas, ilustrando una tradición de Palma. Pintaba retratos "muy convencionales", pero conocía bien su oficio, *le métier.* Semanalmente publicaba en *Variedades* un comentario sobre algún hecho artístico en el campo de la plástica. Divulgador generoso del arte, acabó desengañado y solo en la república Argentina. Había nacido en Carhuaz.

La polémica que tomó como pretexto las exposiciones de los pintores mencionados, era un preludio de otro choque: el de "El Conde de Lemos" con "Sansón Carrasco", o sea con Enrique López Albújar, mayor que Clemente Palma y Chocano.

Como suele ocurrir, las tendencias discrepantes deben medirse y ventilarse alguna vez. Así se afir-

man y confirman las ideas y los gustos. Pese a su rebeldía sistemática, contra todo y contra todos, *Colónida* no pudo faltar a tal regla.

En el número cuatro de *Colónida* aparece una crónica festiva acerca de la publicación de un libro colectivo de versos bajo el título de *Las voces múltiples*. Según se cuenta allí, una tarde se reunieron en *La Prensa*, en la pieza de Abraham, siete escritores: "El Conde de Lemos", Pablo Abril, Hernán C. Bellido, Antonio G. Garland, Alfredo González Prada, Federico More y Alberto Ulloa Sotomayor. De la conversación surgió la idea de coleccionar ocho poemas de cada uno en un solo volumen. Estaban discutiéndolo cuando entró el "chino" Valle; con él se completaron también ocho autores. Bellido se resistía a entregar sus versos. No le convencieron de que no todo debe ser fortaleza física (Bellido era un excelente boga y miembro del humorístico club estudiantil de "Los Antropófagos") y que debía lucir las flores de su lírico ingenio.

Se trataba, pues, de una reunión de amigos de *La Prensa*. Esto explica en parte la exclusión de Mariátegui y Falcón, que habían pasado a la tripulación de *El Tiempo*; la de José Carlos Chirif y Eduardo Zapata López, más notorios como poetas que algunos de los ocho "confabulados"; pero no da luces —salvo la ausencia física— acerca de la no inclusión de Gibson, Bustamante y Ballivián, Rodríguez, Spelucín y Aguirre Morales. Alfredo González Prada se prestó a buscar editor. Días después informaba que la casa Rosay se haría cargo de la obra. Entretanto, el anuncio de la edición había despertado curiosidad y envidia y, desde luego, la tradicional mordacidad limeña. El semanario *El Mosquito*, que dirigía el agudo Florentino Alcorta (ex colaborador de *La Neblina*, de Chocano), anunciaba, jugando con las pala-

bras, la próxima edición de "Las voces múltiples". A esa broma y otras aludía la información de *Colónida.*

La señora Mercedes Rateri de Rosay dirigía la "Librería francesa científica E. Rosay" de la que era propietaria. La señora Rateri tenía en las venas tinta de imprenta. Había sido casada en primeras nupcias con *monsieur* Galland, dueño de una librería e imprenta en la calle de Palacio, casa especializada en mapas y textos escolares. Viuda del señor Galland, doña Mercedes casó con otro compatriota y colega suyo, el señor Émile Rosay, de quien tuvo cuatro hijos, dos hembras y dos varones. Una de las primeras, Lily, eximia pianista (+ 1968) acompañaba al violinista italiano Santé lo Priore, así como a Próspero Marsicano y al cellista Enrique Fava Ninci. En la librería Rosay, situada a cien metros de *La Prensa,* pero en la calle de La Merced, se reunían catedráticos, escritores, periodistas y simples lectores. Parecía un mentidero, una academia y un club. La imprenta, de la que era copropietario el humanista italiano Emilio Sequi, editaba *La voce d'Italia.* Allí se publicó *Las voces múltiples*

El volumen consta de 249 páginas, más siete de índice y en blanco: contiene 76 composiciones.

De los ocho autores puede afirmarse que, salvo dos que eran poetas de raza (Valdelomar y Abril), los demás se clasificaban así: dos intelectuales de gran calado estético (Morales y González Prada) y cuatro versificadores más o menos hábiles. De los poemas insertos, los más dignos de interés son "La hora de la sangre" de Alfredo González Prada; "Elegía ingenua" y "Madrigal" de Abril de Vivero y los poemas de Abraham, excepto "Luna Park".

Cada poeta ofrece la fecha de su propio nacimiento. Valdelomar confirma: "27 de abril de 1888"; era el mayor de todos. El menor era Abril, quien se qui-

tó un año; en realidad nació el 28 de octubre de 1894 y no de 1895; More, el más cercano a Abraham, señala el 21 de enero de 1889.

Aquellos versos presentan a Valdelomar como un poeta dulce, tierno y profundo; saturado de paisaje, de hogar y de tristeza. Nada tan distinto a su personalidad física; a sus frases periodísticas; a su empaque callejero; a su permanente reto al mundo que le rodeaba. Nada tan anti "El Conde de Lemos" como los versos de Abraham Valdelomar. Bastaría recordar que en aquel florilegio figuran "El hermano ausente en la cena de pascua", "Tristitia", "El árbol del cementerio" y "Confiteo" para que se destaque la importancia del *recueil.* En vano, con más buen humor que insidia; con más broma que sarcasmo; con más benevolencia que desdén o iracundia, lanzaría *El Mosquito* sus picantes dardos contra "El joven Caucato" y sus arrogancias. La calidad de la obra se impone sobre la sonriente superficialidad del sagitario. Durante un año entero, todo 1916 y parte de 1917, el semanario de Alcorta en el que colaboraban anónimamente More, Del Valle y a veces Valdelomar, hará reir a los limeños con sus infundios y parodias sobre "El joven Caucato"; "El pobre Antuco" (Garland); "Vallecito"; "Sansato" (fue cónsul de Southampton); el "rubio Ascanio" (González Prada); etc. Por encima de cualquier alusión picaresca y de las renovadas ironías de *Don Lunes,* otro semanario festivo, y las mordacidades de *El Mosquito,* la obra poética y narrativa de Valdelomar sale triunfante de todas las acechanzas.

Ciertamente que "El árbol del cementerio" es una parodia o imitación de "Los robles" de Eguren, pero "Tristitia" pertenece a la acendrada familia de *El caballero Carmelo* y *Verdolaga,* y tiene un parentesco indudable con el soneto "Recóndita" que Leonidas Yerovi acababa de publicar en la revista *Lulú:*

Mi infancia que fue *dulce, serena, triste* y *sola,*
se deslizó en la paz de una aldea lejana,
entre el *manso* rumor con que muere una ola
y el tañer *doloroso* de una *vieja* campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía,
el cielo la *serena* quietud de su belleza,
los besos de mi madre una *dulce* alegría
y la muerte del sol una *vaga* tristeza.

En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo *denso, perfumado* del mar;
y lo que él me dijera aún en mi alma persiste:
mi padre era *callado* y mi madre era *triste;*
y la alegría nadie me la supo enseñar.

Otra nota de persistente tristeza emana del soneto "El hermano ausente en la cena de pascua":

La misma mesa antigua y holgada de nogal
y sobre ella la misma blancura del mantel
y los cuadros de caza de anónimo pincel
y la oscura alacena; todo, todo está igual.

Hay un sitio vacío en la mesa, hacia el cual
mi madre tiende a veces su mirada de miel,
y se musita el nombre del ausente: pero él
hoy no vendrá a sentarse en la mesa Pascual.

La misma criada pone, sin dejarse sentir,
la suculenta vianda y el plácido manjar,
pero no hay la alegría ni el afan de reir
que animaron antaño la cena familiar
y mi madre que acaso algo quiere decir
ve el lugar del ausente y se pone a llorar.[2]

[2] *Balnearios,* Barranco, Lima, año VI, número 229, 24 de octubre de 1915.

Es muy importante subrayar que los adjetivos que Valdelomar usa en esos versos tienen la misma pluralidad y melodiosa reiteración que los de *El caballero Carmelo*. De ahí que parezca tan inoportuno el reproche de López Albújar por el empleo de tres adjetivos convergentes con que "El Conde de Lemos" esmalta un juicio atribuido a don Manuel González Prada respecto de los "colónidas".

La sensación de orfandad, en la que se condensan la soledad y la ternura, predomina en toda la obra valdelomariana, incluyendo la "Evocación de las granadas" y las otras de 1910-1911. De paso debemos advertir que los poemas de *Las voces múltiples* abarcan composiciones de 1910 a 1916, tienen por eso un marcado sabor antológico. Si los comparamos con otros anteriores, que se recogen en *Obra poética*, veremos que el autor ha eliminado concienzudamente toda alusión historicista, todo resabio parnasiano y que, en cambio, dando alas a sus más íntimos sentimientos, se esfuerza por resaltar su parentesco espiritual con González Prada (el de *Minúsculas*) y Eguren (el de *La canción de las figuras*), con Samain y Francis Jammes. Es también interesante advertir que no sigue a Whitman ni siquiera en la tentación polirrítmica de "Luna Park". El método enumerativo característico del Antiguo testamento (sobre todo del Pentateuco) y de *Leaves of grass* es sustituido por el de dicotomías y series paradojales con lo que se acerca a Wilde, sin confundirse con Whitman y presagiando a Neruda.

En el fondo, los grandes poetas son todos uno. Intensidad mayor o menor, sus caminos son paralelos. Acabarán confundiéndose. Se comprende entonces la entusiasta adhesión y hasta la sintonía de Abraham con algunos poetas de Ecuador, México y Chile; su fervor por Nervo, su actitud paternal hacia Medardo Ángel Silva y Ernesto Noboa; su simpatía por

Manuel Magallanes Moure, Jorge Hubner Bezamilla y por esa ninfa agonizante, pastora herida cuya estrella despuntó en 1915, Gabriela Mistral.

En julio de 1916, Enrique López Albújar, que se hallaba en Piura en funciones periodísticas o judiciales, recibió una invitación de don Augusto Durand, propietario de *La Prensa* de Lima, para ocuparse de la jefatura de redacción del diario. Durand quería variar el tono y el personal de su periódico del cual en definitiva formaban parte Benjamín Pérez Treviño, Alfredo González Prada, Alberto Ulloa, Valdelomar, Yerovi, Edgardo Rebagliati, Emilio Delboy Dorado y Julio Portal. Su dirección la había entregado a un señor Castañeda, que no era letrado ni periodista, pero sí ingeniero y pariente del dueño.

López Albújar se encargó de su nueva actividad supliendo en parte los efectos producidos por las voluntarias bajas de Pedro Ruiz Bravo, José Carlos Mariátegui, César Falcón, Enrique Guzmán y Vera y Humberto del Águila, que pasaron a constituir *El Tiempo*. Zarparon también Cisneros, para fundar el diario *El Perú* en asociación con Enrique Bustamante y Ballivián; Ismael Silva Vidal; Federico More y Enrique Casterot y Arroyo. El periodismo se hallaba en manos quizá demasiado doctas, absolutamente literarias. Valdelomar respiraba en su campo.

Ocupaba un escritorio en el segundo piso, al fondo. Como él lo ha descrito en su artículo "Omega la calavera, mi amiga", la pieza era pequeña, pero bien decorada con un gran parasol chino, un retrato de Abraham (de 1917), hecho por Raúl María Pereyra, en el cual sostiene en una mano la calavera extraída de las ruinas de Pachacamac. La calavera estaba siempre en realidad, de hecho, sobre el escritorio. Se veía además una especie de facistol, muchos cuadros, dibujos y retratos. Desentonando con el am-

biente, dos vulgares, aunque confortables, sillones Morris. Sentado en uno de ellos a comienzos de 1917 conocí al poeta Eguren, que hablaba como un iluminado.

Valdelomar, firmando como "El Conde de Lemos", publicaba casi diariamente su sección titulada "Palabras" sobre temas del día. A propósito de la aparición de un prosaico y útil libro del ingeniero José Antonio de Lavalle y García, hermano de Juan Bautista, titulado *Las necesidades del guano en la agricultura nacional*, "El Conde de Lemos" insertó un comentario en la edición del 23 de septiembre (1916), día de la primavera y de la presentación bélica de la "nueva generación". Aquel artículo —uno solo— dio lugar a una especie de polémica (o mejor, autopolémica) con López Albújar. Éste firmaba "Sansón Carrasco". Herido por unas frases de Valdelomar, disparó hasta cuatro artículos sucesivos. Valdelomar había escrito en aquel comentario:

> La mayoría de las gentes criollas encuentra a menudo ocasión para lamentarse de la joven generación a la que tengo el honor y el orgullo de pertenecer. Es en lejanas tierras donde se la exalta y aplaude con entusiasmo y cariño; es en el extranjero donde se hace justicia a la juventud peruana que piensa, que siente, que trabaja y que espera.
>
> El muy insigne príncipe de las letras nacionales, don Manuel González Prada, afirmaba, hace poco, en privada charla, que la generación de hoy es la más fuerte, fecunda y valiosa de las generaciones literarias que haya tenido este pueblo, algunos de cuyos artistas, prosadores y poetas de otrora llegaron a la equivocación lamentable de exaltar ciertas viandas criollas como *motivo* estético. Tomaron por fundamento y caracterís-

tica del alma popular y criolla lo que era transitorio y secundario. El criollismo entre nosotros, el noble criollismo, la gentil literatura del terruño comienza, si no me equivoco, con el cuento "El caballero Carmelo".

Después de este impresionante autodescubrimiento, autoalabanza y autoelogio, Abraham enumera entre las obras significativas de "la nueva generación" las de Eguren, Bustamante y Ballivián, Gibson, Aguirre Morales, Luis Emilio León, César A. Valdivieso, José Antonio de Lavalle y *Las voces múltiples*

> capricho lírico de ocho jóvenes escritores que quisimos hermanar nuestro esfuerzo realizando una obra que fuera noble lazo y fuerte vinculación artística y fraternal, libro cuyo justo elogio hemos hecho los propios que lo escribimos y que el público, ignorando la belleza que encierra, no ha querido comprar.

Fuera de cierto énfasis en realidad pueril, nada parece allí irritante, salvo quizá el puntazo contra los criollistas "más antiguos y menos literarios". Lo demás no pasaba de un capítulo adicional a la campaña de afirmación *au rebours*, típica de *Colónida*.

¿Por qué se enfadó tanto "Sansón Carrasco", es decir, Enrique López Albújar, que hasta entonces sólo había publicado magros poemas galantes y chirriantes prosas panfletarias? ¿Por qué recogió el anatema a los "criollistas banales", él, que no se había consagrado aún con *Los cuentos andinos* editado en 1920? ¿Es que López Albújar participaba de la conducta antivaldelomariana del señor Durand? ¿Es que ya pretendía destacarse, contradiciéndolo, del rumbo de los nuevos, como se vería en 1927, en

la portada de *Calderonada,* donde inscribió el desafiante marbete de "novela retaguardista" como reto a los "vanguardistas" que ya campeaban en nuestras letras, cual legatarios de *Colónida?*

Como quiera que fuese, "Sansón Carrasco" se lanzó violento a la palestra y la emprendió contra Valdelomar y su grupo, en términos que no pueden soslayarse por lo que traducen de cierto "ánimo público".

Fueron cuatro los artículos de "Sansón Carrasco", o si se prefiere, cuatro partes de un solo artículo [3] titulado "Tres epítetos gruesos y una exageración verdadera". Los tres epítetos del enredo están en la frase "la más *fuerte, fecunda* y *valiosa*", aplicada por González Prada a la generación "colónida", según testimonio de su gonfalonero Valdelomar.

No estuvo afortunado López Albújar en su redoblada réplica. Pecó de apasionado, susceptible, injusto y dilatado. Valdelomar tuvo el buen tino —y mejor gusto— de no contestar. Siguió publicando su sección "Palabras" sobre los más diversos temas, como si el ataque no le rozara. Siguió compartiendo la misma casa, el mismo órgano de publicidad, la misma página con el enconado "Sansón Carrasco", quien había principiado su contrataque de agria manera:

> El Conde de Lemos, conde por obra de sus tendencias aristocráticas, a pesar de sus criollas aficiones gastronómicas, con esa desenvoltura que le caracteriza en todo, acaba de estampar en un artículo titulado *Impresiones* las palabras que dejamos trascritas y que aparecen como dichas por el Pontífice de nuestra literatura.

[3] *La Prensa,* Lima, 26, 28 y 30 de septiembre y 3 de octubre de 1916.

El empleo de tres adjetivos parece que indignó a López Albújar. Fue característica de Valdelomar, desde 1913 al menos, usar dos y tres adjetivos, al modo de Valle Inclán, Eça de Queiroz y Azorín, sus autores predilectos. A López Albújar tampoco le satisfacía la conducta valdelomariana. Dice:

> no soy acólito suyo ni comulgo en las capillas de su generación, pues durante quince años he estado caminando solo y por donde he querido, con mi hacha de sílex al hombro, sin cortesanos ni pactos de adulaciones recíprocas con los del oficio, no puedo quedarme callado ante un concepto que tiene más de vanidoso que de intencionado.

¡Guerra abierta! "Sansón Carrasco" reclamaba por lo menos tres adjetivos elogiosos para su generación: "pujante, luchadora y viril". Se deleita en seguida refiriendo los méritos de quienes siguieron a González Prada y a Chocano y que no pertenecieron a "vosotros señoritos del *Palais Concert* y del *Excélsior*". En realidad, "Sansón Carrasco" también exageraba las notabilidades de su tiempo y la cuantía de los adjetivos. Terminaba diciendo:

> Señor Conde de Lemos: Yo, Sansón Carrasco, *prosador máximo* (¡olé, poder del contagio!) y poeta mínimo de una generación que se va, os consagra príncipe intelectual de la generación que ha llegado, con toda la seriedad de que soy capaz en mis momentos de penuria económica y os emplazo para dar una de estas tristes noches de luna a la sombra de un ficus melancólico, daros el espaldarazo de mi sincera estimación.

El remate, al menos, era cordial. Repito: no hubo respuesta.

Algo que no se debe olvidar es la exacerbación esteticista de "El Conde de Lemos". A veces llega a hipérboles de dudoso buen gusto como su poema en prosa de elogio al violinista Andrés Dalmau, pero en otros, y en los más, alcanza una plenitud expresiva de escritor de verdadera enjundia, cual se advierte en su delicada y levísima sección "Fuegos fatuos", que empieza a publicarse en *La Prensa.* Comparemos dos fragmentos: he aquí la conclusión del elogio a Dalmau:

> Brota la Extraña Sonoridad de la copa honda, maestra vibrante y crujiente al restregarse en su loma el arco masculino y eléctrico. La caja, extraña rana galvánica, vibra al roce de la multicorde vara mágica y unánime.
>
> ¡Dalmau! ¡Dalmau! ¡Dalmau!
>
> Yo, máximo escritor de una juvenil generación de artistas, te consagro mi canto sonoro, armonioso y robusto.
>
> Salve Lírida [4]

Frente a esta exaltación, tendamos la magia de estos párrafos de su primera crónica "Fuegos fatuos", en la que hace gala de un auténtico dominio del idioma y de sus lecturas de clásicos y neoclásicos, entre ellos indudablemente "Azorín": "La primera hoja seca (a Sofía)":

> Durante las horas de estío, en los cementerios aldeanos, allí donde sepultan a los muertos bajo la hierba húmeda, en pleno regazo de la tierra,

[4] A. Valdelomar, "Loa máxima a Andrés Dalmau", en *La Prensa,* 29 de agosto de 1916.

en el íntimo albergue de la naturaleza, cuando llueve, en la estación ubérrima y fecunda, sobre la extensión florecida, bajo los constelados cielos del verano, suelen encenderse sobre las tumbas, lucecillas precarias, breves y cambiantes que los hombres llaman fuegos fatuos.

...Luces raras que nacen en los camposantos, fuerzas que impulsa la muerte, colores vanos que alientan la forma corpórea corrompida, fuegos fatuos que surgen en mi espíritu sobre tantas ilusiones muertas: tales estos artículos breves y luminosos que te ofrezco, lector selecto.[5]

Maravillosa eclosión de adverbios y adjetivos: culminación de un estilo.

Llegó entonces a Lima José Vasconcelos huyendo de la vorágine de la Revolución Mexicana, en cuya primera etapa tuvo actuación descollante como miembro que fuera del Ateneo de la Juventud. Era a mediados de 1916. De inmediato, según cuenta en *Ulises criollo* (primer tomo de su autobiografía), se dedicó Vasconcelos a una agencia de comisiones y, al cabo de más de un mes, entregó a José de la Riva Agüero una carta de presentación, que le había dado, en México, Pedro Henríquez Ureña, el magnífico humanista dominicano, motor central del Ateneo de la Juventud. Riva Agüero, según refiere Vasconcelos, fue muy fino con él; lo llevó a su casa, le presentó a sus amigos, lo introdujo en la Universidad de San Marcos, fue atento, generoso y cordial, pero no coincidía con su espíritu. Vasconcelos destaca los ribetes reaccionarios de su amigo y critica, a través de él, los de la aristocracia virreinal limeña. Vasconcelos había venido a Lima con una *amie du coeur* llamada Adriana, mujer sumamente provoca-

[5] *La Prensa*, 26 de noviembre de 1916.

tiva, algo veleidosa y muy bella. Adriana rompió aquí con su amigo mexicano. La noche del drama semidoméstico, Vasconcelos estuvo con Riva Agüero a quien confió su cuita. Como era de esperarse, Riva Agüero, agnóstico en materia de amor, no le entendió:

> se rió, pero sin malicia, simplemente lo que se llamaría criterio de objetividad. El efecto que me causó fue brutal, pero me callé; no hablamos más del asunto...

Después de dejar al señor marqués, como le llamaban en broma sus íntimos, en la puerta de su casa, Vasconcelos fue en busca de alguien que entendiera su angustia, fue en pos de Valdelomar. Cedamos la palabra al maestro de *Indología, La raza cósmica* y *La tormenta:*

> Era menester hallar uno más comprensivo de las debilidades humanas, y pensé en Valdelomar. Era este Valdelomar un "as" de su generación, no más de treinta años, más bien alto, robusto, moreno, pelo negro bien peinado y vestido con afectada elegancia. El mejor cronista limeño; se le encontraba por la noche en *La Prensa,* diario independiente, grande. La página literaria que dirigía la había puesto Valdelomar a mis órdenes, pero no escribía allí; me limitaba a visitar el diario de cuando en cuando.
>
> —¿Qué se va a hacer esta noche? Lo invito a cenar.
>
> —Muy bien —respondió mi amigo—, pero iremos donde los chinos. ¿Ya conoce el barrio chino? ¿No lo ha visitado? ¿Qué, es usted muy virtuoso? No lo creo, ¡un revolucionario de México!, en fin, no creo que se alarme de nada.

Tras el aperitivo en la confitería de moda, donde se exhibía Valdelomar metódicamente, comenzamos a deambular por el barrio chino. Estuvimos unos minutos en el teatro de proyecciones y gritos, diálogos que no acababan nunca. Entramos después a una pulpería —tienda de abarrotes— de apariencia inocente. Se hizo señas Valdelomar con un chino, y nos introdujeron a interiores sombríos divididos en secciones, alfombradas con esteras y encima pequeños bancos para colocar bandejas, para reclinar la cabeza otros, y cojines de almohadas. Ya me había llegado la noticia de que Valdelomar andaba con el snobismo del opio; pero hube de confesarle que era la primera vez que me asomaba a semejantes escondrijos, y eso que en México, se lo dije, tuve mucha clientela china cuando fui abogado, pero ¡allá tan lleno de ocupaciones!

Sentados a lo oriental, lo que para mí es un tormento, tuvimos que esperar breves minutos para que el chino encargado, gran amigo de Valdelomar, nos trajera una mesilla y la lámpara; luego, de una cajita plateada extrajo una onza de la sustancia preciosa, dorada, ambarina. Con destreza tomó Valdelomar su aguja y la empapó en el líquido viscoso; en seguida, acercando la gota a la flama, se hizo una esfera refulgente, se difundió un aroma delicioso, penetrante, característico. Empastó después el agujero de una pipa larga con la sustancia olorosa y picó para restablecer la corriente de aire en la cánula.

—Vea cómo hago para que me imite —y aspiró con los pulmones; chirrió un poco la droga al ser acercada a la flama y un humo más denso que el del tabaco y mucho más aromático, describió es-

pirales, salió poco después por la boca y las narices del fumador.[6]

Después siguieron conversando y fumando. Según Vasconcelos, Valdelomar insistió en las excelencias del estilo y en citar a Óscar Wilde. En una de sus confidencias le habló de cierto poeta joven que rivalizaba en arrogancia con él, refiriéndose sin duda a Hidalgo (Vasconcelos confunde Arequipa con Huancavelica). Para mejor comprensión, trascribo el pasaje atribuido a Valdelomar:

> —Imagínese usted lo que me pasa... como usted sabe yo soy el maestro de esta nueva generación de poetas y los tengo educados en el orgullo de la personalidad; es necesario hacerlo así para hacer respetar al intelectual en estos medios mercantilistas. Pues bien, me ha salido en provincias un discípulo que me está sacando el pie. Ha hecho publicar unos versos en que dice: "Paso por las calles como un Dios..." ¡Habráse visto arrogancia y por las calles de Huancavelica!... Si siquiera se pasease por Lima.[7]

Se trata de una *pose* más; sin embargo, ella surge en una oportunidad que podríamos calificar de "momento de profunda sinceridad": sobre la tarima del fumadero. ¿Le causaba algún celo Alberto Hidalgo, que era aquel aprendiz de Dios? Pienso que no. Apenas llegado Hidalgo a Lima, a mediados de 1916, fue absorbido por Valdelomar. Se consideraron y se amaron. Veremos después en qué medida.

[6] José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Obras completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, Colección Laurel, 1957, tomo I, pp. 1048-1049.
[7] José Vasconcelos, ob. cit., tomo I, p. 1050.

El paso de Vasconcelos por Lima fue lento, largo y fructuoso. La conversación sobre la tarima de opio había durado horas y pasado por numerosas y variadas facetas. ¿De qué no tratarían? Valdelomar, comentando las preocupaciones de Vasconcelos acerca de su pueblo, le dijo:

> —¿Para qué quiere usted ahora que entre ese Pancho Villa y ese Carranza que tiene cara de ser tan bruto? Estos pueblos, mi amigo, no nos merecen a los intelectuales. Dedíquese, mi amigo, como yo, a explotar burgueses. Esta sociedad de Lima... usted la ve, son unos burgueses sin gusto por el arte, la literatura; hay que educarlos... educar y explotar al burgués... para que nos pague a los intelectuales el lujo a que tenemos derecho.[8]

Vasconcelos quedó vivamente impresionado de aquella conversación con "El Conde de Lemos", quien publicaría una semana después, según el testimonio del propio escritor mexicano, "Los gallinazos de Lima", que en realidad fue el artículo "Psicología del gallinazo"[9] con el que ganó el concurso organizado por el círculo de *La Prensa* en abril de 1917. La fijación cronológica es, pues, casi inobjetable. Vasconcelos reproduce, según su memoria, la forma como Valdelomar se refirió al estilo de un escritor y al suyo propio:

> —Está bien, está bien; pero, el estilo, mi amigo, el estilo; recuerde usted a Óscar Wilde. ¿Conoce usted la prueba a que someto yo un estilo? Me pongo a ensayar un cambio de las palabras que

[8] *Ibid.*, I, 1050

[9] *La Prensa*, Lima, 17 de abril de 1917.

ha usado el autor; si lo que yo sustituyo resulta mejor, el estilo es malo; si no puedo hallar un léxico más preciso, el estilo es bueno... Su estilo es claro, preciso.

Este comentario surgió a raíz de que Valdelomar le dijera: "¿Sabe usted lo que me gusta en su *Pitágoras?* El estilo."

La alusión al *Pitágoras* de Vasconcelos y esta conversación, nos ilustran sobre otros extremos. Valdelomar mantenía cordialísima amistad con Pedro S. Zulen, joven filosofante peruano, quien publicaría poco después una excelente tesis universitaria de interpretación y crítica de Bergson e introduciría el behaviorismo en la literatura filosófica de la Universidad de San Marcos; Zulen fue íntimo de José María Eguren y de Enrique Bustamante y Ballivián, y él mismo escribió versos, sobre todo durante su permanencia en Harvard. Zulen era hijo de chinos: hombre taciturno, recogido, intenso y erudito. Tengo la seguridad de que influyó en la subsiguiente proclividad a la filosofía que trató de mostrar "El Conde de Lemos". Pero, sin duda, fue Vasconcelos quien determinó el rumbo estetizante de esa afición filosófica. Por de pronto, a partir de 1916 surge a menudo el nombre o alguna frase de Pitágoras en las publicaciones valdelomarianas. Inclusive la primera página de *Belmonte, el trágico* trae una mención del insigne poeta y matemático griego. La iniciación de sus conferencias sobre temas estéticos se remonta a 1917, justamente poco después de la ida de Vasconcelos y de haber frecuentado su trato y su lectura. El mexicano preparaba en esos momentos sus libros *Monismo estético* y *Estudios indostánicos,* ambos saturados de pensamientos paradójicos y exóticos, de esos que removían hasta el fondo la curiosidad de Abraham. Obsérvese que la conferen-

cia "Brillantes inconexiones estéticas" es de mayo de 1917 y la dicta en el Centro Universitario. Vasconcelos era un apasionado de la universidad, de la filosofía y, dentro de la filosofía, de la estética. Cuando años más tarde aparece el sugestivo volumen de la *Estética* de Vasconcelos, asombran su imaginación y su capacidad interpretativa; su conocimiento y su lirismo; su violencia y su sencillez.

XIV. UN NUEVO PROMETEO (1917)

DESDE mediados de 1916, como testigo excepcional y forzado de nuestro despertar a la cultura, se hallaba en Lima, según dijimos, el licenciado José Vasconcelos. El fogoso escritor mexicano, que había experimentado ya la fiebre de la revolución de su país y ejercido el poco fácil cargo de secretario de "Pancho Villa", acabó por salir huyendo de la hoguera y de sus atizadores. No era su mejor momento. En México había conocido muy de cerca, también al lado de Villa, a nuestro poeta José Santos Chocano. El vate limeño fue uno de los hombres a quienes el "bandolero divino" respetó, pese a tantas circunstancias adversas a cualquier leal entendimiento entre ambos. De contera, recordemos que también fue secretario de Doroteo Arango el insigne novelista Martín Luis Guzmán, autor de *El águila y la serpiente* y a quien se deben las pintorescas y barbarizantes *Memorias de Pancho Villa.*

Vasconcelos fue siempre hombre inquieto, tumultuoso y explosivo. Nació en Oaxaca en 1881; contaba pues a la sazón treinta y cinco años, y se había hecho notar por su capacidad magistral y filosófica. Como antiguo miembro del Ateneo de la Juventud, del que emergieron varios de los principales colaboradores de Francisco I. Madero, presidente mártir, el licenciado don José gozaba de la franca amistad de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), uno de los hombres de más altos quilates intelectuales que haya producido nuestra América. Pedro, mulato sonriente y delicado, pese a su entonces corta edad, dictaba permanente cátedra de cultura y erudición a

jóvenes tan significativos como Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo, Antonio Caso y José Vasconcelos. Éste llegó a Lima premunido de una carta de presentación de Pedro dirigida a Riva Agüero; pero de inmediato se enredó en afanes comerciales. Tenía Vasconcelos los ojos afiebrados y grandes; la frente alta; el pelo duro y negro; la sonrisa torcida; el bigote corto; ancho el tórax; algo pesado el andar. Al cabo de más de un mes de llegado a Lima visitó a Riva Agüero para presentarle la carta de Henríquez Ureña. Ahí, como hemos dicho, conoció a Valdelomar.

Hemos reseñado el ambiente literario de Lima en aquel año de *Colónida* así como las polémicas valdelomarianas. En cambio, en casa de Riva Agüero, todo respiraba tradición y paz.

Vasconcelos describe del siguiente modo a su amigo "el marqués":

> Riva Agüero, aristócrata de sangre, que años más tarde revalidó sus pergaminos en España, era rico por herencia, monárquico de abolengo, historiador de profesión. Además trabajador metódico, austero en sus costumbres, frugal en sus gustos y de carácter decidido, a pesar de su físico sonrosado y menudo, un poco obeso. La luz irónica que brillaba a través de sus espejuelos, hubiese alarmado cualquier aplomo si no fuese porque la sonrisa cordial denunciaba una bondad positiva. Me paseaba por su Lima, al atardecer, mostrándome los rincones añosos, iniciándome en el gusto del pasado, del que carecía yo por completo en aquella época aturdida.[1]

[1] Vasconcelos, *Obras completas*, I, p. 1032.

En otras páginas, tituladas "Recuerdos de Lima",[2] Vasconcelos relata su vida en la capital peruana. Dice que en ella se gozaba de libertad, visibe alusión a las perturbaciones mexicanas, y que en la noche se bailaba y reía, porque "los limeños son transformadores".

Realmente, Lima atravesaba por una etapa de goce, de plenitud, lo cual no quiere decir que reinase la felicidad para todos. La apariencia general reflejaba contento y satisfacción.

Al comenzar 1917, un periodista de *Balnearios,* aprovechando que Valdelomar había trasladado su residencia al Barranco, le formuló una serie de preguntas. En parte resultó un autorreportaje, o sea un Valdelomar visto en su propio espejo. Empero, quizás no haya confesión más sincera, audaz y pintoresca de "El Conde de Lemos" que aquella entrevista. Comienza así:

> Abraham Valdelomar ("Conde de Lemos") está entre nosotros. Ha llegado una de estas tardes de verano, enamorado de la Poesía, de la Belleza, y de la Paz de Barranco. Ha venido —él mismo lo cuenta— a purificar su espíritu, harto de la insultante vulgaridad de la Metrópoli que, según dice él graciosamente, es hollín que tizna. Ha cambiado con el mismo gesto de amplia displicencia con que escucha y habla, los cocktails y tés aristocráticos del Palais Concert por los almuerzos en los baños y los modestos aperitales aldeanos...
>
> ...Abraham Valdelomar es motejado —¡oh Gutiérrez de Quintanilla!— de ser ensoberbecido, petulante, ridículo poseur y hasta de mal literato: blasfemos. Aquí en este país de mojigatos y de ventrales, la sinceridad es un crimen.

[2] Vasconcelos, *Obras completas,* I, p. 84 y *ss.*

Después de este *introito,* del más puro corte valdelomariano, el cronista, Alejandro García Salazar, le pregunta:

—¿A qué ha venido usted a Barranco?

—A lavar mi espíritu en la diafanidad del cielo y a perfumarlo con el perfume de los campos. Oiga usted: mi espíritu es como una gran ánfora griega, que suele enhollinarse con la vulgaridad de las gentes metropolitanas. De esta suerte, la vulgaridad es el hollín del espíritu...

García Salazar le indaga sobre si, "sinceramente", Abraham amaba a Barranco. La respuesta, como de costumbre, excede a la pregunta y comprende nuevos puntos de vista personales:

Las gentes dudan de mi sinceridad. ¿Por qué? Si yo no fuera sincero ¿podría ser artista? Soy sincero, y la sinceridad mana de mi corazón, serena y sin esfuerzo, como el agua clara brota de la roca en el barranco florecido. Llevo mi corazón en las manos, sangrando y tembloroso de emoción por toda la belleza que Dios ha puesto sobre el mundo; y si lo oculto a veces no es por pueril medrosidad sino por una piedad ingenua, por un azul candor de que me lo quiten, de que le hagan daño. Cuando llevamos nuestro corazón en las manos, las gentes gustan de hacerlo sangrar. Yo no quiero a los que pegan a los corazones. Yo quiero mucho los corazones. Hay cholos que se complacen en dañar corazones...

Cuando García Salazar pregunta qué escribe en esos momentos, Valdelomar contesta:

Versos, versos. Lindos versos. ¿Leyó usted mi *Epístola Lírica...?*

De pronto interrumpe la *interviú*. Lo hace, según el clásico modo valdelomariano, con un desplante. Oigámoslo:

> —No, no quiero hablar. Hoy estoy inteligente, hoy quiero escribir. ¡Qué cosas tan nobles podrían escribirse bajo la paz de estos jacarandas! Yo quiero mucho lo que escribo. Cuando tenga hijos, los querré tanto como a mis artículos.

Este pensamiento sobre una posible paternidad biológica no aparece más en la obra de "El Conde de Lemos". Continuando la confidencia, dice que su autor favorito depende de las estaciones.

> En invierno me gustan las misteriosas tragedias de Maeterlinck; en otoño leo a Kempis, porque Kempis es otoñal; en la primavera, en los días luminosos que no tienen aún el calor procaz del estío me gusta Pitágoras. Pitágoras es diáfano y claro como un cielo de Primavera, cuyas nubes estuvieran preñadas de ideas... En verano leo a Rudyard Kipling.

Desde luego, esta distribución de las lecturas por estaciones cronológicas, retrata una vez más el prurito de impresionar con originalidades no siempre auténticas. Agrega Valdelomar que estaba leyendo en ese momento a Robert Browing, lo que acaso resultaba harto forzado dado el parvo dominio del inglés que lo caracterizaba. Luego, en un despliegue bastante irregular de lecturas, confiesa su admiración hacia "los (escritores) de un profundo lirismo viril; el gran poema a lo Whitman, a lo Chocano; la fantasía a base de una profunda ciencia como Wells", todo lo cual, si sincero, no deja de ser abigarrado. Terminando la entrevista interroga el periodista:

—¿Ama Ud. la vida?

—Sí. La amo, pero no estoy enamorado de ella, porque la amo con una gran inquietud. Yo soy un torturado.

Declara que cree en Dios. Concluye el reportaje de un modo propio de Abraham:

—Son las seis. Vámonos de aquí. Yo no quiero estar aquí. Esto me aburre. Ya comienzan a llegar hombres gordos. Me manchan el paisaje. Váyase usted un momento. Déjeme solo. Al crepúsculo, prefiero estar solo. Pero, no se moleste. Yo soy más amigo del crepúsculo que de usted. Véalo, qué lindo: sangre, sangre, sangre, nubes, ideas, tristeza, muerte—.[3]

Verdaderamente esta crónica, que recoge tan íntima y fielmente el pensamiento y la expresión de Valdelomar, puede servir como clave de una interpretación profunda.

Entraba el segundo mes de 1917. Fue entonces, y en vísperas del carnaval, el sábado 15 de febrero, a prima noche, cuando ocurrió un trágico suceso que conmovió a todo el país y, en especial, a sus medios literarios y periodísticos: el asesinato de Leonidas N. Yerovi.

Yerovi era el más popular de los poetas jóvenes de su tiempo. Escribía con gracia, musicalidad, picardía y gentil desembarazo. Era un auténtico modernista. Físicamente se le veía alto, erguido, achinado de ojos, de nariz respingada y aire *nonchalant*. Se había ganado desde joven —entonces andaba por los treinta y seis— la simpatía y la admiración de burgueses y *snobs*, de beocios y atenienses, de román-

[3] Cfr. *Balnearios*, Barranco, Lima, enero de 1917.

ticos y modernistas. Sus obras teatrales, sobre todo las popularísimas *Las de cuatro mil* y *La gente loca,* que estrenó en Buenos Aires, habían impuesto su nombre en las carteleras teatrales. Políticamente pertenecía al partido demócrata; formaba parte del núcleo pierolista de *La Prensa.* Había visitado varias veces la cárcel a consecuencia de algunas conspiraciones y revueltas. Escribía a diario una punzante y burlona sección política. Pero sobre todo le habían labrado amplio pedestal sus letrillas y sus poemas líricos, algunos de los cuales ("Recóndita", "Viajeros de ida y vuelta", "Primavera interior", "Madrigalerías", "Sonatina", "La señorita Ilusión") tienen derecho a figurar permanentemente en las antologías. Caprichoso y bohemio, Yerovi solía beber más de la cuenta y entonces se mostraba harto belicoso. Enamoradizo y veleidoso, aunque había formado hogar y tenía dos hijos, gustaba de las aventuras galantes, sobre todo con actrices y cupleteras. La noche del drama, Yerovi escribía en *La Prensa* una "Canción de carnaval" que debía publicarse al día siguiente, domingo de carnestolendas. Estaba entusiasmado componiendo su poema cuando el portero Muñoz (un viejo esquelético y silencioso como un zombi, a quien Valdelomar atormentaba pidiéndole a grito herido que le comprara flores) llamó a Yerovi en nombre de un terco visitante. El poeta abandonó violentamente su escritorio. Salió al encuentro del que lo llamaba. Hubo un cambio de palabras intenso y veloz. Yerovi prefirió continuarlo fuera del periódico. Bajaron a la puerta del diario. Ahí se produjo el fatal pugilato. El visitante empuñó su revólver; sonó un tiro. Bañado en su propia sangre, el poeta se desplomó malherido. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Yerovi expiró a las pocas horas; el que lo había herido se entregó a la policía. Era un ingeniero chileno de apellido Sánchez, amante o

marido de una actriz, "la Argüello", a quien Yerovi galanteaba. En el diario *El Perú,* Luis Fernán Cisneros, por largos años compañero de Yerovi, publicó al día siguiente un vibrante editorial cuyas palabras iniciales decían así: "Por mano de chileno y malvado..."

Lima sintió en lo más íntimo de su sensibilidad aquella tragedia.

Como hemos visto, Valdelomar residía en Barranco. Muchas veces, a lo largo de su obra y sobre todo en su discutida *Epistolae liricae* a Alberto Hidalgo, ha insistido "El Conde de Lemos" en lo que para él significaba vivir en la paz eglógica de aquel pueblo florecido, refugio de poetas y escritores, entre ellos, José María Eguren, Juan Parra del Riego, Enrique Bustamante y Ballivián, Manuel Beingolea, el incansable Alfredo Muñoz, director de *Balnearios.* Tenía aquel lugar un prestigio singular. Ni dormido y orgulloso como Chorrillos, ni lleno de "gringos" como Miraflores; criollo y mesocrático, con los molinos de viento y sus borricos cansinos. Barranco poseía muchos rincones de ensueño y un apacible poético parque bordeado por ficus y jacarandas. Estaba apenas a quince minutos de Lima, yendo en el tranvía eléctrico. Las noticias de la urbe llegaban a Barranco sin tardanza. Así fue como al amanecer el domingo 10, Valdelomar, que se hallaba descansando, oyó que su madre llegaba a despertarlo, desesperada, con la fatal noticia. Abraham quedó estupefacto, luego le entró una extraña desesperación. Fruto de ella fue el discurso que pronunció el lunes 17 en el cementerio, ante el ataúd del poeta asesinado. Ese discurso tuvo consecuencias literarias y sociales de inconmensurable cauda.

El entierro de Yerovi, pese a que se realizó en la mañana del lunes de carnaval, congregó un inmenso gentío. En ese tiempo las festividades de

Momo significaban la paralización total de la vida citadina, con las molestias inherentes a las bulliciosas y humedecentes costumbres de su celebración. Nadie se atrevía a salir a la calle, salvo que estuviera resuelto a "jugar carnavales", es decir, a mojar a todo el que se le pusiera al alcance o a sufrir en baño intempestivo las consecuencias de su audacia. A pesar de ello, repito, el entierro del poeta fue multitudinario. Se explica: concurrieron no sólo los colegas de *La Prensa, El Perú, La Crónica, El Tiempo, Variedades, Lulú,* sino que asistieron también los pierolistas de la vieja guardia; los liberales de nuevo cuño; los innumerables lectores y admiradores de los versos de Yerovi; los amantes de lo truculento y muchos desocupados por ser segundo día festivo.

Frente al ataúd se desarrolló la penosa teoría de los discursos necrológicos de que tanto se burlara el involuntario, pero sordo oyente de aquel desatado y póstumo enjambre de abejas lúgubres. Valdelomar, vestido de negro, cabalgando sobre su pequeña nariz los desafiantes quevedos, serio, casi petrificado, avanzó y con su clara voz chillona, empezó su insólito y bello discurso:

> Señores: un hombre malo vino desde muy lejos, desde unas costas rocallosas, desde un mar siempre colérico bajo el cielo gris... Después de llegar entró en nuestra casa, allá abajo, se lo llevó para matarlo. Mis compañeros salieron a buscarlo, y cuando lo vieron ya caído y lleno de sangre, se pusieron a llorar.
>
> Oye, hermano Leonidas: yo te quiero contar lo que ha pasado. Yo vivo allá en Barranco, junto al mar. Yo estaba soñando, a la aurora, cuando entró mi madre sollozante y me dijo: —Corre, corre— Un hombre malo ha matado a tu amigo. ¡Corre!

Yo venía jadeando, pero no podía llorar. Subí a *La Prensa*. En el gran salón sobre la gran mesa de caoba había una camilla y en ella estaba un cuerpo cubierto por un lienzo blanco. Yo preguntaba por ti. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermano? ¿Quién se ha llevado a mi hermano? ¿Le han hecho daño? Y todos lloraban, lloraban.

El sol parecía tener miedo. Entraba oblicuamente y se asomaba como un niño asustado. Olía a dolor. Estaba tan oscuro que la sábana blanca. parecía en la retina la persistencia del cuadro de luz de la ventana... Yo sentí que tú estabas ahí, y me acerqué. De la calle subían frases inconclusas en las cuales tu nombre iba unido a palabras pavorosas y absurdas. Cada hombre tenía la mirada fija en un punto invisible y tan distante que la retina no le alcanzaba. Esas miradas que tienen los hombres cuando piensan en una cosa muy triste y sin remedio. Luego lloraban, lloraban, pero yo no podía llorar.

Como se ve por los párrafos trascritos, el discurso no tenía nada de común con las oraciones protocolarias que usualmente se dedican a los muertos. Pero a cambio de su rareza, respiraba angustia, armonía y candor. A medida que las palabras de Valdelomar brotaban entre el frío silencio del cementerio, crecía un sordo rumor hostil. Cuando concluyó su oración, se oyeron gruñidos. Uno de los amigos más íntimos de Yerovi, el cronista taurino y sainetero José Ruete García, a quien apodaban "El Moro Muza", por su aire contrito, su barba de candado y su mirada ausente, se acercó a "El Conde de Lemos" con el violento ánimo de agredirle. "Este marica de m. . .", profirió torpe y airadamente. Le contuvieron. Valdelomar, inconsciente de la ola de repudio que había despertado su nada vulgar discurso, se dirigía a

paso firme hacia la puerta del panteón. Quizás percibió algún dicterio. Comprendió que su sensibilidad y su espontaneidad estaban en abierta y definitiva riña con lo consuetudinario.

Al llegar al periódico se dio cuenta del abismo que se había abierto entre él y sus compañeros de redacción. Sin duda por eso cinco días después, el 22 de febrero, aparecía en las mismas columnas de *La Prensa*, a modo de satisfacción a *"Monsieur-qui-ne-comprend-pas"*, un artículo acerca de Yerovi, inserto en su habitual sección "Fuegos fatuos". Por él sabemos que Abraham ocupó, a partir de entonces y hasta que se despidió de *La Prensa*, el escritorio de Yerovi, su entrañable y admirado amigo. Oigamos las frases casi de arrepentimiento que hilvanó en aquel comentario necrológico, movido por las encontradísimas reacciones suscitadas por su discurso del cementerio. En efecto, mientras unos, como el joven y ya magnífico poeta ecuatoriano Medardo Ángel Silva, suicida en agraz, llamaba a aquella oración "una página de la Biblia", los filisteos y limeños alzaban el puño al paso de su autor y mascullaban frases obscenas y agraviantes. Dijo Valdelomar, bajo el rubro general de "Fuegos fatuos" y bajo el específico de *"De profundis"*:

> Sean, oh poeta fraternal, en homenaje a tu memoria radiante, serena, amada y gloriosa, estas primeras líneas que, como un holocausto, sacrifico en tu mesa de trabajo, que es ya un altar, y entre los muros de tu oficina, que es ya un templo venerable.
>
> En esta mesa, en que ahora mi pensamiento se consagra a tu recuerdo, escribiste sobre las alas impolutas de las carillas, corrió tu pluma alada e inquieta, tu pluma ágil y triste, tu pluma llena de tan dulces dolores y tan tristes alegrías. Aquí,

en esta oficina que fue fecunda; aquí, donde aleteó tantas veces tu espíritu; aquí, donde tú fijaste ideas y engalonaste pensamientos; aquí, donde íntimo y solo, gustaras con fruición la carta placentera o enviaras el bienhechor saludo; aquí he venido, yo pecador y sin gloria, a sucederte.

A sucederte yo, oh poeta, que nunca mereceré sucesión tan ilustre; a sucederte yo, oh poeta, tan frágil trocador; *a sucederte yo, a quien los demás, que te quisieron tanto, hostilizan pertinaces; aquí he venido a sucederte yo, a quien, oh destino, espera también la Muerte en una encrucijada.*[4]

Dulces palabras premonitorias, amargo presentimiento envuelto en raso y melancolía. Valdelomar iba a cumplir apenas veintinueve años, estaba ebrio de gloria, pero sentía ya, como un estigma, la tenebrosa e inevitable marca del más allá.

No se dejó amilanar. Insistiendo en el tono jovial, el 24 de marzo, siempre en *La Prensa*, publicaba una crónica humorística: "Lima sentimental". Un cuento, un perro y un asalto.

Por esos días la directiva del Centro Universitario le invitó a dictar una conferencia. Se realizó el 16 de mayo de 1917. En ella revela sin duda Valdelomar las nuevas inquietudes que le preocupaban. El propio título de la charla, desafiante y en cierto modo humorístico, "Brillantes inconexiones estéticas", es de suyo elocuente. En él se encerraba un reto y una excusa: el adjetivo "brillantes" indicaba que su autor las calificaba de tales, al margen de cualquier juicio o criterio extraño; el sustantivo "inconexiones" señalaba el carácter ni teórico ni dogmático, sino de ideas arrojadas a voleo, como la mies, por encima de las cabezas de sus auditores,

[4] *La Prensa*, 22 de febrero de 1917.

casi todos jóvenes universitarios, o simplemente todos jóvenes.

Presidía la ceremonia Jorge Valverde, estudiante de quinto año de jurisprudencia, hombre nervioso, oriundo de Tacna, feo y cordial. Valdelomar entró en la sala del antiguo Palacio de la Exposición llevando en la mano uno de esos cartapacios con tapas bordadas de oro que se colocan sobre los cálices, rezago de alguna casa de anticuario o regalo de algún cura amigo, o simplemente botín de alguna incursión colonialista. Dentro llevaba los originales de su conferencia, escritos con su ancha y nigérrima letra y en papel satinado. Los jóvenes lo aplaudieron. Él estaba radiante y sereno, muy empolvado el rostro, acaso para parecer más blanco. Empezó a leer con voz meliflua, pero firme, su descripción. Quizás demasiado literaria, taraceada de alusiones helénicas y de invocaciones a la juventud *up to date*, o sea con claras reminiscencias de Rodó. El autor de *Ariel* alcanzaba en esos momentos su máximo esplendor; acababa de morir en Italia. De pronto, el conferenciante hizo una pausa. Jorge Valverde, el presidente del Centro, se había sentado en primera fila, ojo a ojo con el disertador. Éste, inesperadamente, se detuvo en seco, se pasó la lengua por los labios como relamiéndoselos y súbitamente, mirando con fijeza a su invitante, dijo en voz alta: "Valverde, Valverde, un vaso de agua." Hubo un segundo de desconcierto. Valverde, por exceso de cortesía o tomado de improviso, en vez de llamar a un ujier, se levantó, él mismo, el presidente, y acercó a la mesa una garrafa de agua con su respectivo vaso. Valdelomar se la bebió trago a trago, con olímpica calma. Los comentarios después de la conferencia incidieron todos en aquel rasgo de insolente pose, muy a tono con la sistemática publicidad de "El Conde de Lemos".

El contenido de la conferencia merece párrafo aparte. Fue una bella, aunque recargada, página autobiográfica; al par que un reiterativo canto a la juventud, en cuyo contexto aparece más de un pensamiento de Rodó.[5] La conferencia empieza de retoricísima manera, heraldo del estilo de *Belmonte, el trágico:*

> Yo habría querido, mis *jóvenes* amigos, que esta plática *amable* se realizara a la orilla del mar, bajo el cielo *hondo* y *azul*, en un crepúsculo *ebrio de color* y de *nobles* pensamientos. Allí, mientras las ondas tejieran sobre la arena *movediza* sus *finos* encajes *complicados*, y desgranaran en el viento sus canciones *imprecisas* y *vagas*, mientras las nubes se apincelaran en el horizonte y una ave solitaria cruzara *tranquila* por la *infinita* e *inmaculada* curva, mis palabras trocarían *vuestros juveniles* corazones y *vuestros* cerebros *aptos* para la idea *nueva, clara, concisa* y *fuerte.*

La borrachera de adjetivos ha llegado casi a su límite. Veintiún adjetivos, sin contar sustantivos adjetivados, en tan pocos renglones, representan casi un *record* calificatorio. Uno de los sustantivos arrastra cuatro adjetivos. Más adelante evoca a Pitágoras y alude a su propia edad:

> Mi juventud, esta perpetua gimnasia de mi vida, me da derecho a ser altivo y libre, sincero y pertinaz. Mi espíritu modelado a golpes de cincel; tesoro que he adquirido a costa de los más crueles dolores y de las más lacerantes inquietudes; mi

5 Valdelomar, "Brillantes inconexiones estéticas", en *La Prensa,* Lima, 24 de mayo de 1917; y en *Fénix,* número 15, Lima, 1968, p. 98 y ss.

arte, hijo de una fuerza extraña e imperativa, que me induce; todo esto que es mi único botín en el combate rudo y diario, es lo que os traigo; soy peregrino que voy *(sic)* con mi cofre encantado. Me habéis visto pasar desde el bosque lejano y me llamasteis y yo acudí al buen llamado de la juventud.

Repito, como ideas cardinales hay aquí muy pocas. Si algo puede recogerse de esta conferencia son las expresiones, la actitud eminentemente estética, la renovación del estilo, la entrega confidencial es lo que de ella nos interesa y atrae. Todo gira en torno de su esquema del artista: "Yo quiero tomar al artista como un ser semejante al sol", dice, y trata de probarlo. "La primera condición de todo gran espíritu es la de ser fuerte", expresa, haciéndonos pensar en Nietzsche y en Darío ("Hugo el fuerte"). "La Naturaleza es una perpetua fuerza dual", afirma un poco más allá. Y es en torno de la divina personalidad del artista, de la fortaleza del hombre superior, de la comunión con la naturaleza y de la necesidad de ser joven, alrededor de lo que gira el discurso y acaso toda la obra no-narrativa de Valdelomar. Ahí mismo, como una inevitable concesión al narrador, se refiere a su infancia y a su juventud para contarnos, en palabras precisas, sencillas, cinceladas y armoniosas, que el cementerio de su pueblo le enseñó filosofía. Dice:

Yo soy aldeano... No me eduqué con libros, sino con crepúsculos... Mis maestros de estética fueron el paisaje y el mar... Yo dejé el pueblo amado de mi corazón a los nueve años... Mi espíritu sufrió toda suerte de cambios. A los quince fui materialista. A los diecisiete fui místico. Dudé a los diecinueve; a los veintiuno me creí en pose-

sión de la verdad. A los veinticinco mi conciencia era un grito crispante de desesperación y desconsuelo. Un día vi florecer mis ideas; luego, las vi bambolearse, y, en fin, llegó el trágico instante en que vi que todos mis sistemas y todas mis conclusiones habían sido vanos, pueriles juegos de un malabarismo lógico, de una inconsistencia sofística. Mis lamentos espirituales eran como manos crispadas que se extendieran en la sombra espesa. Un día me creí loco a fuerza de preguntar sin obtener respuesta, de clamar sin encontrar el eco, de accionar sin conocer la reacción. Cuando creía aprisionar una verdad definitiva, sólo encontraba el vacío intangible a la manera de un alucinado. Así mi vida ha sido la más perenne y lacerante tortura. Llegué a odiar los libros, los sistemas, los principios, las leyes, las fórmulas, los métodos. Pensé que lo mejor era vivir el instante sin pasado, y sin porvenir; sostuve ante mi conciencia que la realidad no existía; acepté el dictado de que los muertos mandan, que los hombres somos frágiles juguetes y me abandoné al acaso sin preocupaciones hondas. Más tarde reaccioné creyendo que la esperanza y que el porvenir era la verdad... Llegué a amar (a) la muerte y a pensar en el suicidio. Quise después, desengañado, derrochar mi vida y vivirla de prisa, y me entregué a todos los placeres, como un jugador ebrio que dispusiera de inmensos caudales, y los jugara rápidamente para agotarlos más pronto. Creí en el amor y odié el amor; creí en la ciencia y odié a la ciencia; creí en la muerte y odié a la muerte. Ensayé todos los caminos...

¿Se han oído con alguna relativa frecuencia confesiones tan penetrantes? ¿Hay en nuestra literatura voces tan laceradas y luminosas en su misma

oscuridad? ¿Podrían ser éstas, con mayor elegancia acaso, palabras dignas de un *enfant du siècle* (Valdelomar leyó y cita a Musset), o de un Werther criollo, aldeano y religioso? Me pregunto, además, ¿se puede analizar la obra y referirse a la biografía de Valdelomar sin tomar en la debida cuenta las confesiones contenidas en aquella inolvidable, fina, y sin embargo, retórica conferencia ante los estudiantes de Lima, en 1917?

A pesar del grito de los "beocios", de "los hombres gordos que manchan el paisaje", Valdelomar osó escribir y vivir como quería, combinando, en estupenda alquimia, audacia y timidez, desplante y piedad, ironía y tristeza.

Compensación providencial, para aliviar las murrias de la "gran aldea", también en mayo arribó a Lima Ana Pavlova y su magnífica *troupe.* Fue como un armonioso sortilegio, de impacto tan certero y hondo que, treinta años después, todavía en los anales del limeño se diría: "eso ocurrió después de que vino la Pavlova", quien marcó una era.

Aparte de un bello artículo en "Palabras", hay al menos dos reportajes de Valdelomar sobre aquel magno acontecimiento: uno en *La Prensa* del 22 de mayo de 1917 a la propia Pavlova, y otro dos días después a Alejandro Smallens, director de orquesta de la compañía.

La entrevista con Smallens fue más literaria que teatral. En mayo de 1917, se hallaba Alexander Kerenski en el gobierno; hacía tres meses del derrocamiento del zar y acababa de ocurrir la masacre de Ekaterimburgo. Todavía no habían tomado el poder los bolcheviques. Rusia se debatía en la más inaudita tragedia de su historia.

Smallens había sido amigo del príncipe Kropotkin, santón del anarquismo, heredero de Bakunin y

de Máximo Gorki, autor favorito de Valdelomar y su grupo. Hablaron de ellos con deleite. Frente a la Pavlova, la actitud de "El Conde de Lemos" fue distinta. Escribe:

> Grato refugio ofreció ayer a mi ánimo enhollinado de democracia, ahito de candidaturas, fatigada de ciudadanos, el Hotel Maury (donde residía Ana Pavlova)...
>
> ...Elegí la hora de marcharnos. Bajé la escalera del Maury. Abajo, en la calle, los grupos de electores sudorosos se cruzaban a mi paso, dejando en el ambiente un penetrante olor de jornada cívica.[6]

Valdelomar, que había atravesado una aguda crisis de desconfianza en sí mismo a raíz del episodio de su discurso ante la tumba de Yerovi que le hizo descubrir envidias y emulaciones que no sospechaba, volvió más que nunca a su arte: la Pavlova fue un bálsamo incomparable para sus desazones.

La Pavlova era una leve y sutil mujercita; parecía un ángel. Frágil, esbeltísima, casi traslúcida, y sin embargo, entusiasta, sólida, dinámica. Tenía como *partenaire* a Alexander Volinin, el mejor discípulo de Nijinski, aquel demonio de la armonía que años después murió en un manicomio de París. La segunda bailarina se llamaba Stefa Platskovietska. De ella estaba enamorado el alemán Grimm, aquel hombre melenudo, cervecista, que abandonó el violín por los suspiros y la sala de música por la de té en el Palais Concert. Con Grimm solíamos pasar algunas noches en la redacción de *Ariel*, una revista que publicábamos en 1917 varios universitarios en la que Valdelomar colaboró graciosamente.

[6] Cfr. *La Prensa*, Lima, 22 y 24 de mayo de 1917.

La Pavlova nos trajo paz espiritual, armonía estética y belleza plástica. Nadie ha bailado como ella *La muerte del cisne* de Saint-Saëns, ni las *Danzas* de Grieg, ni el *Momento musical* de Schubert, ni *Coppelia* de Delibes, ni el *Minuet* de Paderewski, ni *Petruchka,* ni *Sherezade.* Aparte de *souplesse* había en ella algo sobrehumano. Quizá, pienso ahora, acrecentaba su consagración al arte la angustia de su patria rusa en esos momentos, ya bajo el vendaval de la derrota y la revolución en pleno caos. Fue tanto el fervor despertado por la Pavlova, que el día de su despedida, el público frenético la esperó después de la función; le abrió calle hasta su coche; desenganchó el tronco de caballos de éste; y tirando de la victoria la condujeron hasta el Hotel Maury donde residía.

Habían llegado también Suzanne Després y Lugné Poe. Poco más tarde amenizaba las noches limeñas una compañía italiana de operetas, la de Ettore Vitale, en la que fulgían como "estrellas" un hermano de la sensual y magnífica tigresa del cine, Francesca Bertini, llamado Italo (actor cómico de escasa voz y muchas gracias), y Pina Gioana, una italiana morena, cimbreante, de picante belleza levantina y voz pastosa. Buscando nuevos horizontes emigraban hacia Cuba el músico Daniel Alomía Robles, autor del *Himno al Sol* y de la música de *El cóndor pasa,* y Enrique Bustamante, el gran amigo de Abraham.

En la primera semana de julio de ese movido 1917, Valdelomar, volviendo a las andadas, actúa como orador en un mitin pro aliados. Al hacerlo asume la representación de "la juventud intelectual". Por esos mismos días,[7] Víctor Maurtua dicta una conferencia en el seno de la Federación de Estudiantes del Perú, empeñada en una cruzada intelectual.

[7] Cfr. *Revista de Actualidades,* Lima, números 2 y 3, 7 y 14 de julio de 1917.

En la última semana del mismo julio, los diarios anuncian, con gran despliegue, la llegada del escritor español Pedro González Blanco, y la elección de Alejandro N. Ureta como presidente del Círculo de Periodistas del Perú. Ambos sucesos tuvieron eco en Valdelomar.

Pedro González Blanco, hermano del erudito crítico Andrés, prologuista de *Fiat lux* de Chocano, había residido en México durante los ásperos y cruentos días de la revolución. Traía de ello una impresión viva. La comunicó a sus amigos limeños. Con lo cual avivó los dormidos deseos de Valdelomar de reingresar a la vida pública y, según los consejos de José Vasconcelos, hormarla a los designios culturales. La secuencia entre esas visitas y el discurso en la plaza Francia, así como el casi inmediato inicio de su jira de conferencias sobre temas políticos y literarios, ofrece ancho campo para considerar verosímil, si no cierta, aquella hipótesis.

Desde mediados de 1916, Valdelomar inició en *La Prensa* otra sección más: "Diálogos máximos". El primero (junio de 1916) se desarrolla en un palco del circo Shipp and Felton; hay una "Conversación con el diablo" en noviembre; a partir de febrero de 1917, los interlocutores, "Manlio" y "Aristipo", conversarán sobre arte, carreras de caballos, política. . ., de todo. Y todo en tono afectado y falsamente solemne.

La vida intelectual se intensifica. Luis Góngora estrena, en agosto de 1917, la comedia *La rueda invisible*. Se anuncia la llegada de Eduardo Zamacois. Algo después ocupa el escenario del Municipal la compañía de ópera que tenía por director de orquesta a Alfredo Padovani y por soprano absoluta a Mercedes Llopart. Salen a relucir *fraques* y *smokings*, el teatro se satura de alcanfor, el aire se puebla de trinos sostenidos, gorgoritos y aplausos.

También en agosto había "debutado" en el Teatro

Colón la diminuta y vivaz Amalia de Isaura. Con ello prosigue la temporada de comedias y tonadillas. En octubre se publica *Panoplia lírica* de Alberto Hidalgo. *Don Lunes*, revista humorística, fletada por Málaga Grenet, Luis Fernán Cisneros, Federico More y Félix del Valle, comenta el libro del resonante arequipeño insertando la foto de la cabeza del poeta bajo el rótulo de "¿Qué hacemos con este poeta?" y calzado por un soneto truculento en que Hidalgo se ayunta con la tierra y eyacula sobre ella...

Panoplia lírica lleva como prólogo una *Exégesis estética*, sumamente fina; como uno de sus apéndices, el poema de Valdelomar, publicado en diciembre del año anterior, *Epistolae liricae ad electum poetam juvenem*, título en latín tomado al crédito del padre Martínez Vélez, erudito agustino, amigo de los "colónidas" y autor de un famoso y difícil sermón titulado *El Dios desconocido*. La *Exégesis estética*, firmada el 30 de agosto de 1917, amplifica los conceptos de "Brillantes inconexiones estéticas". Ya lo veremos.

En la *Epístola lírica*, deslíe Valdelomar versos tan deliciosos como estos:

Mi casa so la playa, es como un atalaya
a sus pies la marina ola enérgica estalla,
y luego en un encaje de espumas se desmaya.

Ayer, en la terraza, con la mano en la frente
veía diluirse en un crepúsculo ardiente
el último fulgor, melancólicamente...

Mi madre, bajo el vano, se destacaba como
una Virgen María sobre el cielo de plomo;
igual que una figura se destaca en un cromo.

Sobre su cabellera de plata, el sol ponía
una nota de oro. Abajo balbucía
el mar una lejana lírica infantil melodía.

Según se ve, siempre la pluralidad de adjetivos. ¿Podía en justicia vituperársele tal empleo, conforme apasionada e injustamente lo hiciera López Albújar en la seudopolémica de 1916?

La entrega del primer libro de Hidalgo a Valdelomar está descrita en la *Epístola*, como sigue:

Yo pensaba, soñaba... De pronto oí llamar:
—"Es usted el señor Abraham Valdelomar?"
—Tal. —"Este libro". —Gracias. —Yo volví a mi [soñar.

Así llegó tu libro a mi lírica estancia,
así llenaron mi alma de exquisita fragancia
los versos que tu fina sonora copa escancia.

En seguida se queja:

Hermano: estoy enfermo de vida solitaria,
solo entre tanta gente de idealidad precaria,
intermitente espíritu y alma universitaria.

Yo me siento morir entre esta horda vana;
mi talento es para ellos como una flor malsana.
Los que ahora me condenan, me aplaudirán mañana.

Yo les he dado todo: el verso cincelado,
la noble prosa fuerte, el comentario alado.
Tal hizo Prometeo. Y estoy encadenado.

Alberto, nadie puede comprender lo sutil
de mi alma cristalina, abnegada, infantil:
yo he nacido en el campo y he nacido en abril.

Desdeña toda loa. Toda lección desdeña.
¡Vive, canta, medita! Tu noble verso sueña,
sólo enseña el Dolor. Lo demás nada enseña.

Te asaltará la envidia, cruel y traidoramente.
En el coro de hosannas sentirás de repente
el trágico y rastrero silbar de la serpiente.

Entrega toda tu alma a la pasión más fuerte;
derrocha tu salud; tu ingenuidad convierte
en un hondo placer porque vendría la Muerte.

Vendrá la Muerte un día con su hoz enarcada;
te tenderá los brazos al fin de la jornada
y es necesario, Alberto, que no se lleve nada.

Alma lírica, hermana: a través del camino
bajo la noche azul, serena y constelada,
cuando los dos hayamos derrotado al Destino
el bronce premiará nuestra heroica jornada.

Toda la filosofía hedonista y al par estoica de "El Conde de Lemos" discurre por la *Epístola lírica.* Aunque apareciere entonces como apéndice de *Panoplia lírica,* impreso a fines de 1917, los versos datan de diciembre de 1916. En todo caso fueron obra de un instante en que, al parecer, la vida no se abría ya como una vasta y alegre sonrisa ante el artista, y sin embargo, recatado en la perfumada y mediocremente poética intimidad de Barranco, junto al mar, al inseparable lado de su madre, Abraham rumiaba su angustia y repasaba envidias y rencores como sus más tercos amigos y como sus más fieles contertulios.

Como un alcance de tipo personal, a mediados de 1917, en junio, había aparecido una revista universitaria de la que sólo salieron dos números. Se titulaba *Ariel.* La dirigíamos Ernesto Zapata Ballón, Jorge Dancourt y yo. En el segundo número, que tiene fecha de 30 de junio, Valdelomar permitió que publicásemos un fragmento inédito de *Verdola-*

ga, tragedia campesina, sin duda de corte dannunziano, cuyos personajes (Maura, Águeda, Diamela y "El Spirito del Artista") dialogan en tono poético, sin interrumpirse el uno al otro, cediéndose el turno con la más limpia cortesía literaria y el más estricto sentido de los valores armoniosos que manejaba el poeta, excepto la dinámica teatral.

Acompañaba aquel fragmento una caricatura-retrato de Abraham calzado con la firma de Luis Alberto Sánchez.

La Prensa era el palenque de "El Conde de Lemos". Por algunos meses ejerció la secretaría privada del ministro de Relaciones Exteriores, Enrique de la Riva Agüero. La cancillería estaba situada en la avenida de La Colmena, entre Monopinta y El Serrano. A las doce, trajeado impecablemente de color plomo, con chaleco blanco totalmente ribeteado; calzando zapatos de cabritilla o charol, con capellada de ante claro; en ristre el bastón de Malaca; al viento la cinta negriplateada de sus quevedos, "El Conde de Lemos" cruzaba La Colmena hasta la plaza de La Micheo; entraba por la calle de Boza y en la de Baquíjano, después de una corta visita al diario, se estacionaba en las gradas del Palais Concert. No estaban ahí todos los antiguos "colónidas". More había emigrado a Bolivia; Alfredo González Prada, uncido al cargo de la diplomacia, había partido a Buenos Aires, donde se encontraría una vez más con Felyne Verbist; Bustamante y Ballivián andaba por el Caribe; Mariátegui y Falcón disponían de menos tiempo absorbidos por *El Tiempo*. Los escritores trataban como a un maestro al joven autodidacta de los "Diálogos máximos".

Finaba 1917. Valdelomar habló vagamente a sus amigos de pedir licencia a *La Prensa* y lanzarse a plenitud a la anunciada jira de conferencias por provincias; quería publicar sus libros y dialogar con el

pueblo. Estaba inquieto y como desorientado. Sin embargo, la ciudad se le entregaba, pese al desdén con que el artista recibía ciertos homenajes. En esos momentos se anunció la llegada de otra bailarina clásica: Norka Ruskaya. Valdelomar seguía en Barranco. Paseaba por las noches dialogando, a palabra herida, con el silencioso Alfredo Muñoz; caminaba por el parque rumoroso y crujiente; crujiente de hojas secas y semillas de ficus esparcidas por los suelos; rumoroso por el viento que al silbar por entre las ramas de los árboles siempre verdes, producía una música incomparable, tácita y confidencial, a cuyo amparo brotaban versos y paradojas, declaraciones de amor y de guerra, toda la infinita gama de contradicciones que, al fin y al cabo, constituyen nuestro intrasferible acervo existencial.

Desde principios de año había llegado a Lima un personaje raro, de gran energía y poderosa inspiración plástica: Raúl María Pereyra.

Raúl María, portugués, de origen campesino, nacido en 1877, había sido un autodidacta. Aprendió a leer a los catorce años; le gustaba trotar mundos. Era un hombre de mediana estatura; de piel morena y tersa; ojos pequeños, pero penetrantes y que se fijaban como embrujados en su interlocutor; de facciones angulosas; de porte suave y hablar un tanto gutural. Vestía siempre de azul o gris oscuro. Había residido largos años en Ecuador donde se casó y le nacieron algunos hijos. Vino a Lima como cónsul de Portugal, pero se dedicó a la pintura que le había dado fama y dinero. Su primera obra en Lima fue un magnífico retrato de don José Antonio de Lavalle y Pardo, padre de José Antonio, Juan Bautista y Hernando de Lavalle y García, los dos primeros muy cercanos a Valdelomar. El segundo retrato fue uno estupendo de Javier Prado, a la sazón rector de la

Universidad de San Marcos. El tercero, ya en el otoño de 1917, fue el de Valdelomar. Raúl María captó maravillosamente el gesto y los símbolos amados de "El Conde de Lemos". El suyo, el de su cuadro, es un Valdelomar casi sonriente; de labios gordezuelos; mirada ágil, pero triste; las manos finas y enjoyadas. En una de ellas sostiene a Omega "la calavera, mi amiga". Es una pequeña *chef d'oeuvre* que Abraham guardó siempre junto a sí, en su escritorio de *La Prensa*.

De esta suerte, entre tantas incitaciones y campañas, trascurrió el año de 1917. La dicha llegada de Norka Ruskaya, y los planes de conferencias, comenzando por las de Huacho, preocupaban grandemente a Valdelomar. Antes de cerrarse el año ocurrió el incidente del cementerio y el nuevo reto al hombre de la calle, que no quería comprender, ni admitir siquiera, la revolución espiritual y literaria a que, sin quererlo, estaba asistiendo y, a su pesar, colaborando.

Finalmente, en la última semana del año apareció una revista: *Sudamérica*, dirigida por Carlos Pérez Cánepa, que había dejado de publicar *Lulú*. El primer número correspondió al 22 de diciembre. En él se anuncian algunos hechos que tendrían influencia en la existencia capitalina y desde luego en el ánimo de sus escritores. Por ejemplo, el arribo de Juan Belmonte, acompañado de Diego Masquiarán "Fortuna", y de otro matador de fama, "El Chiquito de Begoña". Los traía contratados el mismo jacarandoso empresario de Gaona: Carlos Moreno y Paz Soldán.

Los estudiantes eligieron presidente de la primera federación de estudiantes al trujillano Fortunato Quesada Larrea, alumno de medicina en San Marcos. En aquel primer comité figuraban Víctor Raúl Haya de la Torre, delegado por la Universidad de Trujillo, Javier Correa y Elías y Hernando de La-

valle, jóvenes que habrían de tener ancha actuación en la política nacional.

Nuevos escritores pasean por las calles sus inquietudes, sus melenas, sus ojos azorados y su afición a los paraísos artificiales. Uno de ellos, en el más radical arranque literario, publicó, durante la primera semana de 1918, un libro de presentación extravagante y de contenido incoherente y blasfemo: *Walpúrgicas*. El autor se llamaba Luis Berninzone. Tenía diecisiete años y lucía una copiosa, rubia y ensortijada peluca, coronando un rostro rubicundo y una figura menuda, pero atlética, de marinero en licencia. La sombra de Baudelaire preside aquel conjunto de esotéricos poemas. Ernesto More, miembro del selecto clan de los More (Federico, Gonzalo, Ernesto, Carlos: un ensayista, un músico, un poeta y un pintor), preludia el libro de Berninzone. Todos los escritos pasan por las horcas caudinas del homenaje a "El Conde de Lemos". La situación política cambia día a día.

Declina el gobierno civilista de José Pardo. *Don Lunes* lanza una portada especialmente cortada para darse el lujo de que el lector, al doblarla, tirase de las orejas al presidente de la república. La guerra ha virado fundamentalmente. Ha pasado la época del kaiser Wilhelm, a quien cantara Alberto Hidalgo y a quien vituperaba ya en ardientes versos el poeta argentino Almafuerte. Valdelomar ha recitado en Huacho su "Canto a la bandera", y en Huaura, desde el balcón histórico en que se proclamara la independencia del Perú, su "Oración a San Martín". D'Annunzio, aviador improvisado y ruidoso, ha perdido un ojo en uno de los combates aéreos bajo el cielo de Venecia. En las prensas del Panóptico principian a tirarse los primeros pliegos de *El caballero Carmelo*. Desde Piura, Chiclayo, Trujillo, Cajamarca, Huaraz, Arequipa, Huánuco, Ica, Cuzco, Puno, Cerro de Pas-

co, Iquitos, llegan todos los días visitantes al departamento de reja de una vieja casa en la plazuela de la Penitenciaría donde habita Abraham Valdelomar. Éste, vestido con un oscuro y tosco sayal franciscano, recibe a sus admiradores. Bajo la sonrisa cortés y junto a la paradoja audaz, arde ya con distinto fuego aquel eterno corazón de niño; deslumbrándoles con sus frases y el brillo lechoso del ópalo con que decora el dedo índice de su mano diestra. Rito casi eclesiástico si no fuese pecador. Entre los catecúmenos, venidos desde un extremo del Perú, desde Piura, recuerdo al joven director de la revista *Ariel* de esa ciudad, a Ricardo Vegas García que firmaba "Gualterio sin Haber", y que había escrito un elogio encendidísimo de "El Conde de Lemos". Ricardo me pidió que le presentara a Abraham. Valdelomar le tendió pontificalmente la mano y, luego de escuchar un balbuceado ditirambo, le interrumpió con voz flébil diciendo: "¿Es usted hermano de un 'cholo' Vegas que hay en el ejército?" Ricardo, rojo de ira, masculló más que dijo: "Sepa usted, conde, que en mi familia no hay cholos." Valdelomar echó al viento su risa cristalina, de niño travieso. Todavía duraba *la belle époque.*

XV. INTERMEZZO SEGUNDO

NORKA RUSKAYA: EL BAILE EN EL CEMENTERIO

(4 de noviembre de 1917)

RETROCEDAMOS unos cuantos meses, sólo hasta julio, en vísperas de las fiestas patrias de 1917. Valdelomar continúa escribiendo con implacable perfección "Palabras" y "Fuegos fatuos" en *La Prensa.* El día 4, aniversario de los Estados Unidos, pero sin ninguna referencia a aquel suceso, publica su habitual crónica correspondiente a la primera de dichas secciones. El artista ensaya un balance de lo acontecido en el año:

> Concluye la temporada chica. Pasó la alocada mestiza Esperanza Iris. Pasó la esplendidez hecha carne de Tórtola Valencia. Pasó la ancianidad desdentada, ilustre y blasonada de María Guerrero. Pasó con sus ágiles piruetas Anna Pavlova, la compatriota de Tolstoy y del caviar. Y pasaron, por fin, en la serie de espectáculos variados y diversos, Alegría y Enhardt, Balsa, *El Perú* y el doctor Mapelli.

Enumeración indicativa: Valdelomar confunde en su rápida síntesis los valores menos congruentes, entre ellos el del luchador español Andrés Balsa y el de la sutil Pavlova, el fracasado esfuerzo periodístico de *El Perú* y los éxitos candentes de Tórtola Valencia.

"El Conde de Lemos" trata evidentemente de liberarse de crueles torcedores. Ensaya la evasión y la

alegría. Así como ayer "estaba inteligente", ahora "está humorista". Hace bien en sentirse así. En una crónica del 17 de septiembre pinta a "Los Petronios" de Lima, para poner el acento en don José Carlos Bernales; en la del 14 de octubre, se detiene para realzar los chalecos de Carlos Borda, su ex padrino de duelo, a quien acaban de otorgar, tardíamente, el título de abogado. En la del 17 de octubre, víspera de la festividad del Señor de los Milagros, evoca a Micaela Villegas, la "Perricholi", para decir de ella, con su habitual desembarazo:

> La Perricholi era una especie de Maitenon nacida en los barrios del Tajamar. La histórica zamba a quien le dió el naipe por ser artista de teatros, entró cierto día de la Colonia al teatro de la Comedia... [1]

En esos mismos días llega a Lima una beldad indómita: Norka Ruskaya. Valdelomar y su cohorte se apresuran a rodearla y rendirle su profano homenaje.

Evidentemente, una de las más frecuentes y atractivas expresiones artísticas de *la belle époque* de Lima fue el ballet. En 1915 nos inició en tan plástico y armonioso vicio la sutil *ballerina* belga Felyne Verbist. Poco después sobrevino, según dijimos, aquel torrente de carne morena, jipíos flamencos, meneos polirrítmicos, ojazos de embrujadora y "zapateaos" demoledores —a pie desnudo—, ese torrente carnal que se llamó Tórtola Valencia. A ella y a sus ópalos y joyerías la acribillaron con las catorce lanzas de aquel soneto a tres manos, Valdelomar, Hidalgo y Mariátegui. Poco después, a mediados de 1917, se produjo la auténtica revelación terpsicoriana: la de

[1] "Palabras", en *La Prensa*, Lima, 17 de octubre de 1917.

Ana Pavlova: ensueño, ilusión, deslumbramiento, sutileza y armonía.

Poco más tarde, a los seis meses de la ausencia de Ana Pavlova, llegó Norka Ruskaya.

Norka parecía nórdica por lo rubia y rosada; había nacido en Suiza. Tenía una contextura atlética y, sin embargo, llena de redondeces. Andaba por los veintidós o veintitrés años, llevando consigo una madre o "chaperona" que no la dejaba a sol ni a sombra, aunque, tal vez, sí a sombra. Era entusiasta de la natación, la música, la poesía y, claro está, de la danza. Tocaba el violín; gracias a él había recorrido algunos países y muchos teatros. Lucía unos grandes ojos claros, atentos y brillantes; la nariz era corta; la boca larga; el mentón audaz; los cabellos color de avellana; el de la piel nacarado; parecía una especie de danzante Bruhmilda. El público la recibió con generosidad; la crítica con benevolencia. Valdelomar la saludó con un entusiasta artículo de su sección "Palabras" en *La Prensa.*

La temporada empezó en el Teatro Municipal y siguió en el Colón. Concluida la función la acompañaban a cenar los "colónidas", perennes buscadores de sensaciones. En una de esas charlas nocturnas surgió la tentadora idea: ¿Por qué no bailar la *Danza macabra* de Saint-Saëns o la *Marcha fúnebre* de Chopin en un escenario más adecuado, ritual y solemne que el proscenio de un teatro? ¿Por qué no en el propio cementerio? Sería un homenaje inusitado a los vivos y a los muertos, al arte y a la posteridad.

La noche del domingo 4 de noviembre se reunieron varios amigos; quizá estuvo entre ellos Abraham; con certeza se congregaron allí José Carlos Mariátegui, César Falcón, el violinista Cáceres, Juan Vargas Gamarra, secretario de la Beneficencia, entidad propietaria del cementerio; Luis Emilio León, novelista y tesorero de la misma institución. Apenas

bosquejado el proyecto, ya iniciado ante el inspector del cementerio, se perfiló en todo su atrayente dramatismo. Al filo de la medianoche emprendieron la marcha hacia el panteón de Lima, utilizando la autorización dada por el inspector que era don Pedro García Irigoyen, marido de doña Pepita Miró Quesada, copropietaria de *El Comercio.*

El cortejo penetró en el fúnebre recinto. Norka se despojó de su abrigo y quedó cubierta sólo por la túnica que usaba para bailar. En noviembre, aunque soplen los hielos de San Andrés, ya se dan los primeros vahos del verano. Puesto en trance, con la emoción imaginable, el violinista Cáceres comenzó a tocar la *Marcha fúnebre* de Chopin. El grupo se desplazó en la avenida central del viejo panteón, frente al mausoleo del mariscal Castilla. De pronto, llamados por el administrador del cementerio, un prosaico y celoso señor Valega, irrumpieron por las callejas laterales numerosos policías encabezados por el prefecto de Lima. La ceremonia —ceremonia, sí, pues no era un espectáculo— se detuvo en seco. Algunos de los corifantes o espectadores escaparon por los pasillos entre las tumbas, hacia los fondos del cementerio. El prefecto obligó a la improvisada bacante a re-cubrirse con su "tapado" y la acompañó hasta la cárcel de mujeres o sea a Santo Tomás. Los periodistas Mariátegui —que a causa de su cojera no pudo huir— y Falcón, que permaneció con su compañero de redacción de *El Tiempo,* así como el violinista Cáceres, fueron citados para el siguiente día, lunes 5, a la prefectura.

El escándalo fue espantoso. *El Comercio, La Crónica* y *La Prensa,* sobre todo los dos primeros, rodearon el asunto con los caracteres de una profanación horripilante. La Religión, la Moral, la Fe, la Caridad, la Esperanza, la Iglesia, la Familia, la Educación, la Salud, todo lo que se puede escribir con

mayúscula había sido objeto de un intolerable abuso. En las Cámaras se alzaron voces irritadas, de condenación y de venganza.

Si algo atenuó el caso fue la circunstancia de hallarse complicados algunos cronistas parlamentarios, siempre materia de la adulación de los políticos.

En Santo Tomás, Norka se vio forzada a un obligado ayuno, según lo refería ella misma a los periodistas, al día siguiente de su liberación.

El prestigioso y circunspecto cronista de *El Comercio*, "Clovis", o sea Luis Varela y Orbegoso, se hizo eco de la indignación de los "buenos burgueses" ("M. de la Pallise y Celui-qui-ne-comprend-pas"). Los periodistas Mariátegui y Falcón igual que el violinista Cáceres se vieron sometidos a proceso. El juez instructor Óscar Cebrián, hermano de Luis, otro abogado adicto al grupo "colónida", se encargó del caso. Alejandro M. Ureta, bohemio, grandilocuente, grandazo e irónico, protestó contra aquella inquisición en nombre del Círculo de Periodistas del que era presidente. Alejandro, hermano de Alberto, el poeta, solía frecuentar los "paraísos artificiales".

En *La Prensa* del 7 de noviembre, el día que Norka sería puesta en libertad, se daban algunos detalles sobre el caso y se referían los incidentes surgidos en la Beneficencia Pública de Lima, a causa y a raíz del baile en el cementerio. Desde el día 5, el director, don Augusto Pérez Aranibar, conocido médico y filántropo, había solicitado al prefecto aplicar la "sanción legal a los culpables como el sentir público lo reclama alarmado". El prefecto, coronel Edgardo Arenas, informó al director de la Beneficencia que había puesto los hechos en conocimiento del juez del crimen doctor Cebrián y a su disposición "a las personas que aparecen responsables".

El mismo día 6 protestaron contra la versión que los incluía en el macabro festival los doctores Sebas-

tián Lorente Patrón y Guillermo Puente Arnao, mencionados en una crónica periodística.

Un ciudadano llamado Zenobio A. de la Torre inició una "acción popular" contra los actores del festival.

El inspector del cementerio, el señor García Irigoyen, expresó que el secretario de la institución, señor Vargas, lo había "sorprendido" solicitándole permiso para "visitar" el cementerio de noche en unión de algunas personas.

Ante la actitud de algunos periodistas, el segundo vicepresidente del Círculo de Periodistas, José Carlos Mariátegui, renunció irrevocablemente a su cargo y a su condición de miembro del Círculo. Alejandro Ureta había renunciado previamente a la presidencia de la misma institución, en solidaridad con sus colegas expresados.

El martes 6, el senador por Puno, don Mariano H. Cornejo, pronunció un elocuente discurso protestando contra la forma en que se había conducido la cuestión. Cornejo era —no se olvide— el mismo parlamentario y tribuno que defendió en 1896 el gobierno de Piérola; en 1912, la elección de Billinghurst; en 1913, la disolución del congreso y las elecciones simultáneas de ejecutivo y legislativo y al presidente Billinghurst; que en 1914 propugnaba la institución del jurado para juzgar los delitos; que en 1915 y 1916 proclamaba la necesaria participación del Perú en la Guerra Mundial al lado de la *Entente cordiale* o sea de los aliados. Cornejo, insigne sociólogo, coincidía con Valdelomar en el esteticismo, el billinghurismo y la exaltación de las provincias. Pues bien, Cornejo dijo ante el senado:

> Señor Presidente: Por haber llegado ayer algo tarde, no pude expresar la protesta que hoy quiero que conste en el acta. Como Senador de la

República; como miembro del Foro, autor de un Proyecto del Código de Procedimientos Penales, para evitar los abusos que en este orden comete la justicia; como Catedrático de la Universidad dedicado a estudios sociales; como modesto escritor consagrado largos años a la especulación filosófica; como ciudadano de un pueblo que se titula libre; como individuo que cree tener algunos títulos ante la opinión extranjera para ser considerado como hombre culto; yo quiero protestar y dejar constancia en el Acta de mi indignación por el atropello inaudito de que ha sido víctima una distinguida artista, a quien se ha encerrado en la cárcel pública dos días al lado de los criminales, asesinos y ladrones. Semejante conducta está en abierta oposición con todos mis ideales sobre la libertad individual y sobre el derecho. Yo creo, señor, que una de las grandes aberraciones de la humanidad ha sido vincular la moral y el derecho, unas veces al tiempo y otras al espacio. Hay tribus salvajes entre los negros africanos que distinguen los días en fastos y nefastos, y, así, entre ellos, la infeliz criatura que nace en un día nefasto, es inmediatamente degollada, y consideran a la que nace en día fasto con el goce de grandes privilegios. Lo mismo pasa tratándose del espacio. *¿Cómo puede suponerse que aquello que se aplaude, se premia y se paga en un teatro, resulta criminal en el Cementerio?* ¿Es posible que el bien y el derecho definido en un periodo histórico puedan cambiar por los lugares o los tiempos? Precisamente las teorías conservadoras que mantienen la trascendencia del bien y del mal, declaran que la acción buena es buena en todas partes y la acción mala es mala siempre, en todos los tiempos y en todos los sitios. Un concepto contrario es la destrucción de los principios de la moral

cristiana y también de la teoría del imperativo categórico. *Lo más que podría inculparse a la artista aludida sería el haber ingresado por la noche al Cementerio, pero ingresó evidentemente con la autorización del Inspector respectivo...*[1]

El elocuente discurso de Cornejo continuaba analizando el punto con implacable lógica. Preguntaba: ¿en qué ley se ha fundado esta prisión?; pidió que el ministro de Justicia indicara el artículo del código que sustentaba la acción incoada; insistió en la necesidad de "ser severos en la defensa" de la "libertad individual", y concluyó:

> Yo, pues, pido que en mi nombre se pase el oficio indicado y que conste en el Acta la protesta que hago por ese atropello de que ha sido víctima una artista que no ha cometido ningún delito.

Mariátegui, Falcón y Cáceres habían sido puestos inmediatamente en libertad, el mismo lunes 5; para que Norka Ruskaya obtuviera la suya fueron precisas las protestas ya señaladas, así como la fianza personal y la caución consiguiente prestadas por don Pedro Ruiz Bravo, director de *El Tiempo*, diario del que formaban parte Mariátegui y Falcón.

Al reseñar este curioso episodio, que retrata la temperatura altamente estética de aquella promoción y de aquel momento, Clemente Palma (sin firma, pero identificado por su inconfundible estilo y por su condición de director de la revista) se burlaba en *Variedades*[2] de los excesos de celo moralizante a pro-

[1] El Diario de los debates del senado, legislatura ordinaria de 1917. Cfr. *El Comercio* y *La Prensa*, Lima, 7 y 8 de noviembre de 1917.

[2] Lima, núm. 506, 10 de noviembre de 1917.

pósito del baile en el cementerio. Excusaba a Norka diciendo de ella que "por su juventud y su inexperiencia y por sentido artístico mismo es *aficionada a las sensaciones raras*". Concluía opinando así: "Desde luego no hubo profanación de cementerio ni nada parecido."

Norka obtuvo la mayor publicidad a que podía aspirar una artista. No fue su propósito buscar *réclame;* éste le salió al paso al descubrirse el sigiloso acto del cementerio. Por eso, entrevistada a su salida de la cárcel, ya en su alojamiento del Hotel Maury, se refirió con objetividad a su breve cautiverio. Melodramatizando, explicó ante el tumulto de periodistas que colmaban su habitación:

> Las horas me han parecido allí siglos. He sufrido lo que no es decible. Me parecía que ya no saldría nunca de aquel antro repleto de mujeres perdidas. Los dos primeros días no probé bocado porque me repugnaba el rancho que las monjas me ofrecían.

Contó que aquellas monjas le decían: "—Escandalosa, rece tres Ave Marías por el pecado que acaba usted de cometer —y yo, asustada, recé las tres Ave Marías." [3]

Aquel incidente al finalizar el año de 1917, cuando se anunciaba la llegada de Juan Belmonte y su cuadrilla, coincide con otro hecho absolutamente opuesto. La revista *Variedades* [4] informa de él en su número del 17 de noviembre. Se trata de la iniciativa que, desde el Cuzco, en donde actuaba provisoriamente como secretario del prefecto, coronel César

[3] *La Prensa,* Lima, 8 de noviembre de 1917.

[4] *Variedades,* Lima, número 507, 17 de noviembre de 1917.

González, lanzaba el primer vicepresidente de la Federación de Estudiantes del Perú, Víctor Raúl Haya de la Torre, para erigir un monumento a Manco Cápac en la cima del Pacaritambo, donde los hermanos Ayar establecieron su imperio. Dos semanas después, en la misma revista, José de la Riva Agüero, contestando a su amigo el profesor José Gabriel Cossío, opinaba sobre el mismo asunto, pero en forma diferente. El pleito de las generaciones, indianistas y españolistas, esteticistas y socializantes, comenzaba a germinar.

Al llegar la Pascua, Valdelomar publica en *La Prensa* una dulce y emotiva "Carta al Niño Jesús": debería releerse para comprender mejor el permanente candor de una niñez irrevocable.

XVI. AÑO PRIMERO DE "EL CABALLERO CARMELO":

LOS HOMBRES GORDOS QUE MANCHAN EL PAISAJE

(enero - mayo 1918)

A PESAR de los éxitos literarios, del empaque con que resistía las agresiones de la estolidez burguesa, a pesar de su sensibilidad, Valdelomar, con su finísima capacidad de captación, percibía que algo andaba mal; que desde el sepelio de Yerovi se iban amontonando sobre su cabeza nubes dispuestas a lanzar el rayo; comprendía que ya tanto tronar no podía menos que ser heraldo de tormenta.

Desde fines de 1917, su situación en *La Prensa* se hacía poco menos que insostenible. Le pagaban por sus colaboraciones veinticinco libras mensuales (algo así como unos doce mil soles de este año, 1968, en que escribo, o sea una soldada apreciable). Además, colaboraba en varios diarios de provincias y en revistas locales. Precisamente en 1918, una llamada Oficina Central de Representaciones de aquellos diarios, manejada nominalmente por el entonces estudiante Julio A. Chiriboga, que proporcionó parte de los escasos capitales, pero creada y orientada de veras por Alejandro Belaúnde y Juan Bromley con quienes cooperaba yo, solía pagar a Valdelomar veinticinco soles o sea dos libras y media por artículo semanal, artículo que reproducían, con mucho menor estipendio que el de la oficina central, *La Tarde* de Cañete (propiedad de Pablo Nosiglia), *La Voz de Huancayo*, *El Heraldo* de Ica (cuyo propietario era Alejan-

dro Parró), *El Tiempo* de Piura (dirigido por el sagaz Luis Carranza) y *La Industria* de Trujillo, *El Tiempo* de Chiclayo, *El Sol* de Cuzco (de Velasco), *El Pueblo* de Arequipa (de los Arispe), etc.

Por otra parte, la situación política había cambiado notablemente a raíz del asesinato del candidato a diputado y ex diputado Rafael Grau Cavero, hijo del "Héroe de Angamos". El crimen se cometió en Palcaro. Provocó la caída del gabinete ministerial presidido por José Manuel García Bedoya. El régimen de Pardo estaba herido de muerte. Como se acercaba el proceso electoral, los posibles aspirantes a la sucesión de Pardo, entre ellos el propietario de *La Prensa,* don Augusto Durand, quien desempeñaba la plenipotencia del Perú en Buenos Aires, se concentraron en Lima. Valdelomar sufrió los efectos de ese retorno.

Mientras ejerció la dirección del diario Carlos Rey de Castro, hombre fino y buen periodista, Valdelomar, y en general la plana literaria del periódico, disfrutó de inteligente y amplio apoyo. Rey de Castro aceptó la representación diplomática del Perú en Paraguay. Prácticamente quedó a cargo del diario don Benjamín Pérez Treviño, antiguo radical, gonzálezpradista, tragacuras, masón y librepensador. La presencia de López Albújar en *La Prensa* fue rápida. En el entretanto, y durante la estancia de Durand en Lima, resolvió asumir la dirección, teniendo como secretario a Emilio Delboy y como administrador a Pérez Treviño. La dirección de Durand hizo imposible la permanencia de Valdelomar en el periódico.

Yo solía visitarlo entonces. Ya trabajaba en *La Prensa* Ezequiel Balarezo Pinillos ("Gaston Roger"), así como el gordo Julio Portal ("El Tío Cencerro") y Juan Bromley. Pese a la diferencia de edad, hacíamos un grupo casi homogéneo por la curiosidad in-

telectual, el buen humor y la actitud bohemia. Valdelomar, según he dicho, ocupaba un escritorio en el fondo del corredor del segundo piso. Lo había decorado a su antojo. Ahí miraba el interlocutor el bello retrato hecho por Raúl María Pereyra; y a la vera, la calavera Omega. Parecía un *atelier* de artista, y lo era. Frente al escritorio y su retrato hecho por Raúl María Pereyra, nunca faltaba en un búcaro un ramo de flores que cuando no se lo enviaba su novia, Consuelo Silva Rodríguez, lo mandaba comprar. Durand miraba de reojo y con ira a "El Conde de Lemos" cuando éste, más erguido y taconeador que nunca, cruzaba por el pasillo de entrada y subía las escaleras de madera, saludando con bromas a todos los que encontraba en el trayecto. Luego, se asomaba al barandal del segundo piso, y si veía a Durand en el piso bajo conversando frente a la ventana de la administración, gritaba con voz meliflua y estridente: "Muñoz, Muñoz, las flores, las flores, Muñoz."

El macilento, soñoliento, achinado, pálido y flaquísimo portero Muñoz se movía pesadamente para traer las flores que, si no llegaban a tiempo de manos de la novia, eran mercadas en la florería de la cuadra siguiente, en la calle Boza, en la tienda de las hermanas Gatti. Durand interrumpía su conversación crematística con Pérez Treviño, o sus confidencias políticas con el diputado Teobaldo Pinzas, o con su correligionario Gerardo Balbuena, o con su secretario Delboy, y profería una interjección. Valdelomar, muerto de risa, se metía en su escritorio feliz de haber hecho rabiar "al cholo", que era su patrón. Desde luego, el juego tenía que llegar a un resultado desagradable y... llegó.

Cuando Valdelomar inició sus jiras a provincias, comenzando por las aledañas del norte, concretamente por Chancay, su sección cotidiana "Palabras" debió de interrumpirse. Era director de *La Prensa* en

ese momento don Glicerio Tassara, escritor radical, discípulo predilecto de González Prada, anarquista, ateo y lanzallamas. Fue editor de *La Idea Libre*, allá por 1905, en unión de Baldassari, otro ácrata convicto y confeso. Desde aquella hoja atacaron al civilismo y a los Miró Quesada, editores de *El Comercio.*

La Idea Libre tenía sus oficinas en la calle de San Antonio, a un costado de *El Comercio,* siempre en la calle de la Rifa. La polémica se encendió, y Luis Miró Quesada Guerra, diputado "obrero" y obrerista, acompañado de un grupo de amigos, compinches y matones (entre los primeros un joven Pazos Varela) atravesaron un día la calzada y se lanzaron sobre el periódico de Tassara, en el que colaboraba González Prada. Los redactores de *La Idea Libre* se defendieron a balazos. En el entrevero cayó muerto el joven Pazos Varela. Saldo literario de aquel proceso es un famoso artículo de Prada titulado "La Ley del Palo". Tassara quedó excomulgado de los medios sociales. Al cabo de los años le había llegado el tiempo de la reivindicación como director de *La Prensa.* Tenía además un hijo poeta, muchacho de cejas mefistofélicas como las de su padre, el cual, me refiero al padre, tenía una apariencia diabólica: alto, grueso, de ojos achinados, cejas muy arqueadas y negras, sobre unas gafas negras que le daban a su dueño un aire de tercer acto de la ópera de Boito.

Tassara, instado por Durand, resolvió que la sección "Palabras" no podía dejar de publicarse con o sin su redactor, y dispuso que otro miembro de la redacción continuase escribiéndola mientras Valdelomar andaba en su curiosa jira.

Se abría enero de 1918, comenzando el año de las mayores realizaciones literarias de "El Conde de Lemos".

Todo ocurrió el 2 de enero, al día siguiente de inaugurado el nuevo año de 1918. Como se colige

de la fecha, Valdelomar había utilizado sus vacaciones pascuales para visitar Chancay. Al verse suplantado, montó en cólera. En tres sucesivos artículos, el súbito redactor de "Palabras" había atacado a personas por quienes Valdelomar sentía aprecio y amistad, entre ellas, el señor general (Juan Norberto) Eléspuru, don Carlos Borda, el doctor don Alejandro Deustua, etc. El "etcétera" es también de Valdelomar. Los personajes a quienes defendía estaban en cierto modo ligados a él: el general Eléspuru era entonces el único general letrado en uso, miembro del Instituto Histórico, hombre sagaz, ex amigo de Billinghurst; don Carlos Borda, hombre rozagante, de pelo y bigote rizoso, rematista de anuncios municipales, descendiente de italianos, casado con una aristocrática limeña de apellido Ferreyros, dueño de unos chalecos blancos escandalosos para su robusto vientre, y de un historial de duelos y pendencias que justificaban lo ruidoso y afirmativo de su paso y los claros escarpines que aristocratizaban sus tobillos, había sido también billinghurista, compañero del diputado Manuel Quimper; en cuanto al doctor Deustua, eminente filósofo, partidario de Aspíllaga y enemigo de Billinghurst, resaltaba por sus aptitudes socráticas de las que fue testigo paciente Abraham en la Facultad de Letras. Oigamos cómo refiere el resto de aquel episodio el propio "Conde de Lemos":

> Al volver a mi puesto de *La Prensa*, creía conveniente hacer una breve aclaración dentro del tono frívolo de "Palabras". A este punto se refieren los documentos que ruego a ustedes publicar y que yo no habría dado a los diarios, porque no se creyera que trataba de explotar puerilmente una situación. Si me decido a publicarlos es únicamente porque esta mañana, sin aclaración alguna, se ha vuelto a publicar la sección "Pala-

bras", y como el público ignora quizás mi salida de *La Prensa,* creo necesario que se sepa que no soy yo quien la redacta; ya que no es justo que el público eche sobre mi humilde persona los líricos laureles que corresponden a quien me ha sucedido en la redacción de esos artículos.[1]

Esta explicación posterior a los sucesos, guarda íntima relación con la conducta de Valdelomar apenas tuvo la primera comprobación del inesperado y ultrajante menoscabo a su firma literaria a que hemos aludido. Ni corto ni perezoso, imbuido aún de los prejuicios caballerescos (que tenían y tienen al marqués de Cabriñana como supremo árbitro), Abraham dirigía las siguientes cartas a sus amigos don Carlos Borda, diputado por Lima, y a Julio C. Luna, otro diputado, representante del Cuzco, muy conocido por su ánimo jaranero, pleitista, y por ser en ocasiones adicto a ciertas esotéricas drogas:

> Casa de ustedes, 4 de enero de 1918.—Muy amigos míos: Acabo de recibir la comunicación que adjunto a la presente, suscrita por el señor Glicerio Tassara, Director de *La Prensa.* Los conceptos y términos de ella los considero ofensivos a mi dignidad; por lo que me permito rogar a Uds., demanden, en mi nombre, del dicho señor, una satisfacción amplia o la consiguiente reparación para lo que tengo el honor de conferirles poder amplio. Anticipándoles mi agradecimiento por la molestia que les causo, me es muy grato repetirme de ustedes, amigo y obsecuente servidor. A. V.

[1] A. Valdelomar. Carta al director de *El Tiempo,* Cfr. *El Tiempo,* Lima, 10 de enero de 1918.

Es de advertir que, según se desprende de la subsiguiente carta abierta de Valdelomar al director de *El Tiempo*, su antiguo compañero Pedro Ruiz Bravo, que no atribuyó en ningún instante culpabilidad en lo acaecido a Gliserio Tassara, a quien sin embargo mandaba retar a duelo. Valdelomar se daba cuenta de que la conspiración que pretendía presentarlo como *snob*, extravagante y afeminado debía cortarse en el día; el duelo era uno de los modos de mostrar su decisión, su hombría. De paso relataré que, poco después, una tarde dominical yendo con él del Palais al Teatro Colón, a la entrada de éste, alguien muy alcoholizado le espetó a pleno rostro un apelativo denigrante. Abraham se volvió indignado, y halló que quien lo decía era Domingo Martínez Luján, o sea "Domingo del Prado", celebrado poeta de la generación de Chocano, a quien "El Conde" había alabado más de una vez. Ante la insistencia del bastante beodo Domingo, Valdelomar reaccionó violentamente. Levantó en vilo a Martínez Luján y materialmente lo sumergió en la boletería del teatro. Yo acudí a separarlos y a tranquilizar a Abraham.

En el caso del duelo con Tassara no debe de haber sido tanta su indignación cuando dirigió la siguiente carta-testamento, entre jocosa y seria, a sus amigos los poetas Enrique Bustamante y Ballivián, quien acababa de regresar de su periplo antillano, José María Eguren, Percy Gibson y Alberto Ibarra:

Señores
Don Enrique Bustamante y Ballivián,
Don José M. Eguren,
Don Percy Gibson y
Don Alberto Ibarra.

Mis queridos amigos:

Si acaso tengo la mala o buena suerte de morir en el duelo al cual voy a asistir, me felicitaré de ello, que ya es algo morir de plomo en esta tierra donde todos mueren o están condenados a morir de "pisotón".[2] Dejo a todos ustedes los originales de mis papeles literarios para que los arreglen, coordinen y editen. Pero, con qué? Vendan todo lo que pueda venderse de mis muebles y, si algo falta, pídanlo a mi hermano Anfiloquio. Quiero mucho mis papeles, me cuestan mucho trabajo y son muy sinceros. Sé que los tratarán con cariño. Sobre todo mi vela incaica, que es lo primero y lo único que se ha escrito con base de verdad al respecto. No tengo tiempo para extenderme y sean ustedes los portadores al público de mi último tributo, si esto es tributo. Algo. No me den bombo. Respeten el derecho de Gálvez[3] que tiene la exclusiva. Los abraza su compañero. Me olvidaba de dejar mi opinión sobre ustedes. Declaro que Eguren es un genio, que Bustamante es uno de los espíritus artísticos más fuertes, que Percy Gibson es uno de los poetas que si sale de aquí, puede llegar a ser, con Bustamante, uno de los primeros de la lengua. Y que Alberto Ibarra ha debido nacer príncipe en artes y en vida. Alberto es príncipe. Sólo le falta una corte y mucho dinero para escupir con desgano a los pobres mortales. Robles, grandísimo talento y alma artísticamente sensitiva. Morales de Rivera, es un poeta. No se olviden de de-

[2] Expresión vulgar que equivale a llamarle a uno tan tonto que se pisa o le pisan los testículos.

[3] Se refiere al poeta José Gálvez Barrenechea (1885-1957). A Porras le gustaba mucho la publicidad.

cir que he dicho que Edgardo Varela[4] es muy bestia.

Gran abrazo
Abraham Valdelomar

Valdelomar entregó esta carta a Bustamante, en cuyo archivo, celosamente guardado por su hermana Cristina, la encontró Willy Pinto Gamboa, que es quien me la ha proporcionado.

Recordemos nuevamente la exculpación que hacía con respecto de Tassara en su dictada carta del 10 de enero a *El Tiempo:*

> Debo hacer constar que si yo he demandado reparación del Director de *La Prensa,* ha sido desligando absolutamente la persona del señor Tassara.

Como de todas maneras el asunto de honor tenía que entenderse con alguien, y ese alguien era el director de *La Prensa,* y este director se llamaba Glicerio Tassara, los padrinos de Valdelomar se apersonaron ante él en cumplimiento de la misión confiada por el escritor. Tassara no tuvo otro remedio que nombrar a sus padrinos y escogió al doctor Gerardo Balbuena, miembro del partido liberal que capitaneaba Durand y candidato a una diputación por Lima, y a Teobaldo J. Pinzas, también del partido liberal, coterráneo y compadre de Durand y diputado por Huánuco.

La sangre no llegó al río. Los padrinos de Tassara expresaron que éste no había tenido ninguna intención de ofender a Valdelomar cuando permitió que se usurpara la sección "Palabras"; los padrinos de Abraham expresaron que quedaban satisfechos con

[4] Edgardo Varela era un versificador galante, de melena negra, ojos entornados y aire sitibundo.

la explicación recibida, de todo lo cual se tomó cuenta en el acta de fecha 5 de enero de 1918, acordada en el local de la cámara de diputados y de conformidad con el zarandeado código de honor del marqués de Cabriñana.

El 9 de febrero siguiente, en su nueva sección "Fuegos fatuos", inserta en la revista *Sudamérica*, al comentar "El Alba", cuadro de Ricardo Flores y Gutiérrez de Quintanilla, ahijado de Durand, "El Conde de Lemos" hizo una pormenorizada e irónica referencia a su salida de *La Prensa*. Lo cuenta así:

> Yo era hasta hace unos días, redactor de un diario. Este diario indemnizaba con la mezquina y despreciable suma de veinticinco libras mensuales, el malestar pesante que me ocasionaba ir al periódico de vez en cuando. Yo creía que mi visita hebdomadaria al periódico y un artículo brillante de tarde en tarde, eran bastante retribución de parte mía por las veinticinco libras; además, yo, a veces solía decir:—"Buenas tardes, compañeros", aunque las veces que tenía esa clase de generosidad no se me aumentó el sueldo. Un día, por fin, acabó esta tortura dantesca. ¡Ah! Ustedes ignoran lo que significa salir de un periódico. Es como darse una ducha. La vida toma otro aspecto; todo nos sonríe...[5]

Esta forma humorística y arrogante no logra ocultar cierta melancolía. De hecho, Abraham tenía que ganarse el sustento en la única forma que era capaz de hacerlo: escribiendo o diciendo. La revista *Sudamérica* podía servirle de medio de expresión mientras tanto. De ahí que en el número once, corres-

[5] *Sudamérica*, Lima, año I, número 8, 9 de febrero de 1918.

pondiente al 2 de marzo, se registre otro artículo titulado "La génesis de un gran poeta" en el que saluda auspiciosamente a César Vallejo, cuyos *Los heraldos negros* acababan de aparecer. En realidad, el artículo empieza con un elogio necrológico a don José Antonio de Lavalle y Pardo, que acababa de fallecer, y a quien Valdelomar profesó una sincera amistad, al extremo de figurar el nombre del ex diplomático limeño entre los dedicados de *El caballero Carmelo*. De paso, este libro salió de las prensas en enero (mi ejemplar está fechado por mi mano el 14 de enero de 1918), pero no entró en circulación de librerías hasta el mes de abril.

Después de elogiar a Lavalle, Valdelomar trascribe varios poemas de Vallejo, entre ellos "El pan nuestro", "El poeta a su amada", "La de a mil", y concluye su comentario brevísimo de esta manera:

> Hermano en el dolor y en la Belleza, hermano en Dios. Hay en tu espíritu la chispa divina de los elegidos. Eres un gran artista, un hombre sincero y bueno, un niño lleno de dolor, de tristeza, de sombra y de esperanza... Tu espíritu, donde anida la chispa de Dios será inmortal, procura dar otras obras y vivirá radiante en la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Esteta certero y fino no se equivocó. En esos días, pagando seguramente el precio de la impresión, sale a la luz pública *El caballero Carmelo*. Comenzaba el mes de abril de 1918.

Desde 1915 en que apareció *La mariscala* y hasta 1918 en que publica el volumen titulado *El caballero Carmelo*, Valdelomar produjo multitud de artículos, conferencias, gestos y paradojas, pero ningún libro. Parecía que sus piafantes treinta años esperaban tal marca —la treintena— para partir de nuevo. En

enero de 1919 edita su segundo libro. La historia, contenido y anexos necesitan atenta glosa.

Valdelomar, como Bustamante y Ballivián, guardó estricta fidelidad a los Talleres Gráficos de la Penitenciaría. Lugar poco hospitalario, para Abraham tenía cierto regusto familiar. Su padre ejerció la dirección del Panóptico durante el breve gobierno del presidente Billinghurst (1912-1914); renunció a ella en febrero de este último año para no ser carcelero de su amigo y protector. Fue en su época cuando la Penitenciaría reforzó su imprenta. *La mariscala*, *La evocadora* (de Bustamante), *El caballero Carmelo* y *Belmonte, el trágico* salieron de sus prensas.

Hay un curioso contraste entre el tono de los cuentos que debieron formar parte de *La aldea encantada* o de *Los hijos del Sol* y la hojarasca tipográfica que los envuelve. Esta segunda obra de Valdelomar produce la impresión criolla de un mango iqueño cubierto de sedería francesa. La propia armadura confirma la contradicción vitanda entre la sencillez amorosa del texto y el barroquismo no siempre grato del marco u orla. Para imprimirlo su autor escogió tipos galanos, de apariencia antigua, aristocráticos y sugerentes, pero a la vez seleccionó un infame y amarillento papel periódico. Se gastó Valdelomar el lujo de imprimir a dos tintas (resabios del gusto itálico y de las recientes ediciones de Valle Inclán), mas rebajó la elegancia de la tipografía con la miseria del papel. No son detalles que en este caso especial merezcan desprecio; requieren alta consideración.

Además, el contenido del volumen esparce cierto aroma testamentario. Valdelomar reune allí todos los cuentos criollos que había escrito, que correspondían a la interrupta *La aldea encantada;* agrega uno de los llamados incaicos, más uno humorístico y otro metafísico; agrega los politiqueros "Cuentos chinos",

de que hemos hablado, y los deportivos "Cuentos yanquis". Más parece aquello una miscelánea que un libro orgánico. Como evidencia de la importancia que Valdelomar seguía otorgando a ese remoto premio juvenil de *La Nación*, el título del libro fue el del cuento premiado en 1913. Por otra parte, debemos apreciar el prólogo de Ulloa Sotomayor y unos pliegos azules de comentarios sobre el autor, glosados a su turno por él mismo. Todo resulta extraño, precipitado, y sin embargo bello, picante y tierno.

La carátula es sin duda absolutamente recargada. Aparece en ella un retrato casi yacente del autor, enmarcado por una orla de carácter colonial. "El Conde de Lemos", reclinado en un diván, sostiene un libro abierto entre las manos, pero no lo mira, más bien desafía al lector a través de sus quevedos sostenidos al cuello por una larga cinta. Debajo se lee:

EL CABALLERO + CARMELO +
CUENTOS DE DON ABRAHAM
VALDELOMAR + + + CON UN
PRÓLOGO DE ALBERTO ULLOA
SOTOMAYOR Y UN APÉNDICE
CRÍTICO SOBRE ESTAS Y
OTRAS OBRAS DEL ARTISTA

La dedicatoria también suena —o sabe— a afectada y está en latín:

Gloriosis Manibus Illustribus Vitis/
Recordatione ac imitatione dignis/
Memoriae gratae Patriciorum/
D. Guillermo E. Billinghurst/
D. Ramón Ribeyro/
D. José Antonio de Lavalle y Paro/
Modestum unc Librum/
Memore ac Triste animo/D.O.C.

La razón de tal dedicatoria colectiva es muy simple. La mención en ella de Billinghurst cae de su peso. Respondía a la gratitud del escritor y acaso a la presencia inmediata de Guillermo Segundo, el hijo mayor del ex presidente, joven tan inquieto como Valdelomar; D. Ramón Ribeyro era padre de Emilio Ribeyro, íntimo amigo de Abraham, hombre de gusto refinado en todas las dimensiones del refinamiento. La mención de Lavalle y Pardo reitera un homenaje a Juan Bautista y a José Antonio de Lavalle y García; aquél, amigo y compañero de Abraham según hemos visto reiteradamente. (Juan Bautista recibió también el homenaje de Alberto Hidalgo en *Panoplia lírica.*) Se distinguía como un diletante animoso, tal como su hermano se caracterizaba como un afortunado coleccionista de cuadros y retablos coloniales. Aquellas eran las amistades epónimas de Abraham.

A renglón seguido, y después de tanto preludio solemne, presenta en curioso *bric a brac* intelectual y social a sus amigos "predilectos". Cada una de las menciones tiene su historia. La página en que las reune va precedida del siguiente encabezamiento:

"Los cuentos que componen este libro están dedicados a los siguientes amigos predilectos del artista." Tal expresión me hace pensar en la preferencia que Valdelomar concedía entonces al adjetivo "predilecto" y a su generador "dilecto": los usaba con frecuencia. En la dedicatoria manuscrita del volumen de *El caballero Carmelo*, que tengo a la vista, dice:

"A Luis Alberto Sánchez, el más gordo y feliz de mis amigos predilectos. El Conde de Lemos." Para aclarar el caso debería insistir en, por lo menos, las expresiones "gordo", "feliz" y "predilecto", así como el empaque con que, con altas y fuertes letras, firma: "El Conde de Lemos". En esa época parecía

como que la gordura y la felicidad se completaban, y que ambas poseían un sello de incoercible vulgaridad. En cambio, esbeltez o magrura, y melancolía o tristeza irradiaban, como en los tiempos románticos, cierta aureola insoslayable de aristocracia.

Pero volvamos a los "amigos predilectos" a quienes Valdelomar dedicaba los cuentos de ese libro, y la pequeña historia de algunos de ellos, a través de lo cual puede conjeturarse o proyectarse, si no fijarse, las propias circunstancias biográficas del autor.

Los dedicados eran: Enrique Bustamante y Ballivián, exquisito poeta, cuyas relaciones literarias con Eguren, Valdelomar, Gibson, Julio Hernández fueron de gran valor para todos y cada uno de ellos; Bustamante fue hombre proclive al decadentismo, excepto la de sus propias costumbres en las que se mantuvo ordinario, chato y hasta burocrático.

"La Duquesa Anita Pante della Róvere, en Roma" aparece en segundo lugar: no tengo mayores informaciones al respecto, pero el situarla allí como duquesa y realzar su residencia en Roma, señalan ciertas estribaciones decadentes y huachafas lamentabilísimas en el esteta de *Los ojos de Judas* así como cierto "hipo de notoriedad" suyo, o hambre de *épater les bourgeois* aunque sólo fuera de Lima y Pisco.

"Paquito Cazorla Talleri", el tercero de la lista, descendía de una antigua familia italiana avecindada en el Perú, relacionada con Felipe Sassone, con Manuel Llaguno, con los Barúa, nombre norteño este último, con raíces coloniales y costumbres ultramodernas.

César A. Valdivieso es el cuarto: no tengo sobre él mayores datos.

"Abraham Valdelomar, amigo predilecto" de Abra-

ham Valdelomar, según es obvio, figura en quinto lugar.

Siguen: Salvador Romero Sotomayor, un hombrecito pequeñín y flacucho, amarillo como un amancae; trasnochador, raro, adicto al teatro, hermético, maldiciente, servicial, perdonador de vicios ajenos y singularidades propias. Salvador fumaba en una larga boquilla de ámbar; salía de su casa a la una del día para ir a la Biblioteca Nacional, de donde era empleado, y trasnochaba hasta la una donde Broggi y después en los Balcanes, celebrando todo chiste, escuchando todo comentario, soltando de vez en vez una agudeza. Salvador era feo como un sapo púber, soliloquiante como un sacristán desengañado, inteligente e impenetrable como se debe ser.

Rafael Marquina y Bueno, arquitecto, empeñado en crear el tipo neoperuano o neocolonial que durante un tiempo imperó en Lima; hombre de largas narices, ojos claros al parecer y cándidos y habla intencionada. Fue un terco solterón hasta su muerte.

Alfredo Muñoz, zambo apacible, servicial, inteligente, pertinaz barranquino y editor de la revista *Balnearios*.

Luis Emilio León, buen mozo, miope, reticente y alto empleado de la Beneficencia de Lima igual que Marquina y Bueno; e igual que éste, solterón y mala lengua; publicó en 1916 la pésima novela titulada *Una vida vulgar* con prólogo de ¡Émile Zola! y glosas de Federico More.

Lucho Talleri Barúa, rico hombre trujillano, untuoso y exquisito.

Manuel Moncloa y Ordóñez, autor teatral, cronista festivo, hijo de Manuel Moncloa y Cobarrubias ("Cloamón"), era en ese tiempo banquero (en el Banco Alemán Transatlántico) y mecenas.

Fabio Camacho, "el dulce Fabio", un zambo alto, carirredondo, editor de *Mundo Limeño;* de voz aflau-

tada y ademán uncioso, muy dado a las letras y al menester publicitario. Imitaba a Valdelomar hasta en los contoneos del andar.

Juan Alberto Koechlin, descendiente de alemanes, un poco *detraqué*.

César Zapatel, muy parecido a Marquina y a León; hombre elegante, bien puesto y profusamente empolvado; tenía la voz como gastada; hablaba en falsete. Era fino, paseandero, ocioso y maldiciente.

Aurelio Fernández Concha, cejijunto y romántico; se entregó a los paraísos artificiales; más tarde se refugió en Nueva York huyendo de un amor contrariado, el de Carmen Seminario. No tardó mucho en pegarse un tiro.

Alberto Hidalgo, gran artista, tan mala y loca persona como buen poeta; insolente, procaz y huidizo, lo que ocultaba tras el despliegue de grandes ademanes viriles.

Toribio y Luis Alayza y Paz Soldán; dos hermanos abogados, cultos e inteligentes, de sólidas lecturas. Toribio, a quien apodaron "Grillo", fue un magnífico juez y excelente profesor en San Marcos. Luis publicó un desigual libro de versos y, más tarde, lamentables volúmenes de prosa cuyo ardor patriótico no llega a disimular su impericia estética.

Percy Gibson, el original poeta arequipeño, mefistofélico en su apostura de grulla; dipsómano, socarrón y lírico; acabaría viejo, a los casi setenta años, en Cuernavaca, México, clima y cielo como los de Arequipa, donde se cobijó para su ocaso.

César A. Rodríguez, otro arequipeño, feo y solemne como un huaco batrácico; usaba tremendas antiparras; y como rasgos fisonómicos, cabello tieso, ojos chinos, con boca pródiga y nariz curva; cholo cabal; filosófico autor de bellos sonetos bodelerianos y lugonianos.

Marcial Helguero y Paz Soldán ("Marlaci"), cronista social de *El Comercio,* hombre de dilatado *stage* en Roma, *clubman,* feo como Picio, de ojos estrábicos, uno de ellos invidente; ajustado de cintura y de mano salvo para el *poker* y la "pinta".

Miguel Ángel Urquieta, vocinglero y chabergudo, escritor estudiante, matón literario, hijo del famoso libelista y orador liberal Mariano Lino Urquieta.

Como se ve, el contorno de los amigos "predilectos" de Abraham ofrecía muchas cisuras para la maledicencia y el chisme. En su centro, foco estelar inexpugnable, "El Conde de Lemos" ensayaba cada día una sorpresa al buen "señor-que-no-comprende-nada". Acabarían entendiéndole y atendiéndole.

El prólogo del libro firmado por Ulloa Sotomayor no es muy afortunado. Sin qué ni para qué, evocaba ahí su autor el remoto duelo estudiantil sostenido con Valdelomar; luego se apresura innecesariamente a ponerse a salvo de cualquier sospecha de presunta solidaridad extraliteraria con Abraham. Las palabras respetuosas de Ulloa, más joven que Valdelomar en cuatro años, dicen así:

> Yo no habría podido hacer un juicio crítico de su libro, porque no soy literato, ni presumo de académico. Lo que Valdelomar ha querido de mí es que le acompañe a presentarse a *este público que le hostiliza.* No soy sectario de ningún grupo literario y *menos que de ninguno, del que se ha formado al amparo de sus extravagancias.* En este carácter de *insospechable* vengo a estas páginas. De muy lejos voy a escuchar el eco del triunfo del artista y de muy lejos mi ansiedad ha de volver pronto a su lado en felicitación efusiva y cariñosa (p. V).[6]

[6] Los subrayados son míos. L.A.S.

El párrafo no tiene "pierde". Sintetiza —sin conciliar— varios extremos. Lo primero: que Ulloa se aprestaba a navegar en ese momento, fines de 1917, en viaje de bodas, casado con una paisana de Valdelomar, la aristocrática y hermosa iqueña Margarita Elías de la Quintana. Lo segundo: que a Valdelomar lo hostilizaba "el público" (exageración evidente) y que cometía "extravagancias" a cuyo amparo crecía la fama de otros. No establece en qué consistían esas extravagancias. Por la forma del rechazo, Ulloa da a entender que, o se trataba de usos o vicios reprobables por la generalidad, o que sencillamente (lo que sería obvio) Valdelomar acudía a poses, gestos, palabras y actitudes llamativas por inusitadas. Más adelante volveremos sobre el tema. Baste apuntar aquí que ya en ese tiempo se insistía chillonamente en la proclividad de "El Conde de Lemos" hacia el opio y la pederastia, *árcades ambo.*

Como si no fuesen suficientes las dedicatorias, el prólogo, las invocaciones y demás que constituyen los preliminares del volumen, el autor agrega una página con cuatro lemas distintos tomados respectivamente de Amado Nervo, el Génesis, Dante y... ¡Valdelomar! Desde luego acusa cierta ingenua insolencia aquello de citarse a sí mismo como autor extraño al texto. La fiebre egolátrica o alcibiadesca de esos días paralizaba el juicio crítico del autor. Entre el buen gusto y la arrogancia, Abraham optaba por lo segundo. Alguna tarde, poco después de la publicación de *El caballero Carmelo,* oí decir refiriéndose a las críticas de que era objeto:

> Querido Sánchez, si para llamar la atención tuviera que salir vestido de amarillo, lo haría sin titubear. ¿O cree usted que un zambo como yo atraería de otra manera la atención de estos cholos gordos, espesos y universitarios de su Lima?

Me parece verlo y oírlo. Era un domingo. Se acercaba la noche. Yo estaba en la puerta de la confitería del Palais Concert. Valdelomar, que venía desde el mundo y por la acera de *La Prensa,* a la que ya no pertenecía, llevaba una camisa de tenis blanca, con el cuello vuelto, derramado sobre la chaqueta ploma, larga y entallada. Calzaba zapatos con capellada de ante claro y enarbolaba su clásico bastón de Malaca. Me invitó a tomar té. Le confesé mi propósito de escribir un artículo sobre su libro. Me lo agradeció con sencillez y sin énfasis, como un homenaje natural en las columnas de *El Tiempo.*

Regresemos al volumen:

La aparición del segundo libro de "El Conde de Lemos" trajo consigo una cauda de comentarios, todos ellos elogiosos. No obstante, se omitió lo que podríamos reconocer como algo fundamental en torno del texto: su carácter documentario y antológico. Uno de los exégetas, "Máximo Fortis" (seudónimo bajo el cual se escondía el entonces estudiante de medicina Juan Francisco Valega), prefirió tejer en torno de la obra un elogio literario de su autor, y presentó a éste una especie de reto a su ingenio. Abraham respondió con desenfado y lirismo.[7]

Pocas veces fue Abraham más franco... "Máximo Fortis" le tendió el capote, citándolo a suerte — y debemos usar este lenguaje taurino porque más que el "primer año de *El caballero Carmelo*", según afirma en su respuesta a Valega, era el "primer año de Juan Belmonte". Citado a suerte, digo, "El Conde de Lemos" acometió con bravura y nobleza conforme corresponde a fiera de buena casta. Por bravo y noble, destejió allí, sin falsos nombres, su urdimbre interior.

[7] Cfr. *Sudamérica,* Lima, números 18 y 19, 20 y 27 de abril de 1918.

No existe confesión alguna de escritor, excepto ciertas páginas de Benvenutto, Baudelaire, Wilde (en su memorial póstumo) y Gide (en su *Diario)*, de tan cruda sinceridad. Valdelomar revela allí su secreto tal cual se lo habíamos oído mucho antes, en sus horas de murria y desencanto. Abraham declaraba que había una antinomia insalvable entre él, el artista, y los "cholos", los burgueses de su pueblo. Para atraer la atención de los "cholos" y para enderezar sus almas torcidas sólo había un camino: golpearlos, aturdirlos, deslumbrarlos, excitarlos y despreciarlos. Ésa era la que, según confesara, había sido su técnica.

No obstante tanto desplante periférico, leídas de nuevo las melancólicas y tiernas páginas de *El caballero Carmelo,* no sabe uno a qué atenerse si no se vuelve ya a aquella fugaz correspondencia en pos de luces.

A través de ello se advierte claramente que Abraham Valdelomar empezaba a ser indiscutido como escritor, pero se comprueba a la par que pocas veces se había discutido tanto y tan apasionadamente a un hombre.

El mismo Abraham parecía hallarse en una situación de grave desánimo. Su propio libro era un abigarramiento y sus contradicciones revelan perplejidad. ¿Qué era en fin de cuentas lo que había decidido ser su autor? ¿Cuentista?, ¿periodista?, ¿ensayista?, ¿caudillo político?, ¿apóstol del nacionalismo?, ¿poeta?, ¿novelista? ¿Qué?

Aumentan las cavilaciones en presencia de la conformación, estilo y versatilidad de la obra: ¿estaba Valdelomar resuelto a ser un enamorado de la soledad?; ¿ un novio o amante fiel?; ¿un heterosexual?; ¿un homosexual?; ¿un opiómano?; ¿un hombre normal?; ¿un *poseur?;* ¿un ingenuo?; ¿un decadente?; ¿un barroco?; ¿un primitivo? ¿Qué, Dios mío, qué?

Lo peor es que frente a tal cúmulo de preguntas, surge una sola respuesta: su conducta tangible, el debate audible que provocaba y padecía "El Conde de Lemos".

Avanzaba el año de 1918. Entre la puesta en circulación de los primeros ejemplares (enero de 1918: yo concluí de leer el mío el 14 de ese mes) y la edición entera (abril) hubo tiempo para despertar emulaciones y fervores, sobre todo fervores. Apenas lanzada toda la edición (2,000 ejemplares) del tomo de *El caballero Carmelo*, Abraham partía al norte a conquistar discípulos, colegas, amigos y seguidores; popularidad y envidia.

Estaba casi a punto para la acción y maduro ya para la pasión.

Yo fui uno de los que ensayó sus armas críticas, en un artículo que acogió *El Tiempo* en su edición del 29 de abril. Bajo la impresión de una reciente lectura de *Crítica profana* de Julio Casares, libro que me impresionó por su sagaz examen sobre el empleo del adjetivo y otras modalidades estilísticas, traté de examinar el uso del adjetivo (uno, doble o triple) en Valdelomar y las formas verbales que prefería. A Abraham le plugo grandemente el comentario y me prometió insertarlo en el pliego de glosas que acompañarían la entonces aparentemente próxima redición del libro. Clemente Palma rindió pleitesía entusiasta a Valdelomar. Muchas otras plumas autorizadas incidieron en el panegírico. Pero, quizás el más atrayente, el más singular fue la ya citada carta del novel escritor conocido como estudiante de medicina, Juan Francisco Valega. A sus veintitrés años (o sea no mucho menor que "El Conde de Lemos") formaba parte de un grupo juvenil en el cual resaltaban Adán Mejía, Leo Mendoza (que nunca escribió), Luis Aurelio Loayza Silva (que escribió poco) y otros. Valega, usando el seudónimo de "Máximo

Fortis", publicó en la revista *Sudamérica,* el 20 de abril, su carta abierta bajo el rótulo de "A Abraham Valdelomar, Conde de Lemos". Es un documento digno de atención. En él aflora el devoto de Anatole France que era Valega, y además atento estudioso de psiquiatría. Dice en una parte de su carta:

> Asoman en usted dos personalidades: una, la del periodista que se entrega a la crónica, cuando sin marrar la nota personal que suscite la acalorada discusión de los que todavía no le admiran; otra, la del literato que realza en cuentos y en versos los ideales artísticos (de) sencillez y sinceridad, preconizados por Anatolio. Mucho le admiramos, Conde, y agradezco igualmente, porque practica usted lo mejor de mi Maestro.

En realidad, "Máximo Fortis" exageraba. Si bien es exacto que la sencillez y la ironía iban de la mano en la prosa valdelomariana como quería Anatole France, no es menos cierto que en el fondo, no muy al fondo, se traslucía la angustia, la emoción, la ternura de un corazón resueltamente niño. La maestría de Anatole France, que nos encandiló a casi todos los que llegamos a la mayoría de edad bajo la influencia de los arielistas, no fue tanta que nos hiciera perder la fe en ciertos ideales que *monsieur* de Bergeret no habría abrazado sino con escepticismo. Continúa el comentario de "Máximo Fortis":

> Se le censura entonces acremente, con indignación, digna de mejor motivo. Pero, cuando leen "El Conde de Lemos" al final de un artículo, se lo suerben íntegro. ¿Qué sois, un *poseur?* En esta tierra de distraídos era el único medio de llamar la atención.

Junto con este análisis psicológico, "Máximo Fortis" entreteje una glosa literaria penetrante y cordial. Valdelomar reaccionó a la semana siguiente en un artículo titulado "Respuesta de El Conde de Lemos a Máximo Fortis".[8]

> El público —que es y será siempre un niño grande, malcriado y caprichoso—, no fijaba su atención en el punto que yo había menester para obtener éxito en mi arte. Estudié entonces la manera de que las planchas no me salieran movidas y recurrí a la maña del fotógrafo. *Mis compañeros de hoy en la literatura, y sobre todo, mis sucesores de mañana no acabarán nunca de agradecerme el servicio que les he prestado ni podrán medir bien mi sacrificio.* Antes de mí, jamás se ocupó el público con mayor vehemencia, ni se discutió tanto, ni se atacó y defendió tanto a escritor alguno.

Era la primera vez que Valdelomar decía cosas tan claras e íntimas al público y en público. Mi propia experiencia cerca de él no fue sino una corroboración de tales puntos de vista. De hecho ningún escritor peruano recibió tantos elogios, tantas ofensas, tantas censuras, tantos comentarios a causa y a raíz de su obra escrita, y de su conducta pública y privada. Hay algo de despedida en la sinceridad de tal respuesta. Sin embargo, no podía olvidar ni omitir su habitual insolencia:

> Yo sé muy bien que hay cholos que no me quieren. Tienen razón: yo no puedo tratar con tales cholos. Mi arte es para los limpios de corazón; para los

[8] Cfr. *Sudamérica*, Lima, año I, números 18 y 19, correspondientes al 20 y 27 de abril de 1918 respectivamente.

sanos de espíritu; para los ebrios de ilusión; para los sedientos de esperanza; para los saturados de fe; para los llenos de amor; para los sencillos; para los puros, los comprensivos, los buenos; para los que tienen miel en el panal del corazón, perfume en la corola del espíritu, suaves colores en los pétalos del sentimiento, música alada en los vergeles de la conciencia.

Mas hay cholos que tienen el corazón en forma de sapo, la lengua en forma de víbora, las manos alacranadas, el aliento cloacal y el alma a oscuras, entelada, maloliente y con sumideros. ¡Ay, Dios mío! esos cholos son la prole del Cornudo y Rabudo de las pezuñas de cabra.

Esta explosión temperamental y literaria posee una fuerza, una sinceridad y un significado evidentes. Así era Valdelomar y así consideraba su tarea en aquellos instantes en que, perdido el apoyo de su cargo en el periódico, se lanzaba al báratro insospechado de vivir como escritor y sólo como escritor: lección magnífica. La "Respuesta" a "Máximo Fortis" está firmada, además, en una forma que no admite dudas acerca de la posición espiritual de su signatario. Reza así: *"Ancón. Crepúsculo. Miércoles. Primer Año de El caballero Carmelo."*

Todo quedaba dicho. Pese al humorismo y la pose valdelomariana no cabe duda de que él estaba convencido de haber dado comienzo a algo así como una "nueva era literaria" en el Perú: la era de *El caballero Carmelo.*

Así concluyó el otoño de 1918. Con el invierno llegaron las lloviznas y los viajes. Una especie de "égira" sin violencia y sin Alá. En todo caso, el nuevo Mohamed creía en Dios y en el arte. Y acaso más que en nada y en nadie, en sí mismo.

XVII. TU DUCA, TU MAESTRO, TU SIGNOR...

(LEONARDO) (Mayo - Diciembre 1918)

LA HOGUERA del triunfo encendida por su reciente libro, continuaba llameando. La crítica de los más diversos orígenes y tendencias la había saludado como obra singular y maestra. Clemente Palma, el hirsuto pontífice del gusto (no digamos si bueno o malo) literario; el penetrante y fino Alberto J. Ureta; el estridente Alberto Hidalgo, todos coincidían en el apasionado y sorprendido ditirambo. A su abrigo, Valdelomar, después de dar por oficialmente inaugurada la nueva era con el "Primer Año de El caballero Carmelo", y hallándose desposeído de todo empleo fijo, y al par que audaz, lleno de aprensiones, decidió proseguir en la ruta marcada el 17 de mayo del año anterior, fecha de su ruidosa conferencia en el Centro Universitario de Lima. Cierto que anteriormente había ofrecido conferencias y *causeries* en Arequipa, Ica, Chincha, Pisco, Huacho, Huaura, Chancay, y promulgado discursos políticos en Lima y El Callao, pero aquella conferencia del Centro Universitario le había abierto un nuevo camino: el de la comunicación oral y directa con sus auditores y con sus potenciales lectores —y acaso con sus seguidores.

Resolvió, pues, lanzarse a recorrer el Perú en función de conferenciante, hablando sobre temas estéticos, patrióticos y sociales. Toda la gama.

Poco antes de partir al norte, publica en *Sudamérica* un soneto simple, musical y amoroso; una de las más ajustadas expresiones de su adhesión al

modernismo, pero a la vez, de su pertinaz propósito de ingenuidad, que lo acercaba tanto a Francis Jammes, a quien dedica ésta y otras de sus páginas. Dice aquel soneto:

L'ENFANT

A Francis Jammes

Sollozante y medroso, vuelve al fin a su nido,
llorando como un niño, mi pobre Corazón.
Vienes lleno de sangre, Corazón ¿Te han he-
[rido
¿qué ojos te hicieron daño, mi pobre Corazón?

Con una herida has vuelto, cada vez que te has
[ido
Cobíjate en mi pecho. Yo sólo te he querido.
Yo sólo te comprendo, mi pobre Corazón.

Arorró, pobrecito. Conmigo estás de nuevo;
acuéstate en el pecho que adolorido llevo.
Te dormiré con una dulce y nueva canción.

Arorró, pobrecito... Ven, no sigas llorando.
Besaré tus heridas, pero no llores... ¿Cuándo
dormirás para siempre, mi pobre Corazón? [1]

La estructura y las motivaciones de la composición y el momento en que la escribe, requieren comentario.

Francis Jammes acababa de morir. Da pena que tan gran poeta desapareciera tan sin ruido. Si bien de ese modo justificaba su vocación de modestia y

[1] Cfr. *Sudamérica,* Lima, año I, número 13, 16 de mayo de 1918.

silencio, era un cargo contra la sociedad de su tiempo dejarlo irse a la sordina, con un paso de culpable. Francis Jammes había llenado de discreta tristeza y de sobria simplicidad un ciclo de poesía. *De l'angelus de l'aube à l'angelus du soir* es uno de los libros más bellos y tiernos de las letras francesas. Jammes supo acallar sin jactancia la clarinería de Víctor Hugo, y simplificar con humildad las complicaciones de Mallarmé y, además, y he ahí su inaccesible nivel, supo dar aire doméstico a los dulces, pero demasiado literarios desgarramientos de Verlaine, y comunicar intimidad irrestañable a las sabias melancolías de Samain. Sus novelas *Clara d'Ellebeuse* y *Pomme d'anis* figuran entre las más insinuantes y tersas narraciones de todos los tiempos. Muchos poetas peruanos se sometieron a aquel suave yugo para llevar adelante sus ansias de soñar. Uno de ellos fue Enrique Bustamante y Ballivián, quien evoca a *Clara d'Ellebeuse* en uno de sus *Elogios*. También incidieron en el jammecismo Aguirre Morales, Gibson, Morales de la Torre, Mariátegui, Falcón y, claro está, Valdelomar. Dentro de una auténtica vocación de humilde piedad cristiana, Abraham deja fluir de su pluma, sin sanción alguna, vocablos ordinarios, llenos de mal contenida emoción. Lo sabemos: una de las más difíciles proezas para un escritor consiste en usar deliberadamente vulgaridades, comunicándoles la aristocracia de quien las emplea, acometer eso que Dámaso Alonso y los estilistas contemporáneos denominan "el prosaismo deliberado". Por otro lado, para compensar acaso aquella buscada modestia, Valdelomar utiliza allí un recurso de poesía cortesana: el *ritornello* o *leit motiv:* "mi pobre Corazón". Y compensa este alarde rítmico con el apelamiento a vocativos tan pueriles como "Arorró", o "pobrecito", o el pedestre y coloquial "no sigas llorando", o el empleo de rimas tan

fáciles como son las que concluyen en "on", "ando", "ido" y "evo". Podría decirse que la belleza y elegancia evidentes de aquel soneto (en alejandrino francés, al modo de Rubén Darío y, naturalmente, de Hugo) reside principalmente en la cantidad de platitudes con que allana su palestra Valdelomar, o sea, en los saltos magníficos que da sin que lo exija ningún accidente del terreno o ninguna valla. "Besaré tus heridas, pero no llores", adversativo ilógico, y que sin embargo, impresiona. "Acuéstate en el pecho que adolorido llevo", es otra fórmula doméstica y penetrante. Si alguien dudase del romanticismo esencial de "El Conde de Lemos", tendría aquí su respuesta negativa. En este soneto se da una versión más íntima y al par sonora de un *triolet* de otro poeta peruano de la época de Valdelomar, Alberto J. Ureta, aquel de en *Rumor de almas* que dice:

Pobre amor, no lo despiertes
que se ha quedado dormido
Hay en sus labios inertes
la tristeza del olvido.
Pobre amor, no lo despiertes:
Dios sabe cuánto ha sufrido.
Pobre amor, no lo despiertes
que se ha quedado dormido.

También evoca otros versos de un poeta peruano de su tiempo y de su amistad: Leonidas N. Yerovi. Éste, en *Recóndita* (1915), había dicho:

Con un ir y venir de la ola de mar,
así quisiera ser en el querer:
Dejar a una mujer para volver;
volver a otra mujer para empezar.

Golondrina de amor en anidar,
huir en cada Otoño del placer,

y en cada Primavera aparecer,
con nuevas, tibias alas que brindar.

Ésta, aquélla, la otra confundir
de tantas dulces bocas el sabor.
Y, al terminar la ronda, repetir,
y no saber jamás cuál es mejor,
y, siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor...

La idea de la muerte se presenta en estos tres poemas, no tanto porque ella sea un recurso poético, sobre todo romántico (poco modernista), sino porque los tres poetas (dos de ellos por hoy indudable premonición de sus tempranos decesos: Valdelomar a los 31, Yerovi a los 36; y el tercero, por su temperamento irreduciblemente agonizante) provenían de un manantial romántico, cuyas aguas se nutren de limo y hojas secas y arrastra inmóviles nenúfares como fúnebres y ostentosas flores de hielo.

Además, el poema de Valdelomar corresponde a una época de incertidumbre, al término de su epifanía, al inicio de su prematuro y hasta monstruosamente precoz eclesiastés. Como para librarse de aquel peso, de su fardo de penas y desaliento, tal vez por eso, es que había iniciado ya desde fines de 1917 su carrera en pos de la ruidosa fama de las plazas públicas, el fugaz lenitivo de los aplausos populares.

De hecho, esta renovada actitud en busca del halago visible era como una redición o eslabonamiento de su juvenil conducta frente a la candidatura presidencial de Billinghurst. No iba ahora en pos de un caudillo; acaso iba en pos de sí mismo. Los pródromos de la entrega al debate y la conferencia, repito, se hicieron más patentes desde mediados del año anterior, pero se definieron ya, simultáneamente, con su pérdida de posibilidades en *La Prensa,* a raíz de

su visita pascual a Chancay, de la que tomó pie la inesperada y poco amigable decisión de Durand, el dueño del diario; la decisión consistió en mantener la sección "Palabras" de "El Conde de Lemos" en ausencia de éste, encargándola a otro redactor y, lo que es peor, usándola para censurar a personas gratas a su redactor titular. Lo más curioso es que Abraham se veía rechazado de su casa intelectual, precisamente cuando mayor entusiasmo ponía en subrayar la nota patriótica de su obra, siguiendo la, para él, magistral huella de D'Annunzio.

Según hemos señalado, tres fueron los principales poemas patrióticos que compuso Valdelomar entre 1917 y 1918: "Invocación a la patria", "Bandera, ala de la victoria" y "Oración a San Martín".

Son tres himnos líricos escritos en la más nítida manera valdelomariana: descriptivos, nostálgicos, impulsivos, sentimentales y armoniosos. Diría: melódicos. Escuchemos las enumeraciones poéticas, testimonio de una lectura reciente de Walt Whitman, cuyas cataratas de sustantivos adjetivados reprodujera Verhaeren en *Les villes tentaculaires* y D'Annunzio en sus *Laudi:*

> Bandera, ala de la Victoria, puro símbolo de la Libertad, Tabor de sacrificios, dorado cofre de esperanzas, nido caliente de leyendas, yema fecunda de viriles frutos, meta ideal de claras conciencias. ¡Bandera, ala de la Victoria! Cerebro, corazón y músculo de la Patria; razón de vida de las generaciones;
> Y LATENTE DE LOS PUEBLOS: orgullo de las sociedades; palanca y volante, timón y hélice de las Razas. Bandera, ala de la Victoria: sueño casto y dorado en el cerebro infantil; estímulo, norte, impulso viril, radiante anhelo en la vigilia del Hombre; dulce y amada forma eucarística en el corazón de

la madre; único sueño de la juventud. Bandera, ala de la Victoria...

Se trata de una letanía al modo sagrado de *Leaves of Grass*. "Oración a San Martín" comienza como el Padrenuestro. Es como un remedio del panegírico al mismo héroe escrito por el conspicuo y sonoro orador argentino del 900, Belisario Roldán, el cual empieza: "Padre Nuestro que estás en el bronce..." Roldán visitó Lima por segunda vez hacia 1916 o 1917, de suerte que su lección estaba fresca. Valdelomar pide a San Martín que proteja "a las generaciones nuevas"; le elogia por haber fundado escuelas, todo lo cual sitúa ésta y las otras alabanzas como lo que fueron: piezas educativas de exaltación juvenil, propias para escuelas y hogar. Para eso fueron escritas.

El hecho de que "para eso fueron escritas" dichas oraciones, indica que Abraham se encaminaba a la prédica, olvidando por el momento la narración de dramas pueblerinos que hasta allí le caracterizaran.

Aquélla coincidió con la decisión del Perú (y de los Estados Unidos después) de entrar en la guerra.

Hasta 1917 la "conflagración europea", como la denominaban los periódicos, no pasó de ser para la imagen popular sino una lucha más amplia de las tantas que habían azotado al viejo mundo. Ya teníamos experiencia al respecto. Durante años y años habíamos oído hablar del viejo culto continente del placer y de la guerra. En 1913 estalló la guerra de los Balcanes que decretó la segregación de Turquía de Europa; en 1912 la guerra se libró en Marruecos; 1911 fue el año de los rozamientos francoprusianos; 1910 la guerra ítalo-turca; en 1909 sucedió el incidente de Agadir; en 1900 se trabó la lejana guerra de los *boers* contra Inglaterra; antes, las batallas de Sudán destacándose la estupenda figura del general

Gordon; la antecedió la guerra de Abisinia, en la que surge la fabulosa figura del Negus Menelik; las de China a causa de la rebelión nacionalista de los *boxers;* las de Prusia, Francia y Austria y la de la unidad italiana. Tantas guerras se produjeron en menos de cuarenta años. Es cierto que hubo un largo interregno de paz, de paz armada y, a pesar de eso, gozada. Su clímax fue la Exposición Universal de 1900. Empero, la guerra de 1914 comprometió prácticamente a toda Europa (con excepción de España, Suiza y los países escandinavos), al Japón, las colonias asiáticas y africanas y, a partir de 1917, a los Estados Unidos de Norteamérica que arrastraron a la lucha a sus satélites latinoamericanos, con la excepción de México, Chile y Argentina.

El año de 1917 había abierto la última compuerta. Desde los umbrales de la hasta ahí neutralista y aislamientista Casa Blanca de Washington un profesor universitario, rector de Princeton, convertido en presidente de la república, Woodrow Wilson, había lanzado la doctrina de sus "Catorce puntos" a raíz de los cuales su patria intervino en la contienda. Por órdenes del general John Pershing, fallido invasor de México, partieron los *boys* hacia ultramar, cantando himnos y mascando chicle.

En Lima, el rector de San Marcos, lleno de emoción por tal suceso, dedicó su discurso de apertura del año lectivo al "destino histórico de los Estados Unidos". Se llamaba Javier Prado y Ugarteche, contra el que se pronunciara Valdelomar a causa de los sucesos subsiguientes al derrocamiento de Billinghurst. El presidente Pardo, tan germanófilo como el rey Alfonso XIII, resistió hasta donde pudo el empuje popular aliadófilo que le obligaría a declarar la guerra en la "Tríplice". Mariano H. Cornejo, antiguo billinghurista, íntimo amigo de Valdelomar, presidía la campaña aliadófila para obligar al gobierno a pro-

nunciarse a favor de Francia y compañía. Valdelomar no dejó de entusiasmarse, sobre todo cuando, bajo el señuelo de D'Annunzio, resolvió Italia faltar a su palabra como Estado para cumplir su destino como nación. Además era evidente que, en 1918, el civilismo clásico había entrado en franca descomposición. Se abrían nuevas posibilidades como las que señalaron el acceso de Billinghurst. Valdelomar decidió probar nuevamente fortuna en la política. Empezaría por alargar su silueta cultural o ensanchar su órbita literaria; lo demás vendría por sí solo.

A comienzos de mayo de 1918, acompañado por un pequeño grupo de amigos, subió a un tranvía eléctrico en la estación de La Colmena y se dirigió a El Callao, donde lo esperaba el "Ucayali", ligero y flamante barco de la Compañía Peruana de Vapores. La expedición al norte, como podría llamarse aquella romería cultural, tenía como antecedente inmediato las conferencias ya pronunciadas en diversos centros; las que habían reafirmado a su autor en dos certezas: primera, que el trato directo con el público posee innegables ventajas y atractivos, y segunda, que en una tierra de ciegos, el tuerto es rey. Puede algún exégeta apasionado alabar con entusiasmo las calidades de ensayista de Valdelomar a propósito de "Los amores de Pizarro"; le faltaba lo esencial para serlo: una amplia base informativa; un contacto permanente con las ideas, con los libros básicos. En cambio le sobraban imaginación y empaque.

Si uno examina el contenido de las conferencias de Valdelomar en su periplo norperuano, comprueba que manejaba una forma periodística, para sin embargo tener trascendentales resonancias.

Comenzó la jira: Trujillo fue un romántico suceso. El ambiente estaba apto, poroso para el advenimiento del artista.

Ciudad de abolengo colonial, poblada por "ricos homes" del algodón y el azúcar; por descendientes de condes y marqueses; de presidentes de la república; escenario, al parecer, de la primera proclamación de la independencia (de donde proviene el nombre del departamento: La Libertad); poseedora de un colegio (el de San Juan), un seminario y una universidad, fundada esta última nada menos que por Bolívar. Trujillo alentaba a una juventud ardiente, soñadora, inquieta, estudiosa, sensitiva, anhelante de nuevas ideas y nuevas sensaciones. Además, en ninguna parte como allí y en Chiclayo había cundido con mayor rigor la propaganda de ácrata vinculada a González Prada. Y si en Arequipa y Cuzco brotaron inconteniblemente los impulsos anticlericales y federalistas también ligados a Prada, en el norte la semilla dio otros frutos: los ideológicos y, por tanto, los estéticos. Ciudad de aristócratas bien hallados en ese tiempo, Trujillo podía darse el lujo de tener una juventud voluntariosa y momentáneamente desasida de intereses inmediatos, atenta a los grandes temas, a los puros ideales. Es así como el *dandysmo* tuvo allí asiduos exponentes. Y tal vez por eso cuando Domingo Parra del Riego (hermano del poeta Juan y del más tarde novelista Carlos, y de Mercedes, esposa de Percy Gibson, e hijo del coronel Domingo Parra, compañero de ergástula del poeta Chocano, allá por 1894, toda una insobornable relación literaria) comenzó a lucir su esnobismo y a hablar de los fumaderos de opio como fuente de ensueños y evasiones, y a poner en práctica el vicio de Quincey, halló cóncava y hasta ferviente acogida en el numeroso y selecto grupo de escritores, artistas y aficionados al arte y las letras que acabaría fundando, años después, el histórico grupo "Norte".

Constituían ese núcleo avizor Federico Esquerre, que luego se apartó de toda actividad intelectual y

encalló en la burocracia; José Eulogio Garrido, hombre sensitivo e inquieto, paradójico y sensual; Antenor Orrego, entonces redactor jefe de *La Reforma,* cuatro años menor que Abraham, apasionado de las ideas y de su forma; Carlos Valderrama, músico inquieto; Juan Espejo Asturrizaga, caviloso como pocos; Jorge Imaña, otro engendro del silencio; César Vallejo, quien se hallaba en Lima; Víctor Raúl Haya de la Torre, que pasaba una laboriosa temporada en el Cuzco; su hermano Agustín, flacucho y de grandes ojos, espiritual y atrevido; Macedonio de la Torre, pequeño, agareno, dinámico, en permanente vigilia, músico y pintor; los adolescentes Eloy Espinosa, Carlos Manuel Cox y Manuel Vázquez Díaz; el transeúnte limeño Carlos Camino Calderón, autor de cuentos, novelas y poesías; y lejos del grupo, pero en paralela evidente, Víctor Alejandro Hernández, un poeta romántico, de la más nítida cepa tradicional, que disputaba el aplauso de las damas.

Hacía muy poco que la compañía de Amalia de Isaura había estrenado *Triunfa, vanidad,* comedia primeriza y única de Víctor Raúl Haya de la Torre, coronada con una cuarteta de Vallejo y saludada por un soneto de éste, publicado en *La Industria.* La comedia era una defensa del poeta Vallejo, a quien había rechazado una familia acaudalada al saber sus amores con una de las hijas de la casa.

Por otro lado, había comenzado la inquietud arqueológica para restaurar Chanchan. El mecenazgo de don Víctor Larco Herrera ponía en aprietos a todos los millonarios del contorno. Don Rafael, su hermano, había iniciado su colección de alfarería y textiles chimúes. Valdelomar mantenía estrecha amistad con algunos magnates trujillanos como don Luis José de Orbegoso, dueño de Chiquitoy.

Es natural que la presencia en Trujillo del pontífice máximo del esnobismo y el *dandysmo* metro-

politanos fuera acogida con fervor. Temblaron los viejos penates locales. Los dioses de Chanchan se aprestaron a recibir el homenaje y la profanación de aquella pléyade hiperestésica e irreverente.

La primera conferencia de Valdelomar se realizó el 12 de mayo, a los pocos días de su llegada. Las invitaciones respectivas, fechadas el 8, llevaban las firmas del prefecto, el alcalde y el rector: no faltaba sino la del obispo. Era prefecto don Jorge García Irigoyen, de vieja estirpe civilista; alcalde, don Humberto Ortiz Silva, y rector, don José María Checa, perteneciente a una antigua familia de Piura y hombre dedicado al derecho y las letras. Valdelomar se alojó en el Hotel América, el mejor de la ciudad. Sus conferencias se realizaron en el Teatro Ideal. Los periódicos acribillaron a reportajes al juvenil y entusiasta "Conde de Lemos". Uno de ellos, *La Reforma* (o sea Antenor Orrego), le hizo una interviú llena de sugestiones; la reprodujo la revista *Sudamérica* de Lima, en su número del 8 de junio.

En ese reportaje Abraham se muestra elogioso y receptivo para con los intelectuales trujillanos. Principia nombrando a Vallejo, a quien había elogiado llamándole "el poeta del dolor"; "a quien conocí en Lima"... "es un poeta en la más noble acepción de la palabra. Pienso ocuparme de su obra en detalle." Menciona a Macedonio de la Torre, a Carlos Valderrama, a Daniel Hoyle, a Ricardo Rivadeneyra, a don José Luis de Orbegoso, a don Cecilio Cox, a Álvaro Bracamonte, a José Félix de la Puente y Ganoza, casado con Lucía Haya de la Torre y consagrado novelista. Las citas reflejan un verdadero *pêle-mêle*. Pero, aparte de ello, y se verán luego algunos aspectos confluyentes, es interesante anotar

que Valdelomar tenía el propósito de extender su viaje hacia el norte y hacia el sur.[2]

En efecto, Valdelomar declaraba al periodista de *La Reforma* su propósito de seguir hacia el norte hasta Guayaquil y Quito. En aquel puerto ecuatoriano había un grupo entusiasta de discípulos de "El Conde de Lemos", acaudillado por Medardo Ángel Silva, que redactaba la revista *Renacimiento.* Medardo Ángel copiaba a Valdelomar en el peinado, los anteojos, la vestimenta, los gestos, los alardes, el tono triste de su poesía. Acabó matándose, a los veinte años de edad. Decía también "El Conde de Lemos" que, después de un recorrido por el Perú, continuaría al sur, hasta Chile, sobre todo hasta Valparaíso y Santiago "donde tengo grandes amigos y admiradores". Habló de sus libros en preparación. Insistía en algunos proyectos revelados a Bustamante y Ballivián desde sus cartas de 1913. Declara:

> Tengo en preparación *Belmonte, el trágico, Neuronas,* libro de filosofía, y *Fuegos fatuos,* colección de ensayos de "humour" y listo para ser entregado; un libro de leyendas incaicas, *Los hijos del Sol;* una colección de novelas, *La ciudad de los tísicos;* un libro de crónicas, *Decoraciones de ánfora,* prologado por José Vasconcelos, el insigne intelectual mexicano; mi tragedia *Verdolaga* y mis tres últimas novelas: *El príncipe Durazno, El extraño caso del señor Huamán* y una cuyo título, como usted ve, es intraducible y que es lo mejor de mis trabajos.

Confiesa su preferencia por *El caballero Carmelo; Hebaristo, el sauce que murió de amor* y *Finis desolatrix veritas.*

[2] Cfr. *Sudamérica,* Lima, año I, número 25, 8 de junio de 1918.

Ahora bien, de toda esa enumeración, poco es lo que ha quedado y conocemos. Ciertamente Valdelomar hablaba de cien proyectos en marcha, todos frustrados por su temprana muerte, con la que murieron otros tantos intentos, entre ellos su novela incaica, sobre cuyo destino abrigo la sospecha del "aprovechamiento" ilícito que alguien hizo de ella. Pero de esto prefiero no hablar.

Del conjunto de trujillanos que menciona Valdelomar en aquella entrevista subrayamos los nombres de Valderrama, Hoyle y Macedonio, músicos los tres. Valderrama, especialmente, era una fuerza de la naturaleza, de aspecto físico contrapuesto al de Macedonio; Valderrama era más bien rubio, rojizo y robusto (tres erres sintomáticas) y mantenía un terco culto a la bohemia. En su casa, no en las ruinas de Chanchan, se realizó la legendaria "coronación" de Valdelomar. Después de una de las orgías poéticas que seguían a las conferencias, "El Conde de Lemos", en un arranque o paroxismo estético y acaso algo más, se tendió en el suelo y pidió que lo cubrieran de rosas. Uno a uno, sus báquicos compañeros desfilaron frente a él dejando caer puñados de pétalos fragantes... "El Conde de Lemos" quedó como sepultado bajo ellos.

Las conferencias fueron un éxito clamoroso. Los temas no podían ser más variados. Lo único uniforme era la alegría juvenil y, al par, sosegada de Abraham; su estudiada, esporádica y periférica arrogancia; su entrañable humildad; su sensibilidad; y el demasiado frecuente trato de una especie de secretario que había llevado consigo, un muchacho con habilidades de negociante, capataz de taquillas, de ojos azules y fríos como hoja de espada; de mentón afilado; rizos castaños; sonrisa de equívoco ángel; delgado como un pez, sutil como un chino, y además dado al opio. Se llamaba Artemio Pacheco, y se había

doctorado en *apicaramientos* y pecados de todo calibre, inclusive el de saber tentar a Valdelomar y sacarlo de sus casillas. Fue su talón de Aquiles hasta el último momento. Pacheco usaba un enorme diamante en el dedo anular y a menudo, como "El Conde", un ópalo en el índice diestro; llevaba una esclava de oro ceñida a la muñeca derecha; gustaba de chaquetas ajustadas; corbatas de colores claros, perfumes capitosos; sabía sonreir y vivir.

¿De qué no habló en público Valdelomar durante su *stage* trujillano? Entre el 8 y el 22 de mayo, o sea, durante catorce días, anduvo de un local a otro; de un barrio a otro; de un asunto a otro. Siempre con elegancia, humor y lirismo. Sus *camelots* (no del rey, sino del príncipe de las letras peruanas) fueron Valderrama y Macedonio. Un par de adorables y contagiosos locos. José Félix de la Puente ofreció al artista iqueño un banquete en el restaurante Estrasburgo. Estaban frescos los laureles de *La visión redentora,* novela de ambiente libertino al modo de los naturalistas hispanos. Él era un personaje arrancado también de una novela. De gran cabezota, de alta frente; bastante calvo; de ojos miopes y claros; nariz corta y curva como pico de cóndor; boca desdeñosa y mentón afirmativo. José Félix pretendía ser un sibarita y en gran parte lo fue a lo largo de su apacible existencia.

Una vez, ya en 1923, desembarcó el autor de estas páginas en el Puerto de Chimbote, donde José Félix ejercía el cargo de funcionario de aduanas. No habían dado las nueve de la mañana, pero, según el ritual de De la Puente, el champaña debe servirse a cualquier hora para saludar a unos amigos. Tuve que apurar una, dos, hasta tres copas de champaña a esa hora, en lugar de café con leche. El honor quedaba a salvo.

Boquiabiertos, dispuestos a seguir cualquier litur-

gia extravagante con tal de merecer las consideraciones del visitante, los adolescentes Eloy Espinosa, Manuel Vázquez Díaz, Agustín Haya de la Torre y Julio Gálvez Orrego seguían embobados la sucesión de desplantes con que endulzaba sus tristezas "El Conde de Lemos". Desde la alfarería precolombina hasta las relaciones entre la Iglesia y el Estado; desde el arte de la caricatura hasta la danza y la novela; desde las corrientes políticas contemporáneas hasta el criollismo y el neocriollismo literario, todo fue tratado por Valdelomar en teatros llenos de público que pagaba puntual y gustosamente la entrada para oir un torrente de paradojas y deliciosas insolencias. El 23 de mayo, Abraham viajó por tren hasta el puerto de Salaverry, cuyo largo muelle y cuyas olas airadas evocaban el doméstico puerto de Pisco y la inolvidable rada de San Andrés de los Pescadores, escenario de su infancia.

Carlos Valderrama y Eloy Espinosa, futuro autor de *Fogatas*, acompañaron a Abraham en aquella visita al puerto natural de Trujillo. Abraham anduvo de un pueblo a otro a través del departamento. El 7 de junio llegó a la villa de San Pedro. Todo el vecindario esperaba al audaz artista en el cine del mismo nombre de la población. Ahí estaba, uniformado de campaña con los vivos rojos de artillería, el jefe del destacamento del lugar, comandante Antonio Castro. Castro era un hombre nervioso; de ojos pequeños y rojizos; cabellos ralos y castaños; nariz afilada; silueta esmirriada; mentón fino, pero terco y de voz imperiosa. Amaba la historia y la literatura. Preparaba una *Historia militar del Perú*, cuyo primer volumen aparecería pocos años después. También pocos años después Castro fue senador de la república y alcanzó el grado de general de brigada. Después de la conferencia de Valdelomar hubo comida y holgorio. Aunque no se tratara del licor de

los Incas, por fuerza había de beberse pisco. Al día siguiente Valdelomar debutaba ante el público de Pacasmayo. La lista de temas de esas conferencias ha sido recogida por César Ángeles Caballero y por Estuardo Núñez.[3] El público de Pacasmayo no era como el de Trujillo. Los temas debían adecuarse a la índole de los oyentes. En eso Valdelomar, hombre de campo, sabía acentuar con eficacia. Si en ese momento se hubiera tratado de ganar elecciones, las habría ganado ampliamente. Los que no le entendían lo admiraban más, porque no le discutían. Los que le odiaban lo seguían más de cerca para contagiarse evitándole. Los que lo admiraban repetían servilmente cada uno de sus dichos y gestos.

Valdelomar se internó después en la sierra de La Libertad. No hay datos cabales de aquella travesía, pero no se puede dudar de que anduvo por Otuzco y acaso por Santiago de Chuco, la tierra de Vallejo. A lomo de bestia, expuesto al soroche y las fiebres palúdicas, subió la sierra, la traspuso y llegó a Cajamarca, tierra anhelada; de ensueño. Su cabalgadura detuvo la marcha frente a la casa de los Puga el 15 de julio.

Empezaba el invierno. No obstante, el cielo, de impecable azul añil, gozaba de la gloria de un sol luminoso y persuasivo.

A diferencia de Trujillo, ciudad abierta y ardiente, Cajamarca se acurruca entre los riscos como para guardar el calor de su perseverante sol. Lo que en Trujillo eran casas coloniales, en Cajamarca recordaba palacios incaicos. En la plaza se conservaba el cuarto del rescate; a la entrada de la población circulaban las aguas caliginosas que entibian los

[3] C. Ángeles Caballero, *Valdelomar*, Ica, ed. cit., 1964. Estuardo Núñez, art. en *Fénix*, órgano de la Biblioteca Nacional, Lima, número 15, 1968.

Baños del Inca. Una iglesia decorada con peregrinas cariátides de doble seno, o sea de cuatro tetas, rompía con sus columnas salomónicas la aridez de la edificación. Desde el cerro, desde la silla del Inca, la ciudad remedaba un pañuelo multicolor y arrugadito. La musa del lugar se llamaba intrasferiblemente doña Amalia, es decir, doña Amalia Puga de Losada. Tenía a la sazón unos cuarenta años y disfrutaba de recia fama de poetisa lírica y briosa narradora. El alcalde de Cajamarca era el no menos famoso coronel don José Mercedes Puga, hombre de pelo en pecho y de horca y cuchillo.

El Hotel Amazonas no ofrecía las comodidades que el América de la ciudad de Trujillo, aunque brillaba de limpieza, acrecentada por el esmero que doña Amalia puso en que se atendiera bien a su amigo. Como muestra de especial deferencia, la ilustre escritora ofreció a Valdelomar un banquete al que concurrió la flor y nata de la sociedad cajamarquina. Valdelomar improvisó prosas y versos en agradecimiento al homenaje. Los escritores jóvenes, Nazario Chávez (que andaba ya por los veinticinco), Pedro Barrantes Castro y Armando Bazán, se constituyeron en su cortejo. No se podría decir qué influencia tuvo sobre la sensibilidad de Valdelomar su activa permanencia en Cajamarca. Tampoco lo que significó para él el trato cotidiano con dama de tan finas calidades como Amalia Puga de Losada, superviviente del movimiento modernista y amiga de los más grandes poetas de aquella era.

El 15 de julio aparece Valdelomar en Chepén, nuevamente de vuelta a la costa. El 18 dicta una conferencia en la vecina población de Guadalupe. Sin ánimo de colector de votos, sin fanfarrias, aquello resultaba de veras la "Conquista del Perú" por un peruano; y la campaña de "villorrio a villorrio" era un prodigio de intuición. La conferencia en Chepén

tiene algunos aspectos singulares: su tema fue "Estética y religión" y la patrocinó una congregación religiosa. En Guadalupe el introductor fue el médico Nicolás Cavassa, hombre fino, inquieto y culto, amigo y compañero del grupo de siquiatras que formaban desde Hermelio Valdizán, Baltasar Caravedo y Sebastián Lorente hasta Juan Francisco Valega, el elocuente, incisivo y retórico "Máximo Fortis" de los recientes comentarios sobre *El caballero Carmelo.*

Es evidente que el periplo norteño lo hacía Valdelomar sin prisa, con regodeo, deleitándose en cada parte. Nada le apuraba. No tenía compromisos a fecha fija, había dejado de pertenecer a la redacción de *La Prensa;* no ejercía cargo alguno, era un escritor y un hombre libre, pobre y solo. De ahí que no asombre saber que llegó a Chiclayo a mediados de julio. Durante ocho días había recorrido la distancia entre Guadalupe y Chiclayo, que hoy se hace en automóvil en menos de hora y media.

Chiclayo ya había desplazado a la heráldica Lambayeque, capital oficial del departamento y cuna de sus glorias coloniales y republicanas; patria de Juan Manuel Iturregui y don Augusto B. Leguía.

Lambayeque, ciudad agraria y señorial, se asemejaba a Trujillo en el perdido boato y en el linajudo empaque. Frente a la plaza, ungida de calma, tiempo y poesía, levantábase la casa desde cuyos balcones Iturregui proclamó la independencia, "antes que la de Trujillo" según afirmaban las hablillas aldeanas. Un balcón alto; alto y largo. Tan largo, que contorneaba la fachada de la casa dando vuelta a la esquina, con una extensión de unos 80 metros (40 por lado), tupido de visillos y celosías (encajes moriscos); atalaya de la curiosidad mujeril y refugio de menesteres domésticos menos exhibibles.

Al revés de Lambayeque, Chiclayo crecía como un centro comercial, de mercaderes y comisionistas; con

una población cambiante, cotizante y emprendedora. Tenían ahí su emporio los Lora y Cordero; los Doig; los Arbulú; mientras que en Lambayeque campeaban todavía los Salcedo; los Aurich; los Baca; los Aguinaga; los Muro; los Mesones y los Muga.

El 26 de julio, por la tarde, Valdelomar ofrecía su primera conferencia en Chiclayo. Salió del Hotel Royal, rodeado de una cohorte de admiradores, la mayor parte muy jóvenes, entre ellos el febril y silencioso Juan José Lora; el sereno y criollo Nicanor de la Fuente; también el limeño "Cami" o Calderón, que iba y venía como lanzadera por las ciudades del norte exhibiendo, ofertando y vendiendo los productos comerciales de los que era agente.

Dos semanas permaneció "El Conde de Lemos" en aquel departamento de Lambayeque. Desde luego pagó la indispensable visita a Saña, a Motupe y a Pimentel.

Saña, la villa dormida, donde rindió su alma santo Toribio de Mogrovejo, le inspiró sentimientos de paz y añoranza. En Pimentel desafió a las olas, montado en uno de aquellos "caballitos" de totora que han hecho famosos a los pescadores norteños. Recorrió el vergel de Motupe dialogando con sus amigos en lírica teoría. Recogió la leyenda de mochicas y tallancas; la de los Leguía y los Salcedo, y acaso la trunca de los Calderón y los Sánchez, que hasta la revolución de Balta, en 1868, mantuvieron cierta premiñencia política en la comarca. El 14 de agosto Abraham se hallaba en Piura.

Aquella lengua ardiente de tierra calcinada se parecía hasta la identidad a sus arenales iqueños. Los puertos asomaban tímidamente en la desembocadura de los ríos, realzando con el latigazo de su inesperada presencia la ya cotidiana rutina de la soledad y la arena. Piura es más cálida que Ica y su puerto, Paita, contrasta por su sosiego con la braveza del

mar de Pisco. Rodeada de cálidos yermos Piura resuda y deslumbra. En el hotel de su nombre, Piura, lucía su ancha risa criolla un hombre de corazón también abierto: Vicente Rázuri. Era el patrón. Rázuri, campechano, vivaz, jaranista, amaba la literatura y hasta solía cultivarla en sus ratos perdidos. Los escritores sabían que en el hotel de "Lata" se podía comer de esperanza y hasta vivir de fiado. Él se compensaba cobrando bien y puntualmente a los comisionistas. Desde luego Valdelomar fue el parroquiano predilecto de Lata, quien, después de retirarse de aquel negocio, muchos años después, se dedicó a publicar libros, recuerdos, crónicas, pese a la ceguera que le asaltó hacia los años cincuenta, pero que no le privó de su alegría, ni de su capacidad de buen trato, ni de escribir. Murió en 1967, siempre gozoso al parecer.

En Piura comentó Valdelomar, con la garganta apretada de emoción, los detalles del deceso de don Manuel González Prada, ocurrido el 22 de julio, poco después de haber cumplido los setenta. Por hallarse ausente, no estuvo "El Conde de Lemos" en las solemnes exequias del Maestro. Pero la huella de sus lecciones y de su trato marcaron a fuego a todos los "colónidas", fraternales compañeros de Alfredo, el rubio "Ascanio", hijo de don Manuel. Uno de sus confidentes de aquella mala hora fue Luis Carranza, director de *El Tiempo* de Piura, diario provinciano que pagaba puntualmente a sus colaboradores limeños. Don Luis tenía tinta en las venas. Su padre, de igual nombre, fue socio del chileno Manuel Amunátegui, fundador de *El Comercio* de Lima. De manos de Carranza adquirió el colombo-panameño José Antonio Gómez Miró las acciones que le darían el control total del diario capitalino.

Entre los más asiduos contertulios de Abraham en la tierra de Grau y Merino, figuraban el rico agri-

cultor Héctor García Cortés y el joven abogado Ricardo C. Espinosa. Este último era un personaje alambicado, de ojos pequeños y vivaces; contornos redondos; sospechoso movimiento de caderas; alto pecho y hablar insinuante. Amaba la política y la literatura. Su padre, también Ricardo Espinosa, había obtenido un alto sitial en la magistratura y llegaría a ser vocal de la corte suprema, cuando su hijo desempeñaba la dirección de gobierno bajo el mandato de Leguía, en su época ardiente de la "Patria Nueva" (1919). Regresó a Piura fugazmente para acompañar a "El Conde de Lemos" en sus jiras, Ricardo Vegas García, el "Gualterio sin haber" que firmara encendidas alabanzas para Abraham en la juvenil revista *Ariel* de Piura.

Casi niño, un muchacho pequeño de talla; inquisitivo y lector voraz, no dejaba a sol ni a sombra al exótico personaje que defendía tan peregrinas posturas estéticas: se llamaba Juan Luis Velázquez y era dueño, por su familia, de una considerable fortuna. Andando el tiempo, sería un poeta y ensayista siempre original.

Pese al ardiente sol piurano, Abraham, vestido de blanco, con el pecho descubierto, usando camisas deportivas de mangas cortas y cuello abierto, tocado con un jipijapa de finísima paja, visitó Catacaos y dictó una conferencia en la paupérrima barriada cuyos blasones podrían ser los picantes, la chicha, el seco de chabelo y los tamales de cerdo. Luego subió hasta la frontera con Ecuador, hasta Sullana y Muñuela. Se detuvo allí.

Llegaba el verano con su cortejo de calores intolerables y soles deslumbrantes. Había empezado la primavera que, en aquella zona, flagelaba con su torridez. Había pasado ocho meses en aquella romería iluminada. De hecho había inaugurado la profesión de escritor. Había vivido sólo de eso y de

dictar conferencias. Conferencias pintorescas, sobre todos los temas imaginables, según se ha visto, y a las que acudía el público, no siempre numeroso, pagando entrada, atraído por la picante celebridad del artista y por las "variedades" que acompañaban sus presentaciones: recitado de versos por señoritas de moda o por muchachos entusiastas; canto de algunas tonadas típicas o de himnos rituales; rasgueos de guitarra; proyección de trasparencias o *slides*, coleccionados por él, de Roma en donde los tomara desde 1913; anunciándolos con el ruido y bambolla propios de los circos, pero con un estricto contenido patriótico y estético. Al regresar a Lima Valdelomar se confesó con un redactor de *La Crónica*. Es preferible oir la confesión de sus propios labios:

> Siete meses (duró el viaje). Salí en mayo florido y he vuelto en diciembre cálido. He recorrido en la primera etapa de viaje, Huacho y Huaura; hube de volver entonces precipitadamente a Lima para publicar mi último libro *El caballero Carmelo*. Reinicié la jira por Salaverry, Trujillo, Ascope, Pacasmayo, San Pedro, Guadalupe, Chepén, Saña, Eten, Chiclayo, Ferreñafe, Lambayeque, Piura, Sullana, Catacaos, Muñuela, Sechura.

El periodista le pregunta: "—¿Cuál fue el origen y el objeto de su viaje?" Respuesta de Valdelomar:

> —Fue esencialmente patriótico. Un grupo brillante, aunque muy limitado de nuestra juventud intelectual, convocado por mí, acordó en vista del desconcierto nacional en que vivíamos, emprender una campaña nacionalista, completamente desinteresada, y *fundar un periódico que fuera el órgano de la juventud nacional* para difundir en el país nuestros ideales.[5]

[5] *La Crónica*, Lima, 10 de diciembre de 1918, p. 8.

¿No sería *La Razón* de Mariátegui quien inauguraba poco después ese periódico?

Como hemos dicho, la visita a Huacho y Huaura se realizó hacia diciembre de 1918 y enero de 1919. *El caballero Carmelo* había aparecido entonces privadamente en enero y marzo de 1919; la reanudación del peregrinaje a Trujillo se inició en mayo florido, casi en seguida.

Durante la jira Valdelomar se hizo de muchos amigos. En aquel reportaje evoca los títulos de sus conferencias: "La necesidad de formar en el Perú el espíritu nacional"; "El verdadero y el falso patriotismo"; "Religión y fanatismo"; "La significación de las clases obreras en una democracia"; "La belleza de la moral cristiana"; "Educación y organización de las clases obreras"; "Cuento de otoño en primavera" (para los niños); "El criollismo en la literatura"; "El amor en la vida y en el arte"(para Piura); "Orientaciones nacionales"; "Los ideales de la estética moderna". En total, salvo el "etcétera", once temas distintos: buena promesa.

Valdelomar confesaba haber ganado nueve mil soles en aquella peregrinación, es decir, como trescientos mil soles de 1968; excelente colecta.

Al concluir 1918, Lima estaba cargada de presagios, pero no había perdido su buen humor. Aunque se hablaba de una incipiente crisis producida por el alza de las subsistencias y los alojamientos y aunque los obreros estaban en plena ebullición, combatiendo por cimentar la jornada de las ocho horas, cuya campaña reunió en mayo a obreros y estudiantes.

Los obreros estuvieron representados por Arturo Sabroso, Fausto Nalvarte, Nicolás Gutarra, Carlos Barba, Carlos N. Fonken, Samuel Vázquez, Samuel Ríos; y los estudiantes, por Víctor Raúl Haya de la

Torre, Valentín Quesada Larrea y Bruno Bueno de la Fuente (los tres trujillanos), como miembros de la Federación de Estudiantes del Perú. A pesar de eso y de la crisis prelectoral, Lima seguía siendo "la ciudad alegre y confiada" según la calificara More robando un título de Benavente.

Los teatros habían visto desfilar a la compañía húngara de operetas de Stefi Czillag, una mujer de curiosa belleza, rubia y achinada, de tez levemente morena y picardía parisina; a la compañía de comedias Delgado, Caro Campos, que inyectó nueva savia en la inquietud dramática de los escritores.

Se había ungido poeta de la juventud a un mozallón de ojos de angelote y talla de boxeador, llamado Daniel Ruzo, por su poemario *Así ha cantado la naturaleza*. El 17 de octubre los estudiantes, en consulta plebiscitaria, proclamaron "Maestro de la Juventud" a Augusto B. Leguía, cuya candidatura presidencial lo perfilaba como invencible adversario del civilismo pardista. Continuaba ejerciendo el reinado de la masculina elegancia don José Carlos Bernales, pierolista y medio aristócrata, fumador de grandes puros y lucidor de inmaculados escarpines, plus una barbiche enteramente operetesca. Desde las páginas de *Sudamérica* (número 51 del 7 de diciembre) Valdelomar publicaba una "Acción de gracias a los paisajes peruanos", dedicando el artículo "Al joven eucalipto, de los Baños del Inca en Cajamarca." En lírico arranque, testimonio de su reconocimiento y su sorpresa, decía: "Yo os recuerdo a todos, oh paisajes del camino."

La siembra y la cosecha eran magníficas. Pero había que planear otra campaña de viajes, conferencias, sueños, catequismo y amor. Había que partir de nuevo. Esta vez hacia el sur.

XVIII. ¿GAONA, EL INEFABLE O BELMONTE, EL TRÁGICO?

MIENTRAS Valdelomar iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, a través del norperú, las prensas de la Penitenciaría avanzaban en la impresión definitiva de su zarandeado libro *Belmonte, el trágico.* El regente del taller tenía instrucciones de aplicar las mismas pautas tipográficas que a *El caballero Carmelo,* y usar en la portada el magnífico retrato del torero hecho por Diego Goyzueta, el fotógrafo *per excellens* de *Colónida* y la "Generación del Centenario". Más adelante se refieren algunas incidencias relacionadas con la factura de aquel libro. Sería oportuno, de todas maneras, insistir en algo *revelador* a mi juicio: la existencia de lo que podríamos llamar la impronta de Vasconcelos en "Brillantes inconexiones estéticas" y *Belmonte, el trágico.* Lo primero, la marcadísima influencia del mexicano y sus preocupaciones filosóficas, en especial de filosofía estética, sobre Abraham, son evidentes, al punto de que él, un año y medio después de que el maestro de Oaxaca abandonó el Perú, todavía hablaba al reportero de *La Reforma* de Trujillo acerca de un imaginario prólogo que aquél escribiría para otro imaginario o interrumpido texto de Valdelomar, el de *Neuronas;* en segundo término se refiere al rebote de dichas enseñanzas y sugestiones sobre la primera incursión de filosofía del arte que Valdelomar llevó a cabo en su conferencia de mayo de 1917: "Brillantes inconexiones estéticas"; y, tercero, el rebuscamiento seudofilosófico con que empezó a componer su libro sobre el toreo, buscando como eje a una gran figura, cualquiera de

las dos que le habían deslumbrado, Gaona o Belmonte.

Este último se había casado en mayo de aquel mismo 1918 con una aristocrática limeña, Julia Cossío del Pomar. Pertenecían los Cossío del Pomar por parte materna, según se ha dicho, al linaje de los Tristán. Uno de los Tristán, don Pío, aunque sin nombramiento de monarca y sólo para tratar de salvar la cara de la monarquía, fue en 1824 el último virrey, y más tarde precario presidente de la república durante el régimen de la Confederación Peruano-Boliviana; Tristán fue también don Mariano, hermano de Pío y padre de Flora, la rebelde, amarga y romántica abuela de Paul Gauguin, la bravía agitadora de las mujeres de Francia en pro del divorcio y de los trabajadores para formar una especie de pre-internacional, la "unión obrera".

De origen, los Cossío fueron dos hermanos venidos de España, el uno quedó en México y echó a volar una de las dos eses del apellido; el otro, acumulador y terco, alimeñado al fin, mantuvo las dos eses de su patronímico y se radicó en Perú. Hermano de Julia es Felipe (que fue condiscípulo de Valdelomar), pintor de fama e historiador del arte peruano. Ha escrito numerosos y ricos volúmenes, uno de ellos novelesco acerca de su genial antepasado Gauguin.

Ahora presentamos el escenario de aquella nueva y naturalmente vibrante pasión de "El Conde de Lemos".

La plaza de toros de Acho, construida en tiempos del virrey Amat, protector de la Perricholi, tenía fama por extensa, antigua y fiestera. Quien pudiese recorrer el coso en su integridad debía tener muy buenas piernas y no mal corazón. En el centro había un llamado "templador", o sea una redondela formada por palos verticalmente plantados, postes pin-

tados de blanco y rojo; cuando los toreros estaban en peligro se refugiaban en ese laberinto de maderos y escapaban del toro por el lado opuesto. En derredor, en vez de la clásica barrera adosada a los tendidos, se agazapaban salpicando los bordes del coso los "burladeros", consistentes en dos gruesos tablones bicolor, tras de los que se parapetaban los lidiadores.

Hasta muy entrado el último cuarto del siglo XIX, jamás se utilizó la suerte de pica. Para "bajar" al toro se apelaba a la capa de a caballo. Magnífico espectáculo de potros briosos, sabiamente adiestrados y montados por jinetes eximios; generalmente un negro o un zambo (Juan Gualberto Asín, Céspedes, Gayoso); vestidos a la usanza campera, sombrero de jipijapa y rebozo o poncho muy suaves. Con sobrios golpes de talón o sabios apretones de muslo, dominaban a los briosos e inteligentes caballos —el inolvidable caballeo de paso— mitad árabe o andaluz, mitad peruanos. Estos magníficos corceles con las orejas enhiestas esperaban al toro cerca del toril, luego lo corrían y lo *quebraban* en ceñidos, elegantes, exactos y valerosos quites, más debidos a la cabalgadura que a la roja capa del capeador.

Ocasionalmente llegaban a Lima algunos toreros como Frascuelo; los seguidores Paco Bonal "Bonarillo" y Francisco González "Faico", los que se avecindaron entre nosotros; pero ni "Guerrita", ni "Bombita", ni "Machaquito" —ases de veras— se dignaron aceptar contratos para Acho. Faltaban varios elementos: público, ganado de raza y empresa. Fue un hombre audaz de aspecto amariconado, pero duro de trato, quien rompió aquel *intermezzo* de estéril neutralismo taurino y financiero: Carlitos Moreno Paz Soldán. Él se arriesgó a traer a Gaona y luego a Belmonte, a Joselito, a Rafael "El Gallo", a "Chicuelo" y nuevamente a Belmonte. Valdelomar

no alcanzó a saber de tantos: comenzó su adiestramiento taurino sólo con Gaona y acabó con Belmonte, es decir, las temporadas de 1916-17 y de 1917-18.

Los aficionados a toros eran gente de pisco en pecho y "Jesú qué toraso" en garganta; eran gente de jipíos. Los críticos de la fiesta brava derramaban "sabiduría", hablaban en "caló" y se reconocían por su mal gusto y bronquedad. Uno firmaba "Don Pace", otro "Que Se Vaya", aquél "La Tía Grigoria", el de más allí, "El Duque de Veraguas", y otro "El Tío Cencerro" o "Don Quijote", apodos o seudónimos que en buen romance correspondían a Fausto Gastañete, Juan Castro Osete, Ismael Portal, Julio Portal y Carlos Solari. El más gordo y feliz, Eulogio García Monterroso, se transformaba cada verano, de diciembre a marzo, en un "andalú clavao", en un "cañí", en un "gitanazo de pezo", y no hablaba sino de "chatos", "lonjas", "embutidos", "boquerones" y "ay mi niño" y "saleriyo mío" y "rediez que soy mú macho" —y la mar de modismos flamencos.

Todo este ambiente le chocaba a Valdelomar. Sin embargo, en 1917 sufrió su impacto, no el de los críticos, sino el de la fiesta: fue como una revelación.

Carlitos Moreno y Paz Soldán, medio hermano de "Marlaci", o sea de Marcial Helguero y Paz Soldán, amigo de Abraham desde Roma, se empeñó en traer a Lima "lo mejor de la vidriera" en materia de torería. Jugándose el todo por el todo, importó desde Madrid a un mexicano que era de los "cuatro ases" del toreo hispano de ese tiempo: Rodolfo Gaona. Desde luego éste cobró el oro y el moro por cada corrida, pero el resultado lo justificó con creces.

Gaona se hallaba en la plenitud de su arte. Le llamaban "El Indio" y él se jactaba del sobrenombre. Muchos años después lo he vuelto a ver en México convertido en ganadero y propietario urbano; aunque viejo, andaba siempre erguido y jacarandoso.

Estaba un poco grueso. No era así en 1917. Alto, atlético, arrogante, de largas piernas; pecho erguido; ojos achinados; nariz chata y color de cobre claro, Rodolfo Gaona era el amo de las banderillas y el creador de las "gaoneras". Hubo tanto entusiasmo en Lima con su llegada que el compositor nacional Román Ayllón produjo un lindo pasacalle, hasta ahora memorable: "Olé, Gaona".

Lima ardía de entusiasmo por admirar al coloso. En la temporada anterior de 1916, y en el mes de febrero, Manolo Mejía "Bienvenida", "El Papa Negro", había dado en Acho la más depurada lección de tauromaquia matando él solo a seis toros del Olivar, cuatro de ellos en la suerte de "recibir".

En torno de Gaona se formó un inesperado ambiente tauromaco-intelectual. A lo segundo contribuyó grandemente su idilio con Carmen Ruiz Moragas. Carmen figuraba en el elenco de la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza que actuaba en Lima por segunda o tercera vez. Doña María y don Fernando, el marqués de Balazote, imprimieron carácter al teatro español. Lo hicieron ajustado, severo y profundo. Los versos de los viejos y los nuevos cantares (Calderón y Marquina, Lope y Villaespesa, Tirso, Tamayo y Baus) sonaban admirablemente en labios de doña María. Traían además consigo a dos actrices bellas, jóvenes y cultas, una la señorita Ladrón de Guevara y la otra, Carmen Ruiz Moragas.

Esta última era una morena espléndida: alta, cimbreante, de grandes ojos, no renuentes a una apasionada lectura de Esquilo. La *troupe* Guerrero-Díaz de Mendoza habitaba en el Hotel Maury, donde también se alojaba Gaona. El gran diestro azteca se enamoró de la hermosa actriz, idilio que Gastón Roger calificó en una crónica con el nombre de "la bella y la bestia", anticipando un título de Jean Cocteau.

La brecha intelectual que abrió el amor en la mente de Gaona permitió a éste otros contactos; uno de ellos, el de Valdelomar.

Valdelomar que por índole y cultura odiaba lo flamenco, la torería y lo hispánico, se encandiló con el suave, solemne y gallardo estilo de Gaona, y se convirtió en decidido taurófilo. Se hizo *habitué* del ochavo tres de Acho, el de los "entendidos", y aplaudió a rabiar, como un neófito, los airosos desplantes del mexicano, sobre todo en la suerte de banderillas, que las ponía de diversos modos: "de poder a poder", "al cambio" y al "cuarteo". Frente a aquel espectáculo, Valdelomar concibió toda una teoría estética a base del ritmo. Teoría nada nueva, pero sí fervorosa y reiterativa de los mismos principios (y hasta las palabras) con que tejió la conferencia "Brillantes inconexiones estéticas", aquello que dictó en el Centro Universitario en 1917. En realidad partes de esa conferencia aparecen en los capítulos iniciales de *Belmonte, el trágico*. Hasta donde lo he comprobado, lo vi y el propio Valdelomar me lo dijo, el libro fue escrito inicialmente para Gaona. La primera edición impresa por Alberto de Souza Ferreira, cuyo taller funcionaba en la calle de Pileta de la Merced, fue destruida entera por la guillotina del impresor a causa de las muchas erratas que contenía de lo cual resultó la incontenible ira del autor.

Carmen Ruiz Moragas y Gaona se casaron: matrimonio fugaz. Después, según es fama, don Alfonso XIII de España se enamoró de la actriz. Cuando se derrumbó la monarquía española en abril de 1931 ya había concluido aquel capítulo romancesco y galante.

Al año siguiente de la visita de Gaona, Carlitos Moreno contrató a "Terremoto", es decir, a Juan Belmonte. Éste llegó a Lima en diciembre de 1917 acompañado por Diego Mazquiarán, "Fortuna" (notable

y joven matador, a quien la muerte acechó en un manicomio); por Rufino San Vicente, "Chiquito de Begoña", matador discreto, cumplido y pundonoroso; y por los grandes banderilleros "Morenito de Valencia", "Magritas" y "Maera" y por el soberbio picador "Catalino". Cada nombre de estos sonaban como el de héroe. Lima era una inmensa tea de entusiasmo taurino. Se importaron toros de las ganaderías del duque de Veragües, don Eduardo Miura y el marqués de Saltillo. Se cobraron precios astronómicos por los asientos delanteros y por la gradería de sombra; los pagamos felices.

Juan Belmonte era un joven de veintidós años, desgarbado, taciturno y tartamudo. Tenía el mentón borbónico y la mirada romántica; la nariz vigorosa. Caminaba con desgano: la pierna derecha levemente chueca a causa de una cornada en la planta del respectivo pie. Era pequeño y delgado; pero materialmente se crecía toreando. Nadie hasta él produjo ante los toros una tan tremenda sensación de peligro, de temeridad, de absoluto desasimiento de la vida. Nadie había toreado más cerca, ni con menos recursos físicos. Nadie había abolido hasta anularlos los "terrenos" de la lidia: Belmonte toreaba en el "terreno del toro", pegado a éste, desafiando a la muerte con feroz, gallarda y lenta impasibilidad.

Valdelomar vio un domingo torear a Belmonte y se quedó alelado. Yo estuve dos veces cerca de él, y recuerdo especialmente una: mi padre y yo llevábamos con nosotros a mi abuelo: "no se ha visto nada igual", exclamó el anciano absorto. Dos gradas más arriba Valdelomar aplaudía como un niño enloquecido.

Belmonte fue el primer torero que tuvo muchos amigos escritores. En España sus más asiduos contertulios se llamaban Ramón Pérez de Ayala, Ramón del Valle Inclán, Antonio de Hoyos Vincent y San-

tiago Rusiñol; en Lima lo frecuentaban Félix del Valle, Luis Varela Orbegoso, Carlos Solari, Luis Fernán Cisneros. Del Valle publicó varios artículos de elogio al torero; al "artista", decía Abraham. No fue todo: la vida social limeña se abrió ampliamente para Belmonte. Ciertas familias taurófilas, como los Graña Garland, los Devéscovi Lyons, los Menchaca-Zanelli, los Graña-Elizalde, ofrecieron el solaz de sus hogares al genial torero. Julia Cossío del Pomar, como he dicho, se enamoró del torero; el torero cayó bajo el hechizo de la limeña. Se casarían muy poco después: en mayo, bajo la densa neblina de nuestro persistente otoño.

Dada esa atmósfera tan inusitada para un torero de profesión, Valdelomar encontró más de una coyuntura para tratar a Belmonte, para discutir con él sobre su arte, para informarse acerca de su propia biografía. De eso y de sus indagaciones estéticas, fue naciendo un libro, que, ya en mayo de 1918, durante una entrevista para *La Reforma* de Trujillo, anunciaba como inminente. El volumen acabó de imprimirse, según uso Valdelomar, en los talleres de la Penitenciaría en 1918, pero salió al público poco antes de la muerte de su autor.

Luce el volumen características análogas a las de *El caballero Carmelo:* dos tintas; orla en rojo; tipografía en negro; papel ordinario, amarillo, traposo, intolerable. De principio a fin refleja un estado anímico explosivo y un estilo algo alambicado y como ajeno, cuya adjetivación recuerda a D'Annunzio, Queiroz y Valle Inclán.

En la portada figura un retrato *close-up* de Belmonte hecho por el fotógrafo limeño Diego Goyzueta. La dedicatoria en triple haz: "Al genial poeta José M. Eguren, en Lima; a Ramón Pérez de Ayala, en Madrid; a José Santos Chocano, en América, testimonio de una profunda admiración." La "Nota pre-

liminar" es una explosión de egolatría y un poco de mal gusto. Por de pronto la repetición innecesaria del verbo "manifestar" en los dos primeros renglones y las pueriles alusiones a sus admiradores y detractores no igualan al estado de ánimo juguetón y tierno de *El caballero Carmelo*. Verifiquémoslo:

> Quiero manifestar, desde las páginas de este libro, mi gratitud al público nacional que me manifiesta su admiración, ora directamente aplaudiéndome franco y por unidades, ora indirectamente royéndome las entrañas desde la sombra anónima y estéril. Este libro es un punto de vista personal. Yo autor, me he colocado en un plano ideológico que, tal vez, muchos de quienes me leen no podrán escalar.

¡Mal síntoma! La susceptibilidad, la arrogancia, el alcibiadismo y, además, según se advierte después, un escaso conocimiento de la materia. La "sinfonía cerebral" del libro carece de novedad y sobra de jactancia. Pretender teorizar a base del ritmo no era ni es nada nuevo, tampoco es algo exacto. En cambio de esa inseguridad conceptual, su expresión, el estilo ha adquirido mayor seguridad aunque perdiendo dulzura. He aquí una sucesión adjetival que aparece en la primera página:

> "Grave y solemne"... "Complicada y misteriosa"... "heleno y armonioso"... "arrogante fuerza fecunda"... "enormes ojos abiertos"... "constelado y mirífico"... "agreste tronco herboso"... "húmeda hierba perfumada".

Ocho frases con adjetivos dobles, o sea dieciséis adjetivos en ocho frases en un párrafo de dieciséis líneas en el que hay además, sueltos o aislados, otros siete adjetivos, lo que suma veintitrés en diecisiete

renglones con aproximadamente cien palabras incluyendo preposiciones y artículos. Un estadistígrafo de lenguaje sacaría de lo dicho graves consecuencias, empezando por señalar un 23% de adjetivos, agregaría que allí hay nueve verbos, de ellos cuatro participios o sea adjetivales.

Seamos menos minuciosos. La dinámica del estilo de Valdelomar era lenta, despaciosa, horizontal. Se detenía en cada momento, en cada escena, en cada figura. De allí que estuviera en aptitud de entender, sentir, reflejar e interpretar el lento arte belmontino, mas no el toreo en sí, hecho de rapidez, ferocidad y violencia.

Empero, atrae en *Belmonte, el trágico* el sofisticado esfuerzo por convertir en pasta el jugo, en majestad el riesgo, en axioma el debate y en corteza la pulpa; las mejores páginas no son por cierto aquellas en que pretende reducir a doctrina estética y parangón literario la técnica del toreo. Se advierten lamentables vacíos de información al respecto. Su contacto con los clásicos castellanos es más de nomenclatura que de esencia. Pero, con todo, el libro representa, dentro de la carrera literaria de su autor, un intento de liberación y un propósito audaz: Así como trató de enaltecer el circo y el hipódromo en sus "Diálogos máximos", compartidos con Mariátegui, así en *Belmonte, el trágico* reacciona contra el adocenado cronista taurino y envuelve con el manto de un arte supremo un oficio cotidiano y hasta vulgar como era el toreo. Se vale de una personalidad *sui generis:* la de Belmonte. De hecho, el libro es otra forma de exaltación de sí mismo, valiéndose de la teoría del genio.

Valdelomar se proclama a sí mismo genial al insistir en la genialidad de Belmonte. Quizá pretendiera exaltar también su propio acento trágico o proclividad: llegaría a alcanzarlo a plenitud y a corto plazo por implacable decisión de la muerte.

No cabe duda de que el título de *Belmonte, el trágico* pudo ser *Gaona, el sublime*, o algo así. Aparte del contexto mismo del libro, con su énfasis en las banderillas; aparte del testimonio que acabo de recordar, aparece como incontrovertible el del propio Valdelomar. En una especie de "Diálogo máximo" o reportaje subtitulado "En el parque de Barranco" que publicó *Balnearios* a principios de 1917 se dice lo siguiente:

—¿Qué es lo que le interesa más?
—Mi libro
—¿Qué libro?
—Estoy escribiendo un libro sobre la estética del toreo, sobre el genio fantástico de Gaona. Voy a revelarle a la estética un arte nuevo. Gaona es el substractum de la Estética contemporánea. El arte universal se reune en él.
—¿De qué hablará su libro?
—Del arte del toreo, del arte que los escultores no han visto aún o por lo menos no han manifestado todavía. Estudio la línea, el color, la actitud, los planos. El toreo es estático, ni pletórico y musical, porque la música es ritmo. El toreo es además la vida entera, comedia, drama, tragedia. El toreo es la Danza. ¿Y Ud. sabe lo que es la Danza? Es la danza íntegra realizada delante de la muerte. Cuando yo he visto a Gaona he salido deprimido.
—¿Conoce Ud. a Gaona?
—Es muy amigo mío. Mi libro ha de gustarle mucho. Ya hemos conversado mucho sobre ello.[1]

Yo me pregunto ahora, después de leer tan interesante tratado acerca del toreo y de Belmonte, yo

[1] *Balnearios*, Barranco, VII, número 293, 14 de enero de 1917.

me pregunto con la más auténtica sinceridad, ¿sabía Valdelomar algo de toreo? Contesto francamente que no. Franca y felizmente. Un hombre que conoce la técnica del toreo no está siempre capacitado para quintaesenciar el arte en sí, ajeno a los revisteros y "entendidos" habituales.

¿De qué se trata en el libro? Por de pronto Valdelomar titubeaba entre considerar el toreo como un arte en sí, o un arte *de Belmonte;* en todo caso, un arte ajeno a la crítica ritual.

Observemos que cuando se trata de analizar, no ya a Belmonte ni el ritmo general de su arte, Valdelomar establece con plausible claridad lo siguiente:

> Hay tres fases bien definidas en la fiesta nacional española: *la pica, las banderillas y la muerte.* La de la pica es una suerte atrasada, bárbara y cruel pero de estupenda plasticidad épica; es la escultura animándose; la pica pide el bronce... [2]

Lo dicho es bastante exacto. Un grupo que representa la suerte de la pica tiene más de escultura que de cualquier otra cosa. Pero Valdelomar va más allá en las explicaciones que siguen: descubre en esa suerte "un carácter especial":

> Digo que es una suerte atrasada y bárbara. En ella el torero pocas veces está en peligro; va con la pierna envuelta en hierro, tiene un arma poderosa para atacar al toro, y si algo se sacrifica en la lucha es una bestia simpática y ciega: al caballo. La habilidad o destreza del picador consiste en humillar a la fiera salvando la vida de su leal caballo, al cual lleva a ese peligro lleno de sombras. De otro lado, el picador está escu-

[2] Valdelomar, *Belmonte, el trágico*, p. 117.

dado por sus ayudantes y en todo caso por todo el coso, por toda la cuadrilla. Preferible sería, aunque no tiene la bárbara de la pica, la suerte nacional del Perú, que consiste en que un jinete desafíe a la fiera, defendiendo su cabalgadura con gracia, pericia y...

Desde luego Valdelomar ignoraba el arte de la pica. No consiste en la poderosa arma, sino en la limpieza del aguante y del saque, corriendo la mano sobre la vara, girando el caballo hacia la izquierda y empujando al toro hacia la derecha, de suerte de no procurar choques sino deslizamientos. Además, la puya tiene hoy arandela para que no hiera demasiado, el caballo está protegido también por cuero y hierro para librarse de la ferocidad del astado. De hecho, antes había toros que mataban ocho a diez caballos —y eso era un honor taurino—; hoy, en cualquier corrida con seis toros, no muere más de uno o dos caballos: la diferencia es significativa.

Sobre las banderillas, Valdelomar se muestra elocuente y exacto. Primero compara la "suerte con una comedia de gracia y de buen tono". Caracteriza el episodio por su donosura, gracia y precisión; le añade "cierto giro volteriano", y eso es exacto. Como también es exacto lo que dice acerca de los "quites" a los que llama "una ironía delicada, el humour en el toreo".[3]

En cuanto a la tercera fase —la de la muerte— los conceptos de Valdelomar son ajustados y severos: "Al ir a matar, el artista ha tomado otro aspecto y otra sicología completamente distinta."[4]

Lo cual, aunque verdadero, no agrega mucho a los conceptos primordiales acerca del toreo. De todos

[3] *Ibid.*, p. 125.
[4] *Ibid.*, p. 129.

modos los juicios de Valdelomar confirman los que respecto de cada suerte han sido formulados por los clásicos del arte de "Cúchares", "Mazzantini", "Pepe Hillo" y "Guerrita", en la época antigua; de Vicente Pastor, "Bienvenida", Gaona, "El Gallo", Belmonte, "Joselito", "Chicuelo" y "Manolete" en la época moderna. La intuición del artista se sobrepuso al conocimiento del experto: a menudo suele ocurrir así.

XIX. LOS HIJOS DEL SOL

AUNQUE el volumen titulado *Los hijos del Sol* apareció en 1921, o sea dos años después de la muerte de Valdelomar, se le debe situar dentro de la época en que sus cuentos fueron escritos o retocados, o sea cuando el autor los encontró ya "en forma" para su edición. Ello corresponde a 1918, época en que Valdelomar se resolvió a dejar en libertad los originales que tan cuidadosamente había mantenido inéditos. De hecho, la leyenda titulada "Chaymanta Huayñui" había sido publicada con anterioridad en varias revistas, y fue incluida, indebidamente a mi juicio, en el tomo de *El caballero Carmelo*. Por otra parte, el autor había dicho numerosas veces, tanto en la dedicatoria para *La aldea encantada*, fechada en Roma, como en cartas privadas a Enrique Bustamante y Ballivián y a su propia madre, y en el reportaje más llamativo que le hiciera la revista *Balnearios*, ese hecho. Desde aquella época, 1913, tenía listos para la prensa los originales de un tomo titulado *Los hijos del Sol* y una novela incaica, sin título aún. No se trata de confusión alguna: más bien, si acaso, Valdelomar confundía como un solo libro los cuentos neocriollos que conformaron *El caballero Carmelo* dando dos títulos diversos a un solo libro que no alcanzó a editar, tales títulos fueron indistintamente *La aldea encantada* y *Los hijos del Sol*, al final resultaron en *El caballero Carmelo*. La novela incaica que al parecer estaba terminada desde 1913, nunca se publicó; ni siquiera hay un esquema de ella entre los papeles de "El Conde de Lemos". Y él no solía mentir en este tipo de cosas.

Después se ha sabido que parte de los cuentos incaicos había sido confiada a Augusto Aguirre Morales, quien publicó en 1916 un relato incaista de *grande allure,* "La justicia de Huayna Cápac", muy elaborado, con puntillismo decadentista. Varios años más tarde Aguirre Morales editó una novela de tema incaico, *El pueblo del Sol* (1924). ¿Se inspiraría ésta en la desconocida novela incaica de Valdelomar, de la que no nos queda rastro alguno? ¿Influyeron en aquélla las contagiosas y fecundantes conversaciones con "El Conde de Lemos"? No adelantemos criterio, si es que fuera posible formarse alguno.

Prologuista y editor de *Los hijos del Sol* fue el poeta Manuel R. Beltroy. En su prólogo encontramos afirmaciones dignas de examen. Pero antes, quizás convenga referirnos a la casa editorial en sí: se llamaba Euforion y fue una auténtica empresa del espíritu; la ideó el insigne y finísimo poeta cubano Mariano Brull mientras estuvo en Lima como secretario de la legación de su país. Era yerno del ministro plenipotenciario cubano, don Luis A. Baralt, el cual era marido de la escritora Blanche Z. de Baralt, y padre de Luis Baralt, sutil crítico de arte. Mariano Brull, con la generosidad e inquietud que le caracterizaban y que le llevaron a traducir maravillosamente el dificilísimo *Le cimetière marin* de Paul Valéry y algunas obras poéticas de Mallarmé y Verlaine, encontró su Sosias pragmático en otro poeta, el blando e insinuante Beltroy. Ambos montaron una pequeña imprenta en Quilca y el Callejón Largo, al costado de la casa que ocupaban los Beltroy, o sea, la lavandería La Torinesa, que daba frente a Quilca, donde desemboca la calle de Monopinta. Comenzaron sus labores en 1920. Ya había muerto Valdelomar. El primer libro de Euforion fue *Los poetas de la colonia,* de mi autoría. Con mis propias manos ayudé a encuadernar mi obra la noche del 3 de enero de

1921. Luego apareció una antología titulada *Las cien mejores poesías (líricas) peruanas*. Colaboré largamente en ella, pero su único autor visible y oficial fue Beltroy. *Los hijos del Sol* apareció como el tercer volumen de la serie. Contaré cómo se financió su edición. Había que conmemorar la muerte de Valdelomar, en noviembre de 1920. Organizamos una velada en el Teatro Municipal (hoy Segura). Se realizó el 22 de febrero de 1920. En ella tomó parte principal don Enrique Castro Oyanguren, académico de la lengua y ex director de *El Diario*. Castro Oyanguren hizo un recuento lúcido y elocuente de la obra valdelomariana. Como asistió a la función regular concurrencia, resolvimos dedicar lo recaudado a imprimir un volumen. Tengo la vehemente sospecha de que la función rindió más de lo declarado. En todo caso, el costo del libro tuvo que ceñirse a aquella recaudación.

El organizador principal del homenaje y futuro editor de *Los hijos del Sol* fue, repito, Beltroy. Beltroy enunciaba en el prólogo lo siguiente:

> Efectivamente, en el año de 1910, cuando en el claustro de San Marcos, fuimos condiscípulos del Primer año de Letras con Valdelomar, tuvimos el placer de escuchar la lectura que de tres o cuatro de aquellos nos hizo, en las pequeñas cuartillas satinadas, en que se alineaba su inteligente escritura, en la que ponía, lo mismo que en todos los actos de su vida, aquella distinción artística que, muy luego, le iba a singularizar.

Si esto fuera exacto habría que buscar el origen de tales comentarios en la ya remota época de *La ciudad de los tísicos*, pero resulta incierto. No obstante el frecuentamiento de los cronistas coloniales, según afirma Beltroy, lo que pudo realizarse mien-

tras estuvo Abraham al servicio directo de Riva Agüero, parecerían evidentes algunos otros hechos —clave:

1o.) Que al menos parte de los cuentos de *Los hijos del Sol* hubo de ser rescatada de manos de Augusto Aguirre Morales (cuatro cuentos en total), a quien se los dejó en custodia Abraham por razones que hoy resulta difícil de desentrañar.

2o.) Los cuentos confiados a Aguirre Morales habrían sido los titulados: "El alfarero", "El camino hacia el Sol", "Los hermanos Ayar", "Chaymanta Huaiñui", "El hombre maldito", "El errante" (pudo ser "El Tucuyricoc"), "El cantor errante". Debiéramos agregar los cuentos titulados: "El pastor y el rebaño de la nieve", "El alma de la quena". Algunos de los cuentos eran inéditos, otros publicados. Augusto Aguirre Morales entregó a Beltroy los cuentos que guardaba. Pero ¿y la novela? De hecho es la única de las obras anunciadas por Valdelomar de la que no queda rastro.

Los hijos del Sol aparecieron en una forma sumamente modesta. En su confección intervino asidua y desinteresadamente Ricardo Vegas García. Como era de ritual, se solicitó el prólogo a Clemente Palma, quien había escrito un artículo inteligente y comprensivo a propósito del trágico fallecimiento de Abraham. No acertó en eso tal vez don Clemente. Su preludio deja mucho que desear.

El conjunto de cuentos reunidos en aquel volumen se rige por una directiva común. No sólo se trata de reflejar "la vida del imperio incaico", como diría Valcárcel años después en su espléndido ensayo titulado "Ars Inka" (inserto en el volumen *De la vida inkaika* [1925]), sino que se ve claramente el propósito de embellecerla, de presentarla con relieves y colores semejantes a los de su alfarería, para que rivalizaran con la amenidad y policromía de los

cuentos sobre Bizancio y la Baja Atenas que hicieron célebres a Pierre Louys (*Afrodita* y *Les Chansons de Bilitis*), a Flaubert (*Salammbó* y *La tentation de Saint Antoine*), o, sin ir tan lejos, en la América decadentista, a Pedro César Dominici (*Sibarys*) y, aunque parezca traído de los cabellos, a Vargas Vila, "el divino". Valdelomar había leído las "crónicas coloniales", según indica Beltroy, el cual en este caso no era mal testigo, puesto que ambos, Valdelomar y Beltroy, trabajaron para Riva Agüero en los años de 1914 y 1915 (Beltroy siguió haciéndolo hasta 1919). La biblioteca de Riva Agüero y su constante preocupación por tales asuntos, lo habían convertido en el más autorizado guía para la literatura virreinal y, a través de ésta, de la incaica. La versación rivagüerina sobre el Inca Garcilaso, Cieza, Ondegardo, Pedro Pizarro, Calancha, Torres, Córdova y Salinas, Montesinos, Cristóbal de Molina, era realmente impresionante y exhaustiva. No podía, pues, Valdelomar tener el menor propósito de abrir nuevos cauces históricos, excepto su magnífico ensayo "Los amores de Pizarro", publicado en Quito el año de 1917, pero probablemente redactado por la misma época en que se dedicó a los escarceos históricos de que nacieron *Los hijos del Sol*. Este título, aplicado a tales leyendas, pertenece en cierto modo a Beltroy, pues Valdelomar lo había anunciado para sus cuentos criollos.

Si examinamos, aunque sea brevemente, el contenido de la obra, encontramos algunas sorpresas. Empecemos por "El alfarero" (*Saña Camayoc*). En el enfoque del personaje y el argumento se emplean los mismos recursos y hasta el mismo lenguaje de Flaubert y Pierre Louys. Éstos elaboran sus grandes cuadros de reconstrucciones del pasado de doble modo: primero, pintan el ambiente, puntualizando, acaso con excesiva prolijidad, los detalles visibles,

el marco de la época y, luego, una vez levantado el pedestal, colocan encima la estatua, caracterizándola con apasionados y numerosos detalles, a fin de que nadie dudara de su autenticidad. Es lo que ocurre con los personajes centrales en la novela de Flaubert. Valdelomar aplica esa misma técnica a dicho cuento, el cual debió haberse transformado en una novela corta o larga, pero de toda suerte, en una novela. Cuando uno lee *La novela de una momia* de Théophile Gautier y se remonta al estilo evocador que empleaba Dumas (padre) en *Los tres mosqueteros*, se da cuenta de que Valdelomar prefiere el aspecto sicológico al anecdótico, y que aquél opera durante todo su relato, sin dejar de lado el ornamento pictórico o plástico, consustancial de tales piezas.

El indio que retrata Valdelomar es un ser atrayente, hermoso, vital. Nada hay de repulsivo en él. No rige en este caso la tremenda apostilla del oidor Matienzo que definía al indio peruano con una frase tajante: "para él no hay mañana".[1] Por el contrario, los indios de Valdelomar, como todo ser humano, poseen derechos al pasado, al presente y al futuro. Despiden optimismo, son seres creadores. Los rasgos antropológicos del alfarero quizás no correspondan a un quechua puro, aunque este término, de origen y alcance étnico, fuera más tarde relaborado por "El Conde de Lemos" haciéndolo sinónimo de servidumbre, cuando llamaba ruidosa y peyorativamente a los sirvientes y camareros: "Quechua, acércate." De cualquier modo la pintura del alfarero no reune los caracteres adecuados a un miembro de la raza quechua, según se verá en seguida:

> Su frente ancha, su cabellera crecida, sus ojos hondos, su mirada dulce. Una vincha de plata ata-

[1] J. de Matienzo, *Gobierno del Perú*, 1600; ed. Buenos Aires, 1910, cap. 4.

ba sobre las sienes la rebelde cabellera. Sólo hablaba a los desdichados para regalarles su bolsa de cancha y sus hojas de coca.

No se limita a estos rasgos la diferenciación básica entre el alfarero aquel y el concepto que regularmente tenemos del indio. El alfarero Apumarcu vivía solo, es decir, fuera del ayllu; las autoridades "le dejaban hacer su voluntad". Reivindica, pues, Apumarcu los fueros del artista, en quien se debe respetar una larga cuota de arbitrariedad para que tenga ocasión de crear. Aun dentro de la delimitación de que alguna vez he hablado, entre el haravec y el amauta, entre el pastor solitario y el sabio cortesano, esta imagen del alfarero resulta demasiado insólita, en realidad se trata de un doble de Valdelomar trasladado a la sociedad colectivista del imperio del Tahuantinsuyo.

Los trabajos del alfarero asumen las proporciones de las creaciones del escultor Parrasios, en el cuento de Pierre Louys, o, mejor aún, el destino de Pigmalión en el viejo mito de Galatea.

El alfarero acomete la elaboración de una enorme estatua de Supay, es decir, del demonio incaico, del genio del mal. El aprendiz que trabajaba al lado del alfarero, un niño casi, temblaba de pavor ante aquel engendro gigantesco y maléfico. No obstante, el alfarero continuaba su tarea. Un día, y es una repetición casi literal de la leyenda de Baltasar Gavilán (el escultor virreinal que esculpió "La Arquera", o sea la muerte), el alfarero Apumarcu se enfrenta a su criatura que, al modo de los aguafuertes de Holbein y Durero, encarnaba una especie de singular "Danza de la muerte". Apumarcu, en realidad, estaba sujeto a continuas visiones y fantasmagorías. Vivía obsesionado por lo extraordinario. De esas visiones participaba un flautista amigo, experto en

tocar la antara y llamado Yacta Nanay. La amistad crecida entre ambos artistas es descrita en términos que la asemejan al amor griego. Tal clase de pasión, no sólo calza con ciertos extravíos del grupo "colónida", sino que coincide con las descripciones del Inca Garcilaso acerca de la sodomía entre los yungas o habitantes de los valles templados. Tanto Apumarcu como Yacta Nanay pretendían, cada cual por sus propios medios, forma y sonido, escultura y música, retratar e interpretar a la naturaleza, lo que coincide también con la aspiración de Valdelomar, quien define al arte, en una de sus *Neuronas*, como la versión subjetiva de la naturaleza; lo que a su turno es un paliativo de Wilde, el cual afirmaba que la naturaleza es una creación del arte. La exacerbación estética de Apumarcu llega a tal extremo que utiliza sangre humana para obtener ciertos colores. Su índole no sólo era romántica, sino patéticamente romántica, como la de su autor. Al fin, Apumarcu muere absorbido por su propia inspiración y sus métodos de expresarse. Cuando su amigo dilecto, el músico, penetró en lo que llamaríamos el taller del escultor, sintió espanto:

> A sus pies encontró Yacta Nanay una cabecita de barro con la imagen del amigo muerto. Y siguió tocando, tocando hasta que la noche cayó como una sola sombra inerte sobre el Mundo silencioso.

Los elementos que constituyen este cuento o embrión de novela, pueden datar, en su origen, de 1910, como dice Beltroy, pero su desarrollo y los elementos complementarios y definitorios no parecen ser anteriores a 1913. Cierto que la idea de la muerte visita a Valdelomar al menos desde 1911 en *La ciudad muerta* y *La ciudad de los tísicos,* mas desde 1913 fue su

constante contertulia. Aquella cabecita de Apumarcu, esculpida por él mismo y legada a su amigo, reune aspectos interesantes: de un lado indica la profunda impresión que "La arquera" dejó en él, a punto que, al menos en dos ocasiones, en *La ciudad muerta* (1911) y en el artículo titulado "De Baltasar Gavilán a Reynaldo Luza" (1915), la presencia del etílico y genial lego del convento de San Agustín, autor de aquel macabro engendro, estuvo constantemente en sus vigilias. Por otra parte, cuando habla de "Omega la calavera, mi amiga" nos dirá, ya en 1916, que fue recogida de una tumba incaica de Nazca. De otro lado, la expresión "una sombra inerte" trae a la memoria la reminiscencia de aquella ya clásica de José Asunción Silva en su célebre *Nocturno:* "y eran una, / y eran una, / y eran una sola sombra larga, / y eran una sola sombra larga". Se trata de una "reminiscencia involuntaria", no de un plagio; lo cual es una de esas rememoraciones que sirven para afirmar la originalidad de un escritor.

Otro de los cuentos o leyendas del volumen se titula "El camino hacia el Sol". En toda la obra de Valdelomar no hay ningún trabajo de tan *grande allure,* tan *tableau romantique,* con tan enorme despliegue de colores y fuerzas anímicas, como éste. Podría considerarse un intérprete literario de la plástica de Delacroix y ser tema de una sinfonía de Haydn. Todo, en esa leyenda, todo es fantástico, trágico, enorme.

Podría definirse como una conjunción macroscópica, una saga fundamental del Incario. Inclusive, en su ambición y alcance sobrepasa mucho a López Albújar, Flaubert, y acaso se acerque al desfile de dones y magnates que presenta Flaubert en una página de *La tentation de Saint Antoine.* Desde luego no hay relación inmediata ni correspondencia entre ellas. Probablemente esta leyenda nació, al menos en

su idea germinal, cuando Valdelomar visitó Arequipa en 1910. Su ejecución es a todas luces posterior; al menos así lo indica su terminación o acabado. Los pespuntes históricos se disimulan en los breves y enjundiosos datos del Inca Garcilaso y de Montesinos. La influencia historicista de Riva Agüero, que ya se advierte en *La mariscala,* ejerce su acción sobre Valdelomar, moviéndole a exaltar estéticamente los valores antiguos y tradicionales que Riva Agüero glosaba y realzaba en forma documental. El tema de esta leyenda puede sintetizarse en pocas palabras, porque sus valores auténticos, su capacidad evocativa, no reside en lo que reconstruye o evoca, sino en lo que crea. Es una obra de creación, de fantasía, de poesía. Rige al autor y a los personajes un *fatum* ineludible. Tanto es así que para impregnar el relato de cierto acento indígena, el escritor desdeña el empleo de toponimias y evita referirse a costumbres y usos ahora folclóricos. Abandonando los manidos recursos del vocabulario y la topografía, deja fluir la acción como si ocurriese hoy y en cualquier parte; atento sólo al quehacer, a su significado y a la vitalidad de los protagonistas.

"El camino hacia el Sol" se inspira en el acto del descubrimiento del mar por el pueblo incaico, con su emperador a la cabeza. La muchedumbre va en pos de su padre Sol. Y como éste muere en occidente, hundiéndose aparentemente bajo las olas, tras el horizonte lejano, la masa indígena avanza con su Inca en andas adentro el mar, es decir, hacia el Sol, para rendirle homenaje. Paulatinamente las filas de cortesanos y guerreros se hunden, estoicos y solemnes, bajo las aguas, firmes en su augusta marcha en pos de Inti, padre y generador de todos los pueblos. Desde luego Valdelomar no se ciñe enteramente a la versión históricolegendaria que asigna a Mayta Cápac, cuarto Inca, aquel descubrimiento, previa la

fundación de Arequipa. Según algunos filólogos, la locución Mayta Cápac significaría ponderativamente "Hasta dónde, Señor", y Arequipa, "Aquí, quedaos." Valdelomar salta sobre estos enojosos pormenores eruditos y deja fluir su fantasía a su real modo y manera.

Lo primero que hace es, como en todos los otros casos, inclusive el de "El alfarero", aplicar la, para él entonces ignorada, teoría de Huizinga: o sea considerar el pasado como presente y tratarlo como tal. Dentro de ese canon, insufla al relato una vitalidad extraordinaria. Dice, por ejemplo, que "la muchedumbre se mecía como una inmensa ola"; la plaza repleta de indios es comparada con un "laberinto sonoro". Caracteriza a cada personaje, al Amauta, al Tucuyricoc de manera inconfundible. Emplea los tropos chocanescos y el dinamismo lento de las procesiones que D'Annunzio describe, por ejemplo, en "El triunfo de la muerte". El juego de masas impresiona por su majestad, y la conjugación de diversas sensaciones (visual, sonora, táctil, olfativa) está expresada con singular pericia.

Nadie podría negar ancho y solemne patetismo al momento en que el pueblo entero, buscando la libertad que sólo puede hallarse definitivamente en el seno de Dios, avanza impertérrito hacia las olas, en cuyo remoto término, ardiente y dorado, parpadea el Sol occíduo, símbolo y corporización de Dios. Las primeras filas se ahogan, hundiéndose bajo el mar. Vacilan las siguientes, pero reciben la orden del hijo del Sol, del Inca, para avanzar, y avanzan "bajo la paz de la luna". "Vayamos en busca de los Emperadores; vayamos", gritan los curacas. Al fin, después del sacrificio de la doncella Sumaj, a la que se mata haciéndola mirar cara a cara al Sol, el Inca se acerca a la orilla y se mete también en el océano buscando refugio en el seno de su padre, el Sol. Las olas le

derriban y luego se cierran sobre su cadáver. Ha perecido el último quechua.

La grandeza de este relato es verdaderamente impresionante. Acaso no haya en toda la obra valdelomariana, ni en la de América, embrión de tragedia más solemne y profunda que la que se encierra en este breve cuento.

Otro relato, "Los hermanos Ayar", podría llevar como subtítulo "rapsodia de una leyenda ancestral". A base de las relaciones de los cronistas y, desde luego y ante todo, gracias a la poderosa imaginación del autor, convierte en un drama moderno el antiguo mito. De cuando en cuando, deliberada o indeliberadamente, se desliza algún anacronismo, pero todo ello sucede en aras de la veracidad artística, diferente de la histórica. Además, en vez de narrar, teatraliza las situaciones. Los hermanos Ayar tienen su propio lenguaje, se expresan por sí mismos, directamente. Desde luego tal sistema no alienta mucho la exactitud de la narración, pero en cambio infunde vida, trasmite vigor a lo relatado.

En "Chaymanta Huaiñuy", ya inserto en *El caballero Carmelo*, no hay otra cosa que diálogo. Recordemos al respecto que Valdelomar gustó sobremanera de la forma coloquial. Los "Diálogos máximos", algunas de las crónicas de "Palabras", las piezas teatrales *El vuelo, La mariscala* y *Verdolaga*, están escritas en esa forma; del diálogo abusa a veces cuando escribe sus cuentos y crónicas. ¿Qué significa esto? Aparte de lo que en ello pudiera haber de imitación literaria al dialogismo de moda entonces (véanse los casos de los dramas de D'Annunzio, las intenciones y el teatro de Wilde, muchas de las crónicas de Azorín, las piezas de teatro para leer de Martínez Sierra y Valle Inclán), ese diálogo permite que el autor no deje nunca de estar presente en primera persona en lo que refiere o describe. Una narración en tercera per-

sona objetiva en cierto modo la obra; si la ponemos en boca de varias personas, y si una de ellas es el propio autor, no cabe duda que cada giro o expresión se atribuiría directamente al autor. En suma, el constante diálogo podría significar un exceso de "yo", una vigilancia cautelosa y dinámica del *ego* para que no deje de estar presente en todo cuanto se relata. Si aplicamos la hipótesis a Valdelomar se justificaría con sólo poner atención en los rasgos característicos del artista. Precisamente en "Chaymanta Huayñui" (subtitulado "Más allá de la muerte") tenemos la oportunidad de enfrentarnos a estas modalidades y a la muy especial, característica de Valdelomar, de usar como elementos decorativos y hasta como telón de fondo el ambiente doméstico, o sea, el más ligado a su persona y a sus recursos: de ahí la constante presencia en ese cuento de elementos regionales como ciertas plantas: floripondios, cantutas, capulíes, azahares, chirimoyos, ñorbos, lilas, "claveles de Huánuco", molles, orquídeas. La mención de tales plantas, arbustos y árboles regionales indica mucho, por de pronto que, pese a su horror a las toponimias locales, Valdelomar no les encuentra remplazo, de donde se induce que debiera haber optado también por denominar "calato" al desnudo, "chupajeringas" a las libélulas y "tapias" a los cercos; ganaríamos todos: las cosas, las personas y sus intenciones.

El estilo tierno y patético de "Chaymanta Huaiñuy" pone a esta producción en la misma línea que dos de los cuentos maestros de Valdelomar; me estoy refiriendo a "El caballero Carmelo" y "Hebaristo, el sauce que murió de amor". Aunque por diverso criterio, considero que son las tres expresiones más definidas y distintas del genio literario de "El Conde de Lemos". Y que en las tres, aparte de los elementos primordiales (ternura, humor y tragedia, res-

pectivamente) coinciden la plural concentración de adjetivos y el prurito de deleitarse en la descripción, sin apartarla del sujeto que habla y más bien fundiendo en una sola sensación al que ve y lo que ve. Justifícase así el criterio de Ortega y Gasset quien, en el primer tomo de *El Espectador,* dice que "contemplar es inmunizarse de lo contemplado", actitud diametralmente contraria a la de Valdelomar, quien jamás pretende ni logra inmunizarse de los objetos contemplados, sino que se funde con ellos hasta formar una sola realidad, y por lo tanto no es un contemplativo, sino un activista del relato.

Con respecto de los adjetivos y de los ardides verbales, en "Chaymanta Huaiñuy" tenemos, como en D'Annunzio, Queiroz y Valle Inclán, la calificación triple, doble y en haz; por ejemplo:

> *taciturnos* y *graves*...
> se perdía en los caminos *oscuros* donde la sombra era *fría*...
> la reina *muda* y *pálida*...
> *severos* los rostros, y en las manos *fuertes* mazas con *agudas* puntas de *piedra* y de *cobre*...
> *verde* y *oleoso* (el valle)...
> las *enormes* hojas *frágiles*...

La predilección por la adjetivación caracteriza a todo pintor verbal. El adjetivo remplaza al colorido, mejor dicho, al matiz, pues cuando se usan dos o tres adjetivos, uno al otro se atenúan produciendo una combinación emoliente y simpática.

No obstante su conocimiento de los cronistas, Valdelomar se rinde con facilidad al influjo de los novelistas más antiguos. Una escena ceremonial incaica evoca el idílico cuadro que de nuestra cultura aborigen trazaron los iluministas, llámense Marmontel o madame de Graffigny. Describe Abraham:

> Perfumáronse todas las salas con polvos de ánades secos, que se quemaron en tazas de oro. Sacóse de los graneros seis mazorcas de maíz sagrado, y de las alacenas grandes, jarrones ventrudos con la chicha de la cosecha de Intip Raymi. En otros jarrones decorados por artistas de Nazca púsose la chicha de jora, maní, mole y papas, para que bebieran según sus regiones, los generales que habían de asistir.[2]

El desenlace del desigual amor entre la reina Raurachisca y el valeroso guerrero Chacta es, en el fondo, una rememoración de los amores de Cusi Coyllur y el genial Ollanta, según el clásico drama incaico *Ollantay* (acerca del cual dictó varias conferencias),[3] y también de Salambó y el fuerte y apasionado Malco. "El hombre maldito" confirma la habilidad y predilección del autor por el diálogo y, por lo tanto, su facilidad para componer piezas de teatro. Los pastores Callpa Sape y Saucapayac conversan líricamente (como si fuesen pastores de una égloga de Virgilio o de una de Garcilasco de la Vega) teniendo como tercer interlocutor al ciego Ñauca Soncco. Hay mucho de trivial en esta narración compuesta con los más puros ingredientes idílicos, cuasi románticos, por lo que podría remontarse su origen al tiempo en que Valdelomar dice que compuso *Yerbasanta,* esto es, a sus dieciséis años, aunque la mención de ciertos factores como son los de literatura clásica española y clásica grecorromana (Teócrito, Catulo, Virgilio) podrían hacer pensar en un retoque posterior. Como siempre, inclusive en *Yerba-*

[2] A. Valdelomar, *Los hijos del Sol,* Lima, 1921, p. 69.

[3] Cfr. *La Prensa,* Lima, 5 de marzo de 1917; cfr. Itinerario de conferencias en el norte del Perú, mayo-diciembre, 1918; Xammar, *Valdelomar, signo,* ed. 1940, y C. Ángeles Caballero, *Valdelomar, passim.*

santa, predomina también en esta narración el amor frustrado, la frustración erótica.

Igual sucederá con "El pastor y el rebaño de nieve" cuya trama se imagina bajo el reinado de Tupac Inca Yupanqui. En ella, el Inca, como en *Ollantay,* empeña su palabra de conceder todo lo que le pidiera al valeroso guerrero Ritti Kimmig (nombre quechua y que más bien rememoraría algunos cuentos de Kipling, en *El libro de las tierras vírgenes,* y sobre todo a aquel personaje zoológico de tan humana prestancia: Rikkitikkitavi, la mangusta sabia). El general victorioso solicita como única recompensa, haciendo valer la promesa del Inca, el amor de una *allca,* o sea de una vestal o virgen del Sol.

"El alma de la quena" más que cuento incaico es un cuento filosófico. Si cambiamos los nombres de los personajes, y sus dignidades, no cambiaremos la esencia del problema. Hay un quenista de habilidad prodigiosa que tiene embrujada con sus sones a la corte del Inca. Hay un Inca poderoso que todo lo puede, menos tocar la quena. El Inca, en una loca extensión de sus capacidades, pretende que el quenista le enseñe su arte, le trasmita su secreto que, siendo inherente a su persona, resulta intrasmisible. Pero el quenista a su turno, harto de servir a la corte y del sistema colectivista incaico, pretende conquistar su absoluta libertad mediante el arte embrujante de su quena. Ese es el drama, que se resuelve favorablemente a ambos protagonistas: el magnánimo Inca otorga la libertad al quenista, y el quenista conquistada su libertad, continúa cantando al Inca. La alternativa o, mejor, el dilema encerrado en tal cuento, repito, puede aplicarse a cualquier época, a cualquier sociedad, a cualquier individuo. Valdelomar se vale de la época incaica, como Montesquieu usaba a los persas, madame de Graffigny a los peruanos y Voltaire a los paraguayos y los liliputien-

ses, para caricaturizar los usos y costumbres de su ambiente, la problemática de los hombres de su tiempo.

En medio de todo lo dicho, sobresale (o sobrenada) una característica que imparte a los cuentos "incaicos" de Valdelomar un tono único: son optimistas. Nada en su relato trasluce sensación de derrota o desfallecimiento; nada significa bestialidad o limitación estética. Los indios del Perú, los quechuas son para Valdelomar (y creo que esa intuición representa un acierto genial) seres como todos los de la tierra: sumisos y rebeldes, amantes y repulsivos, activos y soñolientos, escépticos y creyentes, altos y bajos, de sierra y costa, viriles y afeminados, altivos y serviles; toda la gama de la humanidad. Sin pretender elaborar filosofía alguna, Valdelomar presenta una sociedad como todas, con dramas como todos, con pasiones como todas, con ideales y frustraciones como todos. En su ánimo pesan muy poco los idílicos ensueños del Inca Garcilaso y las pesimistas apuntaciones del oidor Matienzo; no es partidario de la doctrina del virrey Toledo ni de sus opositores, Garcilaso y Cieza; no se afilia al bando del padre Las Casas ni al de los detractores del indígena americano. Le basta vestirse con su cobriza piel, sobre los suyos sus tiesos cabellos, acompasar al suyo el "soncco" hermético del quechua. De ello brota, como de una surgente, una nueva interpretación, nada académica, nada enfadosa, nada estirada, de la vida incaica. Y el Inca, como el hombre de todas las edades, a través de sus actos y de la narración de su poeta, vive la vida a plenitud, la sufre sin remisión, y persigue en todo momento mantener incólume su libre albedrío, con lo que, sin pretender sentar teoría, la historia de *Los hijos del Sol* es para Valdelomar como para Hegel y Croce, la perenne "hazaña de la libertad".

XX. EN EL MUNDO DE "NEURONAS" Y OTRAS FILOSOFÍAS

DESDE 1917 la tersa obra literaria de Valdelomar y su estridente y traviesa biografía, se veían amenazadas por una onda filosofante de aguda gravedad. No sólo se advertía en las pretensiones esteticistas de *Belmonte, el trágico* y algunas de sus singulares conferencias, sino que la misma sabia sencillez de sus relatos y la gracia de sus comentarios periodísticos aparecían conmovidas por cierto prurito "ideologista". Con frecuencia recurría a citas de ese tipo y taraceaba sus comentarios, conversaciones y reportajes con inútiles y pedantescas menciones de recónditos filósofos de la antigüedad, a quienes acaso había leído o muy recientemente o muy de pasada, pero de quienes trataba de obtener apoyo para sus nuevas exploraciones intelectuales. El libro *Belmonte, el trágico* expresa mejor que cualquier digresión o ejemplo aquella tendencia al parecer irreprimible desde que entrara en contacto con Vasconcelos, pero agravada acaso durante su visita a Trujillo, al acercarse a Antenor Orrego, escritor por definición filosofante y aforístico, según se verá en su punto. No olvidemos que ambos, Valdelomar y Orrego, habían vencido, cada cual dentro de su campo, en el concurso de *La Nación* de 1913; que Orrego ejercía el califato intelectual del grupo más inquieto, el que rodeó a "El Conde de Lemos" durante su permanencia en Trujillo y que fue él quien puso en circulación, a través de su ya mencionado reportaje en *La Reforma* de la ciudad norteña, los proyectos literarios de su entrevistado, a quien adjudicó entonces la emi-

nente paternidad de *Belmonte, el trágico*, y la futura de *Neuronas* y *Decoraciones de ánfora*, esta última con prólogo de Vasconcelos. Siendo como era Valdelomar fundamentalmente escritor y, por derivación, periodista, era inevitable que tomara aquella posibilidad filosófica dentro de un ámbito congruente con ambas connotaciones. De ahí el tono ambivalente de *Belmonte, el trágico* (entre comentario estético, narración biográfica y descripción periodística; nunca técnica en cuanto al toreo; poco especializada en cuanto a estética; mucho más apropiada e impresionante en cuanto a literatura); y de ahí también que prefiriese para sus meditaciones joco-serias, filosófico-humorísticas, la brevedad de un proverbio al que él denominó "neurona", en implícito homenaje a don Santiago Ramón y Cajal, el famoso histólogo español, cuyas obras leía en esos momentos con voracidad y deslumbramiento.

José Carlos Mariátegui ha señalado, en *El proceso de la literatura*, que las *neuronas* valdelomarianas reconocen como antecedente inmediato las *greguerías* de Ramón Gómez de la Serna, concepto que comparte en cierto modo Estuardo Núñez, el cual insiste en la influencia de Wilde, reiterando así una opinión de Luis Fabio Xammar,[1] adelantado generalmente en los estudios valdelomarianos. Escribe Mariátegui:

> Me consta que los primeros libros de Gómez de la Serna que arribaron a Lima, gustaron sobremanera a Valdelomar.[2]

[1] Luis Fabio Xammar, *Valdelomar, signo*, Lima, 1940 *passim*.

[2] J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Minerva, 1928, p. 216. Cfr. Luis F. Xammar, *Valdelomar, signo*, ed. cit., p. 209; Estuardo Núñez, Epístolas y notas a *Neuronas*, ver nota subsiguiente.

El testimonio posee un valor casi decisivo, pero no absoluto.

En esos días, 1918, tanto Valdelomar como Mariátegui, Falcón y Del Valle, estaban vivamente impresionados por la naciente inquietud española, expresada en los escritos de Luis Araquistain, Gabriel Alomar, José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu y, desde luego el primero, don Miguel de Unamuno. Todos ellos se caracterizaban por las incisiones que hacían en la pulpa de la vida española, aplicables con mucho a nuestro propio caso nacional. Recordemos que Mariátegui, Falcón y Del Valle lanzaron *Nuestra Época,* cuya idea cardinal nace de la revista *España* del socialista Araquistain; y recordemos que la campaña antitaurina encabezada por el delirante vikingo hispánico Eugenio Noel, se revestía de sociologismos como son los que se juntan en *Pan y toros* y en *Piel de España,* todo ello siguiendo de alguna manera la ruta del *Idearium español* de Ángel Ganivet y los duros apotegmas de Joaquín Costa. Pero Ramón, es decir, Gómez de la Serna, representaba otra cosa. Si bien coincidía en dar juego a la observación inteligente y a la frase concentrada, su índole le llevaba a desleir la tensión en una broma, a concluir la parábola con un volatín, a hacer una cabriola como fin de fiesta. Esto último, y la notoria proclividad de Ramón a rodearse de acólitos, hacer su "peña" (el famoso Pombo), a impresionar con palabra y gesto al auditorio, le hacía más accesible para Valdelomar, a quien regía hasta entonces la tendencia a la paradoja y la parábola de Óscar Wilde, la brevedad de ciertos principios de Heráclito, y seguramente la patética concisión de los *Pensamientos* de Pascal. Valdelomar se hallaba en una encrucijada de su vida, en trance de definirse, a los treinta años; era exactamente la edad de Ramón Gómez de la Serna, nacido también en 1888.

La "greguería", que algunos han asimilado al modo de hacer ruido de los loros, tiene, según su creador caracteres concretos. Es, dice él, "lo que gritan los seres desde su inconsciente". Este rasgo diferencia, en vez de confundir, "greguerías" y "neuronas", estas últimas flor de agudeza y reflexión más que de inspiración. Las greguerías han sido definidas por otros como "la realidad reducida a su más extremo absurdo", lo cual ya tiende un puente entre ambas formas de expresión. Por otra parte, Ramón buscaba, fuera de sus escritos, un atuendo o paramento formal llamativo e inesperado que le sirviera de marco: alguna noche leyó una conferencia en un circo de París sentado en un trapecio; y otra montado sobre el lomo de un elefante. La "peña" de Pombo engendraba ruidosas y violentas críticas contra todo lo consagrado. Aparte el testimonio del propio Ramón en su volumen *Pombo*, podríamos mencionar el de un poeta peruano, Alberto Guillén, en su libro *La linterna de Diógenes* (1920), y otras muchas referencias. Como Valdelomar, Ramón, fruto de la posguerra, buscaba el aplauso y la estupefacción de su público. No usaba quevedos, pero sí patillas de majo goyesco; no se alisaba el pelo, sino que se lo embrujaba como artista de 1830; no usaba escarpines, sino que se trajeaba como un bohemio de Murger que hubiera pasado por Oxford; imitaba y atacaba a Marinetti; preludió con sus gritos el ultraísmo y el superrealismo; como Valdelomar, inició el *dandysmo* y el neocriollismo. La búsqueda de Ramón fue hacia adentro; la de Valdelomar, en su contorno.[3] Uno buscaba el yo, el otro lo lucía; aquél huía de los otros, éste fue en su propia procura. Valdelomar,

[3] La primera recolección de greguerías en volumen es *Flor de greguerías* (1925), siguen *Nuevas greguerías* (1929) y *Greguerías* (1940).

apegado a los moldes franceses y peruanos de los siglos XVII y XVIII, se reconcilia con España poco antes de la llegada de Belmonte, diría que a través del mexicano Gaona, a causa de la esplendidez del arte taurino. Entonces, si no descubre, se adhiere a Pérez de Ayala y a Valle Inclán, dos Ramones de los tres de la fama, tal como siguiera, por coincidencias espirituales, a Azorín y admiró a Unamuno.

Si se juzga bien, agregaremos que la forma aforística, es decir, por medio de pensamientos breves, de razonamientos compendiosos, estaba en pleno auge como consecuencia del cansancio del naturalismo, siempre demasiado extenso, y de los numerosos y largos tratados de la preguerra. Lo demuestra la avidez con que se lanzaron, primero a la crónica y después al aforismo, tanto escritores de Europa como de América, incluido el Perú. Los nombres de Óscar Wilde, André Gide, Remy de Gourmont, Ortega y Gasset, Anatole France, Mauricio Maeterlinck, Gabriel Alomar, Antonio de Zozaya *(El huerto de Epicteto)* no encierran muy diverso contenido que los de Enrique Gómez Carrillo, Ventura García Calderón, José Rodríguez Cerna, Amado Nervo y, ya en el campo vecino de la greguería y la "neurona", los de Antenor Orrego *(Aforísticas)* y Alberto Guillén *(El libro de las parábolas)*.

Así como en *Los hijos del Sol* se advierte, a veces, el rastro de ciertos autores adictos a las pomposas reconstrucciones (especialmente Louys y Flaubert), y en *Belmonte, el trágico* no se puede negar la acción de algunos pensadores de expresión periodística (Ortega, Vasconcelos, Maeztu, Pérez de Ayala, Noel), así en *Neuronas* se advierte la suma y maduración de las más encontradas fuentes: Renán, Barrès, Unamuno, Gómez de la Serna, D'Annunzio, Wilde, quizá De Quincey. El escritor se deja arrastrar a ratos por el inconsciente, como quería Ramón para la gre-

guería auténtica; en otros, por el absurdo, lo que ya indica escogitamiento y actitud presuperrealista; en otros, por la travesura, y convierte en frase literaria el chiste de café, institucionalizando el Palais Concert. Lo desconcertante en este caso es que sólo tenemos un caudal muy parvo para ejercitar nuestros propósitos de exégesis. Del anunciado libro *Neuronas* sólo queda lo que a continuación vamos a presentar y que ha sido recogido con acierto y amor por Estuardo Núñez.[4]

Esta actitud meditativa, de reflexión estética de Valdelomar se remonta, lo repito, a fines de 1916 y sobre todo a los comienzos de 1917; y se acentúa en 1918 y 1919. Las razones pueden ser varias, entre ellas el arribo a la segunda juventud que marcan los treinta, que Espronceda calificara en su inolvidable *Canto a Teresa* como "funesta edad de amargos desengaños". Los treinta de Valdelomar no fueron menos angustiosos. Se enfrentaba a una informe pero efectiva y plural campaña en contra suya; a una tempestad de dudas y dicterios; a un hermético "no" que le cerraba el paso no sólo en el campo de la vida social sino en el de la literaria, como se descubre a través de su despido de *La Prensa*. Hubo además, a mi juicio, en todo esto, una causa mayor proveniente del trato directo de Vasconcelos. Repítolo por enésima vez. Yo conocí a Vasconcelos directa e indirectamente, esto último a través de íntimos amigos suyos, entre ellos Antonio Caso, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Gilberto Owen y Haya de la Torre. De todos esos testimonios y el de mi propia experiencia, saqué la conclusión de su avasallante personalidad, de su terrible capacidad

4 Estuardo Núñez, prólogo a *Neuronas. Diálogos máximos*, en *Letras*, Lima, números 74-76, Universidad de San Marcos, 1965.

de contagio, de su entusiasmo frenético, de su enorme fuerza convincente. Si eso ocurrió después de 1923, que es cuando la figura de Vasconcelos adquirió caracteres continentales, júzguese ¡cómo sería en 1917, cuando, en plena segunda juventud y con una dilatada, dramática y reciente experiencia en la Revolución de su país, contaba solamente treinta y seis años!

Ya hemos mencionado la actitud de Vasconcelos frente a Riva Agüero y a Valdelomar, y hemos trascrito su conversación con éste sobre la tarima de un fumadero de opio. Más que eso, lo que había en Vasconcelos de incontenible era su capacidad irradiadora, su catequística inmanente, su misterioso poder de seducción y liderazgo. A partir de su amistad con el mexicano, Valdelomar cambia, en el sentido de ahondar ideas antes que sensaciones, y de buscar fuentes filosóficas para sus deliquios artísticos. Es su iniciador en el trato y lectura con Pitágoras, Xenofonte, Heráclito, Platón, Kempis, Pascal, Spinoza, Bergson y, desde luego, su antiguo profesor de filosofía, Alejandro Deustua, en cuya defensa salió al verlo atacado en la sección "Palabras" de *La Prensa* al finalizar el año de 1917. Quizás por eso mismo se interesa Valdelomar, desde fines de 1916, en el toreo. No considero casual que en ese momento el protagonista de su curiosidad intelectual fuese un mexicano como Vasconcelos, y en el toreo Rodolfo Gaona otro azteca, a quien el autor de *Raza cósmica* trataba como compatriota, admiraba como torero y estudiaba como "as" o exponente máximo de un arte hasta entonces juzgado más bien artesanía. Siguiendo tal cauce no llama la atención que Valdelomar, en el reportaje que *La Reforma* le hizo en Trujillo (mayo de 1918), tratase de *Neuronas*, libro de filosofía, ni que en el reportaje de *Balnearios* (enero de 1917) calificase a su libro *Belmonte*,

el trágico como una "estética del toreo" en torno de Gaona; resulta la natural secuencia de aquellas preocupaciones, cada vez menos simples y, por lo tanto, siendo más abstrusas, menos valdelomarianas.

La inserción de Gómez de la Serna, según lo recuerda Xammar, no fue decisiva, como pretendía Mariátegui, que dejó de tratar de cerca a Valdelomar en aquella etapa. Todo se juntaba a favor de una nueva definición del artista: entre los factores que conformaban entonces su cosmovisión, no puede olvidarse a Maeterlinck, a "Xenius", a Unamuno ni a Ortega y Gasset. De hecho Valdelomar formó parte, aunque más nominal que efectiva, del equipo de *Nuestra Época*, cuyos dos únicos números aparecieron en mayo y junio de 1918.

La literatura de ideas principiaba, infortunadamente, a tomar cuerpo en el Valdelomar de *Neuronas*, bajo la advocación del padre de las greguerías, quien corroboró, no inició, aquella nueva posición.

Circunscribámonos a *Neuronas*. Este "libro en preparación" no fue nunca sino un pespunte, un boceto pequeño, picante, demasiado criollo, casi siempre iconoclasta y en gran parte antología de frases ya publicadas. Si uno compara el tomo literario de las greguerías de Ramón con los apólogos de Wilde, se da cuenta de que a éste se acerca más a menudo nuestro artista.

En la edición de *Neuronas* y "Diálogos máximos" hecha por Estuardo Núñez, las primeras sólo ocupan seis páginas —de la 11 a la 16—, o sea que o Valdelomar escribió o recogió muy pocas, o se han perdido muchas. Es evidente, a juzgar por el reportaje de *Balnearios* ya citado, que Valdelomar había escrito gran parte de tal libro, pues de otro modo no se explica que compusiera un prólogo para un texto inexistente. Es también visible, y ello concuerda con los "autores predilectos" que menciona en el mismo

reportaje de *Balnearios*, que en ese entonces estaba leyendo o acabando de leer a Santiago Ramón y Cajal, así como que trataba con cierta frecuencia a médicos especialistas en psiquiatría y neurología, tales como Baltasar Caravedo; Sebastián Lorente y Patrón; a su joven amigo Juan Francisco Valega, el "Máximo Fortis" de la ya aludida carta, y, sobre todo, a Hermilio Valdizán, gran psiquiatra, a quien frecuentaba desde Italia. La palabra "neuronas" no es fruto de un acaso: tiene clara genealogía. Valdelomar lo reconoce en aquel desmesurado prólogo, en que, como era natural, no falta la nota egolátrica consustancial a "El Conde de Lemos":

> Muchos de mis ilustres compatriotas, y no pocos de mis colegas, creerán que en este libro se trata de cuestiones de medicina o asuntos de farmacia, pues el título les hará pensar que "neuronas" son alguna suerte de pastillas como las Peptonas y los Pyneleptus. Conviene que esos ilustres analfabetos, que carecen de ellas, sepan, antes de atacarme, que neuronas son cierto linaje de microorganismos a manera de diminutos pulpos o estrellas de radio vibrátiles (a) quienes solemos llevar unos cuantos desdichados en la corteza cerebral. Cuando quienes lo ignoran sepan qué cosa son neuronas, entonces haciendo lujo y práctica de un arduo proceso imaginativo a base de lógica, comprenderán por qué estos breves comprimidos de verdad, se agrupan bajo el título de *Neuronas*.

Siguen treinta y siete reflexiones, greguerías, meditaciones, apuntes o "neuronas", compuestas al compás de las sensaciones e incitaciones más diversas (algunas repeticiones), y siempre apuntando, con el humorismo que fuera su fiel compañero, hacia la satisfacción y la cavilación de los lectores.

No todas las "neuronas" brillan por su ingenio; ni el *humour* logra siempre vencer a la preocupación cultista. Esto se ve mejor examinando algunas de tales "piezas"; verbigracia:

> El bombo es el burgués de la orquesta. Es solemne, sonoro, rotundo, definitivo y hueco.

No se trata de una simple observación periodística, sino ante todo de un esguince de crítica local, a sus colegas literatos y a los políticos. Pero, por encima de eso, sería útil destacar el uso del vocablo "burgués". Su constante presencia obliga a considerar la contrapartida de "artista" y de sus cuasi sinónimos nietzscheanos "beocio" y "filisteo" o, dicho en el lenguaje valdelomariano, de "gordo" y "universitario". Para corroborar lo último bastaría trascribir otra "neurona":

> El de universitario es el estado natural del joven peruano.

No hay en esta frase concesión ni mucho menos elogio: "universitario" equivale ahí a burgués, a "beocio", a "filisteo", me atrevería a decir a "estúpido".

Ya hemos advertido los choques y contrastes entre Valdelomar y el "espíritu universitario". Su primera frustración como tal, en San Marcos; su segunda frustración cuando pretendió ser presidente del Centro Universitario; su tercera e inevitable frustración en Roma cuando quiso seguir estudios de derecho con Ferri. Además prefirió las lecciones raigalmente antiuniversitarias de don Manuel González Prada, su maestro, y de don Guillermo Billinghurst, su caudillo. El esteta amaba a los hombres prácticos: tal paradoja no constituye ninguna excepción.

A fuer de artista Valdelomar profesaba, al menos explícitamente, cierto racismo, pero un racismo unilateral en su "anti"; era un rabioso antizambo, pero... sus enemigos le llamaban "el zambo Valdelomar", y lo era en cierto modo, aunque en él predominaba la sangre indoespañola sobre la africana. He referido la anécdota según la cual una tarde en el Palais me refirió cuán difícil había sido "para un zambo como yo" ganar prestigio y popularidad; y me trasmitió su decisión de vestirse "de amarillo" si preciso fuere "para llamar la atención". Después de lo cual entendí el acto de liberación inconsciente que encierran las siguientes "neuronas", así como el choque de su autor con López Albújar, otro zambo de talento:

> El valor sustantivo de las ideas es tan frágil que cambia por simples cuestiones de raza. Para el blanco, la calvicie es una desgracia, para el zambo sería una felicidad. Todo esto desde el punto de vista apolíneo o dionisiaco.

> Imaginad la tortura de los hombres llamados zambos: se avergüenzan de sus pasas y no llegan jamás a la calvicie.

Algo que horripiló siempre a Abraham fue el ridículo. Huía de él como de la peste. Es congruente con sus ideas y antejuicios lo que sigue:

> Tres cosas ridículas: montar en bicicleta, enamorar desde una esquina y obsequiar flores a las artistas.

La última observación se refiere a la proclividad desatada entre ciertas gentes "bien" de Lima, en aquella época, de ofrecer *bouquets* y coronas a las tiples, tonadilleras, bailarinas, actrices y hasta coristas que más o menos atraían el interés público

desde los proscenios. La leyenda de la Perricholi no parecía haber sufrido eclipse pese al siglo y medio trascurrido hasta ahí. En cuanto al arte en sí, aparte las digresiones estéticas de algunas de sus conferencias, se confesaba nítidamente subjetivista y wildeano en varias de sus "neuronas":

> El arte es la naturaleza vista a través de un espíritu, mejor aún, el arte es un instante de la naturaleza a través de un estado de alma; aún más, un instante de infinito plasmado en una sensación.

La frase, nada original, encierra empero varias posibilidades y significados. En primer término nos coloca ante un discípulo de Leonardo y Goethe: "El arte es una cosa natural vista en un gran espejo." Luego nos enfrenta al más convicto impresionismo, análogo a aquel que hacía exclamar a Remy de Gourmont cuando encabezaba un estudio sobre Pascal: "Voy a hablar de mí a propósito de Pascal" *(Promenades littéraires)*; además trae el recuerdo de John Ruskin y también de los impresionistas, que eso fue en gran escala Abraham. Por último, sin apartarse del hedonismo clásico, parece referirse a Maeterlinck, a quien más adelante elogia sin regateo, en aquello de ligar el cosmos y las humildes sensaciones diarias: el trágico cotidiano. Acerca de esta afinidad con el autor de *Le trésor des humbles*, pasada por el tamiz de Wilde, Valdelomar no deja lugar a dudas cuando afirma:

> La literatura de Maeterlinck produce el efecto que nos haría ver de improviso señales desde la luna en una noche sombría.

A la manera de Gómez de la Serna y de Jules Renard, cuya *Poil de carotte* era una de sus lecturas

predilectas, Valdelomar hila tres o cuatro "neuronas" hiperbólicas y humorísticas por medio de las cuales define sus gustos estéticos y su adorable *humour:*

> Mi alma tiembla ante los hombres gordos como tiembla el cristal de una lámpara cuando pasa una carreta.
>
> Los europeos tienen al cuervo; los peruanos tenemos al gallinazo.
>
> A lo que los europeos llaman libélula, los peruanos llaman chupajeringa; ellos dicen ánade a lo que nosotros llamamos gallareta; ellos llaman cerdo a lo que nosotros llamamos chancho.

Observo en otra página, continuando la línea de dislates expresivos, que ahí donde los europeos hablan de "desnudo" nosotros hablamos de "calatos".

Hay en todo este conjunto de expresiones y esguinces conceptuales una innegable capacidad de caricatura y un buido concepto del humor. El artista se burla del criollo, pero no lo rechaza ni execra; de otro modo no habría nacido el neocriollismo de *El caballero Carmelo.*

A primera vista, llama por eso la atención la inesperada mezcla de elementos que podríamos llamar trascendentales con los locales o criollistas:

> Hay mujeres que deberían tener nombres de calles, ésta se llamaría "Espalda de Santa Clara". Así, los lugares donde hay varias mujeres reunidas y que tienen un nombre poco recatado, podrían llamarse jirones o avenidas.

Sorprende este apunte en hombre siempre tan fino. Los términos "jirones" o "avenidas" dados a calles

donde se acumulaban prostitutas, que es de lo que se trata, no guarda armonía con la hermenéutica general del estilo valdelomariano. Además tengo la impresión de que se trata de un apunte incompleto, una "neurona" de "neuronas", pues habría podido añadir, y su picardía lo hacía previsible, entre los nombres de calles aplicables a mujeres, las de "Siete Jeringas", "Doña Elvira", "La Condesa", "Matamula", "Siete Pecados" y tantos otros tradicionales que calzaban maravillosamente a la índole de las reflexiones de Valdelomar. En cambio, no cabe duda de que constituye un desfogue autobiográfico aquello en donde dice:

> Un hombre puede tener sortijas en los dedos y tener talento; hay quienes no tienen ni talento ni sortijas.

Primero, se debe recalcar el carácter improvisadísimo de esta "neurona" pues repite en veinte palabras tres veces el verbo "tener", pudiendo haberlo sustituido por otros sinónimos. Segundo, se reprochaba callejeramente a su autor el usar sortijas, especialmente su famoso ópalo en el dedo índice de la diestra. Por tanto, él mismo se defiende defendiendo a los que usan sortijas y, en cambio, vitupera y desdeña a los que no teniéndolas carecían de talento. Agrega para definir su criterio acerca de sus colegas de letras:

> Hay escritores que tienen alma como una carreta de mudanza. Siempre hay algo atado, algo que se va a caer, algo que se rompe... y un negro soez encima de todo.

Torna así a la preocupación por los hombres de tez y alma de color oscuro. Como se sabe, las mu-

danzas de muebles se hacían en Lima en unas carretas de amplia plataforma, sobre la cual se hacinaba la carga atándola con sogas sujetas a unas argollas adosadas a los bordes de aquellas plataformas. El auriga guiaba a las mulas y el cargador, generalmente un negro, se acomodaba sobre la carga, listo a prestar sus servicios al bajarla y al subirla. El símil reitera el desdeñoso concepto de Valdelomar sobre los confusos, improvisados y bochincheros de las letras. Lo corrobora a renglón seguido del siguiente modo:

> Las almas tienen raza: hay almas aristocráticas y hay almas zambas.

Aparte de apuntes como los trascritos, con referencias inmediatas, aparecen en las *Neuronas* otros de carácter más definitorio que sería útil cotejar con frases de Wilde. Aludo a las estrictamente estéticas, a las que habría de añadirse algunas aserciones de Eça de Queiroz, autor favorito de aquel tiempo, y las del propio Valdelomar, cuando resolvió, desde 1917, convertirse en teórico del *dandysmo* criollo.

En el prólogo de *El retrato de Dorian Gray* había dicho Wilde:

> El artista es el creador de cosas bellas. Revelar al arte y ocultar al artista es la finalidad del arte.

En este punto debemos aceptar que Valdelomar se convirtió en el anti Wilde... como Wilde mismo, pues para ambos la presencia estridente del artista fue primero que su propio arte. Pero más adelante, en dicho libro, Wilde afirmaba puntos que se confunden con la vida y la obra de su peruano admirador, como por ejemplo:

> Existen los elegidos para quienes las cosas bellas significan únicamente belleza... Ningún artista es nunca morboso. El artista puede expresarlo todo.[5]

Valdelomar, repitámoslo, escribe en *Neuronas:*

> El arte es la naturaleza vista a través de un espíritu; mejor aún, el arte es un instante de la naturaleza a través de un estado de alma; aún más, un instante de infinito plasmado en una sensación.

Dejando aparte la similitud con aquella frase de *La reliquia* en que Eça de Queiroz define el arte como "la realidad vista a través del diáfano manto de la fantasía", volvamos la mirada al propio "Conde de Lemos" en su abigarrado y poco cristalino prefacio a *Panoplia lírica* de Alberto Hidalgo, prólogo firmado el 30 de agosto de 1917, o sea poco más de tres meses después de sus "Brillantes inconexiones estéticas" y un año antes que su azaroso y triunfal recorrido por el norperú. Pues bien, en las páginas 25 y 26 de dicha pieza, escribe textualmente los mismos conceptos en las mismas palabras. O sea que extrajo de aquel prólogo las "neuronas" trascritas, como haría con frases sueltas de "Diálogos máximos", "Fuegos fatuos" y "Decoraciones de ánfora", de lo que infiero que sus *Neuronas* iban a ser como la *Memoranda* de don Manuel González Prada (sólo parcialmente trascrita en *El tonel de Diógenes* [ed. póstuma, México, 1945]) un extracto y un vivero de pensamientos sueltos, distribuidos o por distribuir a lo largo de sus obras.

Si esto es así, tenemos que enlazar a propósito de *Neuronas,* especie de vademecum filosófico o prontuario ideológico de la obra de Abraham, mucho de

5 O. Wilde, *El retrato de Dorian Gray,* Prólogo.

lo que desparramara en artículos, cuentos, descripciones, discursos, crónicas y prólogos, como el de *Panoplia lírica.*

Posee este preámbulo algunas calidades insoslayables. En realidad, enciérrase en él acaso lo más característico del pensamiento y de la actitud de Valdelomar, aquello que trató de revestir de armoniosa forma literaria en *Belmonte, el trágico,* libro en el cual se dan cita, para excluirse, el narrador y el filosofante; el aldeano de corazón sangrante y el universitario de egolátrica petulancia; el profundo macerador de sensaciones y el improvisado platicante de conceptos. Al mismo tiempo, se refleja ahí, frente a su amado y ventajista discípulo de Arequipa, el drama que corroía, sin careta ni analgésicos de ninguna especie, el alma creativamente pueril de Valdelomar.

> Muchos no perdonareis ni perdonarán a Hidalgo, como no me perdonarán a mí, el gesto altivo y orgulloso, la lógica armónica entre el sueño y la acción, la protesta sonora, por su convencimiento sincero, de la excelencia de nuestra obra literaria. . . (p. 20), para ser ungido ni individual ni colectivamente tenemos una tradición de rebeldes. . . (p. 21) En nuestro medio la rebeldía es casi un crimen, algo que no se concibe, que desconcierta y sorprende. La mediocridad ambulante no puede comprender que haya un espíritu enamorado de su libertad que sepa triunfar solo, que se oriente sin pasar por la Universidad, que desdeñe la crónica social de los diarios, que ignore cómo se llama al Ministro de Fomento y que no tenga la lejana esperanza de ser Diputado, afiliándose a un partido político. (p. 22).[6]

[6] Abraham Valdelomar, "Exégesis estética", en Alberto Hidalgo, *Panoplia lírica,* Lima, 1917, pp. 19 a 24.

Así escribía Valdelomar en 1917 antes de su embriaguez turístico-patriótica y de su allanamiento a una diputación regional por Ica. La confesión aquella prosigue con detalles desgarradores. Oigámosla:

> Creo con toda la fe que soy capaz, que la Naturaleza ha sido, en un principio, una gran unidad armónica y compleja que perdió su concreción y que trata de volver a ella. Creo, igualmente, que la Naturaleza no es, en el más alto y profundo sentido, sino la lucha de dos fuerzas: una positiva, de atracción, de armonía, de amor, de bien, y otra de rechazo, de disgregación, de odio, de mal. La lucha de estas fuerzas constituye la gran ecuación de la vida. Estas dos fuerzas van aparejadas en todos los fenómenos, desde el más insignificante hasta el más trascendental. Quien está familiarizado con las leyes químicas, sabe que hay metales que se buscan, se juntan y producen reacciones; los hay que se rechazan, no se funden y son estériles. ¿Quereis un poema más estupendo, una filosofía más concreta, una manifestación más hermosa de la naturaleza? En el hombre mismo. ¿Qué otra cosa es la vida que una perpetua lucha entre lo malo, entre lo perfecto y lo imperfecto?, el espíritu es una fuerza que a medida que se depura, se acerca más al infinito. *A medida que nos alejamos de lo carnal, de lo frágil, de lo perecedero nos acercamos más a la íntima sustancia de las cosas.* Para alcanzar esta la más importante de las victorias, son buenos todos los caminos de perfección. Es menester que una fuerza culmine sobre nosotros mismos, porque ella será la antena que nos comunique con las cosas errantes y misteriosas. Esa culminación, esa exaltación de la conciencia, se llama embriaguez en el precepto baudelairiano, se llama fe en la Biblia, se puede llamar

virtud en la Iglesia. "Embriagaos, decía Baudelaire, de arte, de vino, de amor, pero embriagaos siempre." Para llegar a esas exaltaciones es necesario el sacrificio de San Antonio en el desierto, es menester desprenderse de toda vana preocupación, de todo frívolo temor, de toda frágil empresa. *"Piensa en la muerte"*, decía Dumas, *"todas las mañanas al ver la luz y todas las noches cuando vuelvas a entrar en la sombra."*

Hay cándidas gentes que creen que un artista, un verdadero artista, vive y obra y crea para ellos; vive, obra y crea para su gloria; *piensa, vive y crea para ser inmortal.* Es como creer que el peregrino sacia su trágica sed en la fuente para ver cómo se dispersan las ondas sobre la superficie. *Nadie comprenderá, sino quien lo haya sentido, la inquietud angustiosa, el íntimo drama, la obsesión lacerante que viven en el alma de un artista.* Nadie comprenderá cómo, al lado de aquellas íntimas tragedias, son fugaces y pueriles los dolores humanos; *nadie comprenderá la tortura dantesca que significa para el artista el desequilibrio entre el sueño que él sueña y la torpe realidad de la vida. Almas elegidas, espíritus perfectos ¡cuántas lágrimas os cuesta ver un rostro que desfigura la envidia, el odio, las pasiones! Los artistas no odiamos por falta de razón para ello, sino porque el odio carece de belleza; y amamos muchas veces sólo porque amar es una cosa dulce, grande y divina. Tenemos piedad, perdonamos siempre, disculpamos todo, porque ello nos produce una sensación tan grata, tan plácida, tan inefable, que los malos no han gustado nunca; algo que es como sumergir las manos en la corriente, en medio de los calores caniculares...* Ya lo dijo Guyot *(sic)* "conocerlo todo es comprenderlo todo y perdonarlo todo".

Agrega más adelante:

Quiere decir que la función del artista, y en este caso del poeta, es descubrir por el sentimiento, lo que la naturaleza tiene de eterno y esquivo. *El poeta es un cazador de infinito;* un buceador de Verdad en el abismo del Misterio; un vidente que descubre la belleza en las mudas nebulosas de lo objetivo.

Desde luego, el "Guyot" citado por Valdelomar es el filósofo y poeta Jean Marie Guyau, y la frase que le atribuye, pudiendo ser auténtica, se parece peligrosamente al "perdono porque comprendo" de Anatole France, el maestro de "Máximo Fortis". He subrayado, además, varias expresiones-clave que denuncian el "panteísmo-yoísta" del escritor. Se mezcla con una especie de mazdeísmo a retropropulsión. Nada hay de original en tales pensamientos, ni casi ninguno pertenece a "El Conde de Lemos": lo que atrae en él es la actitud, la conducta, la capacidad de reaccionar sobre el medio, de imponérsele y de, sin embargo, sonreir piadosa o retadoramente. Valdelomar, con sus *Neuronas* o sin ellas, no aspiraba a ser un pensador o un ensayista. Fueron aquéllos meros devaneos con la vida y acaso preludios de la que fue siempre leal adicto. Dentro de los términos agustinianos la suya fue, pues, por todo concepto, una breve y luminosa "muerte vital".

XXI. "NUESTRAS VIDAS SON LOS RÍOS..."

El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio que puso fin a la primera Guerra Mundial. El viejo Foch, el hombre de Verdun, y el viejo Clemenceau experimentaron el incomparable goce de devolver a su patria las provincias que le fueran arrebatadas en 1870 después del fracaso de Sedan y Metz. La noche del armisticio, las colonias francesa, inglesa, italiana y belga en Lima, enloquecieron las calles con sus hurras, cantos y clamores. Todos hablaban de "la libre determinación de los pueblos" y de "la paz duradera". Por primera vez se mezclaba el nombre de los Estados Unidos y el de su presidente, Woodrow Wilson, a un suceso mundial. Los italianos, enardecidos por el triunfo sobre Austria, precaria aliada por obra de un arreglo impopular, gritaban a toda voz por Mercaderes y Baquíjano: "Trieste italiano, Trieste italiano, Viva il Trentino." El gordísimo dueño de una panadería de la calle de la Toma, Agustín Merea, cuyas posaderas necesitaban los dos asientos del ancho Pathfinder rojo en que se movilizaba, arrojaba monedas, cantando a garganta plena el famoso himno italiano de la revancha *Las campanas de San Giusto.* Naturalmente, en esta parte del mundo, Bolivia pensó de inmediato en recuperar su litoral de manos de Chile, que se lo había arrebatado también bélicamente como Trieste y como Alsacia y Lorena. El Perú, a su turno, planteó su propia reivindicación: Tacna y Arica al menos, o, como ya exigía desde Londres don Augusto Leguía: Tacna, Arica y Tarapacá. La suerte de estas provincias era idéntica a la del Trentino, Polonia, Alsacia y Lorena. Además, si el Perú había roto

relaciones con Alemania y ocupaba un puesto en el debate de la paz, ¿por qué no tener su parte en el reparto y en las reivindicaciones, tanto más cuanto que Chile había permanecido fiel a la Alemania imperial, su modelo en ese tiempo?

Como resultado de aquella nueva situación, Chile, que había considerado innecesario, impertinente, inoportuno y absurdo el plebiscito estipulado por el tratado de Ancón de 1883 (ratificado en 1884 para realizarse diez años después, esto es, en 1894), principió a preocuparse con esa posibilidad y juzgó que el tratado se podría aplicar aunque fuese con veinticinco años de demora, dando comienzo a una activa y dura política de "chilenización" de las "provincias cautivas". De la noche a la mañana, bajo la dirección de Máximo Lira, un intendente que dependía directamente de La Moneda, los regnícolas peruanos de Tacna, Arica y Tarapacá se vieron amenazados por toda clase de riesgos, vejados en las calles; sus hijos eran discriminados en las escuelas; su bandera prohibida; sus bienes embargados o entorpecidos y, por último, puesto que resistían con ejemplar denuedo la presión de las autoridades chilenas, fueron obligados a abandonar sus hogares y expelidos, como en los *progrooms* de judíos durante la segunda Guerra, en pleno y precoz uso del genocidio. El rumbo impuesto naturalmente era el norte, es decir, el Perú. La imaginación pública les dio inmediatamente un nombre inexacto, pero expresivo: "repatriados". En realidad era el término que correspondía más bien al punto de vista chileno: si se les repatriaba al enviarlos al Perú era porque Tacna, Arica y Tarapacá no eran su patria, o sea que éstas pertenecían a Chile, o en último análisis, que Tacna, Arica y Tarapacá por estar bajo el dominio temporal de Chile, no eran patria de aquellos peruanos que al cruzar el río Sama hacia el norte, se reintegraban a su patria, se "repatriaban". Adjetivo

inadecuado y, en cierta manera, torpe. Si Tacna y Arica seguían siendo peruanas, cruzar el Sama no era sino desplazarse dentro de la patria peruana, mas no pasar de una patria a otra. Como quiera que fuese, el hecho es que la avalancha de "repatriados" desde fines de 1918, creó al estado peruano un grave problema de alojamiento, subsistencia, trabajo, pensiones, escuelas y salud; todas las instituciones públicas y privadas se preocuparon del problema, cuyo carácter político crecía al par que el económico.

Nadie imaginaba cuál sería la suerte final de las conversaciones de paz presididas por Wilson, a quien negó finalmente su apoyo el congreso de los Estados Unidos. La delegación peruana, ya bajo el gobierno de Leguía, estuvo presidida por Mariano H. Cornejo, el amigo de Valdelomar: fue lúcido, insistente, pero. . . ineficaz.

Mientras los chilenos "limpiaban" de peruanos los territorios discutidos, a fin de que disminuyese el número de votantes peruanos en el caso de que se realizara el plebiscito, los diplomáticos de los países aliados en Lima no sabían qué hacer, ya que no se habían adoptado resoluciones finales sobre la aplicación de los catorce puntos, entre ellos el de la libre determinación de los pueblos y aquel que establece que la victoria no engendra derechos.

A comienzos de 1919, poco después del retorno de Valdelomar de su jira literaria y patriótica por el norte del Perú, se realizó una actuación literaria en el Teatro Colón, de Lima, "en homenaje y beneficio de los peruanos expulsados de su patria, en los territorios conquistados por Chile al Perú, en 1879" (textual). Valdelomar fue invitado a pronunciar un discurso: escogió como tema "El sentido heroico de la poesía francesa". De hecho, el tema sólo existió en el título; el texto trataba casi íntegramente de los problemas referentes a los "repatriados" y a los de-

beres de los aliados cuyos representantes diplomáticos asistieron al acto. "El Conde de Lemos" había dejado, al parecer, de lado al escritor y al cronista; se había convertido en un ardoroso orador de barricada, en un entusiasta propagandista, en un chovinista elocuente. Basta recordar el comienzo de aquel discurso ante los diplomáticos de los países aliados, a quienes alude varias veces. Oigamos su intervención:

> Al realizar este homenaje público, de amor fraternal y de admiración profunda a los peruanos expulsados de su propia patria, perseguidos en su propia tierra, ultrajados en *(sic)* el mismo cielo donde en horas más felices abría a todos los vientos sus alas rojas nuestro pabellón, estoy firmemente convencido de que represento no sólo al grupo de jóvenes intelectuales organizadores de esta fiesta; creo que, al rendir este homenaje a nuestros heroicos compatriotas, represento a todo el Perú. Permitid, señores, que haga ostentación de este orgullo que me invade; escuchad esta voz, vosotros, señores diplomáticos. No os habla solamente un joven intelectual afortunado, traído a esta escena por el afecto y la simpatía de los otros y por el deseo de cumplir un deber moral en cuanto a él mismo. Si fuera yo una persona, una persona quien os invocase, cuán pocos merecimientos tendría para solicitar vuestra atención. Pero no soy yo quien os habla. Yo represento algo más que una persona: represento ahora (a) la juventud de un pueblo idealista que protesta contra la brutalidad salvaje, contra la barbarie poderosa, contra el ultraje premeditado, despiadado, aleve y cínico. Ahora, yo soy la juventud...[1]

[1] *Fénix*, Lima, número 15, 1968.

En varios lugares de éste y otros discursos, Valdelomar reiteradamente se proclama el "abanderado de la juventud" y, desde luego, insiste en que la juventud, "la aurora de la vida", es la llamada a dirimir el conflicto entre el bien y el mal, entre la luz y la sombra.

El tono y las afirmaciones de aquel discurso, repiten aseveraciones, vocativos y asuntos enunciados a lo largo de toda su campaña de conferencias del año anterior, lo que se demuestra con los fragmentos y textos recopilados y editados por Estuardo Núñez en el citado número 15 de la revista *Fénix*, órgano de la Biblioteca Nacional de Lima. En efecto, son muchas las veces que, golpeando la voz, afirma: "yo represento a la juventud peruana", "yo soy la juventud peruana", "yo soy la juventud"; y otras tantas veces las que reitera que él encarna a la patria, y que la patria consiste, sin mencionar directamente al autor, en "la tierra y los muertos", como decía Maurice Barrès. Desde luego, Valdelomar piensa en los héroes de la guerra y en los escritores, a quienes también considera heroicos por su cotidiano sacrificio enfrentándose a la vulgaridad imperante. Más tarde, ese mismo año 1919, en un discurso pronunciado ante el pueblo de su amado Pisco, será aún más expresivo y rotundo. Inspirado por una aturdidora embriaguez patriótica, decidido a salvar a su patria por medio de una generación esteticista que confunde el heroismo con la belleza, y el amor con el arte, afirmará lisa y llanamente como un D'Annunzio tropical, como un nuevo Mesías:

> *Pretender que yo fracase es insensato.* Podría yo tal vez fracasar si esta empresa encarnara únicamente mi persona, una persona. Represento algo más: Yo represento a la juventud, la aurora de la vida, la semilla fecunda que germina; *yo repre-*

sento más que una persona y un hombre, yo represento el ideal de toda una generación y el ansia infinita de toda una raza. Yo no soy una persona, sino una idea; yo no soy un ciudadano, sino una tendencia; yo no soy un cuerpo, sino un ideal. Yo no represento una persona: Represento algo más; yo represento la voluntad, la esperanza, la verdad, el porvenir, el fuego sagrado de un ideal; yo soy la vida en primavera; por mis labios habla una patria que se anuncia. Arden en mi corazón las ansias de mi pueblo; en mí estaban y se concretan las fuerzas latentes de una generación; mi voluntad es la voluntad de varias juventudes; mi dolor es el dolor de muchos corazones. Vibra en mí el eco de la Raza humillada, de pueblos escarnecidos, de la libertad encadenada; en mí estallan las cóleras que la injusticia ha acumulado sobre la democracia en la sombra de cien años de tiranía. Yo represento el Amor, la Esperanza, el anhelo infinito y latente de muchos corazones en flor; yo represento la juventud, la nueva juventud del Perú que se pone en pie, que empuña su bandera, que quiere hacer una patria libre y fuerte, que viene a ofrecer su vida jugosa para coronar ese gran ideal. Yo puedo morir; y puede fracasar cuanto hay en mí de perecedero y de precario; puede morir cuanto hay en mí de pasajero y de mortal, pero la idea, mi idea, nuestra idea, la semilla arrojada en el surco feraz;... la Patria Nueva, esa patria cuya silueta aparece ya en el horizonte brumoso... eso no perece, eso es inmortal..[2]

Se trata de un discurso eleccionario, y por lo tanto posterior al 4 de julio de 1919, o para ser más exacto, del mes de agosto, cuando se discutía la aplicación

[2] *Fénix*, número 15, ed. cit., pp. 89-90.

del plebiscito y la integración de las cámaras legislativas nacionales y de los flamantes congresos regionales creados recientísimamente. Valdelomar se refiere a la "Patria Nueva" lo que, como hace notar Estuardo Núñez, establece un claro nexo con el leguiísmo imperante. No creo que fuese una mera coincidencia verbal, sino una coincidencia en la emoción y el propósito de renovarlo todo y de prestar su concurso a la tarea capitaneada por Leguía.

Entre el discurso del Teatro Colón, en honor y beneficio de los "repatriados", y esta lírica arenga electoral de Pisco, es decir, dentro del semestre que transcurre entre ambas circunstancias, conviene destacar algunos sucesos quizás mínimos en su apariencia, pero de positiva resonancia nacional y de indudable impacto en la vida de Valdelomar.

Volvamos pues a enero de 1919. Ese mismo mes, sus amigos Mariátegui y Falcón, junto con Humberto del Águila, deciden abandonar *El Tiempo* y organizar un nuevo diario, *La Razón*, que aparecerá sólo en mayo, el mismo mes en que se inicia la reforma universitaria.

En esos días Augusto Leguía había regresado ya, triunfalmente, de su largo exilio en Londres; vuelve como candidato popular a la presidencia de la república.

La renuncia a *El Tiempo* de Mariátegui, Falcón y Del Águila obedeció a motivos de índole política y de tipo social. Desde 1918, *El Tiempo* se había entregado a una furiosa, terca y a veces insultante campaña contra el presidente Pardo y sus antepasados políticos y familiares. La historia del guano y del salitre resucitó con sus más depresivos aspectos. En cambio, aumentaba su adhesión a Leguía. En lo primero Valdelomar estaba parcialmente de acuerdo, según se desprende del texto de varias de sus conferencias, en las que, recogiendo las candentes afirmaciones de Gonzá-

lez Prada, acomete contra los "cien años de tiranía", a que alude claramente en su discurso de Pisco.

Durante la campaña de *El Tiempo* contra el civilismo se produjeron incidentes, con algunos de los cuales, desde luego, no podía estar Abraham de acuerdo. Uno de ellos fue el duelo José de la Riva Agüero y Pedro Ruiz Bravo, director del diario. El más ardiente, mendaz y en apariencia documentado promotor de las diatribas era un colaborador de *El Tiempo* que firmaba "El Abate Faría". Correspondía este seudónimo, extraído de *El conde de Montecristo*, a Manuel Romero Ramírez, un antiguo rábula de juzgado de menor cuantía, tuerto de un ojo, sordo de cuerpo y alma, oscuro de tez e intenciones y además medio tartamudo. Su único mérito consistía en ser hermano de Carlos Alberto Romero, subdirector de la Biblioteca Nacional y hombre de rara erudición y menos rara mala lengua. Utilizando una técnica de folletín barato, "El Abate Faría" convertía en prosa libelesca, bajo enormes titulares, los apuntes que a diario tomaba de la folletería peruana de la Biblioteca Nacional. En uno de esos arrebatos panfletarios sacó a relucir los actos políticos de 1823, en los que participaron Bolívar y don José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, bisabuelo del amigo de Valdelomar. Éste, según se advierte de sus conferencias y a través de su "Oración a San Martín", coincidía con su amigo Riva Agüero y Osma en la antipatía hacia Bolívar. De suerte que el ataque contra el antepasado de su amigo y aquel duelo que fue su consecuencia, no contaron con su apoyo. El lance se llevó a cabo a sable. Las crónicas hablan con elogio de la inesperada agilidad y bravura del todavía joven marqués de Montealegre de Aulestia, mas no de su ponderación verbal. Parece que, olvidando las reglas del marqués de Cabriñana y las de un elemental decoro, la emprendió a cinta-

razos y a denuestos contra su adversario, quien soportó y retribuyó con firmeza el tupido y múltiple ataque, de lo que resultaron ambos contendientes con sendas heridas y una tajante negativa a la reconciliación. "El Abate Faría" siguió hilando relatos "históricos" casi nunca exactos, acerca de la forma como se llevó a cabo el proceso de explotación de nuestro guano, los debates sobre el contrato Dreyffus, a causa de la resistencia de Gibbs y de los capitalistas nacionales, el enredo Bogardus-Pardo-Piérola, la aparición del salitre, la política ferroviaria de Balta, de todo lo cual el plumario extraía aparentes razones para terminar sus artículos con una espectacular invocación: "Dios salve al Perú." Sobre tan deleznables cimientos se hizo descansar el nombre y la aspiración de la "Patria Nueva".

Nuestro criollo Marat (d'Abate Farie), en vista de la ausencia de una Carlota Corday, alcanzaría a convertir en sonantes monedas triunfales sus bilis e hipocondrias de los tiempos del dicterio. De esto último no alcanzó ya a ser testigo "El Conde de Lemos".

Mientras tanto, movían sus hilos financieros, periodísticos y amistosos: Mariátegui, Falcón y Del Águila, Alfredo Piedra y Salcedo, primo de Leguía y amante de la literatura y de las conspiraciones militares, y los siquiatras y *amateurs* del periodismo, Sebastián Lorente y Patrón y Baltazar Caravedo Prado. Ellos participaron también en el fletamiento de *La Razón*. Valdelomar se había de dedicar nuevamente a viajar; comenzó por Ica, Moquegua, Arequipa, y otra vez Ica, Pisco y Chincha en atrevido plan de conferencias, en cierto modo comprometido, puesto que el clima político no admitía ya neutrales.

De tal guisa trascurrieron los meses de enero a junio. Se mantenía alejado de la capital, en contacto con el pueblo y con la juventud de provincias que,

según sus palabras, le habían ungido su portaestandarte.

No descuidaba por eso la tarea literaria. Las colaboraciones en los diarios de provincia y en *Sudamérica* y *Mundo Limeño* de Lima fueron tan frecuentes como se lo permitían sus tareas de trashumante adoctrinador. Como la red vial era muy deficiente y el número de automóviles corto, la mayor parte de los viajes debía hacerlos por vapor, o a lomo de mula. El método de trasporte obligaba a mayores pausas. Como Ica queda inmediatamente al sur de Lima, el lar nativo de "El Conde de Lemos" fue punto de repetidos arribos y de constante tránsito, una y otra vez, de ida y de vuelta, dilatando así deleitosa y provechosamente las paradas de Valdelomar en su patria chica. Ello tendría resultados fecundos no bien se produjo el cambio político que todas las circunstancias extremas anunciaban.

En mayo, como si la historia hubiera conjurado a sus más variados elementos, Lima fue testigo de varios sucesos graves y notorios: la agitación obrera a causa del alto costo de las subsistencias; la visita del líder socialista argentino Alfredo L. Palacios; a renglón seguido de ésta, el estallido de la reforma universitaria; la aparición del diario piloteado por Falcón y Mariátegui y la oficialización de la candidatura de Leguía.

Aisladamente, cada uno de tales hechos posee un valor limitado, pero su conjunto dio vida a un ambiente francamente revolucionario.

No sería incurrir en viciosa analogía recordar que la revolución rusa había creado un clima de extraordinaria expectativa en todas las masas trabajadoras, la mayoría de las cuales creía en Bakunin más que en Marx, a quien se ignoraba, pero a quien se empezó a divulgar entonces. Aparte de lecturas y teorías, la Guerra Mundial, como toda guerra grande,

había causado una intensa agitación en las bases, que incitaba a una insurrección general de masas y la correspondiente inquietud juvenil. Las afirmaciones de Valdelomar al proclamar su investidura como abanderado de la "juventud y de la esperanza" nacionales, así como sus definitorias palabras acerca de una "Patria Nueva", según lo dijera en Pisco, interpretan aquellos sentimientos. Ya había ocurrido el primero de mayo sangriento de Buenos Aires, y las huelgas y paros obreros en Lima y La Libertad seguían un ritmo ascendente. La fugaz, pero penetrante presencia de un hombre avezado a las lides sociales, como era Alfredo L. Palacios, contribuyó en considerable medida a abrir los oídos de estudiantes y obreros a las nuevas prédicas. Palacios, entonces mostachudo y arrogante líder socialista, estaba en sus treinta y tantos años. Se había destacado desde 1907 como el primer socialista que alcanzó votación para ingresar a la cámara de diputados argentina, representando a la circunscripción de La Boca. Gracias a su tenaz y vibrante campaña por el derecho de libre determinación de los pueblos y contra las guerras de conquista y, por consiguiente, a favor de la reincorporación de Tacna y Arica al seno del Perú, gozaba de la simpatía total de los peruanos. Su visita fue recibida por todas las capas sociales y políticas con simpatía y hasta con alborozo. El conservador presidente Pardo; el liberal rector de la universidad, Prado; la semianarquista Federación de Estudiantes; la ya radicalizada Unión sindical, todos coincidieron en celebrar aquella presencia y además en solicitar la asesoría lírica de Palacios para sus planes. El socialismo en el Perú apenas contaba con unas cuantas decenas de adherentes, entre ellos el joyero Carlos del Barzo, autor de *Auras rojas*. Palacios, discípulo de Juan B. Justo, fundador del partido socialista argentino y primer traductor de Marx

al castellano, estaba adscrito a la Segunda Internacional, cuya frustración durante la guera, después del asesinato de Jean Jaurés, pareció equivocadamente definitiva. Ocupando una y otra tribuna —la del municipio, la de la universidad, la de la Federación de Estudiantes, la de sociedades patrióticas, la de sindicatos—, Palacios, que poseía magníficas dotes oratorias, sacudió la conciencia de la juventud. No bien se alejó del país estalló la reforma universitaria, siguiendo la ruta trazada el año anterior por el movimiento de ese nombre nacido en Córdoba, Argentina.

A esa agitación, que el gobierno de Pardo creyó fácilmente reprimible mediante el uso de la fuerza, se agregó la protesta obrera. A fines de mayo y reiterando el rechazo del alza de los alquileres de casas y de las subsistencias, las organizaciones obreras de Lima resolvieron lanzarse a las calles, tratando de hacerse justicia por sus manos. Del choque con la policía resultó un fatídico saldo de muertos. *Germinal*, revista leguiísta que dirigía un grupo de universitarios sanmarquinos, entre ellos José Antonio Encinas, Carlos Doig y Lora, Juan Manuel Carreño, Erasmo Roca, José Benigno Ugarte Barton, Jorge C. Dancourt, Pablo Pizarro, Artemio Izquierdo, denunció *grosso modo* cuatrocientas víctimas de la represión "blanca". Se formó una "guardia urbana" de voluntarios. Salieron a relucir banderas rojas como en casi todas las revueltas populares

El candidato Leguía, desde su triunfal reingreso al Perú, se movía con penetrante y ubicua agilidad teniendo como sede su casa de la calle de Pando. Trataba de captar las simpatías de los militares, a quienes había favorecido largamente durante su primer gobierno; de los repatriados, invocando la reivindicación de Tacna, Arica y Tarapacá; de los obreros, hablando de abaratamiento de subsistencias y

congelamiento de alquileres; de los estudiantes (era "Maestro de la Juventud" según lo eligieron en octubre del año anterior), cuyas exigencias reformistas acogió con entusiasmo; de las clases medias, al prometer un estatuto permanente para los empleados. Cuando estalló la amenaza insurreccional de mayo, Leguía se atrevió a lanzar una seria advertencia al poder ejecutivo; tuvo que ocultarse por unos días. El penacho romántico de la persecución venía a agregarse a los otros elementos, ardides y *slogans* de que se estaba valiendo. El civilismo, irreconciliable con sus adversarios episódicos, e insensible para con sus enemigos naturales, quiso cerrar el paso legal a la candidatura de Leguía mediante un proceso que no prosperó, y apoyando una candidatura que había fracasado ya en 1912, cuando se la quiso enfrentar a Billinghurst: la de don Antero Aspíllaga, el alto y sonriente y acaudalado castellano de Cayaltí, rival de Leguía en las pistas del hipódromo (uno era dueño del Stud Cayaltí, chaqueta blanca y banda dorada, y el otro del Alianza, chaqueta blanquinegra). Aspíllaga era hombre digno de respeto, pero incapaz de reunir muchos votos a su favor. Pese a que todos los síntomas públicos y privados indicaban que Leguía sería el vencedor en los comicios, el gobierno insistió en ponerle dificultades de tipo procesalista a través de algunas instituciones electorales. De toda suerte se realizaron los comicios. Los primeros anuncios señalaban la victoria del señor de Vilcahuaura sobre el de Cayaltí. Empero, se divulgó, falsa o no, la noticia de que los resultados serían vetados por el congreso con mayoría pardista: Situación muy tensa. En la madrugada del 4 de julio de 1919, rompiendo aquel *impasse*, varios batallones del ejército forzaron las puertas del palacio de gobierno. La gendarmería encargada de su custodia, al mando del mayor Florentino Busta-

mante, apresó al presidente Pardo. Fracasó el jefe del regimiento número cinco, coronel Samuel del Alcázar, en lograr que sus tropas rescatasen palacio. Al rayar el alba entraba triunfalmente en la vieja y codiciada casa de Pizarro el candidato Leguía, flanqueado por los generales Cáceres, héroe de la Breña, símbolo del patriotismo militante durante la guerra del Pacífico, y Gerardo Álvarez, de sólido prestigio en el ejército. Había nacido la "Patria Nueva"; se extinguía nuestra *belle époque*...

Fueron muchos los que creyeron en las promesas del nuevo régimen. Sin embargo, los antecedentes de los políticos comprometidos con él, en especial el propio Leguía, no garantizaban las risueñas perspectivas de mañana. Al lado de Leguía se movían los más conspicuos billinghuristas de otrora, coautores de la campaña de *El Tiempo* y miembros de la oposición antipardista en el congreso. Habían sido Alberto Secada, discípulo de González Prada y líder del gobierno de Billinghurst, Manuel Quimper, Juan Manuel Torres Balcázar, Pedro Ruiz Bravo, y, entre los más nuevos, Guillermo Segundo Billinghurst, hijo mayor del ex presidente y amigo íntimo de Valdelomar. Era teórico de la "Patria Nueva" Mariano H. Cornejo, consejero de Billinghurst. Figuraba además en aquel contorno un selecto puñado de provincianos, los redactores de *Germinal*. Los "cien años de 'tiranía" a que se refiriera Abraham en su discurso de mayo de 1919 en Pisco, abarcaban evidentemente toda la historia republicana de 1821 a esa fecha. También él empezó a participar fehacientemente de aquel sortilegio, el sortilegio de Leguía y de la "Patria Nueva".

El régimen convocó en seguida a un plebiscito para aprobar determinadas reformas constitucionales. *La Razón*, que apoyaba la reforma universitaria y atacaba al civilismo, opuso algunos reparos a tales me-

didas, sobre todo en lo concerniente al establecimiento del arbitraje obligatorio para los conflictos del trabajo, punto que fue el único con seria votación adversa y que recibió severas críticas del diario de Mariátegui y Falcón. De hecho, esto abrevió la vida del periódico. Cuando el 8 de agosto quedó resuelto que sus directores, abandonando la brecha, emprenderían viaje a Europa con pasajes gubernativos, como propagandistas del Perú (lo cual disimulaba un exilio amistoso), Valdelomar se hallaba en plena campaña política, en el sur, a fin de ser electo diputado regional.

"El Conde de Lemos" había salido nuevamente de Lima el primero de febrero. Pasajero de un vapor de la Compañía Peruana, llegó a Mollendo el 4 de dicho mes. Después de descansar algunos días y recorrer los alrededores de Islay, se dirigió por tren hasta Arequipa, cuya universidad, la heráldica de Nuestro Gran Padre San Agustín, le había contratado para que pronunciase ocho conferencias que dictó durante el mes de marzo. La campaña del sur resultó tan intensa, aunque más breve, que la del norte. De Arequipa pasó al Cuzco siempre por tren. Sus ojos escudriñaron los desnudos horizontes y los ricos nevados y las joyas arqueológicas. Experimentó la desgarradora frigidez de Juliaca. Le acompañaba siempre como empresario y administrador, el equívoco Artemio Pacheco, convertido en su sombra

En Cuzco dictó cinco conferencias, todas ellas del más acendrado nacionalismo. Regresó por donde había venido; de nuevo hasta Juliaca, y de allí bajó al sur, hasta Puno. Era un mes espantosamente frío. Azotaban ya los vientos invernales. El lago Titicaca, terso, inmóvil y acerado, atraía como una sima embrujada. Sobre su superficie, agitada a ratos por súbitas e inesperadas olas, navegaban las legendarias lanchas de totora, con velas de trapo o paja.

Valdelomar soportó con alegría aquella desoluctora frialdad. A pesar de ello dictó cuatro conferencias. Nuevamente retornó a Sicuani. Le invitaron a ocupar el proscenio del teatrito local.

Ya había entrado junio. El recorrido se había hecho más lento y parsimonioso. Era en parte un viaje de estudio y de deleite. A comienzos de julio, Valdelomar subió de nuevo al tren crepitante, humoso y chillón que por entre las abras de los Andes le condujo hasta Arequipa. De la Ciudad Blanca pasó a Vitor, emporio de sápidos rocotos y camarones gigantes. Repitió la incansable maniobra de sentarse en la silla portuaria de Mollendo; una grúa le depositó en la lancha que le llevaría a bordo de su barco. Al día siguiente anclaron en Ilo. De Ilo, pasando por hileras de olivos y vides, los arbustos del Señor, llegó a Moquegua. Otra campiña verde y ubérrima como la de Arequipa le brindó su regazo. Los obreros de la ciudad le habían preparado una conferencia en el Teatro Bolognesi. No bastaba: hablaría otras tres veces más. Los temas eran siempre los mismos: sobre Grau y Bolognesi, sobre los deberes de la juventud, sobre la grandeza incaica, sobre la corrupción republicana, sobre las excelencias de ser artista, sobre la belleza, sobre el amor, sobre la naturaleza, sobre la muerte.

De Ilo pasó Valdelomar a Ica, su cuna. Coincidió con los días de la patria. El domingo 27, entre bombardas, fuegos artificiales de vísperas, bandas de cachimbos, holgorio patriota, zarpó de Ilo hacia Ica, la ciudad de su natalicio y de su niñez. Arribó el lunes 28 de julio: todo el mundo cantaba "Somos libres, seámoslo siempre." Los niños de las escuelas desfilaron por la plaza mayor, portando sobre el hombro palos rojos y blancos, a guisa de rifles hechizos. No obstante la neblina matinal del invierno, el sol se filtraba entre las nubes muy de mañana y

alumbraba y calentaba, en luminoso alarde, el aire trasparente como un cendal hasta que empezó a caer el véspero sobre el arenal anochecido más gris que nunca. *El caballero Carmelo*, o alguno que se le parece, despertó tempranito al artista, pese a que la categoría urbana del Hotel Imperial donde se alojaba, hacía poco previsible aquella zoológica clarinada.

La Voz de Ica ofrece una pormenorizada aunque no bien ordenada narración sobre esta etapa de las jiras valdelomarianas:

> Desde el lunes (28) se encuentra entre nosotros, Abraham Valdelomar el prosador admirable, cuyo nombre está colocado en primera fila entre los literatos nacionales.

"El Conde de Lemos" se presenta también como delegado de los intelectuales de Lima y las credenciales que para el efecto le fueron otorgadas por Mariano H. Cornejo, Clemente Palma, Luis Fernán Cisneros, José M. Eguren, Pedro Ruiz Bravo, Gastón Roger, Marcial Helgiero y veinte más.[4]

En la nómina anterior aparecen tres leguiístas conspicuos: Cornejo, Ruiz Bravo y Palma y dos antileguiístas fervorosos: Cisneros y Gastón Roger.

El viernes primero de agosto se presentó Valdelomar en el Teatro Piccone, situado en la plaza principal de Ica. Habló sobre "El sentimiento nacionalista". Fue presentado por el doctor Fernando León, director del Colegio San Luis Gonzaga. Estaba alojado en el Hotel Imperial, también en la plaza de Armas. La segunda conferencia se realizó el 3 de agosto en el Teatro Variedades y versó sobre temas obreros. La organizó una institución artesanal. La tercera la llevó a cabo en Los Molinos, el 19 de agosto.

[4] Cfr. C. Ángeles Caballero, *Valdelomar*, p. 79.

Los últimos días de julio y primeros de agosto son relativamente frescos en las tierras iqueñas. Sin embargo, los arenales arropan a la ciudad con su largo calor aprisionado durante el verano. No había cambiado mucho el pueblo. Las dos plazas, la Mayor y la del Señor de Luren, competían en soledad y anchura. Seguían imperando por las empedradas calles borricos, cargueros y vendedores ambulantes, pata en el suelo. Había dos diarios: *La Voz de Ica,* de los Nieri, y *El Heraldo,* de don Alejandro Parró. La ciudad tenía dos cines. Los dos hoteles dejaban mucho que desear. Por las tardes las elegantes del lugar se paseaban por la plaza; y los hombres de importancia acudían a la cantina del Imperial. Jueves y domingos salían las muchachas a la retreta, a la hora en que el sol se hundía en el ocaso y empezaban los grillos su música invariable vespertina. Cuántos recuerdos, cuántas sensaciones, cuántas ternuras nunca olvidadas, cuántas aventuras y melancolías se amontonaban sobre el corazón del artista. Abraham resolvió visitar Pisco y San Andrés de los Pescadores, la caleta de su infancia.

El camino entre Ica y Pisco no había cambiado. Se salía por tren pasando por el barrio de San Camilo, casi despoblado; se llegaba a la ermita del milagro; se entraba en el arenal, entre cambiantes médanos, cactus agresivos y algarrobos retorcidos. La vista se perdía en el gris claro del desierto. Había que marchar muy lentamente unas buenas dos horas. Valdelomar, rodeado de amigos y admiradores, precedido siempre por el infaltable Pacheco, entró el 4 de agosto en Pisco; y de inmediato se dirigió a la playa, en busca del viejo muelle, cuyos faroles ha perennizado en "Los ojos de Judas". Entre el 5 y 10 de agosto dictó dos conferencias, una de ellas dedicada a los niños y ambas en el Coliseo Solar. El 11 estaba de regreso en Ica, y después de

la conferencia en los Molinos, el 19, pasó de nuevo por Pisco ya en viaje a Chincha, frontera del departamento de Lima.

Había llegado el tiempo de la cosecha y el de ciertas amargas comprobaciones. En el número 599 de *Variedades,* correspondiente al 23 de agosto, se registran los nombres de los candidatos por Lima a las representaciones parlamentarias a la asamblea nacional y al congreso regional; esos candidatos eran, a la senaduría, don Javier Prado, rector de San Marcos, y don Felipe de la Torre Bueno, aristócrata y ex pierolista; a las diputaciones nacionales, Manuel Quimper, Clemente Palma y Juan Manuel Torres Balcázar; a las diputaciones regionales (la novedad del día), Carlos Enrique Paz Soldán, también ex simpatizante de Billinghurst, el poeta Julio A. Hernández, compañero de letras y familiar de Abraham, Guillermo Segundo Billinghurst, Eduardo Escribens Correa (el "Tuerto Escribens") y el obrero Luis B. Castañeda, que perteneció al elenco de *La Acción Popular,* allá en los jacobinos días de Curtletti, Pujazón y Casaretto.

Valdelomar había vuelto a Ica, ungido con el espaldarazo de su propia candidatura a la diputación regional por su provincia nativa. Las elecciones se llevaron a cabo el domingo 24 de agosto. Triunfaron las listas oficiales del leguiísmo y sus aliados: triunfó desde luego Valdelomar.

Durante aquella ausencia de prédica estética y política y captación electoral, habían acontecido sucesos. *La Razón* había dejado de publicarse desde el 8 de agosto. Mariátegui intentó convertirse en líder de masas y arengó a un conjunto de unos cuatro mil trabajadores a propósito de las reformas plebiscitarias y contra la undécima de ellas, que obligaba a solucionar los conflictos del trabajo por medio de un arbitraje compulsivo. En mayo, antes de cumplir

los treinta, había muerto Ismael Silva Vidal. Con él se iba uno de los más precoces, más inquietos y más equívocos de los miembros de la nueva promoción literaria. Silva Vidal, ex redactor de *El Perú* y de *La Prensa,* se había formado en Chile; tenía una apariencia frágil; era magro, pequeño, desgonzado, llevaba el ensueño impreso en los grandes ojos bordeados por largas pestañas, y en el mechón indómito que le solía velar la frente. Casi al mismo tiempo, volvieron de Europa dos pintores llamados a influir decisivamente sobre los jóvenes artistas plásticos peruanos: Daniel Hernández, un ya maduro discípulo de Jean Paul Laurens, hombre taciturno, de *barbiche* cana y aire sitibundo, pincel experto en sedas y desnudos, y José Sabogal, recio mozallón de Cajabamba, a quien ocho o nueve años de autodidaxia en Italia, África del Norte y Argentina, convirtieron en un pintor desconcertante por la rotundidad de sus colores y la originalidad de sus temas. Acababa de nacer la escuela de Bellas Artes, entusiastamente patrocinada por un primo del presidente Pardo, el fino pintor de paisajes Enrique ("Tony") Barreda y Laos.

A principios de septiembre, con la aparición del sol, retornó también a Lima el flamante diputado regional por Ica, Pedro Abraham Valdelomar Pinto. No le quedaba mucho tiempo para el periodismo, pero no abandonaba la creación literaria. A esa época pertenece su admirable cuento "El príncipe Durazno" (publicado en *Variedades* del 18 de octubre). Empero, otros hechos atraían la atención de las gentes. Aún ardía el fogón criollo de la historia libelesca del "Abate Faría", trocado en historiador de los mariscales del Perú. En septiembre, la "Patria Nueva" había mostrado las uñas. Como consecuencia de un incidente parlamentario, se advirtió el peligro. Una tarde, fletadas desde El Callao por el prefecto coro-

nel Rivero Hurtado, llegaron a Lima, en son de concertada vindicta y regimentada protesta, grupos populares hirvientes de gritos, mugre, pisco y leguiísmo. Después de aplaudir frente a palacio, atacaron las imprentas de *El Comercio* y de *La Prensa,* y los domicilios de sus directores. Había empezado el reinado de la calle, del *faubourg Saint Honoré,* según diría en su dantonesca oratoria don Mariano H. Cornejo, líder del leguiísmo y promotor de las reformas constitucionales, las mismas que seis años atrás aconsejara sin éxito al presidente Billinghurst.

En octubre, José Carlos Mariátegui y César Falcón emprendieron viaje a Europa. Sus amigos Alfredo Piedra, primo de Leguía, y Foción Mariátegui, primo de la esposa de Leguía que era Julia Swayne Mariátegui, obtuvieron que el dictador en potencia residente en el palacio de Pizarro consintiera en que sus tímidos, pero evidentes adversarios de pluma y linotipo, se deshicieran sin pérdida de sus acciones en *La Razón,* y aceptasen los pasajes y la designación de propagandistas del Perú en Europa; en España el uno y en Italia el otro.

Mariátegui iba a recorrer el periplo que Valdelomar hiciera seis años atrás; también escribiría algunas crónicas de Roma, visitaría previamente París, se entusiasmaría con los movimientos obreros, asistiría a los prodromos del fascismo, tras de cuyo *duce,* Benito Mussolini, se advertía la arrogante fanfarria del Divino Gabriel, el héroe y mentor de la juventud de "El Conde de Lemos".

Valdelomar, cuya proclividad política se expresara cotidianamente durante dos años en la punzante sección "Palabras" de *La Prensa,* se estaba rencontrando en aquella nueva actividad fascinante, oliente a naturaleza y a pueblo.

En una de sus conferencias del periplo norteño, en Chiclayo, "El Conde de Lemos" había dicho:

Tan afectos nosotros a títeres y payasos, nuestro país ha sido siempre un pueblo de payasos y de títeres. No es posible callar estas cosas, y yo cumplo con un imperioso deber de honradez moral denunciando a ustedes estos hechos.

¿Cuáles eran los hechos materia de la denuncia de Valdelomar? Uno de ellos el asunto de la Brea y Pariñas, el intríngulis de aquellos yacimientos petrolíferos que detentaba la London Petróleo. Oigámosle sus propias palabras:

> Los políticos hicieron la guerra con Chile, porque habéis de saber que la guerra con Chile la provocaron unos cuantos políticos del Perú; los políticos nos dieron después el desastre de la derrota y el tratado de Ancón, y se opusieron a la resistencia de Cáceres en la cordillera; *los políticos nos dieron las dictaduras militares y por fin acaban de quitarle al Perú, La Brea y Pariñas; eso, señores, no es un país, es una horda, una tribu de degenerados que está condenada a ser víctima de sus amigos exteriores.*[5]

En efecto, en 1917 se había aprobado y promulgado la ley que sometía a un laudo la suerte de la International Petroleum Co., los yacimientos de La Brea y Pariñas, en vista de que no había acuerdo sobre su extensión y número de héctareas ni sobre otros pormenores de su explotación.

No siempre tuvo Valdelomar el auditorio que reclamaba y merecía. En aquella conferencia de Chiclayo señala entre indignado y dolido:

> ¿Qué podré perseguir yo en estas conferencias? Dinero, no, porque hace tres meses (en enero de

[5] *Fénix*, p. 34.

1918) que renuncié a mi renta para dedicar algunos días de mi juventud al servicio de la Patria. Aplausos tampoco, porque desde hace mucho tiempo los cosecho muy nutridos y vehementes. Persigo solamente la cultura de mi país, el mejoramiento individual y social, la regeneración de mi pueblo envilecido y sin voluntad; quiero despertar la conciencia de un pueblo que parece sufrir un mal incurable de indiferencia; quiero que abráis los ojos a la verdad, y que tengáis odios y afectos, entusiasmos y pasiones... La juventud que yo represento sólo quiere que aprendáis a ser libres...

"La juventud que yo represento..." Frase altanera y promisoria, ingenua y detonante. El 24 de agosto de 1919 se abrió para Valdelomar la esperada ocasión: la de enseñar a ser libre en nombre de la juventud. Acababa de cumplir los treinta y uno. Aunque tarde, soñaba la hora de su alba política. En medio de aquellos triunfos, se hallaba realmente muy solo, muy perseguido por la envidia y siempre víctima de la incomprensión. Como en sus remotos días de la niñez, se refugió en su madre y sus hermanos, con aquel entrañable amor familiar que perfumó toda su obra y su existencia. Tenía además, para decorar y acompasar sus desganos, una novia aristocrática y culta, Consuelo Silva Rodríguez —tercero o cuarto amor de su vida. Y como un cilicio (dulce cilicio entonces, amargo recuerdo después), un cirineo adolescente, para quien el pecado era un blasón y la tentación un deporte: Artemio Pacheco.

No sé si entonces o poco después, de todos modos entre junio de 1918 y octubre de 1919 escribió aquella elegía alcibiadesca a un Ganimedes, que, trascrita de su original a lápiz, he publicado alguna

vez. En ella vaciaba su ansia de amor, su desamparo de amante, su vulnerabilidad de irrenunciable efebo: epitalamio inconfesable, elegía equívoca, pero auténtica poesía e insobornable sinceridad como siempre. Aquella en donde dice, en rapto confidencial que jamás debió revelar su aleve destinatario:

Gracias, señor, por haber escuchado
mi angustiosa plegaria, mi súplica cordial;
gracias, señor, porque tengo sus húmedos labios
en mi ancha boca ardiente, sabiamente sensual;
gracias por su mirada, su tierna mirada anhelosa,
doliente mirada de tierno cordero pascual;
gracias por su sonrisa, su sonrisa de estatua,
sonrisa de ondulaciones de joven maizal...

En medio de los arrebatos de la pasión política, junto a la impaciencia de vencer, germinaba, en ese insaciable corazón de artista, otra pasión, muy íntima, otra impaciencia inconfesable, de esteta. Recordamos, precisamente porque se acercaba el triunfo, aquellas notas de abandono y congoja que escribiera Abraham como pórtico de *Verdolaga*, recibidas de sus manos allá por 1918, y que he guardado desde entonces con la unción con que se conserva un exvoto.

Cuando el rojo crepúsculo en la aldea ponía
la silenciosa nota de su melancolía
desde la blanca orilla iba a mirar el mar:
todo lo que él me dijo aún en mi alma persiste:
—Mi padre era callado y mi madre era triste,
y la alegría nadie me la supo enseñar.

XXII. "FINIS DESOLATRIX VERITAS"
(Agosto - Noviembre 1919)

LAS ELECCIONES para miembros del congreso regional del centro tuvieron los esperados frutos. Como en el caso de la asamblea nacional, en éste surgieron gentes de las más contradictorias posiciones. Así, por Angares, resultó electo un descendiente de antiguos gamonales, Conrado Vidalón; por Cañete, un animoso hombre de negocios, joven, alegre y jaranista, Luis Budge; por El Callao, el dinámico, locuaz y discutido deportista Federico Fernandini; por Canta, el prematuramente adusto abogado Manuel Sánchez Palacios, quien más tarde ganaría una diputación nacional; por Huancavelica, el sacerdote Fidel Castro; por La Mar, el gamonal Artemio Añaños; por Lima, el médico y catedrático Carlos Enrique Paz Soldán, hijo de un ex ministro de Billinghurst, y Julio A. Hernández, ex redactor de *Contemporánea*, codirector de *Variedades* y *La Crónica*, a causa de que su madre, viuda de Julio S. Hernández, casó con el fotógrafo y editor portugués Manuel Moral, dueño de aquellas empresas. Julio A. Hernández tenía cierto parentesco con Valdelomar, por haberse casado con Alicia García, prima hermana de doña Carolina Pinto, la madre de Abraham. También se eligió en Lima a Luis B. Castañeda, obrero billinghurista.

En las actas de la primera sesión de las juntas preparatorias de ese congreso regional y de la sesión de instalaciones (31 de octubre y 1º de noviembre de 1919, respectivamente) aparece el nombre de Abraham Valdelomar como diputado por Ica

y secretario del congreso; el de Ernesto Velit por Chincha y el de Wilfredo Bussalleu por Pisco.[1]

Más tarde, en las actas del congreso regional figura, con fecha 22 de octubre de 1919, una solicitud de don Wilfredo Bussalleu para que se le incorporase como diputado regional por Pisco (no por Ica), lo que se llevó a cabo en sesión del 24 de noviembre, esto es, después del fallecimiento de Abraham. Con posterioridad, el 8 de julio de 1920, el prefecto de Ica, un señor Saettone, remitía a don César Baiocchi las credenciales que acreditaban a éste como diputado regional por Ica, sin duda en sustitución de Valdelomar. Igualmente hemos tenido a la vista el acta de proclamación del mencionado señor Baiocchi en remplazo de Valdelomar, y un certificado médico emitido por el doctor Oswaldo Hercelles (padre), el 31 de mayo de 1921, en el que deja constancia de que el señor Baiocchi había sufrido un ataque al corazón a consecuencia de un viaje a cerro de Pasco.

Valdelomar fue electo diputado regional por Ica el 24 de agosto de 1919. Según lo establecido, la instalación debía realizarse sesenta días después. El 22 de octubre llegó Valdelomar a Huancayo en tránsito a Ayacucho, sede del congreso del centro.

El viaje del elenco parlamentario fue azaroso y pintoresco. Uno de los diputados por Lima, Eduardo Escribens Correa, se vanagloriaba de ostentar la representación personal del presidente Leguía. Don Federico Fernandini llevó consigo a Artemio Pacheco, el entusiasta fletador de algunas jiras de Valdelomar. Ya se vislumbraba una honda y creciente división

[1] *Catálogo del Congreso Regional del Centro de 1919.* Lima, 1920. Cfr. archivo de la Cámara de Diputados del Perú. La referencia a Ica es del año 1920, después del deceso de Valdelomar, y señala a Wilfredo Bussalleu como diputado regional: remplazó a aquél.

entre los leguiístas: "robertistas" de un lado, "germancistas" del otro y, finalmente, los "fociocistas" (partidarios de Roberto Leguía, de Germán Leguía y Martínez y de Foción Mariátegui, respectivamente).

Tenían que hilar muy delgado. Se había designado oficial mayor de aquel congreso al doctor Enrique Gamarra Hernández, antiguo condiscípulo y constante amigo de Valdelomar en el Colegio de Guadalupe. A causa de ciertas raras circunstancias, Pacheco fue adscrito a la tesorería de aquel flamante cuerpo legislativo.

En octubre murió don Ricardo Palma. Fue un auténtico duelo nacional. Valdelomar, amigo y discípulo de González Prada, admiraba devotamente al autor de las *Tradiciones peruanas*. Pese a su investidura, cargó el ataúd del ilustre escritor, en un acto de lealtad, justicia y merecida admiración.

En seguida "El Conde de Lemos" partió hacia su destino legislativo. El viaje de Lima a Ayacucho era duro, largo y riesgoso. Hasta Huancayo los congresistas llegaron con holgura, usando el cómodo ferrocarril trasandino. El 22 de octubre se hallaba reunido en esa ciudad el estado mayor del parlamento del centro. No había tiempo que perder. De inmediato se dispuso lo necesario para aquella desagradable proeza andina. Se trataba de una travesía a horcajadas sobre una mula, cruzando por riscos, crestas, abismos, puentes colgantes y, de tarde en tarde, alegres vegas. Durante cinco interminables días los señores diputados regionales anduvieron a lomo de bestia y por caminos tan difíciles y escarpados como suelen ser los despeñaderos de la sierra.

No viajaron juntos. Lo hicieron en grupos y algunos por su propia cuenta, aisladamente. Así, el día 29 Valdelomar entró solo a Huamanga. Llegó echando chispas, vociferando como un sargento. La mula que cargaba sus valijas con la ropa de etiqueta, sus pa-

peles y sus "medicamentos", se había perdido o al menos andaba retrasada. Lleno de congoja e indignación, "El Conde de Lemos" apelaba a cuantos se pusieron a su alcance en demanda de ayuda para remediar ese para él insuperable trance. Sobre todo, le afligía la tardanza de los misteriosos "medicamentos", que eran en realidad, agujas hipodérmicas, pastillas, ampolletas con morfina y tubos con "pasta", o sea cocaína. La mula entró, a lento paso, hasta la plaza de Huamanga, el 30, cargando su codiciada "impedimenta": momento de alivio y hasta de alegría para "El Conde de Lemos". Ya pudo trabajar.

Según el *Diario de los Debates* (editado por M. Moral, Lima, 1920; se conserva en la cámara de diputados), la primera sesión de juntas preparatorias se llevó a cabo en la histórica Huamanga, el sábado 31 de octubre. La presidió don Francisco Velarde Álvarez, diputado por la localidad; fueron electos primer vicepresidente don Manuel N. Llavería, diputado regional por Tarma; segundo vicepresidente, don Julio A. Hernández, diputado regional por Lima; secretarios, los señores Abraham Valdelomar, diputado regional por Ica, y monseñor Fidel Castro, por Huancavelica; prosecretarios, el señor Moscoso, diputado por Cangallo, y el señor Fajardo; tesorero, el señor Fernandini, diputado por El Callao.

Al iniciarse la sesión se suscitó un incidente jocoso. Se discutió sobre la "forma" de prestar juramento. Unos se opusieron a hacerlo según el rito católico (el señor Vásquez), o sea que no se formulara la promesa ante el Cristo. El clérigo Castro insistió, como es natural, para que se hiciera ante una efigie del Crucificado. Hallábanse en pleno debate sobre tan trascendental asunto, cuando un portero apareció en la sala portando un Cristo de marfil. Valdelomar interrumpió, con oportunidad e ironía, la discusión, diciendo: "Se puede cortar la discusión; aquí está pre-

sente Cristo" (mostrando el Crucifijo); risas en la cámara y en la barra.

Poco después, el mismo diputado por Ica dejaba constancia en acta, del saludo que enviaba su pueblo "a la histórica provincia de Huamanga".

En la segunda sesión preparatoria, celebrada el domingo 1º de noviembre, Valdelomar intervino a favor de los empleados del congreso.

Las sesiones se realizaban en el local del Colegio "La Victoria de Ayacucho". Valdelomar habitaba en el Hotel Bolognesi propiedad de un señor Ruiz, situado en la plaza de Armas, en diagonal con la catedral. Ocupaba una pieza en el piso bajo. La casa tenía un segundo piso unido al primero por una amplia escalera principal y por otra angosta de servicio.

Después de la instalación del congreso, al que asistieron las autoridades políticas y militares, estas últimas representadas por el coronel e historiador Manuel C. Bonilla, hubo un banquete de etiqueta. Se preparó el comedor en el segundo piso del hotel. Hallábanse los invitados tomando el aperitivo, a eso de las ocho de la noche, cuando Valdelomar, vestido de frac y visiblemente nervioso, pidió licencia para ir un momento a su habitación, en la planta baja. Pretextó una necesidad urgente. Según los testimonios que he recogido, la verdad es que Abraham salió para aplicarse una inyección que, a pesar de los eufemismos con que se trató el caso, era sin duda de morfina. Artemio Pacheco oficiaba de acólito para ofrecer el pecaminoso rito.

Valdelomar no conocía los recovecos de la vieja casa colonial. Ayacucho disponía de un alumbrado sumamente pobre. La fuerza eléctrica era una aspiración más que un hecho. En cuanto al edificio en sí, tenía un sinnúmero de vericuetos oscuros y peligrosos. El primer piso era de unos buenos seis metros de elevación. La escalera auxiliar, toda de piedra, lucía los

peldaños extremadamente altos y desiguales y carecía de baranda o pretil. Tampoco tenía luz. No obstante ello, y sin conocer bien la topografía del hotel, Valdelomar se dirigió rápidamente al rellano de donde partía la escalera de servicio. Era una noche lóbrega. En la oscuridad, sin guía ni tanteos previos, el flamante secretario del congreso, de corbata blanca y severo frac, adelanta el pie izquierdo y lo posó en la primera grada. Con la premura de la marcha bajó rápidamente el pie derecho, buscando el peldaño siguiente, cargando sobre él todo su peso. El pie derecho se balanceó un brevísimo rato en el vacío, bajó impulsado por la gravedad y arrastró al cuerpo. Fue cuestión de un décimo de segundo. El escritor cayó sobre un montón de piedras que se elevaban a un metro de altura, junto a la escalera. Quizás trató de asirse al muro. Quizás se oyó un grito inmenso, un ruido seco. Enrique Gamarra Hernández, quien me ha referido esto nuevamente,[2] dice que a duras penas y a tientas logró dar con su amigo. Estaba doblado sobre la piedra asesina, hecho un inmenso gemido. El diagnóstico médico no dejaba lugar a esperanzas: fractura de la espina dorsal a la altura de las vértebras lumbares. El examen fue hecho por los doctores Jesús García del Barco, titular de Ayacucho, y F. A. Canales, residente en la ciudad. Ambos sentenciaron "caso fatal". Para calmar los espantosos dolores del herido, precisaban inyectarle morfina. No la había en ninguna de las farmacias locales. Gamarra Hernández salió a buscarla.

(En 1911, Valdelomar escribió el drama *El vuelo.* Describía allí la desventura del aviador peruano Carlos Terraud, quien al caerse en su aeroplano, se quebró la espina dorsal y agonizó dos años. ¿Lo recordaría en ese instante?)

[2] Carta al autor, del 28 de mayo de 1968.

Entretanto, en el segundo piso, el ágape proseguía con báquico entusiasmo. Circulaban, como es de ritual, copas y discursos, brindis por la felicidad del Perú y por la "Patria Nueva" del señor Leguía. Nadie pensaba en que en ese momento el que debió de haber sido héroe de la fiesta se retorcía de angustia y dolor en su lecho y lecho definitivamente de muerte.

Gamarra Hernández, desesperado, acudió al hospital a pedir un calmante. Impetró al doctor García del Barco. Éste le reveló que en el "tópico" había un frasco conteniendo veinte comprimidos de morfina de los que sólo habían usado dos. Sin embargo, no podía proporcionarlos sin orden expresa de sus superiores: era la regla. Gamarra insistió en vano; amenazó entonces con comunicar a Lima la falta de humanidad del médico. Éste, al cabo, se rindió ante la emergencia y ante el reclamo de Gamarra Hernández, quien asumió la plena responsabilidad del caso. Lo comunicó así a la sanidad de Lima.

Copio la carta de este valioso testigo:

> Bajo la influencia del calmante, Valdelomar, que conservaba íntegramente sus facultades mentales, se daba cuenta de su situación desesperada; como yo había pasado a su cabecera toda la noche, acompañándolo, también el Diputado por Lima Julio Alfonso Hernández, y en cuanto era posible los médicos mencionados, para prodigarle las atenciones posibles.
>
> En el curso del siguiente día, abandonando en cuanto era posible los deberes de mi cargo, volví a la cabecera de Valdelomar, el que angustiosamente me decía: "No me dejes, Enrique, sálvame." Desgraciadamente, su estado se agravaba por momentos. Pasamos así todo ese día y la siguiente noche hasta que cerca de la 1 p.m. del subsiguiente día, expiró en nuestros brazos. El Presbítero Dr. Cas-

tro, Diputado Regional por Huancavelica, le impartió la extremaunción y los auxilios espirituales antes de que falleciera.

La parte del vestuario y los objetos que contenía la maleta que se hallaban en la habitación, con la que viajara Valdelomar y que estaba a cargo de don Artemio Pacheco, señor que ya hemos mencionado, nos sirvió para vestirlo después de arreglarlo en la mejor forma posible.

Hasta aquí el relato de la caída y muerte de Valdelomar según Enrique Gamarra Hernández, oficial mayor del congreso regional del centro y viejo amigo de Abraham. Veamos ahora cómo dieron la noticia los periódicos de Lima. Para ello traslademonos al movido escenario de la capital.

Ayacucho era una ciudad aislada del resto del país, como solían estarlo la mayor parte de las ciudades serranas. Ya sabemos que entre Huancayo y Ayacucho había cinco días de camino a lomo de mula y era preciso pasar el amenazante trecho de La Mejorada. El telégrafo funcionaba mal. No había teléfono. Por tanto, aunque el accidente mortal ocurriera en la noche del sábado 1º de noviembre, que era día festivo por ser el de todos los santos, y siendo el siguiente domingo 2, también festivo y día de los difuntos, el telégrafo prácticamente no cumplió su cometido con Lima sino en la mañana del lunes 3. Las primeras noticias aparecieron en la capital sólo en las ediciones de la tarde de los diarios de ese mismo día 3 *La Prensa* y *El Comercio* (ediciones vespertinas, Lima, lunes 3 de noviembre de 1919) registran en sus primeras comunicaciones: Dice *El Comercio:*

Ayacucho, noviembre 2, Director de Gobierno.— El Diputado Valdelomar, Secretario del Congreso Regional, se encuentra en estado delicado a conse-

cuencia de contusiones sufridas (a consecuencia) de la caída de una altura de tres metros en el Hotel Bolognesi. Fue asistido inmediatamente por el Teniente Coronel de Sanidad, doctor Alarco, con recursos sanitarios de la tropa de la región.—Terminada la primera curación fue entregado el enfermo al médico titular, doctor García del Barco, asistiendo a la consulta varios médicos de la localidad. El Doctor Canales es de opinión que sólo mañana se podrá precisar el diagnóstico.—La junta manifiesta la necesidad de instalarlo en un departamento apropiado en casa particular, donde será atendido por los médicos sanitarios. Solicitó autorización para los gastos de departamento, medicamentos y otros más de carácter urgente. Es necesario mejor tratamiento del paciente. De su estado comunicaré a usted diariamente.—Rivera Navarrete, Prefecto accidental.[3]

Dice *La Prensa* (4 de noviembre de 1919):

Tarde domingo (2) (Valdelomar) agravóse. Médicos descubrieron lesiones costillas, declarósele afección pulmonar, fiebre alta. Pasó noche malas condiciones, casi falta conocimiento, muriendo 2 y 35 día. Autopsia reveló lesión medular grave columna vertebral destruída dos costillas quebradas.—Muerte provocada pulmonía doble consecuencia golpe terrible espalda. Cadáver embalsamado poder trasladarlo Lima.

El diario *El Comercio* del día 3 daba cuenta de otro telegrama enviado por el oficial mayor del congreso al director de gobierno. No inserta su texto, pero ya conocemos la versión directa en la carta trascrita.

[3] *El Comercio*, ed. de la tarde, Lima, lunes 3 de noviembre de 1919.

Además publica un telegrama particular de Julio A. Hernández, dirigido a la familia de Abraham:

Ayacucho, noviembre 3. Valdelomar. Lima. Abraham sufrió una caída en el Hotel Bolognesi. Su estado es delicado. Atendémosle cariñosamente. Telegrafiaré novedades. Julio Hernández.

Agrega el diario, líneas más adelante:

A última hora se nos comunica el sensible fallecimiento del prestigioso escritor. Un telegrama recibido por su familia confirma esta noticia.

Inmediatamente Gamarra Hernández dio cuenta al secretario del presidente de la República del lamentable deceso ocurrido a las 2 de la tarde del día 3. El secretario presidencial, que lo era don Abel Ulloa Cisneros, telegrafió a Ayacucho:

Lima noviembre 3 de 1919. Secretario Asamblea Regional.—Ayacucho.—Impuesto fallecimiento Diputado señor Valdelomar, Presidente ordena honores correspóndenle. Ulloa, Secretario Presidente.

Honores correspondientes a un comandante general. Se había dispuesto ya el embalsamamiento.

Al día siguiente de la tragedia de Ayacucho, el presidente de la Federación de Estudiantes, Víctor Raúl Haya de la Torre, citó por medio de *El Comercio* y *La Crónica* de Lima:

Para esta noche (la del 4 de noviembre) a las 7, a una reunión que se celebrará en el local de esa institución, a los siguientes escritores y estudiantes a fin de que se acuerden los honores que deberán tributarse a los restos del infortunado

escritor señor don Abraham Valdelomar.—: Luis Fernán Cisneros, doctor Clemente Palma, doctor Óscar Miró Quesada, doctor Pedro Ruiz Bravo, Ezequiel Balarezo, Roberto Badham, Juan Bromley, Félix del Valle, Carlos Solari, Pablo Abril, doctor Alberto Ureta, Alejandro Ureta, Manuel Beltroy, Luis E. León, Rafael Marquina, Alberto Ulloa Sotomayor, Emilio Ribeyro, Hernando de Lavalle, doctor Fortunato Quesada, Luis Ernesto Denegri, Octavio Espinoza, Carlos Aramburú, Ignacio Brandariz.[4]

Empezaba el homenaje nacional.

Retornemos a la ciudad de Ayacucho. Valdelomar ha muerto ahogándose por falta de aire, adormecido por la morfina. Se han decretado los honores debidos y se ha practicado el embalsamamiento del cadáver. Conviene insertar aquí la partida de defunción.

Partida número trescientos cuarentiseis. Hoy a horas diez de la mañana del día cuatro de noviembre de mil novecientos diecinueve se presentó ante esta Dataría Civil el doctor Artemio Añaños, abogado de treintiun años de edad, soltero, natural y vecino del lugar, domiciliado en la primera cuadra del Jirón Asambleas, y manifestó que ayer, a horas dos y media de la tarde, falleció don Abraham Valdelomar, natural de *Pisco,* de treintiun años de edad, hijo legítimo de don Anfiloquio Valdelomar y de doña Carolina Pinto, con parálisis progresiva por lesión medular, soltero. Presentó por testigos a don Enrique Gamarra Hernández y al Doctor Manuel María Vargas, ambos mayores de edad. En fe de lo cual firmó el mani-

[4] *El Comercio*, Lima, 4 de noviembre de 1919.

festante y los testigos junto conmigo: M. Artemio Añaños, Manuel María Vargas.—E. Gamarra H.—Guillén.—Un sello del Concejo Provincial de Huamanga.—S. Arangüena.—Un sello de la Dataría Civil.[5]

Respecto de las circunstancias materiales que rodearon el deceso tenemos a la vista los documentos del archivo de la cámara de diputados, correspondientes a la legislatura regional del centro de 1919, mediante los cuales podemos reconstruir las ceremonias oficiales y el tratamiento médico prestado a Valdelomar en su agonía y a su cadáver. Contienen informaciones realmente sugestivas.

Las facturas de la farmacia y de los servicios médicos demuestran que, desde el primer instante, el caso se dio por desesperado. No hubo medios para someter a Valdelomar a un examen radioscópico, ni se intentó curarlo de modo siquiera provisional; todo se redujo a proporcionarle calmantes. Ya lo ha dicho Gamarra Hernández sin ser médico, pero he aquí la información que arrojan dichas facturas.

Para ser más exacto y al mismo tiempo cumplir con el deber de informar con datos de primera mano acerca de particularidades tan interesantes, sintetizo los documentos comprobatorios evacuados por los médicos y el farmacéutico que atendieron a Valdelomar en su último trance. Hay que tener en cuenta, de todos modos, las equivalencias monetarias. La libra peruana entonces en circulación (la Lp. = libra peruana) contenía diez soles con ley de 9 décimos de plata fina. El sol de 1919 valía unas 80 veces más que el sol de hoy.[6]

5 C. Ángeles Caballero, ob. cit., pp. 29-30.

6 En 1919, la entrada al cine costaba 0.20 soles; ahora, entre 10 y 20 soles o sea entre 50 y 100 veces más; una

La primera factura es la girada por los médicos que atendieron a Valdelomar tanto durante los dos días que duró su agonía, cuanto en la tarea de embalsamamiento, según lo dispuesto por el congreso regional. Dichas facturas tienen fecha del 8 de noviembre. Están firmadas en Ayacucho y por los doctores F. A. Canales y Demetrio García del Barco. Algo después, el 29 de noviembre, el propietario de la Farmacia Central de Ayacucho, don Mariano Falconí, presenta su factura por medicinas y útiles de embalsamamiento. El mismo 29 de noviembre, Anfiloquio Valdelomar, hermano de Abraham, que se trasladó a Ayacucho para asistir a las exequias, solicita al congreso regional la cancelación de los gastos de sepelio menos el de ataúd.[7]

Los médicos mencionados cobraron Lp. 12, o sea doce libras peruanas equivalentes a ciento veinte soles de entonces, por los servicios profesionales prestados a Valdelomar entre el 1º y el 3 de noviembre, incluyendo el costo de una junta de médicos, por la que se pagaban altos honorarios convencionales. Por la tarea de embalsamamiento recibieron Lp. 100 cada uno, o sea un total de Lp. 200 —dos mil soles—, más Lp. 5 que reclamó el farmacéutico Falconí por su ayuda en esa tarea y en la de autopsia.

No he encontrado el protocolo de autopsia en el legajo de la cámara de diputados, pero en *La Prensa*

comida mediana, completa, se pagaba con 1.50 soles; hoy no baja en ese nivel de 70 soles; un diputado recibía 300 soles al mes; ahora, 15,000; una casa mediana costaba 60 soles al mes, ahora 2,000; un terno de hombre costaba 60 soles; ahora no menos de 2,000; un profesor de la universidad ganaba 100 soles por lo que hoy se paga 8,000.

[7] Los documentos mencionados se encuentran en el archivo del congreso regional del centro que se conserva en la cámara de diputados del Perú.

del 4 de noviembre se lo menciona como se ha visto, diciendo que tal diligencia demostró que Valdelomar tenía dos costillas fracturadas y que por la insanable fractura de la espina dorsal el diagnóstico lo condenaba a una espantosa parálisis progresiva y que la causa inmediata del deceso fue una pulmonía doble.

Los gastos de medicinas e implementos de farmacia confirman que no se hizo sino calmar los dolores y levantar la capacidad de resistencia del paciente. Como se trata de una información interesante desde varios ángulos, prefiero copiarla:

A la Farmacia Central

2	ampolletas de Esparteína	S/. 1.00
2	" " Cafeína	1.00
2	" " Aceite Alcanforado	1.00
1	Botella de alcohol	2.00
2	Impermeables para la cama	18.00
1	Tubo de pastillas de morfina	1.00
1	Solera de porcelana	15.00
1	caja de algodón hidrófilo	1.00
1	sonda uretral	4.00
Rp.	1208	1.00
Rp.	1190	1.00
Rp.	1202	1.50
	Total de productos farmacéuticos	S./48.00

(Cuarenta y ocho soles Oro)

Los gastos de embalsamamiento, también detallados, alcanzan a 68 soles, lo que arroja un total cobrado por la Farmacia Central de 16 soles.

Apenas se confirmó el fallecimiento de Valdelomar, el congreso regional acordó suspender la sesión de ese día, única fecha en que el organismo dejó de funcionar durante el periodo de sesiones a que constitucionalmente fue convocado.

Ese mismo día 3, el congreso puso en circulación una tarjeta de invitación a las ceremonias fúnebres, ya que no había diarios en Ayacucho. Decía lo siguiente:

Señor:

El Presidente, Mesa Directiva y Diputados al Congreso Regional del Centro, tiene el sentimiento de participar a Ud. el fallecimiento del que fue Diputado por Ica.
SR. ABRAHAM VALDELOMAR
(Q.E.P.D.)
e invitarlo a la traslación de sus restos de la casa mortuoria, Portal de Unión *(sic)* Nº 52, al local del Congreso, que se verificará a las 9 p.m. de hoy, de allí a la Iglesia Catedral, el día miércoles 5 del pte. a las 9.30 a.m., donde se realizarán solemnes honras fúnebres, después de las cuales se inhumarán sus restos en el Cementerio general de la Ciudad; actos que esperamos se dignará honrar con su presencia.
Anticipan a Ud. su agradecimiento
Ayacucho, 3 de Noviembre de 1919.

De conformidad con el ritual de que da cuenta esta esquela, el mismo lunes 3, a las nueve de la noche, se trasladaron los restos de Valdelomar del portal de la Unión Nº 52, o sea, del Hotel Bolognesi, a la casa del señor Ruiz, al local del congreso donde fueron velados. Arrastraron el duelo, el presidente del congreso regional, señor Francisco Velarde Ál-

varez; los miembros de la comisión de policía del congreso; rindieron honores las fuerzas del ejército. Durante todo el martes 4 hubo velación del cadáver. Montaron la guardia, por turno, todos los diputados: de 8 a 9 a.m. los señores Sánchez Palacios y Añaños; de 9 a 10 a.m. los señores Bedoya y Pardo; de 10 a 11 a.m. los señores Huguet y Castañeda; de 11 a 12 a.m. los señores Fernandini y Miller. Así trascurrió la tarde. La última guardia, de 8 a 9 de la noche, correspondió nuevamente a los señores Pardo y Bedoya. A esa hora, Ayacucho entraba en su viejo, sólido y severo silencio colonial.

A la capilla ardiente llegaron numerosos aparatos florales, entre ellos una cruz del presidente Leguía y sendas del presidente del congreso, el coronel Bonilla, la sociedad de beneficencia de Ayacucho, la junta departamental del mismo lugar, etc. Entre las coronas figuraban las del ministro de gobierno doctor Alejandrino Maguiña, Enrique Gamarra Hernández, los redactores de *El Granito*, la IV división del ejército.

Enviaron corazones de flores: la familia Valdelomar, Julio A. Hernández, la Sociedad Ayacuchana, Guillermo Canales e hijas y Anfiloquio Valdelomar y señora.

No aparece ninguna ofrenda floral de la novia.

El día 5, a las nueve de la mañana, salió el cortejo hacia la catedral. La misa fúnebre fue oficiada por el deán y el cabildo eclesiástico; la oración fúnebre corrió a cargo del doctor Fidel Castro, sacerdote y diputado regional. Él también había sido quien administró la extramaunción al moribundo.

Concluidos los oficios religiosos, se inició la marcha hacia el cementerio, guardándose las disposiciones dictadas por el ceremonial. Mandaba la línea, es decir, la guarnición que rindió honores, el teniente coronel José A. Vallejo, uno de los militares más

cultos con que ha contado el Perú. La orquesta interpretó durante la misa la marcha fúnebre del maestro Calahorra.

Gamarra Hernández refiere la ceremonia del sepelio con detalles impresionantes. El cementerio se hallaba bastante lejos del centro de la ciudad. La concurrencia era enorme. Había que conducir el ataúd en hombros, por callejas y caminejos empinados, desiguales, "de difícil acceso". Para ahorrar tiempo y aprovechar las pausas tomando descanso, se acordó que los discursos fueran pronunciados escalonadamente durante el trayecto, en diversos parajes. Julio A. Hernández leyó una notable oración fúnebre en la esquina de la calle de Buenamuerte, "ante una inmensa multitud de la que formaba parte —dice Gamarra— una considerable masa indígena que había venido desde las pequeñas poblaciones aledañas".

Al inhumarlo usó de la palabra el diputado Velit —quien dijo equivocadamente que Valdelomar había nacido en Chincha. ¡Cosas del amor propio pueblerino!

El ataúd fue colocado en un nicho, el número 193 del cuartel de El Salvador, tumba provisoria hasta que se hiciera el traslado solemne a Lima.

Mientras tanto iba adelante el proceso del sepelio definitivo (proceso que había inspirado a Valdelomar un cuento), semejante por su cruel ironía a "Hebaristo, el sauce que murió de amor".

El traslado a Lima había que hacerlo en dos etapas: primero conduciendo el ataúd hasta Huancayo a pie o a lomo de mula; la segunda, por tren de Huancayo a Lima.

Destino trágico el de Valdelomar hasta después de muerto. Envuelto en dos sábanas que costaron la suma de 8 soles con 80 centavos, y metido dentro del ataúd, debió soportar tropezones, choques y quizás

caídas a causa de la escabrosidad del terreno, la longitud de las jornadas y la condición física de los cargadores. Fueron éstos dieciséis indios ayacuchanos, dieciséis cargadores, que recibieron como estipendio por trece días de caminata de Ayacucho a Huancayo y vuelta de Huancayo a Ayacucho, un sol diario cada uno, más una ración de coca, otra de alimentos y, desde luego, la correspondiente dosis de "chacta", o sea sendas botellas durante todo el viaje.

Acompañaba al macabro cortejo una mula, pero sólo para cargar el fiambre de los peones. Queda en claro que el traslado se hizo a lomo de hombre, o para mayor exactitud, a lomo de indio. "Hijos del Sol" eran esos humildes, tozudos, vigorosos y resignados cargadores, cuyas manos ásperas y duras tuvieron el insigne honor, según habría dicho "El Conde de Lemos", de cargar su gallardo cuerpo de artista.

La planilla de gastos informa con detalle lo siguiente:

16 hombres hasta Huancayo a un sol cada ida y vuelta, en 13 días, o sea 13 soles cada uno	S/. 208.00
Una arroba de coca	20.00
Alimentación de 16 hombres a cuatro reales cada uno por día, en 13 días	83.20
16 botellas de chacta a 80 centavos cada una	12.80
Una mula para cargar el fiambre a los peones	20.00

Con otros gastos de arreglo del ataúd, se pagaron 453 soles con 20 centavos: eso costó el traslado del cadáver de "El Conde de Lemos" hasta Huancayo.

La llegada del cortejo a la capital de Junín fue todo un acontecimiento. Gran multitud salió a recibirlo y acompañó reverente el ataúd hasta la estación del ferrocarril central.

En Lima, la noticia de la muerte de Valdelomar inspiró tardíos elogios periodísticos. Aparecieron, entre otros, valiosos artículos necrológicos de Clemente Palma, quizás el mejor, en *Variedades;* de Félix del Valle en *El Comercio;* de Ezequiel Balarezo y César Vallejo en *La Prensa.*

Para la ceremonia fúnebre predominó la iniciativa de la Federación de Estudiantes, cuyo presidente, Víctor Raúl Haya de la Torre, había convocado a numerosos escritores, periodistas y directores estudiantiles en el local de la institución, no bien se supo la noticia del deceso.

Hay un episodio curioso.

Poco antes del viaje a Ayacucho, Valdelomar recibió, según ocurría periódicamente, a Haya de la Torre. Fue en la casa de la plaza de la Penitenciaría. Hablaron de diversos temas. De pronto, bien fuese por *pose,* bien por premonición, surgió el tema de la muerte, al que Valdelomar era tan adicto.

Haya de la Torre ha sido y es un incoercible curioso de las letras y las artes. No sólo publicaba artículos y pronunciaba discursos, precoz líder social, sino que en 1917, en Trujillo, había hecho poner en la escena una comedia suya, confiándola a la compañía de Amalia Isaura. Fue César Vallejo quien escribió la cuarteta que remataba la obra. El argumento se refería a un enojoso episodio sentimental de la vida del futuro autor de *Trilce.*

En un pasaje de la conversación, quizás referido al entonces reciente episodio de Norka Ruskaya, Valdelomar insistió sobre el tema de la muerte. Se quejó de que en el cementerio de Lima los cadáveres descansan en una especie de apartado de correos,

nido de palomas o cajón de cómoda, en donde se los dejaba pudrir *ab-aeternum.*

> Yo no quiero que me metan en uno de esos cubículos, clasificado y rotulado como un artefacto más —exclamó el Conde de Lemos—; yo quiero que me entierren en la misma tierra, que me devuelvan a la tierra madre.

Lo cual, una vez más, recuerda episodios de la vida de Chocano.

Cuando llegó a Lima la noticia de la tragedia de Ayacucho, Víctor Raúl recordó la conversación. Por eso convocó a los escritores. Tenía decidido satisfacer el deseo de Valdelomar; ahora, un mandato ineludible. Se publicó el decreto oficial acordando honores a los restos de Valdelomar para lo cual debían trasladarlos. Ello planteó con nitidez la posibilidad de llevar a efecto aquel anhelo del artista.

Los honores suponían, entre otros ritos, el velatorio del cadáver en la iglesia de La Merced, lo cual implicaba diversos gastos. Víctor Raúl consultó con un buen asesor: Pedro García de la Arena, administrador *per vitam* de la Federación de Estudiantes del Perú. La Federación continuaba teniendo su sede en el antiguo Palacio de la Exposición. Don Pedro García de la Arena había aplicado a la nueva institución universitaria sus largos conocimientos en materia administrativa. Don Pedro, antiguo pierolista, había combatido al lado de Piérola en la Coalición de 1895, y había perdido un brazo a consecuencia de una herida en combate. Era un hombre pálido, ágil, sagaz, ordenado, tolerante y astuto. Usaba bigotillo negro; por lo general vestía de oscuro; lo recuerdo bien, fue don Pedro quien halló el modo de cumplir el deseo de Valdelomar. La idea era simple: bastaría que el gobierno permitiera a la Federación apli-

car con una pequeña liberalidad parte de la suma reconocida en el libramiento de gastos para el sepelio, o sea que el ministro de Justicia admitiese que la Federación se encargase del ceremonial eliminando en parte la liturgia eclesiástica. Con la diferencia de gastos, se compraría un pedazo de tierra para la tumba. Haya de la Torre visitó al ministro de Justicia, don Arturo Osores. Éste no tuvo inconveniente en acceder; a ello cooperó acaso el eventual secretario del ministro, Manuel G. Abastos, miembro del grupo del Conversatorio universitario y del Comité de Reforma, de principios de año.

Los funerales de Lima tuvieron, pues, como uno de los principales protagonistas a la Federación de Estudiantes. Haya de la Torre arrastró el duelo en el carruaje presidencial acompañando al diputado por Huancayo, Augusto C. Peñaloza, que representaba a la región del centro. Anfiloquio Valdelomar fue el delegado de la familia.

Los restos del artista fueron conducidos al cementerio en hombros de estudiantes y escritores después de ser velados en el local de la Federación de Estudiantes. La Federación encargó al alumno de derecho, Manuel J. Rospigliosi Gómez Sánchez, que pronunciara en su nombre el discurso del cementerio. Años más tarde, en 1930, Rospigliosi recibiría de Haya un poder especial para representarlo en las tareas políticas que le competían como candidato a la presidencia de la república. Los otros oradores fueron Óscar Miró Quesada, por los escritores; Ricardo Caso, por los iqueños, y el coronel Dalmace Moner Tolmos, senador por Ica, en nombre de la representación parlamentaria del departamento nativo del artista.

Mucho se ha escrito acerca de las circunstancias de la muerte de Valdelomar. Como se trataba de un personaje adicto a todo lo exótico, desdeñoso contu-

maz de la vulgaridad, se descubrió su último episodio en falsas e ingratas circunstancias. Así se vengaban de él la infinita torpeza de aquellos "hombres gordos que manchan el paisaje", aquellas "almas universitarias", aquellos "buenos burgueses con andar de ganso y panza de cerdo".

Evidentemente, el martirio que amenazaba a Valdelomar en caso de sobrevivir habría sido dantesco. Él, que conservó la lucidez hasta el fin, sabía lo que le esperaba. Partida la columna vertebral, es decir, partido en dos por la cintura, inválido, le habría anonadado la falsa conmiseración de todos aquellos a quienes él había desdeñado reiterada y públicamente. Tragedia esquiliana la de aquella expectativa. Su "Finis desolatrix veritas", macabra premonición escrita en 1916, y su "Omega la calavera, mi amiga", encontraban terrible cumplimiento.

Después de haber cortejado literariamente a la muerte a través de sus cuentos, crónicas y evocaciones, llegaba el día de medir premoniciones y realidades, el presentimiento y su aplicación. Nadie se resigna a los treinta años, y mucho menos aún cuando se tiene una altísima idea de sí mismo y se acaricia una profunda, alta y dilatada esperanza, nadie se resigna a convertirse de persona en cosa, de otorgador en peticionario, de príncipe en mendigo. La angustia de aquel ocaso se expresa desgarradoramente en las palabras finales de su agonía: "Madrecita, ven, viejecita ven, me muero, me muero." [8]

El accidente fatal había cortado de súbito la carrera luminosa y la adorable insolencia de un hombre en perfecta primavera.

De creer en una Providencia vengativa como el Jehová del Antiguo testamento, el accidente de Aya-

[8] Cfr. *La Voz de Ica*, Ica, 22 de febrero de 1920. Cfr. C. Ángeles Caballero.

cucho fue como la presencia de la serpiente en el Edén para castigar la altanería de nuestros primeros padres; como el derrumbe con que Cronos sanciona la insolencia de los Titanes; como la persecución de Neptuno y Venus a la alegre jactancia de Odiseo. Eso y mucho más se puede decir en torno de la macabra incidencia final de Valdelomar.

Como epílogo podríamos decir, aplicando las mismas palabras con que saludó la heroica muerte del protagonista de su magnífico cuento:

> Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez: "El Caballero Carmelo", flor y nata de paladines y último vástago de aquellos gallos de sangre y de raza cuyo prestigio unánime fue el orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucato.

XXIII. LO QUE EL VIENTO NOS DEJÓ

O mort, vieux capitaine! Il est temps! Levons l'ancre!

BAUDELAIRE

AHORA, me parece, después de referir en sus más significativos pasos, la hazaña de "El Conde de Lemos", ahora podemos encarar con mayor propiedad su obra. La hemos seguido al ritmo de su vida, es decir, desprendiéndola de cada acto y confundiéndola con ellos. Quizá este método genético o biológico resulte anticuado y habría sido más adecuado al tiempo proceder a la inversa, esto es, extrayendo la vida de la obra, o sea convirtiendo al estilo en padre, en lugar de tenerlo, cual es, como hijo. No hago cuestión de medios. Importan las metas, sobre todo si logramos alcanzarlas. Inductivo o deductivo; analítico o sintético; de la raíz a la flor, o de la flor a la raíz; de la vida a la obra o de la obra a la vida; en realidad, si de entender, integrar y explicar se trata, los juicios valorativos deben abarcar vida y obra; raíz y flor; análisis y síntesis; inducción y deducción. Lo demás no pasa de retoricismo, jactancia, vanidad.

Abraham Valdelomar —lo he dicho— pasó como un celaje por las letras y la escena del Perú. No sólo por la brevedad de su existencia (31 años apenas), sino por la abundancia extemporánea y versátil de su producción y por lo fugaz que fue su acción literaria (prácticamente de 1910 a 1919 y, en verdad, de 1914 a 1919) él ha cavado uno de los surcos más hondos de nuestra historia artística y ha dejado

una de las estelas más anchas, duraderas, imitadas y luminosas. De ahí el caudal y variedad de comentarios en torno suyo.

Si fuera posible, empleando un plausible cartabón evaluativo, diría que las principales observaciones y fuentes sobre Valdelomar se deben a: Federico More (1916), Alberto Hidalgo (1917-1920), Máximo Fortis (1918), Luis Alberto Sánchez (1918), Clemente Palma (1918-1919), César Vallejo (1919), Enrique Castro Oyanguren (1920), Jorge Besadre (1928), José Carlos Mariátegui (1928), Luis Fabio Xammar (1940), Augusto Tamayo Vargas (1946-1958), Estuardo Núñez (1963-1965), C. Ángeles Caballero (1965), Alberto Escobar (1965), José Díaz Falconí (1966), Willy Pinto (1968) y Armando Zubizarreta (1968).

Este material, estrictamente peruano, se divide en artículos, prólogos, ensayos y libros. Dentro de tal clasificación, débese realzar el mérito de Xammar, cuyo *Valdelomar, signo* fue el comienzo de la reivindicación oficial de "El Conde de Lemos". Libro de entusiasmo juvenil, su autor cumplía 20 años, logró reunir gran parte del material inédito dejado por Valdelomar y trató de interpretar con fervor contagioso el conjunto tan diversificado de escritos dejados por el precoz artista iqueño. Es justo y necesario rendir un tributo de agradecimiento a Xammar, otra promesa trunca, a quien inesperada y trágica muerte arrebató en plena juventud, bajo el cielo de Colombía, en agosto de 1946.

Pero, ¿qué rasgos distinguen, definen, confirman y hacen perdurar a Valdelomar —hombre y poeta?

Hay una primera perplejidad de origen humano, cuya repercusión en el estilo pudo ser —y acaso fue— decisoria: el problema del amor.

Durante todo el tiempo trascurrido desde que Valdelomar dejó de existir, se han barajado principal-

mente las siguientes especies: *a)* el único amor de Valdelomar fue el de su madre; *b)* también tuvo un amor oficial y más aparente que verdadero, el de su novia de los últimos años, y *c)*, cedió al amor griego y, por causas de mimetismo literario o cualquier otra, cayó a veces en el homosexualismo. Las tres versiones no se excluyen y, admitidas, contribuirían grandemente a explicar el "temple" de la obra de Valdelomar. Pero inciden en este aspecto psicoliterario hechos no registrados por los biógrafos y exégetas: los otros amores de "El Conde de Lemos". En orden cronológico los podríamos situar así: el platónico-infantil a la niña del cinco que aparece en "El vuelo de los cóndores" (1897), el también platónico de Rosa Gamarra Hernández (finada en 1913), el *flirt* de María B., citado en una carta a Enrique Bustamante y Ballivián (1912), el probable de "Sofía", mencionada en "Fuegos fatuos" (1916), y el de su novia oficial Consuelo Silva Rodríguez, entre 1916 y 1919, año de la muerte. No es mucho y, además, el platonismo rige todas esas relaciones, lo cual, en vez de alejar el bailador espectro de Alcibíades, Ganimedes, André Gide y Óscar Wilde, los introduce y explica. No obstante, el amor heterosexual, aunque fuese idealizado, abre nuevas perspectivas sobre la sensibilidad de Valdelomar y atempera cierta impermeabilidad al sentimiento que suelen mostrar los homosexuales, fríamente intelectualizados y peligrosamente puntillistas en sus observaciones y juzgamientos. De hecho, la actitud de Valdelomar frente a la vida, el amor, la naturaleza y la muerte parece más bien la de un religioso, la de un místico, lo que coincide con su predilección por ciertos autores místicos o tendientes al misticismo, tales como Kempis, Maeterlinck, Guyau, Unamuno, Dostoyewsky, D'Annunzio, la plástica de Baltasar Gavilán y la música de Beethoven y Bach.

Me atrevo a pensar que, de otro lado, el amor a la naturaleza y el filial se confunden en un constante retorno a la infancia, en donde ambas líneas se entrecruzan. Lo cual no deja de reconocer que la devoción permanente a la madre, síntoma de un potencial "complejo de Edipo", suele acompañar al homosexualismo físico o mental; de hecho o potencial. El caso de Marcel Proust, de Óscar Wilde, de André Gide, del vizconde de Montesquieu de Fezensac, de Jean Lorrain, de Antonio de Hoyos y Vinent ilustran suficientemente este aspecto.

Sin duda Valdelomar por educación, temperamento o causas hormonales, no era un adicto a Venus; se mantuvo siempre en posición "reluctante" frente al "machismo" ostentoso y superficial de los "criollos" de su tiempo y creó, en cambio, otro tipo de criollismo en el cual la contribución regional se acompasaba con la ternura, y en él se daban la mano, en íntimo consorcio, el primitivismo de la escenografía y de los personajes con un delicado sentido estético y de amorosa concesión a la belleza pura.

A cambio de aquella amputación o sofrenamiento del amor viril, en su acepción más bronca, Valdelomar se rindió al *dandysmo* y a los paraísos artificiales. ¿Hasta qué punto, cómo y por qué?

El *dandysmo* fue una especie de religión de los selectos. La aparición de la burguesía, rica en bienes de fortuna, cada vez más dueña del poder, desplazó a la antigua aristocracia de la sangre, y hasta la misma *élite* intelectual se rindió, sobre todo, a través de la escuela naturalista y del *art pompier*, a la mediocridad opulenta. Como reacción se impone la teoría del extremado individualismo (Stirner, Nietzsche, Carlyle, Emerson) y dentro del individualismo, a la manera de una escandalosa flor de invernadero, el exotismo y el *snobismo* encarnados finalmente por el "Dandy", protagonista heroico de la resistencia con-

tra la obsesionante vulgaridad. No todos los *dandies* tuvieron conciencia de su combativo *rol,* ni casi ninguno leyó a Tackeray (*La feria de los snobs*) ni a Gantier (*El dandysmo*) y Barbey d'Aurevilly, gran señor de la vida y el arte, y ni siquiera a Darío (*Los raros*) lírico panegirista de la singularidad aristocrática de los hombres de pluma. Valdelomar sí tuvo plena conciencia de su vocación original y exótica. Valdelomar quiso ser y fue un *dandy* a plenitud.

¿Qué entendemos por *dandy?* Los matices de este concepto, aunque menos vagos que los de *dadá,* son empero discutibles y demasiado comprensivos.

El *dandy* era como un sacerdote o bonzo de la vida profana, vistoso y singular. Ignoraba la solidaridad, excepto con sus pares; en eso se pareció a los caballeros de la tabla redonda. El *dandy* sólo respetaba al *dandy,* y para serlo precisaba despreciar al vulgo, singularizarse por algo (conducta, indumentaria, gestos y además expresiones orales y escritas). El *dandy* se parecía al "raro", dentro de la concepción de Rubén Darío. Podía llamarse Jorge Brummel, Villiers de l'Isle Adam, Óscar Wilde, Gabriel D'Annunzio; en cierta época de su vida, Simón Bolívar; durante toda la suya, Abraham Valdelomar. El *dandy* se rebelaba contra las costumbres. Siguiendo la huella de Alcibíades, recortaba la cola de su perro para llamar la atención, o simplemente singularizaba su modo de vestir, hablar, actuar y... a veces de pensar. No es raro que en una crónica Valdelomar hable de "Jorge Brummel, subprefecto de Coracora" (*La Prensa,* 17 de marzo de 1917), ni que se besara en público las manos, ni que usara un ópalo en el dedo índice, ni que bordeara su chaleco de una cinta blanca, ni que abominara de "los hombres gordos que manchan el paisaje". Todo ello es síntoma de rebuscamiento, de singularización, de *dandysmo.* La literatura decadente fue *dandysta.* La persecución de lo raro, lo artificial y lo exótico fue

también su norma. Valdelomar dio perenne lección de *dandysmo* a quien lo quiso oír, y mirar, pero en sus cuentos y versos, en su prosa periodística, por el contrario, respira y traspira simplicidad, buscada y sabia simplicidad; espontánea y contagiosa ternura.

Resulta difícil, muy difícil explicarse la adecuación o complementación de términos tan opuestos. Si insistiéramos en los parecidos literarios, o sea en las analogías que brotan de la literatura comparada, tendríamos que aceptar la reducción a uno de dos términos o nombres antinómicos: Francis Jammes y Stéphane Mallarmé; Dickens y Wilde; D'Annunzio y D'Amicis. No obstante la aparente imposibilidad de tal conciliación, ésta se produjo en Valdelomar.

Debemos examinar otros extremos. El movimiento futurista se inició en Italia hacia 1907; el *dadá* el año de 1916, en Zurich; el ultraísmo, el de 1918 en Madrid; el llamado vanguardismo —orientación plural— dominó París poco antes, durante y poco después de la primera Guerra Mundial. Todos ellos fueron como ramas desprendidas del opulento tronco de *la belle époque;* nacieron de la liquidación romántica como reacción contra el locuaz y pormenorizado naturalismo; se enraizaron con simbolistas, parnasianos, prerrafaelistas y decadentes: fue Bizancio redivivo. Dentro de la agitada corriente de tantos "ismos", desarrollados en menos de medio siglo, se mantuvieron límpidas, sencillas y cristalinas algunas notas de porfiada lealtad a la naturaleza. Ellas fueron las determinantes en la literatura de Valdelomar, aldeano por antonomasia; las otras influyeron en su conducta. De esta suerte la personalidad de "El Conde de Lemos" presenta un curioso dualismo: el blanco, en su estilo de poeta; el rojo, en su estilo de existencia.

¿Cómo pudo librarse Valdelomar, en Roma y en 1913, del "arte mecánico" de Marinetti, al que sólo

hace la concesión de sus *Cuentos yanquis?* ¿Cómo logró mantenerse incólume a la avasalladora influencia de Tristán Tzara? En cierto modo trató de adaptarse a través de sus *Neuronas,* pero en ello coincidió más bien con el "absurdo" de Ramón que con el "disparate" de Tzara; aplicó tal vez sin entera conciencia los *Caligrammes* de Apollinaire, de los que volvía redimido por su sensibilidad exquisita e ingenua. El propio Wilde, de quien aprendió el difícil y complicado arte de la paradoja, fue, por encima de todo, una inteligencia preclara, un logos perfecto que, cual el búho de la leyenda germánica, podía lucirse con un lema previsor: *Ich wacht.*

Es curioso; tanto el arte como la conducta de Valdelomar, aunque se dejara arrastrar por la sensibilidad y la estridencia, lo tuvieron en perpetua vigilia. Era lúcido, lucidísimo "El Conde de Lemos"; resistió y cedió a las tentaciones con lucidez y en vigilia: por eso pecó.

De tales pecados lo redimen la evocación y el amor, tema a que regresamos aunque por diferente vía.

Al mencionar la palabra "evocación" tocamos el meollo de la literatura valdelomariana y tropezamos con un nombre, con un amable fantasma que apenas hemos rozado al paso: Edmundo d'Amicis. Como se sabe, este difundido escritor italiano de mediados del siglo XIX se hizo famoso a través de dos de sus libros: *Corazón* y *El tranvía o la carroza de todos.* Caracterizan a D'Amicis la niñez a flor de pluma, la dulce ingenuidad, la artística inocencia, la rememoración feliz. El mundo de *Corazón* es ese: el corazón de un niño y su infancia, exactamente como el de *El caballero Carmelo.* Cada uno de los personajes del libro de D'Amicis aporta una penetrante sensación de melancolía y de poético regionalismo. ¿No son acaso los rasgos esenciales de las narraciones de Valdelomar? Tanto Maureen Ahren y Díaz Falconí, como Escobar

y Zubizarreta recalcan esos trazos. Los habían insinuado ya Clemente Palma, Ureta, Xammar, Tamayo y Núñez. Lo había intuido desde 1918 ese poeta congenial que fue Medardo Ángel Silva al señalar el parentesco entre el discurso ante la tumba de Yerovi, y algunas páginas de la Biblia. No sé que haya muchos cuentos con tanta carga de emoción como "Los ojos de Judas", "El vuelo de los cóndores" y "Camino hacia el Sol"; ni son muchos los que describan y reflejen mejor un paisaje y a sus sencillos habitantes como *El caballero Carmelo* y *Yerbasanta.*

De ahí que Valdelomar cayera naturalmente en la descripción y elogio de los animales domésticos: el gallo, el perro, la gallina, el pato, los pájaros, el caballo; nunca el gato bodeleriano, complicado y cruel. Hay quien piensa que en la escogitación de un gallo como héroe de *El caballero Carmelo* influyó el auge que Edmond Rostand daba en esos días a las aves de corral cual *dramatis personae* de su discutido, pero exitoso drama *Chanteclair*, estrenado en París por 1910. Podría pensarse también en el nuevo tipo de fábula sabia que Rudyard Kipling promulgaba, con ánimo imperial, desde las pintorescas páginas de *El libro de las tierras vírgenes (The Jungle's book).* Aplicando aquel enojoso método de similitudes, habría que concluir en que *La Pachanga* (1915), la magnífica novela corta de Rafael Maluenda, que gira en torno de la historia de una gallina, fue una imitación de Valdelomar.

En realidad la literatura atraviesa por ciclos que imponen un modo (a veces una moda) y asemeja a todos, cualquiera que sea la latitud en donde escriban. Tal sería la etapa de las *Cartas persas*, filandesas, de una peruana, "de mi molino", etc., por medio de cuyas ficciones, como a través de la fábula, se hacía más fácil y menos arriesgado aludir al medio ambiente. El animal fue un recurso político, más

que literario, en Esopo, Fedro, Iriarte, Samaniego, Lafontaine; pero no fue tal en Kipling y Rostand, Marroquín y Quiroga, Valdelomar y Maluenda, London y Alegría. En éstos, el animal es una extensión, no un sustituto, de la ternura del hombre. El Carmelo, la Pachacha, Anaconda, el Güeso, el Moro viven como animales, pero sienten como humanos. Tal dualidad, como la del *dandysmo* en la conducta y el *franciscanismo* en la literatura, que caracterizan a Valdelomar, puede ser contrapuesta para obtener de ello jugosos frutos.

Ahora bien, al mencionar el *franciscanismo* alcanzamos otra orilla.

Ha dicho Luis E. Valcárcel, repitiendo a Adolfo Vienrich y coincidiendo con Raoul d'Harcourt, que una de las notas distintivas del alma indígena es el *franciscanismo* o sea el amor a los animales, y ha aseverado José Ángel Escalante que la vida del indio peruano carecería de explicación y objeto sin la presencia de los animales domésticos.[1] De lo cual inferiríamos una conclusión digna de ser varias veces repensada: el *dandysmo* representaría la vertiente europeísta, exótica, adquirida y vistosa de Valdelomar; el *franciscanismo*, la peruana, regional, congénita y expresiva: en otras palabras: vida de *dandy*, arte de *neoindio*. Aunque no admito tal género de dicotomías en el campo de la especulación, no está demás recordarla.

Así como la anterior, se presentan otras tajantes contradicciones en el autor de *Verdolaga;* por ejemplo, el silencioso y permanente debate entre el anar-

[1] Luis E. Valcárcel, "Ars Inka", en *De la vida inkaika,* Lima, 1925; A. Vienrich, "Unos Parias", en *Azucenas Quechuas,* Tarma, 1905; R. d'Harcourt, *La musique des Inkas et ses survivances,* París, 1925; J. A. Escalante, "Nosotros los nidus", en *La Prensa,* Lima, marzo de 1927.

quista y el socialista; entre el billinghurista y el leguiísta; entre Caucato y el Palais Concert. Puede atribuirse a esta serie de alternativas un propósito retórico y hasta de plática entre sofistas. De toda suerte, aún admitiendo esa posibilidad, son útiles.

De hecho, por adhesión a González Prada y afiliación al partido de Billinghurst, Valdelomar —esteta *dandy*— aceptó el anarquismo. El diario *Acción Popular* pertenecía a esa filiación; también pertenecieron a ella, Bakunin, el príncipe Kropotkin, Matilde Serao, Marinetti, Malatesta. Empero, después de 1917, "la rebelión de las masas" engendrada por la primera Guerra Mundial atrajo a Valdelomar hacia un socialismo un tanto retórico, alejado ya del utópico de los primeros maestros (Saint-Simon, Fourier y Owen), pero también lejos del científico de Marx y Engels.

Había en Valdelomar, como en Mariátegui, demasiada dosis de poeta para admitir la frialdad de éstos, o caer en la utopía de aquéllos: poesía es creación, no mímesis; el poeta crea...

Definitivamente, en esencia, "El Conde de Lemos" fue un poeta. Desde luego, escribió versos, algunos de ellos excelentes; mas la poesía nace del fondo no de la forma. Los cuentos criollos son poesía, magnífica poesía por cierto.

A propósito de este rasgo, convendría destacar el aspecto satírico que también coexistió con el poético en Valdelomar. Paradoja viviente, la pluma empapada en ternura y hasta en lágrimas del cuentista y el poeta, brinca juguetona, llena de malicia en las crónicas políticas y en los cuentos chinos y criollos. El amanerado redactor de "Diálogos máximos" y "Decoraciones de ánfora", es el mismo que compone los traviesos, directos y salaces comentarios de "Palabras" (una buena veintena de artículos a lo largo de dos años de madurez) y los poéticos de "Fuegos

fatuos". Parecería, en verdad, hallarnos ante tres periodistas diferentes: el uno maneja la hipérbole y la perífrasis; el otro la ironía y el sarcasmo; el tercero la deprecación y la concesión. Rara vez —a diferencia de Vallejo, Neruda, Güiraldes— utiliza la anáfora y, aunque lector devoto de Whitman, no demuestra preferencias por la enumeración. En cambio su adjetivación precisa y sensual rodea al sujeto hasta imponer sobre él su plural señorío. A lo largo de las páginas anteriores se han presentado numerosos ejemplos de la adjetivación valdelomariana, generalmente plástica, poco auditiva, nada olfativa: hecha de relieves y colores, escultura y pintura al mismo tiempo. "El Conde de Lemos", debutante al fin y al cabo, tiene ojos de ver y manos de tocar; sus sensaciones primordiales serán las de la vista y las del tacto. El oído no le traicionó jamás, cierto; pero no era su vehículo sensorial predilecto. La cadencia de su frase obedece al ritmo general de toda su obra, no a un sentido musical muy acusado. Cuando cita a los grandes maestros de la música, se advierte un repertorio valioso, pero corto: Beethoven, Bach, Mozart, Haydn, Wagner. No, no es por allí por donde resalta "El Conde de Lemos"; su mismo entusiasmo por el violinista Dalmau y por el *basso* italiano Nicoletti Korman, así como por la ópera en general, revelan un espíritu poco evolucionado en el campo de la música. La afición al *ballet* no resulta de filarmónica, sino de filoplástica. Ya que hablamos de autores, es fácil comprobar que Valdelomar no leyó con exceso, pero asimiló muy bien sus lecturas. En *Belmonte, el trágico* pretende abrir en abanico, para impresionar, sus lecturas de autores españoles; se revela escaso y débil. En cambio, no cabe duda de que dominó el ámbito que llenan Maeterlinck, D'Annunzio, Wilde, Nietzsche, Anatole France, Remy de Gourmont, D'Amicis, Tolstoy,

Pushkin, Gorki, Papini, Eça de Queiroz, Guerra Junqueiro, Quincey, Baudelaire, Verlaine, Francis Jammes, Maurice Barrès, Jean Lorrain, Pierre Loti, Azorín, Ramón y Cajal, Pérez de Ayala, Benavente, Martínez Sierra, Marquina, Villaespesa, Unamuno, Araquistain, Darío, Nervo, Herrera y Reissig, Alomar; y no olvidemos a Pitágoras, Schopenhauer, Heráclito, Esquilo, Platón, Spencer, Petronio, la Biblia y Kempis; y, entre los peruanos, a González Prada, Palma, Chocano, Eguren, Cornejo, Gibson. Si examinamos estos autores nos daremos de manos a boca con una cultura cuyo calificativo habría sublevado a su expresador: universitaria. Es la que poseía un promedio de los estudiantes de San Marcos; más formal que fundamental; más literaria que científica; más novelesca que filosófica. No obstante sus públicas demostraciones contra el "alma universitaria", las lecturas de Valdelomar correspondían a un alma de ese jaez; pero él la superó, superándose a sí mismo.

Sabemos que la órbita literaria de Valdelomar abarca entre sus veinte y sus treinta y un años, de 1910 y 1919. Nunca dejó de ser joven; prefirió, sin embargo, ser a menudo niño, o simplemente no pudo dejar de serlo nunca. Cuando se lanza a la carrera pública, su mayor aspiración consistirá en no dejar de parecer joven; en representar a los jóvenes del Perú; en ser la garganta, la voz y la idea de la juventud. Lo repite en todas sus conferencias desde Sullana hasta Moquegua; desde Cajamarca y Cuzco hasta Huacho y Trujillo. Él es "el joven por antonomasia", reclama el título y el tratamiento de tal. ¿Por qué? ¿Influiría en ello, aparte de su natural estado de joven y su deseo de permanecer siéndolo, las inolvidables palabras de su maestro González Prada, "los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra"? ¡Ay, no sabía el triste que ya estaba echada

su suerte y que como los predilectos de los dioses, según Menandro, él moriría en plena juventud! Es útil decir a este propósito que Valdelomar tuvo la suerte de que se cumpliera el destino que él buscaba: marcharse del mundo sin arrugas ni canas; sin debilitamiento ni amarguras; erguido y optimista; caminando hacia arriba, bruscamente detenido en su ascenso, como un pájaro herido, como un avión derribado: destino de gavilán y de piloto.

La necesidad de conservar el optimismo y de evitar el doloroso destino de "capitán en puerto" o sea el de barco permanentemente en ancla, le hizo buscar sensaciones fuertes y paraísos artificiales en un denodado afán de renovarse incesantemente, de no dejarse arrastrar por la rutina. Al recordarle ahora, como era, sonriente, arrogante, sano, atlético, pulcro en el vestir, generoso en el decir y en el reír, no podemos compaginar esa imagen viril y saludable con la del fumador de opio, absorbedor de morfina y tal vez asexual. Sin embargo, ambas realidades coexistieron en "El Conde de Lemos": de su coloquio o choque brotó su personalidad avasallante, y su arte sano y delicado: "natural como un movimiento respiratorio".

Aparte ya la tipología física e intelectual de Valdelomar, conmueve y asombra la magnitud de su influencia sobre su época. Por cierto que se esforzó en captar catecúmenos. Desde su primera juventud se manejó de modo de conseguir discípulos, sabios y adeptos. No le era difícil. Distinguió siempre a "El Conde de Lemos" una incuestionable capacidad de irradiación. Atraía por su don de entrega, por su inteligencia, por su sinceridad, su travesura, su brillantez y también por su efusividad y su melancolía. Era el primero en adoptar un camino nuevo. Estaba en permanente actitud receptiva. No era de los que se encerraran en dogmas, ni siquiera en los nuevos. Aceptaba el valor

de donde viniere. Para él, según el caso y la hora; el genéro y la finalidad; tanto daba González Prada como Palma; Eguren como Chocano; Vallejo como Gibson; Mariátegui como López Albújar; Aguirre Morales como Parra del Riego; Martínez Luján como Falcón. Por curiosa e insustituible porosidad, para él —y lo digo a su manera, un tanto dramatizada— había estaciones en las que le gustaba Kempis, otras que prefería a Maeterlinck y otras a Pitágoras. Sus gustos variaban con las horas y los momentos. No se puede calificar a eso de versatilidad. Era inquietud, sólo inquietud.

Primero Valdelomar se ocupó en ser, o tratar de ser líder político-literario: fue durante su campaña pro Billinghurst. Después de su regreso de Italia y su fugaz detención en un calabozo policial se lanzó de lleno al arte y la literatura. Al final, en los dos últimos años de su vida (noviembre 1917 a noviembre 1919) retornó a la política. Felizmente, a causa de la renuncia que ese acto representaba, felizmente entonces se lo llevó la muerte.

El grupo de sus amigos y seguidores debe ser dividido por lo menos en dos sectores, los literatos puros y los socialistas. Entre los primeros figuraban Enrique Bustamante, Eguren, Hidalgo, Garrido, Macedonio de la Torre, Rodríguez, Vallejo, L. E. León; entre los segundos, Mariátegui, Orrego, Falcón, Badham, More. Todos reconocieron en 1916 el capitanazgo de Valdelomar, del mismo modo que reconocieron el de Chocano en 1905. Vallejo fue en ello tan explícito o más que Mariátegui y que un hombre de promoción anterior, Alberto J. Ureta, quien reconoció el valor prístino del arte de "El Conde de Lemos". No se debe olvidar que Valdelomar se proclamaba a sí mismo: "Yo escritor máximo de esta joven generación de artistas", así lo decía en su elogio a Dalmau. En muchas otras producciones repite este autoelogio que sacó de

quicio a "Sansón Carrasco", o sea a Enrique López Albújar, según se ve en el último de sus cuatro artículos de respuesta a aquél. De esa primacía estaba tan seguro que cuando planeaban, él y Enrique Bustamante, la edición de *Cultura,* y éste insistió en puntos de vista distintos a los de él, Valdelomar prefirió apartarse tranquilamente de la empresa y esperó casi un año para lanzar *Colónida,* para la que solicitó y obtuvo la cooperación de Bustamante. De otra parte, Valdelomar se mostró muy a menudo condescendiente y humilde. Así en sus expectativas con respecto del concurso de *La Nación* en 1913. En sus cartas a su madre y a Enrique Bustamante no puede ocultar su tensión, su poca confianza en obtener el premio y, a la vez, su seguridad de que ese relato, entresacado de un conjunto de "novelitas" análogas, poseía un valor intrasferible.

Sorprende que un hombre de tal sencillez y tan humano resultara el *specimen* del exotismo y de los *snobs.* El cantor de las vidas iqueñas sucumbe ante la amapola de zumos usados en Asia; el admirador del mango y los olivos, se rinde ante la cocaína y la morfina. Hay una serie extraña de contradicciones en todo lo que rodea a Valdelomar; de ellas emerge la desconcertante personalidad de "El Conde de Lemos".

Una de las contradicciones más palmarias de este hombre singularísimo es la que opone y concilia el amor a la vida sin trabas y la amorosa detectación de la muerte. Casi no hay página de Valdelomar en que no se haga alguna referencia a la muerte. Sus lecturas preferidas serán por eso las de aquellos autores familiarizados con el más allá: el místico medieval Tomás de Kempis; las más sombrías páginas de la Biblia (las del Eclesiastés y algunos profetas); Mauricio Maeterlinck, apasionado exégeta de lo "trágico cotidiano" en *Le trésor des humbles* y en su lúcido *La mort;* Arturo Schopenhauer, acuñador de

pesimismo; Gabriel D'Annunzio, desesperado amante de la muerte; Miguel de Unamuno que, aun cuando no había escrito todavía *La agonía del cristianismo,* ya había publicado su desgarrador *El sentimiento trágico de la vida.* En la más leve de sus narraciones, en el más sencillo de sus cuentos aparece como protagonista principal o secundario la muerte. Muerte de diferentes tipos; de diversa intensidad; en diferentes momentos, pero muerte, simple y llanamente, muerte. San Agustín escribe en sus *Confesiones* que todos llevamos la muerte con y en nosotros; no es exacto, pues, hablar de una "vida mortal" sino, más bien, de una "muerte vital". Es la que acompañó sin tregua a Valdelomar. Como cierto comensal de *Tais,* novela de Anatole France, pudo Abraham afirmar que la muerte es el último capítulo de la vida y por tanto pertenece a ésta.

Podemos repasar toda su obra. Un examen somero de ello nos presenta al "personaje muerte" en las siguientes producciones suyas: *La ciudad de los tísicos, La ciudad de los muertos, Yerbasanta, El caballero Carmelo, El vuelo de los cóndores, Los ojos de Judas, Hebaristo, el sauce que murió de amor, Finis desolatrix veritas, Belmonte, el trágico, El camino hacia el Sol, Chaymanta, Hauyñui, El alfarero, El extraño caso del Señor Huamán;* los poemas *El hermano ausente en la cena de pascua, Tristitia, Confiteor;* las prosas *Omega la calavera, mi amiga;* el discurso a Yerovi, muchas de sus colaboraciones periodísticas en las secciones llamadas "Fuegos fatuos" y "Decoraciones de ánfora", la dedicatoria de *La aldea encantada,* etc. En todo ronda constantemente la muerte. Pareciera que Valdelomar hubiese firmado, como Satanás con Fausto, un pacto con omega, la calavera nazqueña que guardaba siempre junto a sí, y que exorna su magnífico retrato hecho por Raúl María Pereyra. De este permanente contubernio con

la muerte emana, como un perfume capitoso, el romanticismo valdelomariano.

Romanticismo esencial, indudable. Me atrevería a afirmar que no hay entre los clásicos-románticos de nuestra literatura, nadie tan definitivamente sentimental como este artista que otorgó al criollismo el nivel que le correspondía, convirtiendo en expresión estética las vulgaridades de cierto folclor. Signo de tal romanticismo es la fe en Dios, una fe como la de Chateaubriand y Francis Jammes, como la de D'Amicis y Unamuno. *La carta pascual al Niño Jesús* de 1917, es una bellísima profesión de fe. Es emocionante: Dios y la madre son los dos protagonistas principales de la obra de Valdelomar. Si la niñez juega un papel importante en sus narraciones, es porque el niño y la madre son los *mediums* más sensitivos entre Dios y el hombre. Ambos viven desposeidos de todo egoismo, aman con devoción y ternura, se sacrifican sin regateos por sus ideales, por su amor.

De nuevo retornamos al tema del amor. Ya no discutimos si ese amor fue carnal o espiritual; heterosexual, homosexual o asexual. No es ese ya el punto de mira. El amor que nos preocupa ahora es ese sentimiento imponderable de darse sin tasa, que convierte en gozo el sufrimiento; en ganancia la entrega; en victoria el sacrificio. Valdelomar fue un amante, casi diría, un amante vocacional. Su vocación y su destino fue amar. El odio no existe en la obra de "El Conde de Lemos". A veces, sí, la ironía, que alcanza los niveles del humor. Nosotros hemos tenido muchos festivos, irónicos, satíricos: muy pocos humoristas. Valdelomar es uno de ellos. En "Palabras" y "Diálogos máximos" a menudo surge ese rasgo.

La obra de Abraham Valdelomar fue esencialmente narrativa. Yo diría evocativa y confesional. Cada página o episodio de su obra guarda íntima relación con la propia biografía de su autor. Valdelomar fue un

extravertido por excelencia; no guardaba secretos ni misterios salvo para desentrañarlos, para revelarlos, exhibiendo sus entrañas. La vida familiar, los vínculos domésticos, la modestia del hogar, la esplendidez de sus propios triunfos, la dulzura de sus sentimientos filiales y fraternales, todo ese material gloriosamente poético, es la raíz y flor de su obra magnífica. Pudo decir como Darío:

...Mi juventud montó potro sin freno...
...Si hay una alma sincera, esa es la mía...
...Sentimental, sensible, sensitiva...

Como se marchó tan pronto y tan repentinamente de la vida, ha dejado, más que un vacío, una incógnita y una inquietud. Atenderlas es ser fiel a su bella lección y a su estimulante ejemplo.

APÉNDICE

XXIV. EL ESPECTADOR: GLOSARIO DE ALGUNAS GLOSAS

En torno de Valdelomar ha ido creciendo, a partir de *Colónida*, un denso y contradictorio oleaje de comentarios. Generalmente, salvo anónimas y pasajeras diatribas, ha habido coincidencia en reconocer las dotes excepcionales de su temperamento y de su estilo. Aquél, su temperamento, fue calificado por lo menos de singular y exquisito; éste, el estilo, de colorido, tierno, plástico y poético. Aunque hubo consenso en exaltar sus magníficas dotes de narrador y, por tanto, de cuentista, cada día se abre paso la versión que le otorga mayores virtudes al poeta. Si en el comienzo hubo quienes negaron densidad lírica a sus versos y los consideraron, como algún escritor dijo, "meros solfeos para componer la prosa", en la actualidad se ha invertido el criterio, y nadie renuncia a los versos de Valdelomar en aras de su prosa; se advierte entre ambos un misterioso consorcio, una adecuación perfecta que, por encima de los elementos formales de la estrofa, identifica ambos modos de elocución, según se advierte, muy señaladamente, en muchas de sus llamadas "prosas poéticas".

La exégesis de Valdelomar comienza durante su vida. Podríamos citar entre los adelantados de esos elogios encendidos, pero vigilantes, a Alberto J. Ureta, Clemente Palma, César Falcón, Enrique Bustamante y Ballivián, Ezequiel Balarezo Pinillos, Antenor Orrego, Alberto Ulloa Sotomayor, César Vallejo. Lo hicieron inclusive en las notas necrológicas, las cuales, tra-

tándose de artista tan personal, no podían desprender al uno del otro. Nosotros mismos, el 29 de abril de 1918, esto es, en nuestros diecisiete años, dedicamos uno de nuestros primeros artículos críticos, insertos en *El Tiempo* de Lima, a la aparición del volumen *El caballero Carmelo.* En aquel comentario, que consumió muchas de nuestras jactanciosas horas de adolescente, dominados por la lectura aún fresca de *Crítica profana* de Julio Casares, pusimos el acento en la adjetivación del escritor, resaltamos el empleo de varios calificativos, al modo de Eça Queiroz y de Valle-Inclán, y creímos haber descubierto que en el fondo de las entonces estrepitosas hazañas externas de Valdelomar, es decir, en las poses para asombrar al hombre de la calle, palpitaba un alma sencilla, dulce, rural, cuya "revelación" exaltamos con ingenua petulancia juvenil.

Por ese mismo tiempo, junio de 1918, se publica en la revista *Sudamérica* la crítica de "Máximo Fortis" (o sea del entonces estudiante de último año de medicina Juan Francisco Valega), también a propósito de *El caballero Carmelo.* Tuvo esa página la virtualidad de despertar el sentimiento íntimo de Valdelomar y ponerlo en trance de confidencias. Valega pretendía inducir a Abraham a que escribiese una novela en la que fuese siempre tan sincero como hasta allí: insinuación que corre pareja por innecesaria a la que nosotros formulamos al pedir más sencillez a quien en su hondón era la sencillez misma, aunque no lo fuese en su conducta exterior.

Hubo después, a raíz del deceso de "El Conde de Lemos", un autorizado, severo y penetrante comentario: el de don Enrique Castro Oyanguren, en su discurso de homenaje leído en la velada que organizó un grupo de amigos, el 22 de febrero de 1920, y cuyo producto crematístico dedicamos para imprimir *Los hijos del Sol.* El discurso de Castro Oyanguren,

escritor vigoroso y castizo, podría considerarse la primera "cala" en la personalidad y el estilo de Valdelomar.

Castro Oyanguren pertenecía a la Academia de la Lengua. Era un hombre apacible, estudioso, purista. Había ejercido el periodismo y la cátedra. Por su relación juvenil con Valdelomar le correspondía, de derecho, pronunciar aquel discurso de orden. Su *Elogio*, que ha sido recogido en el volumen *Páginas olvidadas*,[1] es terso y hondo, revela simpatía y comprensión. En él define a Valdelomar como "ejemplo de perfecto modernismo" y agrega refiriéndose a su obra: "nada tan distante del concepto de clasicismo". Destaca la afición de Valdelomar a la historia, aunque alejado de "cartularios" y documentos, apreciación que difiere en esencia de la de Basadre, el cual desestima la veta historiográfica de "El Conde de Lemos". Castro Oyanguren destaca los cuentos, en los que, como en los discursos de Valdelomar, se percibe un sincero e intenso "amor al Perú".

Castro Oyanguren considera dichos cuentos como "neorrománticos", o sea distintos tanto del naturalismo que todavía predominaba como del romanticismo demasiado sentimental.

El producto de aquella velada de 1920 se destinó, según dijimos, a editar *Los hijos del Sol*, pero el mayor logro de ella sin duda fue aquella rendición del académico, representado por Castro Oyanguren, ante las múltiples facetas del artista recién sepultado.

Jorge Basadre, en sus "Equivocaciones. Viaje con escalas por la obra de Abraham Valdelomar", tenía involuntariamente la riqueza temática y sugestiva de éste. Lo más audaz que se lee en su trabajo es, sin embargo, demasiado parco. "Con Valdelomar llega a

[1] Enrique Castro Oyanguren, *Páginas olvidadas*, Lima, Cervantes, 1920, pp. 293-319.

su madurez entre nosotros la *literatura periodística*." Esto es insuficiente e injusto. Más lo será lo que dice a continuación: su regateo de los valores estéticos del cuento valdelomariano, el desconocimiento de su poesía y el justificable menosprecio de la parte histórica, para excusarlo todo con la muerte intempestiva que habría "impedido" a Valdelomar ser un "escritor de vanguardia". Con excepción de lo respectivo a *La mariscala* no hay en este juicio mucho de equitativo ni de estimulante.[2]

Mariátegui, en plena lucha socializante, trató de adecuar ésta a sus pretéritos gustos esteticistas y a su amistad con un aristócrata de la vida y de la pluma como fue "El Conde de Lemos".

José Carlos presentó en "El proceso de la literatura peruana", publicado primero en la revista *Mundial* e incluido después en el volumen *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, una silueta bastante exacta de Valdelomar y el movimiento "colónida", al que el propio Mariátegui perteneció en calidad de hermano menor. La misma técnica de ese estudio revela hasta qué punto conservaba en su espíritu la huella del colonidismo el autor de *La escena contemporánea*. En efecto, en vez de un examen total, prefirió los análisis individuales, haciendo girar las épocas y las tendencias en torno de personalidades; coincidencia plena con la filosofía individualista, nada colectivista ni socializante, que inspiró a Valdelomar y a su grupo.

Mariátegui cuida de llamar a *Colónida* sólo una "insurrección", mas no una revolución: es en gran parte cabal, salvo que las orientaciones de vanguardia tuvieron también su cuna en aquella "insurrección". "Reclamaron sinceridad y naturalismo", dice de los "co-

[2] Jorge Basadre, "Equivocaciones. Viaje con escalas por la obra de Abraham Valdelomar", *La Opinión Nacional*, Lima, 1928, p. 32.

lónidas", lo que introduce un concepto perturbador, el último, ya que el romanticismo o neorromanticismo fue el tono predominante en Valdelomar, según acertadamente lo ratifica Monguió. "La bizarría, la agresividad, la injusticia y hasta la extravagancia de los 'colónidas' fueron útiles." Cumplieron una función renovadora. Sacudieron la literatura nacional, dice Mariátegui: expresión certera. Agrega que "el colonidismo negó e ignoró la política" a causa de "su elitismo, su individualismo": podría afirmarse igual, pero por causa adversa. De toda suerte, en el centro de aquel movimiento de insurrección se coloca a Valdelomar. Fue su inspirador y gran capitán. La "personalidad recia y exuberante" de "El Conde de Lemos" aparece señalada sobre todo por el rasgo del humorismo, pero un humorismo sin acerbia, sano, que en ocasiones cayó en un pesimismo al par tierno y amargo. Señala también con acierto "el panteismo", "el lirismo", el carácter fragmentario y el crecimiento por "escisiparidad" de la obra valdelomariana; por eso insiste en que "la greguería empieza entre nosotros con Valdelomar". De todas estas delimitaciones surge limpia y rotunda la fisonomía señera de "El Conde de Lemos". Aunque con excesivas reticencias, explicables sólo por la actitud de líder socializante y antiliterario que, a pesar de sus propias esencias, adoptaba en ese momento Mariátegui, y que al parecer lo empujaban a mostrar algún desacuerdo con su mentor de la adolescencia, y con su propio pasado místico y definitivamente neorromántico.[3]

Querría decir que hasta 1928 no había aún adquirido plena vigencia el concepto que más tarde ha de florecer, devolviendo a tan singular artista, *post mortem*, la preminencia que disfrutó durante su vida.

[3] José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Minerva, 1928.

¿Cuestión de cercanía? No lo creemos. Cuando volvemos a leer el entusiasta comentario de Hidalgo quien en 1918 lo llama "el primero de los escritores peruanos";[4] y de Ureta en 1919; y de Clemente Palma y César Vallejo también en 1919, debemos concluir que en las apreciaciones de Basadre y Mariátegui incidieron ciertos prejuicios sociologizantes que en poco contribuyen a limpiar de máculas la visión literaria. Un escritor es lo que es o no sirve para nada. Valdelomar fue un escritor que fue lo que quiso ser.

Trascurren varios años de funerario silencio en torno de Valdelomar. Son los siguientes al derrocamiento de Augusto B. Leguía y a la entronización de sucesivas tiranías militaristas.

Aparece entonces, en 1940, el primer estudio orgánico sobre Valdelomar, debido a la pluma de un joven escritor y maestro Luis Fabio Xammar (1913-1946), miembro del grupo literario que, al iniciarse en la vida universitaria, lanzara sucesivamente las revistas *Palabra* y *Tres*. El libro, tiulado *Valdelomar, signo*, constituye la primera piedra de la revaluación y rescate del gran escritor. Todos los miembros de ese grupo, Estuardo Núñez, Augusto Tamayo Vargas, Alberto Tauro, José Alfredo Hernández, Arturo Jiménez Borja, serán desde entonces fieles propagandistas de la fama de "El Conde de Lemos". Debemos abonárselo en su cuenta.

El libro de Xammar parece ahora inseguro y resulta incompleto. Sin embargo, nadie había estudiado tan sistemáticamente a Valdelomar, ni nadie había usado sus escritos inéditos depositados en la Biblioteca Nacional. Como obra de juventud, adolece esta obra de inevitables raptos de elocuencia; de cierta retórica in-

[4] Luis Fabio Xammar, *Valdelomar, signo*, Lima, Palabra, 1940.

evitable; de glosas fervorosas, a menudo lejos del rigor crítico; pero, a cambio de defectos tan veniales, sobre todo si se atiende a la edad de quien los escribiera, el libro ofrece una visión cabal del autor de *El caballero Carmelo*, a quien se aplican ahí los cartabones de una incipiente crítica estilística, aunque mucho más impresionista que otra cosa.[5]

Para Xammar, el movimiento *Colónida* representa el auge del modernismo, pero, al par, el descubrimiento de la más íntima entraña del Perú costeño. Analiza con unción la vertiente infantil que Valdelomar conservó siempre en carne viva, su amor al hogar; su fervor peruanista; su compenetración con el paisaje provinciano, todo lo que hasta hoy forma el meollo del arte literario del autor de *La mariscala.*

Desde luego, a la luz de nuevos documentos, de nuevas lecturas, de nuevos métodos de crítica, la visión de Xammar ha sido superada, pero casi todo lo que hoy se trata al respecto está ahí, citado de larva o expresamente en espera de que quien lo reexaminara, corroborara y reivindicase.

Del libro de Xammar parten varias síntesis, en especial la de Tauro en sus *Elementos de literatura peruana* (Lima, Palabra, 1946) y Tamayo Vargas (*La literatura peruana,* Lima, 1946), así como en parte, ayudándonos de nuestra propia experiencia, el capítuló *ad hoc* que figura en el tomo V de la primera edición completa de mi obra *La literatura peruana* (Buenos Aires, Guaranía, 1951). Dos años después, en mi *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (Madrid, Gredos, 1953, p. 247 etc.), tratamos de realzar, en medio de un vasto conjunto de narradores, el valor *sui géneris* de los cuentos de "El Conde

[5] Luis Fabio Xammar, *Valdelomar, signo*, Lima, Palabra, 1940.

de Lemos". El criterio vigoroso de Luis Monguió, en *La poesía postmodernista del Perú* (México, FCE, 1954), diametralmente opuesto al de Castro Oyanguren, sostiene que Valdelomar fue un "modernista terminal", o sea que, siendo "producto del modernismo peruano", utiliza temas ajenos a los modernistas y se lanza en busca de otros caminos, por lo cual *Colónida* había sido un hecho simbólico (pp. 27-33). Según Castro Oyanguren Valdelomar fue un "modernista perfecto".

Mario Castro Arenas, que ha dedicado interesantes trabajos periodísticos a nuestro autor, se ocupa de él con cierta latitud en su libro *La novela peruana y la evolución social* (Lima, Ediciones Cultura y Libertad, 1964), no obstante de que (salvo en su ensayo historicobiográfico *La mariscala*, los embriones de *La ciudad muerta* y *La ciudad de los tísicos)* el cuento (y la novela) es el género predilecto de "El Conde de Lemos", empero algunos críticos como Zubizarreta y Escobar, insinúan que el cuento valdelomariano tiene aspectos de novela corta: de hecho el propio autor las llamaba así, novelas, cuando se refería a ellas en su epistolario de 1913. Castro Arenas analiza someramente los elementos exotistas de tales obras y reitera la ubicación literaria de Valdelomar con la expresión de que usaba "el procedimiento modernista del epistolario" especialmente en *La ciudad muerta.* Luego se detiene a señalar ciertas influencias en la primera etapa esteticista de Valdelomar (pp. 141-152). En la segunda etapa de la narrativa de "El Conde de Lemos", denuncia Castro el abandono del exotismo y el apegamiento a ciertos modos y temas criollos, desprovistos del "manierismo retórico" que recargaba las primeras producciones juveniles.

Estuardo Núñez, que tanto ha hecho por la difusión y mantenimiento de la obra de Valdelomar y que ha contribuido decisivamente a revelar aspectos descono-

cidos de ella, según se ha visto en el texto de este libro, reune algunas de sus observaciones, dándoles un carácter unitario, en su libro *La literatura peruana en el siglo* XX (México, Ed. Promaca, 1965). Allí expone sus ideas al respecto en la forma sobria y acaso demasiado rigurosa que, profesoralmente, acostumbra. Para Núñez (pp. 76-79) Valdelomar se caracteriza por haber insurgido "contra el academismo" y porque su obra, a pesar de ser corta, ha sido de las más influyentes y dio vida "no(a)una escuela" sino(a) un movimiento", en lo que se repite a Mariátegui.

En su primera edición de *La narración en el Perú* (Lima, Letras peruanas, 1956) y más particularmente en la segunda (Lima, Juan Mejía Baca, 1960), Alberto Escobar ubica con mayor claridad la figura y obra valdelomariana. Aparte de un rápido apunte en el prólogo, hay una nota biocrítica, al pie del primer cuento seleccionado, en cuya nota no vacila en calificar al autor de *Los ojos de Judas* como el "personaje central de un periodo que ha impreso rumbos en la marcha de la narración peruana". Afirma que "el sentido de su obra en el proceso literario de este siglo se plantea a la crítica en términos apasionantes". Además, llama a Valdelomar "poeta de sensibilidad exquisita", lo cual representa un indudable avance sobre los conceptos enteros vigentes hasta entonces. Si recordamos lo dicho por Mariátegui, Basadre, Castro Oyanguren y "Máximo Fortis", se advertirá que ninguno de ellos puso atención en lo que, a nuestro criterio, representa lo más característico de "El Conde de Lemos", esto es, su afirmación lírica, su condición de poeta por encima de todo.

En medio de ambas ediciones se debe considerar el valioso prólogo de Tamayo Vargas al tomo *Cuento y poesía* (Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959), en el que traza un cuadro bastante complejo de la época valdelomariana, haciéndola girar

en torno de su escritor más representativo. Tamayo señala los perfiles del estilo y la temática del autor de "El caballero Carmelo", y se reafirma en el juicio de que Valdelomar encarnó a cabalidad el postmodernismo peruano.

En cierto modo era una respuesta a Luis Monguió y una refrendación a Castro Oyanguren. El crítico español presenta el movimiento en sus diferentes peldaños y facetas, tratando de rememorar y hasta actualizar su proceso, a fin de que escritos y escritores surgieran como frutos naturales de aquel juego de potencias y vocaciones. La figura de Valdelomar se destaca en el libro de Monguió en toda su pureza contrastándola en cierto modo con la de Vallejo, de quien aquél fuera heraldo y bautista. Todos coinciden en que el cuento valdelomariano abre una nueva trocha dentro de la narrativa neocriolla y en que su acendrado y tierno lirismo infunde una auténtica *vita nuova* a las letras del Perú.

Un coterráneo de Valdelomar, el señor C. Ángeles Caballero, ha publicado un libro informativo *(Valdelomar; su vida y su obra,* Ica, Universidad, 1961). En él se aportan algunos datos interesantes en especial el programa de la jira por el norte del Perú en 1918; no así las inferencias cronológicas acerca del día del nacimiento, que están equivocadas a causa del error de un pendulario parroquial, tan inseguro como muchos de sus congéneres de ese tiempo. Ángeles divide el libro en biografía, planteamientos literarios y antología. El examen estilístico es de tipo didáctico, más que crítico. El libro reproduce con provecho algunos recortes de periódico muy útiles para esclarecer la vida de "El Conde de Lemos", entre ellos, los relativos a su deceso.

Probablemente los estudios más profundos y finos acerca del arte valdelomariano sean los debidos a

Maureen Ahern y a Armando Zubizarreta. Maureen Ahern, estudiante norteamericana de la Universidad de San Marcos, se compenetró del estilo de "El Conde de Lemos", y trazó de él una silueta literaria inolvidable en su trabajo *Mar, magia y misterios en Valdelomar* (Anexo 5, *Sphynix*, Lima, 1960); Armando Zubizarreta, después de ensayarse en varias calas parciales, ha elaborado el libro *Perfil y entraña de "El caballero Carmelo"* (Lima, Universo, 1968) que es un vigoroso plinto para la figura más discutida y más eximida de la prosa peruana de nuestro siglo.

La sencillez prístina; el amor filial; la identificación permanente con su madre; la consustanciación con la naturaleza (vegetal o animal) de la provincia nativa; exaltado concepto de la belleza; la intrasferible ternura; los secretos de su adjetivación plástica y a veces musical, siempre múltiple; las analogías entre el Carmelo y don Quijote; ciertos supuestos resabios de estilo caballeresco en aquel gallo epónimo, todo eso ha sido analizado en buidas, aunque a veces demasiado verbalistas, páginas por Zubizarreta. Ahern ha insistido en tres conceptos fundamentales no sólo en el caso de Valdelomar, sino en el de la tierra natal de éste: el *mar*, que meció su niñez en San Andrés de los Pescadores y que constantemente reaparece en versos y prosas; el *misterio*, que lo acerca permanentemente a la muerte, y la *magia*, fruto de lo que podríamos denominar supersticiones vitandas de la tierra iqueña. De tales elementos —más la infancia a flor de piel— resulta un compuesto estético de una calidad realmente excelente y de inconfundible personalidad.

Dejo de lado las apreciaciones insertas en diarios y revistas, muchas de ellas valiosas, así como las antologías y los comentarios extranjeros, entre ellos los muy elogiosos de Pedro Henríquez Ureña *(Las corrientes*

literarias en la América Hispánica, México, 1949); de Max, hermano de éste (*Breve historia del modernismo,* México, 1955), cuya autoridad es inútil resaltar. La obra de "El Conde de Lemos" crece con los años, según la frase de Choquehuanca saludando a Bolívar, "como la sombra cuando el sol declina".



El conde de Lemos visto en 1917 por el autor.

ÍNDICE

Este libro se acabó de imprimir el día 31 de julio de 1969 en los talleres de EDIMEX, S. DE R. L., Andrómaco 1, México 17, D. F. siendo Director del FCE el Lic. Salvador Azuela. Se tiraron 6 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Century de 9:10 y 8:9 puntos. La edición estuvo al cuidado del autor y de *César Rodríguez Chicharro.*

EJEMPLAR Nº 2066

• COLECCION POPULAR • COLECCION POPULAR •



La COLECCIÓN POPULAR *significa un esfuerzo editorial —y social— para difundir entre núcleos más amplios de lectores, de acuerdo con normas de calidad cultural y en libros de precio accesible y presentación sencilla pero digna, las modernas creaciones literarias de nuestro idioma, los aspectos más importantes del pensamiento contemporáneo y las obras de interés fundamental para nuestra América.*

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ • VALDELOMAR

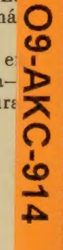
Sólo Luis Alberto Sánchez, amigo de Valdelomar y de casi todos los escritores peruanos que nacieron en las postrimerías del siglo XII (Vallejo, Mariátegui, Falcón...) podía habernos dado —con su proverbial amenidad y su rigor exento de pedantería— un fresco del Perú cuando éste "sufría" la influencia de Europa —¿ de Francia ?— de antes y de poco después de la primera Guerra Mundial (1914-1918): vanguardista, contradictoria y decadente. Valdelomar simbolizó, en el Perú, sustancialmente, ese espíritu: el de *la belle époque*. Con el Valdelomar *poseur* y hedonista convivió el estoico, codeándose con el Valdelomar que incursiona —con increíbles atisbos— en la estética o en la tauromaquia —*Belmonte e trágico*—, figura el autor de un centón de cuentos —*Lo hijos del Sol*—, de un nutrido haz de poemas, de un conjunt de artículos y ensayos, de varias obras dramáticas —*L Mariscala, Verdolaga...*—, dignos, casi siempre, del má encendido elogio.

El libro de Luis Alberto Sánchez es el relato emocionado, e simpatía de la vida de un hombre —espejo de su época— y el estudio de su obra realizado con seriedad y hondura

[Dibujo de la portada Aubrey Beardsley]

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO



• COLECCION POPULAR • COLECCION POPULAR •